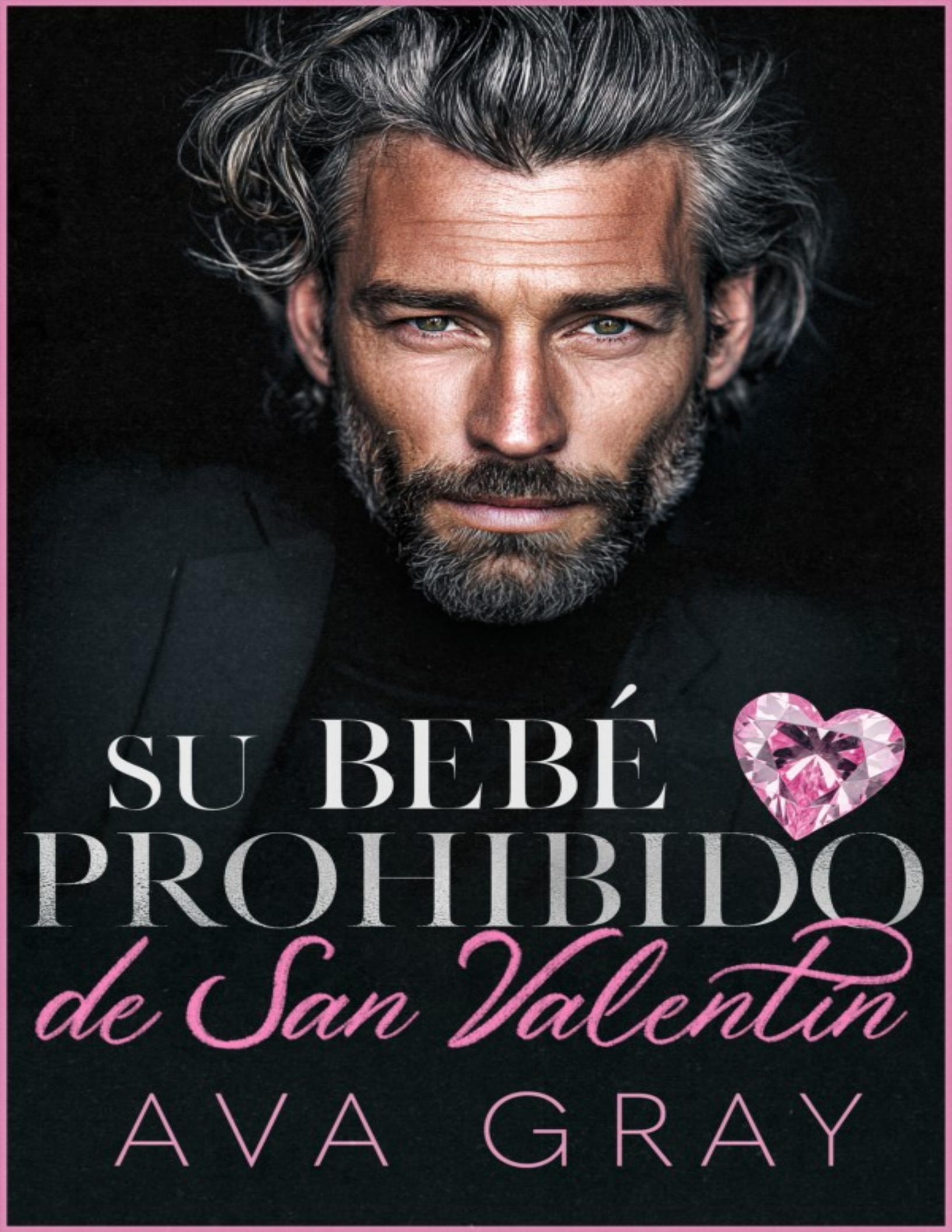

SU BEBÉ
PROHIBIDO
de San Valentín
AVA GRAY

# SU BEBÉ PROHIBIDO DE SAN VALENTÍN

**AVA GRAY**

Copyright © 2026 de Ava Gray

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

# ÍNDICE

Sinopsis

1. Calliope
2. Calliope
3. Elijah
4. Calliope
5. Elijah
6. Calliope
7. Elijah
8. Calliope
9. Elijah
10. Calliope
11. Elijah
12. Calliope
13. Elijah
14. Calliope
15. Elijah
16. Calliope
17. Elijah
18. Calliope
19. Elijah
20. Calliope
21. Elijah
22. Calliope
23. Elijah
24. Calliope
25. Elijah
26. Calliope
27. Elijah
28. Calliope
29. Elijah
30. Calliope

31. Elijah
32. Calliope
33. Elijah
34. Calliope
35. Elijah
36. Calliope
37. Calliope
38. Elijah
39. Calliope

También por Ava Gray

# SINOPSIS

Le entregué mi corazón a un desconocido

en una noche de invierno destinada a ser olvidada.

*Una noche.*

*Un error.*

*Un secreto que he protegido durante seis años.*

Ahora **Elijah Baird** ha vuelto…

mi jefe,

mi tentación,

***el hombre que no sabe que ya es padre.***

Intenté decírselo una vez.

Otra mujer contestó al teléfono.

Así que elegí el *silencio*… y *proteger a mi hijo.*

Cada día se acerca más…

a mi trabajo,

a mi casa,

a **mi hijo, que lo mira como si supiera que ese es su lugar.**

Cada caricia se siente *prohibida.*

Cada beso se siente *robado.*

Y *cada mentira se me anuda en la garganta.*

Porque si la verdad sale a la luz,

no solo perderé *su amor*…

podría perder mi carrera, mi seguridad, mi corazón.

Este San Valentín,

*¿le confieso la existencia del hijo que nunca supo que tenía…*

**o dejo que me reclame sin saber la verdad?**

**Nota de la autora:** Un romance de oficina sensual y emotivo cargado de escándalo, la tensión de un hijo secreto, deseo con diferencia de edad y una revelación en San Valentín que lo cambia todo.

# 1

# CALLIOPE

—¿Cal?

El temido tono meloso de mi jefe se cuela por la puerta, invadiendo la burbuja de paz que he creado con tanto esmero en mi despacho. Es Nochevieja. Ni siquiera se supone que tendría que estar aquí. En sus propias palabras, estas fiestas son una pérdida de tiempo y de esfuerzo y a él le importa una mierda la moral de la oficina.

A mí sí.

Me quedo en silencio y me concentro en desenredar la guirnalda dorada de *Feliz Año Nuevo* que he comprado en una tienda de todo a un euro. Quizá mi silencio le haga pensar que he pasado de la fiesta y ya me he marchado.

—¡Cal! —prácticamente grita cuando llega a la entrada de mi despacho y la abre de una patada, haciendo que el corazón me dé un vuelco cuando la puerta se estrella contra la hilera de archivadores colocados en la pared contigua.

—Jimmy —lo saludo con una sonrisa ensayada que oculta cómo se me encoge el estómago de pavor al verlo. Cada interacción con él

hace que se me erice la piel, que el corazón se me acelere y que mi autoestima quede por los suelos.

—¿Quieres explicarme por qué coño las pulseras de ónix no se incluyeron en la caja de suscripción de Navidad? —Su voz llena todo mi pequeño despacho mientras rodeo con cuidado la caja de adornos, colocándola entre los dos como si pudiera protegerme.

—Usted me dijo que no lo hiciera.

—No seas tan estúpida —espeta, blandiendo una bolsa de plástico transparente en la que tintinea un puñado de nuestras preciosas pulseras de ónix—. ¡Jamás te diría que tomaras una decisión tan espantosa!

—De hecho, usted me ordenó que las mantuviera fuera de la página web y de las cajas de suscripción, ¿no se acuerda? —Cuando empecé a trabajar aquí, pensaba que discutir con nuestro director general era una danza delicada que había que ejecutar con cuidado. Aprendí rápidamente que, dijera lo que dijera, siempre estaría equivocada. Pero no puede despedirme porque nadie más aceptaría mi puesto y yo no puedo dimitir porque dependo demasiado del sueldo.

Sobre todo últimamente.

—¿Es que eres tonta? —me grita Jimmy, dando un paso hacia delante y sorbiendo por la nariz como un hombre con un grave problema con la coca. Dado lo a menudo que sorbe por la nariz y cómo mastica el asqueroso palillo que le cuelga del labio inferior como si le fuera la vida en ello, no me sorprendería—. ¡Míralas! ¿Tienes idea de cuántas *cajas* de esta mierda tengo ocupando espacio en el almacén?

—Pues sí, lo sé. —A pesar de mis esfuerzos, me tiembla la voz y aprieto la mandíbula brevemente—. Pero usted fue claro, Jimmy. Dijo que estas pulseras eran demasiado buenas para nuestros clientes de suscripción y que no iba a malgastar un artículo así en

gente que no se molestaba en visitar las tiendas. También dijo que las iba a poner en un lugar preferente en los escaparates en Navidad porque se iban a vender como churros y le harían ganar mucho dinero.

En eso tenía razón. Las pulseras eran preciosas, con piedras de ónix engastadas en una pulsera de plata blanca pura con una magnífica cadena de diamantes de imitación que se podía apretar y aflojar a voluntad. Se habrían vendido en línea que daba gusto, pero en cuanto recibí dos pedidos anticipados, Jimmy me paró los pies.

A pesar de que trabajamos para la misma empresa, en algún momento se le metió en la cabeza que mi éxito en la gestión del departamento en línea, con cajas de suscripción y todo, era de alguna manera *robarle*.

A día de hoy, sigo sin encontrarle el sentido.

—¿Por qué iba a poner estas putas cosas en el escaparate? —En un arrebato de ira, Jimmy lanza la bolsa de pulseras, que cae suavemente dentro de la caja de adornos que tengo delante, lo que solo parece enfurecerlo más—. No te has esforzado, Cal. Te lo dije y te lo *repetí*, necesitábamos que se vendieran. Tengo cajas y cajas de estas cosas ocupando espacio en el almacén. Nadie quiere piedras negras para empezar el año nuevo y ¿ahora me dices que ni siquiera las pusiste en la página web?

Grita cada vez más fuerte hasta que el corazón me martillea en la garganta y un calor me escuece detrás de los ojos. —Usted me dijo...

—¿Cómo te atreves a mentirme en mi propia cara? Estás llevando este sitio a la ruina, Cal. ¿No tienes amor propio? ¿No te enorgulleces de tu trabajo? Eres una vergüenza y acabas de hacerle perder a esta empresa más dinero del que te puedas *imaginar*. Tienes suerte de que no te despida aquí mismo.

—No, señor, por favor, yo...

—No hables —espeta con asco, silenciándome—. Espero que se te ocurra un incentivo para vender esas pulseras y recuperar hasta el último céntimo que has perdido, ¿entendido?

Antes de que pueda responder, aunque de nada serviría, Jimmy se da la vuelta y sale furioso de mi despacho, dejando en el aire el silencio y un sutil y rancio olor a sudor.

—Es Calliope —susurro para mí, parpadeando con furia para evitar que las lágrimas que se acumulan en mis ojos caigan—. Adoro mi trabajo. Adoro mi trabajo. Necesito este trabajo. Adoro mi trabajo.

El mantra da vueltas y vueltas en mi mente mientras me concentro en desenredar la serpentina que tengo en las manos. Con los dedos temblorosos, tardo veinte minutos más de lo que debería, lo que retrasa todo mi plan para la fiesta. Todo porque Jimmy, una vez más, tomó una decisión horrible en contra de mi consejo y ahora yo me llevo la culpa.

Con la serpentina desenredada sobre un brazo, cojo la caja y salgo a toda prisa de mi despacho. Tras varios pasillos serpenteantes, llego a la sala común, donde pulula gente de todos los departamentos.

La esquina más alejada, cerca de las ventanas, está preparada con una mesa cubierta con un mantel rojo y repleta de comida barata de fiesta. Varias botellas de vino espumoso y champán sin abrir descansan en la pequeña cocina, junto a varios empleados deseosos de beber, pero demasiado tímidos para servirse la primera copa, y un árbol de Navidad que ha visto días mejores se arrincona cerca de la puerta principal, sin los adornos navideños y con pegatinas y ornamentos de Año Nuevo en su lugar.

—¡Calliope! —Victoria, mi mujer del trabajo y la directora de distribución a cargo de todas las tiendas de la marca *Angelic Jewels*, se apresura hacia mí con un brazo extendido. Varias pulseras chocan entre sí cuando me rodea los hombros con el brazo y me aprieta en un fuerte abrazo—. ¡Creía que te habías perdido!

—No, solo me ha retenido la cucaracha —murmuro en su espeso pelo rubio, conteniendo una arcada cuando su dulce perfume me llega a la garganta—. Dios mío, ¿te has bañado en perfume?

—¿A que huelo de maravilla? —Me sonríe radiante, me suelta y luego mira la caja que tengo en los brazos—. Espera, ¿por qué tienes esas pulseras?

—Oh, mierda, se me olvidó sacarlas. Jimmy estaba furioso porque no vendí ninguna en la web.

Sus cejas claras se fruncen. —¿Pero no insistió en que eran el artículo clave para atraer clientes a las tiendas en Navidad? Eso es lo que me dijo a mí.

—Mmm —asiento—. Pero ahora dice que él nunca habría dicho algo tan estúpido y que no se vendieron porque yo la cagué.

—Qué gilipollas —refunfuña Victoria—. Lo siento, cielo. Olvídate de él, de verdad. No es más que un viejo triste y patético. ¡Venga, vamos a colgar el resto de esto y luego empieza la fiesta! —Da una palmada, me quita la caja de las manos y se aleja a toda prisa. La sigo, desenvolviendo con cuidado la serpentina de mi brazo.

Con Victoria a mi lado y algunos otros empleados de otros departamentos ansiosos por ayudar, la sala común pasa de ser un colorido paraíso navideño a una bola de purpurina plateada y dorada lista para la cuenta atrás de Año Nuevo. Afortunadamente, Jimmy no aparece y terminamos de colocar los adornos justo a tiempo para que la fiesta empiece a las nueve. Victoria da el pistoletazo de salida descorchando una botella de champán y empapando el suelo de baldosas con burbujas y alcohol.

Las risas llenan la sala y, por única vez este año, todo el mundo es amigo. El alcohol fluye, la comida pasa entre amigos con sonrisas radiantes e historias felices sobre lo bien que ha ido la Navidad, planes de vacaciones para el próximo año y algunas disculpas ebrias por correos electrónicos impertinentes. Angelic Jewels es un buen

lugar para trabajar cuando Jimmy no está atosigando a todo el mundo y enfrentando a los departamentos entre sí para cubrir sus propios errores.

Andrew, de Contabilidad, me trae una bola de chocolate cubierta de purpurina y se disculpa por haber retrasado mi nómina en marzo, porque Jimmy le dijo que fui yo quien lo denunció a Recursos Humanos por flirtear con Amy, de Ventas. Resulta que hace una semana descubrió que en realidad fue su exmujer quien estalló en la cena de Navidad, acusando a Andrew de una infidelidad que nunca tuvo porque Jimmy se lo había contado después de encontrársela en el supermercado. Todavía estoy en estado de *shock* cuando Chris, del almacén, me pregunta directamente si estoy intentando convertir Angelic Jewels en un negocio de *dropshipping* y eliminar el almacén por completo.

Le tranquilizo lo mejor que puedo, rechazando sus intentos de que beba, y no estoy del todo convencida de que me crea cuando se aleja para seguir con la fiesta.

—Venga ya —se queja Victoria una hora más tarde, intentando endosarme una copa de vino—. ¿Cuándo fue la última vez que te soltaste la melena y te divertiste?

—Este no es el tipo de sitio en el que quiero soltarme la melena —me río, apartando la copa—. Además, conduzco, así que no puedo.

—¡Coge un taxi conmigo!

—Victoria, vivimos en direcciones opuestas. ¿Sabes lo caro que sería eso?

—¡Oh, me da igual!

—A mí no —me río, esquivando el siguiente intento de darme la copa—. Créeme, tómatela tú.

—Jo —se ríe Victoria—. Tampoco es que tengas nada a lo que volver a casa.

Ese comentario se me queda grabado, así que la cojo suavemente por los hombros y me pongo frente a ella. —¿Recuerdas que tengo que volver a casa con Nick?

Victoria pone los ojos en blanco, hace un puchero y luego me estampa un beso sucio y pegajoso de brillo de labios en la mejilla. —Vale. Si vas a ser una aburrida, ¿puedes ser un encanto y traer más hielo? Guardé un poco en el congelador de nuestra sala de descanso, pero no estoy segura de poder encontrarlo con lo mucho que he bebido.

Hace un puchero, lo que me provoca una carcajada, y asiento. —Iré a por el hielo.

—¡Yuju! —Me abraza con fuerza, enredándome en su larga melena por un momento, y luego se aparta—. ¡Cal al rescate!

Se oyen varios vítores, aunque por la cara de la gente, nadie parece saber ni por qué están vitoreando. Me aparto de Victoria, pero antes de que pueda alejarme más, su mano se cierra sobre mi muñeca y vuelve a ponerse frente a mí.

—No eres una aburrida, por cierto —dice, con voz seria—. Sinceramente, no sobreviviría aquí sin ti.

—Y yo tampoco —digo entre risas con una cálida sonrisa—. Déjame ir a por tu hielo.

Me aprieta el brazo con cariño y luego me deja escabullirme.

Si no tuviera que volver a casa con Nick, sin duda me tomaría una copa o tres para intentar olvidar el horror que ha sido este año. Con los desastres del trabajo y de casa chocando, no hay escapatoria del estrés que me debilita el pelo y me tensa los hombros.

Victoria tiene una buena idea. Debería cogerme unas vacaciones muy largas con Nick y olvidarme de todo.

El edificio está inquietantemente silencioso lejos de la fiesta y recorro pasillos que no me resultan del todo familiares mientras

busco la sala de descanso asignada a Victoria y su gente. Respiro hondo, calculando rápidamente cuándo me iré para poder llegar a casa a tiempo, cuando una voz que proviene del despacho por el que paso me pilla desprevenida.

—¿Cuánto? ¡Seguro que valemos más que eso! No puedes hablar en serio. Se supone que este acuerdo nos beneficia a los dos, pero ahora mismo, siento que soy el único al que están *jodiendo*.

El nombre de Jimmy está en la puerta y el sonido de su voz convierte la comida de la fiesta en mi estómago en ácido denso en cuestión de segundos. Justo cuando aminoro el paso para alejarme deprisa, dice algo más que me hiela la sangre.

—Yo me quedo al mando, ¿me oyes? Me da igual qué director general pijo manden aquí, yo me quedo al mando. ¡Quienquiera que sea aprenderá que solo porque sea nuestro dueño no significa que sea mi dueño!

## 2

# CALLIOPE

¿Q*ue es nuestro dueño?*

¿Pero de qué coño está hablando? Jimmy es el director ejecutivo de Angelic Jewels. No hay nadie por encima de él. Nadie que sea su *dueño*. A no ser que…

—Mire, mire, mire —continúa Jimmy—. Me da igual. Incluso puede decirle que me da igual. A fin de cuentas, él solo es el dinero. Dos gallos no pueden estar en el mismo gallinero, ¿entiende? Va a recibir exactamente lo que yo le dé y me importa un bledo que no le guste. ¡No quiero oír ni una palabra más al respecto!

¿Alguien va a… comprar Angelic Jewels? No, es más que eso. Jimmy nunca vendería a no ser que el cheque fuera tan gordo que no tendría que volver a mirar su cuenta bancaria en la vida, pero por su forma de hablar, parece que está asegurando su propio puesto.

¿Una adquisición, quizá? ¿Tan mal está la empresa? Si por eso se enfureció tanto con esas pulseras, entonces quienquiera que sea tan tonto de comprar esta empresa se va a llevar una sorpresa al descubrir quién es el verdadero causante de las pérdidas.

Me apoyo en la pared, estirando el cuello tanto como me atrevo para intentar oír más mientras el tono de voz de Jimmy baja unas octavas.

Esto es muy gordo.

Más que gordo.

Las adquisiciones nunca salen bien. Que una empresa absorba a otra significa ajustes salariales, reorganización de puestos y, lo peor de todo, despidos. Muchísimos despidos.

La mente se me llena de un sinfín de preguntas imposibles mientras intento averiguar qué departamento es más probable que esté en la cuerda floja cuando la puerta del despacho de Jimmy se abre de golpe y sale hecho una furia. Me aparto de la pared de un salto, tropiezo y doy unos pasos hacia el despacho de Victoria, y ahogo un grito de susto.

—¿Cal? ¿Qué coño haces aquí? —Sus cejas canosas y ásperas se fruncen—. ¿Has venido a disculparte por tu cagada?

Recupero el equilibrio, levanto la barbilla y la necesidad de responderle me invade. Si este sitio se va a pique y él lo mantiene en secreto, lo más probable es que pierda mi trabajo de todas formas, así que ¿qué me impide cantarle las cuarenta?

Respiro hondo…, pero las palabras no salen.

No puedo perder este trabajo. Ni por culpa de Jimmy ni por una extraña adquisición. Necesito el dinero ahora más que nunca, al igual que tantos otros que trabajan aquí. Si hay departamentos en la cuerda floja, tengo que encontrar la manera de que la guillotina se mantenga alejada del mío.

Suponiendo que lo que he oído sea toda la historia.

—Yo…

—¿Y bien? —espeta Jimmy, mirando el ostentoso reloj de su muñeca —. Tengo cosas que hacer. No puedo quedarme aquí parada contigo toda la puta noche.

—Perdón —resoplo mientras mi confianza se hunde en el fondo de mis entrañas, como cualquier otra sensación que tengo cuando él está cerca—. Estoy buscando hielo.

—¿En los despachos? No me extraña que la cagaras con las pulseras si no eres capaz ni de encontrar la puta cocina. Este sitio se está yendo a la mierda. La sala de descanso está por allí. —Señala con el pulgar por encima del hombro, hacia el camino del que he venido. Con un bufido y un resoplido desagradables, pasa furioso a mi lado y yo me aparto por los pelos.

Madre mía.

Definitivamente no debería haber oído nada de eso.

Vuelvo por el pasillo y por fin encuentro la sala de descanso, aturdida mientras reproduzco los fragmentos de conversación que he oído. Es Nochevieja. Dos pisos más arriba, todo el mundo está celebrando el fin de año y planeando el futuro sin tener ni idea de que Jimmy está poniendo en peligro el trabajo de todos.

Incluido el mío.

Por un lado, podría ser una buena adquisición. Tal vez Angelic Jewels sea la empresa compradora y en realidad no haya nada de qué preocuparse. A pesar de que me aferro a ese pensamiento durante todo el camino de vuelta a la sala común, soy incapaz de convencerme de su veracidad, ya que nada de lo que dijo Jimmy indicaba que fuéramos otra cosa que carne de cañón en este acuerdo.

Nadie se da cuenta cuando entro y dejo el hielo en la cubitera, ni tampoco cuando me quedo en el umbral observando cientos de caras que conozco desde hace seis años. ¿Alguien lo sabe? ¿Hay

alguien aquí que tenga la suficiente confianza con Jimmy como para estar al corriente de todo o estamos todos a oscuras?

—¡Calliope! —Victoria se me pega de repente al costado, con los ojos entornados y brillantes por varias copas de vino más desde la última vez que la vi—. Ay, cariño, ¿por qué pareces tan triste?

Podría preguntarle, soltar lo que he oído y dejar que se extienda como la pólvora, consumiendo a todos los presentes y arruinando el Año Nuevo.

No.

Nunca podría hacer eso. No tengo, ni tendré nunca, el cuajo para hacer algo así sin pruebas.

—Estoy cansada —respondo, forzando una sonrisa—. Ha sido un día *muy* largo.

—¿Seguro que no vas a beber nada? Sabes que puedes tomarte una copa y aun así conducir sin peligro, ¿verdad?

—Un segundo. —Me río mientras meto la mano en los vaqueros y saco mi móvil, que está vibrando. La cara de mamá aparece en la pantalla y se me encoge el estómago—. ¿Diga?

—¿Calliope? —La voz exasperada de mamá llega por la línea—. ¿Cuándo vienes a casa?

Aparto el teléfono de la oreja y vuelvo a mirar la hora. —¿Quizá en una hora? ¿Por qué? ¿Está todo bien? ¿Estás bien? ¿Está bien Nick?

—¡No, no estamos bien! —exclama mamá—. No consigo que Nick se calme. Se le ha metido en la cabeza que a medianoche suena una campana gigante, así que cree que no tiene sentido dormir porque lo despertará.

—¿Le has dicho tú que había una campana grande? —pregunto, tapándome el otro oído y alejándome de la fiesta para oírla mejor.

—No —contesta en un tono que me dice que sí, que lo ha hecho—. No es culpa mía. Te dije que no le dieras tanto azúcar en Navidad. Está tomando demasiados de esos ingredientes falsos y lo están volviendo loco.

—Mamá —suspiro profundamente—. No está loco, es un niño de cinco años atrapado en la época más emocionante del año. ¿Le has dado leche caliente como te sugerí? ¿Y le has leído?

Su voz se vuelve de repente distante mientras grita algo que no logro descifrar y luego, de fondo, la voz descarada de Nick le contesta. —Es imposible —dice mamá, con la voz de nuevo pegada al teléfono—. No sé qué le pasa.

—Pónmelo.

—¿Qué?

—Mamá, pónmelo al teléfono. —Saludó con la mano a Victoria, que hace un puchero exagerado y me devuelve el saludo. Luego, salgo de la fiesta y me apresuro por el pasillo hacia mi despacho.

—¡Mami! —La alegre voz de Nick me llena el oído un segundo después—. ¿Cuándo vienes a casa?

—Hola, cariño, llegaré pronto. Dime, ¿la abuela te ha dado caramelos de tu calcetín?

—Sí —responde Nick de inmediato, y se me encoge ligeramente el estómago—. D-digo no, caramelos no, mami. ¡Caramelos no!

—No sabe lo que dice. —La voz de mamá lo interrumpe y vuelve a ponerse al teléfono mientras yo cojo mi abrigo y mi bolso.

—Mamá, te dije que no le dieras caramelos después de las seis. No me extraña que siga despierto.

—Bueno, te echaba de menos —responde mamá, enfurruñada—. ¿Y cómo iba a saber yo que un trocito de chocolate lo mantendría despierto hasta tan tarde?

—Llegaré pronto, mamá. Te quiero.

No responde, sino que me cuelga y deja un peso extraño en mi pecho. Nunca es solo un trozo de chocolate con ella, igual que nunca fue culpa suya que Nick durmiera más de la cuenta en la siesta o que no pudiera dormir porque ella *tenía* que limpiar el desván a una hora intempestiva.

Le he dado toda la tregua que he podido desde que decidí mudarme con ella. Fue lo único que se me ocurrió para vigilarla después de que papá falleciera hace seis meses. Mantener unida a la familia que me queda es mi único objetivo ahora mismo, aparte de intentar averiguar cómo conservar mi trabajo.

El camino a casa se me hace demasiado largo y me da demasiado silencio para que mis pensamientos se adentren en la senda de la fatalidad. El funeral de papá se llevó todos mis ahorros y mi estabilidad emocional. Centrarme en Nick ha sido lo único que me ha mantenido a flote, pero volver a vivir con mamá me recordó bastante rápido por qué reduje el contacto con mis padres cuando cumplí los dieciocho.

Volver a casa para ayudar a mamá fue una decisión impulsiva, pero está consumiendo unos fondos que no tengo y destruyendo la paz cuidadosamente labrada que llegó cuando Nick nació hace cinco años. Su sexto cumpleaños es en dos meses y cada céntimo que ahorro va destinado a planificar el mejor cumpleaños que haya tenido nunca. ¿Cómo voy a conseguirlo si pierdo mi trabajo?

Una y otra vez, repaso las palabras de Jimmy en mi mente, intentando descifrar significados ocultos o tergiversar esas palabras en un escenario que no se me había ocurrido antes, pero todos mis pensamientos me llevan a la misma verdad.

Quienquiera que vaya a entrar en una adquisición con Angelic Jewels es, sin duda, el pez gordo.

—Joder. Joder, joder, *joder*. —Lo suelto todo, maldiciendo en voz alta y golpeando el volante con las manos mientras estoy aparcada frente a la casa de mamá.

No puedo perder mi trabajo.

No ahora. No cuando todo lo demás en mi vida pende de un hilo.

Pero tampoco me voy a quedar de brazos cruzados esperando a que Jimmy suelte la bomba. O encuentro otro trabajo o haré que mi departamento y yo seamos tan imprescindibles que nadie pueda deshacerse de nosotros.

Con un último y sentido *joder*, salgo del coche y recorro el camino cubierto de nieve hasta la puerta principal. Apenas he apartado la corona de la cara y he abierto la puerta, Nick ya corre hacia mí con su pijama de ositos de peluche y una manta colgando de su cuello como una capa.

—¡Mami!

—¡Cariño! —Caigo de rodillas, ignorando el pinchazo de dolor cuando chocan con el suelo de madera, y envuelvo a Nick en mis brazos en cuanto entra en contacto—. ¿Por qué sigues despierto? ¡Tú, jovencito, deberías estar durmiendo! ¡Sí, señor!

Nick rompe a reír con risas agudas y excitadas bajo mis dedos que le hacen cosquillas e intenta escapar rodando fuera de mi regazo y hacia el suelo, pero yo lo sigo, gateando sobre él y haciéndole cosquillas hasta que grita y jadea.

—¡Para! —grita entre carcajadas—. Me rindo. ¡Me rindo!

—¡Ajá! —Me río, dándole un golpecito en la barriga—. ¡Una vez más, el gran Superman ha caído ante mí, convirtiéndome en la *mayor* villana de todos los tiempos! —Con una risa maníaca, me levanto y cojo a Nick en brazos mientras cierro la puerta de una patada—. ¡La ciudad es mía!

—¡No! —grita Nick y se deja caer dramáticamente hacia atrás en mis brazos—. ¡Nunca dejaré que la ciudad caiga!

—¿Qué secretos y planes malvados tienes bajo esa capa, eh?

—¡Nunca te lo diré!

Le hago cosquillas en las costillas y él chilla, riendo, y esto se convierte rápidamente en un bostezo mientras lo llevo por el pasillo hasta el salón. —¿Eso es un bostezo?

—No. —Nick bosteza ampliamente.

—Entonces, ¿por qué te veo todos los dientes? Y definitivamente veo que no te los has cepillado, jovencito.

—¡Sí me los he cepillado! —Nick hace un puchero y luego se ríe a carcajadas—. ¡Que no!

—Bueno, como castigo por tu derrota, quiero que te cepilles esos dientes, ¿vale? —Dejo a Nick en el suelo y él asiente, haciendo que sus rizos castaños se desparramen por su cabeza.

—*Vale*. —Cruzando sus bracitos, sale del salón dando pisotones. Lo observo entrar con paso firme en el baño de abajo. Al pasar por la puerta, me quedo un momento hasta que veo que la pasta de dientes se esparce desordenadamente en su cepillo y entra en su boca. Luego, sigo hasta la cocina.

—¿Mamá?

Está de pie junto a la ventana de la cocina, mirando el manto de nieve que cubre el patio trasero, resaltado por la cálida luz amarilla que sale de la cocina. —Calliope.

—¿Qué ha pasado, mamá? Hemos celebrado el Año Nuevo por adelantado con él esta tarde. Se supone que ya debería estar durmiendo.

—Ya sabes lo revoltoso que se pone. Es un niño pequeño. —Mamá se niega a mirarme.

—¿Has hecho todo lo que te pedí?

—Siempre lo hago. No es culpa mía —espeta mamá, lanzándome por fin una mirada por encima del hombro—. Es esa tableta que le diste. Le cuenta todo tipo de cosas y ha descubierto que le mentiste sobre las campanadas.

Cierro los ojos, apoyando una mano en la cadera. —No era una mentira, solo era una forma de hacerte la noche más fácil. Sabías que tenía que organizar la fiesta.

—Como si eso fuera más importante que tu familia —corta mamá, girándose para mirarme. En la encimera, detrás de ella, yacen los envoltorios de dos Papás Noel de chocolate.

Se me cae el alma a los pies y el agotamiento me pesa en los ojos. —¿Solo un trocito de chocolate, eh?

Mira los envoltorios y luego tapa uno con la mano. —Era una tradición que tenía con tu padre. Papá Noel de chocolate en Año Nuevo. Solo quería sentirlo cerca.

—Podría haberlo hecho contigo, no con Nick.

—No estabas aquí —murmura ella con tensión—. Nunca estás aquí.

Reprimo la discusión que me nace por dentro. Las cosas son difíciles sin papá. Todo y cualquier cosa me lo recuerda, al igual que puede hacer que mamá se eche a llorar a la mínima. Me esfuerzo por ser comprensiva porque el duelo es diferente para las dos, pero me lo está poniendo muy difícil.

O quizá soy yo.

Estoy demasiado cansada para resolverlo ahora.

—Está bien. Yo lo calmaré. Yo…

—¡Listo! —Nick se choca contra la parte de atrás de mis piernas, casi empujándome de lleno a la cocina, así que me agarro al marco para

no caerme. Por mucho que me irrite, cuando me giro para ver su sonrisa dentuda y radiante, todo se desvanece.

—¡Buen trabajo! —Le tiendo la palma de la mano, él la choca suavemente y entonces lo cojo en brazos—. ¿Así que quieres ver las campanadas de los mayores, eh?

—¡Sí! —Nick se aferra a mi hombro, ya sin su capa, que ahora ha quedado tirada en el baño.

—¿Y luego te irás a la cama?

—¡Lo prometo!

—Vale, pues vamos. —Llevo a Nick a mi habitación y nos acurrucamos en mi cama con el iPad apoyado en mis rodillas. Llegamos justo a tiempo para la cuenta atrás y juntos, a pleno pulmón, por supuesto, contamos para recibir el Año Nuevo.

—¡Diez!

Tengo que conservar este trabajo.

—¡Nueve!

O encontrar uno nuevo.

—¡Ocho!

Pero ¿con este mercado? Mis habilidades son limitadas.

—¡Siete!

La joyería y las páginas web son nichos hoy en día, especialmente con el auge de las pequeñas empresas.

—¡Seis!

No tengo ninguna credencial que justifique montar mi propio negocio.

—¡Cinco!

Así que tengo que trabajar con lo que tengo. Tengo que hacer que Angelic Jewels sea indispensable.

—¡Cuatro!

Mientras ayudo a mamá a mantenerse a flote.

—¡Tres!

Y a Nick feliz y sano.

—¡Dos!

Y con comida en la mesa.

—¡Uno! ¡Feliz Año Nuevo, mami! —Nick se levanta de un salto y me planta un beso húmedo y excitado en la mejilla.

—Feliz Año Nuevo, cariño. ¡Feliz Año Nuevo!

—Va a ser el mejor de todos, ¿quieres saber por qué? —Se desliza de nuevo hacia abajo y se acurruca bajo mi brazo, bostezando ampliamente.

—Sí quiero saber por qué —respondo mientras lo arropo con mis mantas.

—¡Porque… porque pronto es mi cumpleaños! ¿Crees que el abuelo habrá vuelto para entonces?

Incapaz de evitarlo, de repente se me llenan los ojos de lágrimas y las entierro en el pelo de Nick con un beso. —No, cariño, lo siento. No podrá venir. ¿Recuerdas que se ha ido al cielo con Charlie, tu hámster?

—Ah, sí. —Nick asiente, bostezando profundamente una vez más—. Quizá… quizá el año que viene, entonces.

## 3

# ELIJAH

«*El vuelo 280 con destino a San Francisco comenzará el embarque en treinta minutos. De parte de todo el equipo del JFK International, les deseamos un buen viaje y un feliz Año Nuevo*».

El atronador anuncio ahoga el débil audio del televisor que cuelga en lo alto, detrás de la barra, donde la cuenta atrás termina y cientos de fuegos artificiales iluminan el cielo nocturno.

*Feliz Año Nuevo.*

Ahogo ese pensamiento en mi cerveza, bebiendo hasta que me arden los pulmones y el gas me invade la nariz lo justo para resultar desagradable. Cuanto antes suba a ese avión, antes podré dejar atrás esta ciudad podrida y a su gente podrida.

—¿Otra? —El camarero enarca una ceja al ver mi vaso ya vacío.

Asiento con la cabeza. —Por favor.

—Ahora mismo. —El vaso vacío, reluciente por los restos de espuma, desaparece de mi vista y es reemplazado por uno nuevo antes incluso de que haya sacado el móvil del bolsillo. La pantalla se

ilumina con cientos de felicitaciones de Año Nuevo automáticas, y tienen que serlo, porque toda la gente que conozco debe de estar ahora mismo borracha hasta las cejas e incapaz de usar el móvil.

Es la noche perfecta para escabullirme y dejar atrás todo lo que he conocido.

No hay nada que merezca la pena recordar.

Cojo el vaso y contemplo el aeropuerto, en dirección a la puerta por la que embarcará mi avión. Veintiocho minutos más y me largo de aquí.

Cojo el vaso y saboreo el frescor de mi siguiente copa mientras suena el móvil y un nombre parpadea en la pantalla.

*Zorra Infiel*.

¿Qué coño quiere?

Toco el auricular, descuelgo la llamada, pero no hablo. Un segundo después, su voz me inunda los oídos y me llena las doloridas entrañas de pavor.

—¿Elijah? Soy Imogen. ¿Estás ahí? ¿Elijah? ¿Puedes decir algo? ¿Hola? —El silencio se alarga durante unos segundos—. ¿En serio ni siquiera me vas a hablar? ¿Se puede saber qué tan crío eres?

Una punzada de ira me recorre la piel y aprieto los dientes. —Ya dije todo lo que tenía que decir en el juzgado.

—Oh, Elijah. —Suspira aliviada—. Sabía que estabas ahí. ¿Por qué has descolgado si no querías hablar conmigo?

—Por curiosidad. ¿Qué clase de mierda podías soltar a estas horas de la noche?

—Es Año Nuevo. —Hace una pausa—. ¿Te acuerdas del año pasado? ¿En la fiesta de la azotea con todos nuestros amigos? Fue una noche preciosa.

Habla con nostalgia, como si recordara una de las mejores noches de su vida. Yo solo recuerdo que intentaba emborracharme y que luego llovió mucho. —¿Qué quieres, Imogen?

—Odio cómo hemos dejado las cosas.

—¿Qué esperabas?

—No sé. —Suspira de nuevo—. Es que… todo parece tan definitivo.

—Es lo que pasa cuando tienes que recurrir a los tribunales para repartir todo a partes iguales con tu novia infiel que tiró por la borda vuestra relación cuatro meses después de ese supuesto precioso Año Nuevo.

—Te dije que fue un *error* —espeta, perdiendo todo el falso dulzor de su voz—. ¿Por qué no me crees?

—Porque te conozco, Imogen. Contabas los días que faltaban para poder meterte en la cama con ese capullo.

—¡No, yo te quería!

—No, no me querías.

—¡Sí que te quería! Fuiste tú el que… el que era tan frío y distante. Dejaste de lado nuestra relación meses antes de que te pusiera los cuernos. Tú eres el que me hizo sentir no deseada y no querida. Como si no fuera más que una decoración en tu brazo u otra estatua en tu ático.

Lamentablemente, puede que haya algo de dolorosa verdad en sus palabras. Mi razón para estar con ella no era por el amor que anhelaba, pero no soy tan tonto como para creer que ella alguna vez me quiso de verdad. —Entonces deberías haberte ido.

—Quería que lo nuestro funcionara.

—¿Hasta el punto de acabar en la cama de otro hombre?

—Las mujeres tenemos necesidades, Elijah. Pensaba que a los hombres como tú les gustaba la competencia.

—No compito con nadie por nada. Mi vida personal es exactamente eso. Personal. Mi corazón no es un juego.

—Pues no lo parece. —Resopla.

—Voy a colgar.

—No, Elijah, espera.

—¿Qué?

—Te… te echo de menos. Pensé que tal vez… tal vez ahora que todo lo del juzgado está finalizado y superado, podríamos tomarnos una copa. Ir a hablar como antes.

—No tengo nada que decirte, Imogen.

—¡Al menos podrías intentarlo!

—¿Para qué? —Me enderezo en el taburete y miro hacia la puerta—. Ni siquiera podemos hablar por teléfono sin lanzarnos puyas. No queda nada entre nosotros. Hace meses que no queda nada.

—¿Acaso lo *hubo* alguna vez? —exige Imogen, con palabras afiladas como la manicura de aguja que siempre se hace.

—Adiós, Imogen.

—Mañana iré a verte. Hablaremos cara a cara.

—Haz lo que quieras. —Cuelgo con un toque en el auricular.

Mañana no estaré aquí.

Veintidós minutos. Esa llamada me ha parecido mucho más larga. Me centro en mi copa y luego, después de un puñado de minipretzels de cortesía, saco mi última propuesta de negocio del maletín.

Este es mi Año Nuevo. Amber Ltd por fin se expande más allá de la pura adquisición de piedras preciosas y se sumerge en el mercado de la joyería. Es hora de que eliminemos al intermediario codicioso y dediquemos más tiempo y esfuerzo a crear joyas preciosas para las masas. Estoy hasta las narices de que la élite estirada y odiosa actúe como si fuera mejor que los demás por las piedras preciosas que llevan en los dedos.

El mundo de las Imogens necesita un baño de realidad.

Dos páginas después, entra otra llamada, esta vez de Buster, mi director financiero.

—Elijah, dime que todavía no estás en el avión.

—Todavía no estoy en el avión.

—Excelente. Tengo dudas.

—¿Dudas que puedas contarme en quince minutos? —pregunto echando un vistazo a la puerta.

—Claro. Hablaré rápido. Angelic Jewels. He estado dándole vueltas a todo lo que me enviaste y, debo decir, que no veo la jugada.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Tienes a esta pequeña empresa que opera desde San Francisco y que ni siquiera es mundial. Tienen once tiendas. Ya está. Solo once.

—Lo sé.

—¿Sabes quién más tiene once tiendas? Nadie. Nadie, porque once no es ni siquiera un número real. Es polvo en el fondo del cajón. ¿Qué tipo de empresa puede atraer algo que valga la pena en este mercado con solo once tiendas?

—Buster, respira hondo.

—Ya he respirado hondo. Estoy respirando, ¿me oyes? —Jadea exageradamente en mi oído—. Estoy respirando. Once tiendas, Elijah. ¿Qué me estás haciendo?

—¿De verdad te has leído todo lo que te envié?

—Sí, claro que sí.

—No, no lo has hecho, porque si lo hubieras hecho no estarías centrado en esas once tiendas.

—¿Qué más hay? Once tiendas a lo largo de la costa, algunos tratos cuestionables con un proveedor de piedras preciosas que tenemos que investigar por si acabamos en la misma situación que tu padre, y un director general que está poniendo exigencias. ¿Recibiste mi correo? ¡Insiste en que dos gigantes no pueden existir, Elijah! ¡No pueden existir! —Buster se atraganta con su propia risa, lo que dibuja una sonrisa en mis labios mientras apuro mi cerveza.

—Sé lo que parece. Créeme. Pero tienes que mirar un poco más a fondo. Merece la pena, te lo prometo.

Buster suspira dramáticamente y gime. —Vale. Lo leeré de nuevo. —Entonces su voz se suaviza—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Cómo estás de verdad?

Miro mi reloj. Ocho minutos. —Estoy cansado.

—Duerme en el avión.

—Lo haré.

—¿Pero estás bien? ¿De verdad estás haciendo las maletas con toda tu vida y mudándote al otro lado del país para escapar de una chica?

—Sí. Y no. No es solo ella. Es todo. Estoy asfixiado, Buster. Siento que me ahogo constantemente. Necesito salir de aquí. Necesito alejarme.

—Lo pillo.

—¿De verdad?

—Sí. Después de lo de tu madre, Imogen te estaba chupando la puta vida, tío. Lo pillo. Necesitas desconectar.

En cierto modo lo pilla, pero no tan a fondo como necesito que lo haga. Podría explicarle que la vida en Nueva York no tiene sentido, que la gente ve mi nombre y actúa como si me conociera, que lo único que quieren son mis negocios y mis contactos para poder utilizarme.

Quiero sentirme como una persona.

Como si importara.

Pero atreverme a decir eso en voz alta solo me hace parecer un niño que tira su cuchara de plata desde la trona en un arrebato de mal humor.

—Sí —suspiro tras un momento de reflexión—. Lo pillas.

—Escucha. Volveré a mirar el informe. Solo prométeme que no es que estés intentando deshacerte de unos cuantos millones de mala manera porque te sientes culpable por ser rico.

—¿Qué coño es la culpa por ser rico?

—Ya sabes, eso que le pasa a todo el mundo en Año Nuevo cuando sienten la necesidad de ayudar a los menos afortunados.

—Realmente no leíste mi correo, ¿verdad?

—¿Por qué, qué has hecho?

—Este trato es genial, para empezar. Y en segundo lugar… todo lo que mi madre me dejó, lo he metido en el fondo de caridad.

Buster se queda en silencio, posiblemente por primera vez en su vida. —Me estás matando, de verdad.

—Vamos a hacer grandes cosas con él.

—Quieres que pierda mi piso, ¿verdad?

—Ayudaremos a la gente.

—Me estás condenando a una vida de galletas saladas y leche entera.

—No ayudaba a nadie estando ahí parado.

—¿Qué coño te ha hecho Imogen?

—Tengo que coger un vuelo. —Me levanto y paso la tarjeta para pagar las copas y vuelvo a meter la propuesta en el maletín.

—¿Voy a despertarme sin techo? —gime Buster.

—Te llamo cuando aterrice.

—Si sigo vivo. Buen vuelo.

—Gracias.

—Y recuerda —dice Buster con dramatismo mientras camino hacia la puerta, maletín en mano—, ten cuidado. No puedes huir para siempre, Elijah.

Eso es lo que él se cree.

No pienso volver a poner un pie en Nueva York en mi vida.

# 4

# CALLIOPE

—¿Puedo ayudar, mamá? —Nick está a mi lado, estirando el cuello para intentar ver el surtido de verduras que tengo en la encimera.

—¿Has terminado de ver la película con la abuela?

—La abuela se ha quedado dormida —hace un puchero—. ¡Pero quiero ayudarte a ti!

—Qué bueno eres, cariño, pero estoy haciendo cosas de mayores que podrían hacer daño a tus deditos.

—*Porfa* —se queja Nick, agarrándose a mi pierna. Levanta una mano y menea los dedos—. Tengo los dedos fuertes, *porfa*.

Es imposible decirle que no a una carita tan adorable, así que, después de pelar rápidamente la última zanahoria, asiento. —¿Vale, de verdad quieres ayudarme?

—Sí. —Me sonríe de oreja a oreja, con una sonrisa tan amplia que se le ven todos los dientes.

—Vale, necesito que hagas un trabajo muy importante.

Nick se pone muy tieso.

—Necesito que cojas todas estas pieles que hay en este barreño y las lleves a la pila de compost. ¿Puedes hacer eso por mí? —Dejo el barreño lleno de pieles en el suelo y Nick mira por encima de mi hombro, con los labios fruncidos mientras piensa.

—¿Eso te ayudará?

—Sí, por supuesto.

—¡Vale!

Justo cuando va a coger algunas pieles, le agarro la muñeca. —Primero el abrigo y el gorro, ¿vale? Afuera hace un frío que pela.

—Sí. —Nick se da la vuelta de repente y sale corriendo de la cocina. Mientras no está, abro la puerta del porche trasero y coloco la tabla de cortar en la encimera junto a la ventana para poder vigilarlo. Es una forma un poco pícara de quitármelo de en medio mientras preparo la comida de Año Nuevo, pero así se siente útil y eso es lo más importante.

Cinco minutos después, Nick vuelve con su anorak y se encasqueta un gorro de lana rojo sobre los rizos. —¡Listo!

—Ah, jovencito. Ven aquí. —Haciéndole una seña con un dedo para que se acerque, me pongo en cuclillas y le subo la cremallera del abrigo hasta arriba—. Ahora quiero que me prometas que no correrás. No quiero que te caigas en la nieve.

—Te lo prometo —dice Nick, jadeando un poco por la carrera que se ha dado por la casa—. ¿Puedo ir ya?

—Sí, puedes.

La ráfaga de aire frío que entra por la puerta trasera es un pequeño precio a pagar por mantener a Nick ocupado. Coge puñados de pieles de verdura y sale a toda prisa, baja los dos escalones que dan al césped cubierto de nieve y recorre todo el camino hasta el fondo

del jardín. Allí, arroja las pieles a la pila de compost, que está tan helada como el resto del jardín.

Mantengo la atención dividida entre él y la cocina, cubriendo las zanahorias y las chirivías con mi propio glaseado de miel, echando sal a las patatas y poniéndolas a hervir, quitando las hojas exteriores de las coles de Bruselas y colocándolas en su propia bandeja. Mientras cocino, el barreño de pieles va vaciándose poco a poco, mientras que la cocina se llena del apetitoso aroma que desprende el pequeño pollo asado que hay en el horno.

El año pasado cocinó papá. Asó un jamón con toda su guarnición y se pasó toda la mañana y la tarde en la cocina. Era su tarea, ya que mamá siempre se encargaba de la Navidad. Este año me ha tocado a mí. Asé un pavo pequeño en Navidad y ahora estoy aquí, asando un pollo porque la idea de comer un jamón no preparado por mi padre era demasiado dolorosa.

Tuvimos nuestras diferencias, pero su ausencia es como una alarma que suena constantemente en el fondo de mi mente, negándose a dejarme olvidar que ya no está aquí.

Su funeral me ha dejado sin blanca, al igual que ajustar mis cuentas para hacer frente a las facturas de esta casa y a las deudas de mis padres, ya que mamá no ha trabajado desde el infarto de papá. Equilibrar esto yo sola es un esfuerzo y, por mucho que intento quitármelo de la cabeza, no puedo.

No después de la llamada que escuché anoche.

Si Angelic Jewels está en apuros, tengo derecho a saberlo. Soy gerente. Me encargo de un departamento entero que es prácticamente independiente del resto de la empresa, así que, si hay un problema con la supervivencia de la compañía, debería ser la primera en saberlo.

El enorme volumen de pedidos que recibo a través de la página web debería ser prueba suficiente, pero, por supuesto, Jimmy se lo

guarda todo para él. Podría enfrentarme a él. Con la suerte que tengo, lo usaría como excusa para despedirme y acabaría en una situación aún peor.

Darle vueltas a todo en la cabeza me ayuda a conseguir el puré de patatas más suave que he hecho en mi vida. Cuando termino, me duele el hombro y mi mente no tiene más claro qué demonios se supone que debo hacer.

—¡He terminado! —Las palabras sin aliento de Nick me devuelven de golpe a la realidad.

Miro hacia abajo, el barreño está completamente vacío y Nick lo señala orgulloso, agitando las manos a los lados y con las mejillas sonrosadas por el frío. —¿Qué toca ahora?

—Gracias. —Me río—. Ahora necesito que te quites el abrigo y el gorro, y que luego te laves las manos. ¿Puedes hacer eso por mí?

—¡Vale! —Nick infla las mejillas y se va contoneándose con un suave quejido—. Qué trabajo más duro.

Riéndome para mis adentros, aparto el puré y cierro rápidamente la puerta trasera, conservando el calor en la cocina. Después de enjuagar el barreño y comprobar el pollo, coloco el taburete de Nick cerca de la mesa y pongo tres platos. Él vuelve, sonriendo, y se sube inmediatamente al taburete.

—¿Te has lavado las manos?

—¡Sí! —Me pone las manos, rosadas y con un ligero olor a flores, delante de la cara y luego fija la vista en los platos—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Ves estas salsas? —Tres cuencos pequeños están delante de él: uno con kétchup, otro con salsa de carne y otro con salsa de arándanos—. Quiero que decores los platos para que queden bonitos para cuando ponga el pollo encima. ¿Puedes hacerlo?

—¡Sí! —Nick aplaude con entusiasmo y coge la primera cuchara—. ¿Podemos hacer esto también para mi cumpleaños?

Mi corazón se detiene un instante en mi pecho. —¿Tu cumpleaños?

—Mmm. ¿Puedo pintar los platos?

—¿Con pintura de verdad o para la comida?

—Para la comida, tontita —se queja Nicky—. ¡Con mucho, mucho, mucho glaseado!

Su cumpleaños no es hasta febrero, pero a este ritmo, llegará antes de que me dé cuenta. Más dinero que no tengo. Todo lo que había ahorrado para su fiesta de cumpleaños se fue en organizar una Navidad decente para todos. Tendré que ser creativa para su cumpleaños.

—Seguro que podemos pensar algo —digo, sin querer romperle la ilusión todavía.

—¡Guay! Quiero invitar a todos mis amigos y enseñarles que soy el que mejor lo hace. ¿Te gusta, mamá?

Mientras me muevo por la cocina, echo un vistazo a los pegotes de salsa esparcidos por un plato. —¡Es precioso!

—A la abuela le gustan los pájaros, ¿verdad?

Entrecierro los ojos, incapaz de ver la forma del pájaro, pero su entusiasmo es suficiente para arrancarme un sonido de aprobación.

Añado mantequilla y nata al puré, compruebo las verduras asadas, abro una lata de salsa nueva y estoy sacando el flan de la nevera cuando mi móvil se ilumina encima de ella. Dejo el flan a un lado; hay un mensaje nuevo entre varios de felicitación de Año Nuevo.

Mi mejor amiga, Stacey, ha enviado un montón de emoticonos de fiesta seguidos de varias copas de cóctel y signos de interrogación a un chat de grupo con antiguas amigas del colegio con las que no hablo desde hace años. Stacey es la única con la que he mantenido

una relación estrecha, ya que todas las demás se apartaron cuando me quedé embarazada. Tener un hijo tan joven pareció asustarlas o, como mínimo, incomodarlas, pero todavía me saludan de vez en cuando.

Una avalancha de respuestas afirmativas llega de todas las demás y estoy a punto de ignorarlo cuando Stacey me etiqueta en el chat de grupo tres veces y luego me envía un mensaje.

[**Stacey**]: ¿Unas copas??

[**Calliope**]: No puedo.

[**Stacey**]: Porfa. Hace mil años que no te veo.

[**Calliope**]: Lo sé, lo siento, cariño. Es que… es complicado.

[**Stacey**]: ¿Por Nick?

[**Calliope**]: Y por mi madre. Es difícil, ya sabes.

[**Stacey**]: Ah, claro. Bueno, si cambias de opinión, ¡escríbeme! ¡Te quiero!

Le respondo con todos los emoticonos de corazones que puedo mientras vuelvo a dejar el móvil encima de la nevera.

—Vigila que no se queme el pollo. —Mamá está de pie en el umbral de la puerta, con el pelo oscuro alborotado por un lado y los ojos aún pesados por los restos de la siesta.

—El pollo está bien.

—¿Pero qué demonios está haciendo? —Mamá se precipita hacia delante de repente y le sujeto el brazo antes de que pueda quitarle la cuchara de la mano a Nick.

—Está decorando.

—Parece horrend…—

—¡Nick! —digo en voz alta, interrumpiéndola—. ¿Por qué no vas a ver si has recibido algún mensaje de Año Nuevo de tus amigos?

—¿En el iPad? —pregunta Nick, con los ojos como platos.

—Sí.

—¡Guay! —Abandona inmediatamente sus diseños de salsa, se baja del taburete y sale de la cocina como un hombrecito con una misión.

—¿Qué te pasa? —siseo mientras mamá se zafa de mi agarre—. Tiene cinco años. Déjale decorar los platos.

—Eso no es decorar. Le estás dejando jugar con la comida. Eso es muy irresponsable, Calliope. ¡Yo no te he educado así!

Se me arrebolan las mejillas y me doy la vuelta para esconderlas de su mirada penetrante, centrándome en que la mantequilla se derrita perfectamente en el puré. —Es solo para divertirse un poco.

—Yo no voy a comer en eso —murmura con asco.

—Pues te pondré un plato limpio. No es para tanto.

—A tu padre no le gustaría.

Detengo la cuchara y me quedo mirando fijamente cómo los picos del puré se hunden muy lentamente unos en otros. —No voy a tener esta discusión contigo.

—No estoy buscando pelea.

—Sí que lo haces. Te quedas ahí diciendo que a papá no le habría gustado cuando fue él quien se sentó con Nick y decoró todos esos platos en Pascua. ¿O es que ya no te acuerdas? —Aprieto los dientes con fuerza y el dolor me recorre las encías—. Si papá estuviera *aquí*, ni siquiera estarías actuando así.

El ruido de platos me hace girar. Mamá ha recogido los tres platos y no puedo impedir que los tire al fregadero y abra el grifo a toda potencia. —Tiene que madurar.

—Tiene *cinco* años. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada —espeta mamá—. La vida es demasiado corta para estas tonterías, eso es todo. —Las palabras se le atoran en la garganta y, por un momento, me debato entre dos pensamientos. La compasión porque está de luto y es un dolor que ambas compartimos, y la rabia porque acaba de arruinar lo que Nick ha pasado los últimos veinte minutos creando felizmente.

La rabia gana. —Deberías irte. No voy a dejar que tu mal humor arruine el primer Año Nuevo que tiene la oportunidad de recordar —siseo—. Sé que estás triste y enfadada. Yo también lo estoy. Pero nos aguantamos porque tú sabes tan bien como yo que papá querría que le diéramos a Nick lo mejor que pudiéramos. ¡Y esto no es lo mejor de ti!

Mamá no me mira. Se queda mirando los platos y observa cómo las criaturas de salsa arremolinadas se disuelven bajo el chorro de agua hasta que cada plato está perfectamente limpio. Luego se vuelve hacia mí y nuestras miradas se encuentran.

—Hablando de tu padre, voy a redecorar.

—¿Qué?

—No puedo vivir en una casa que me lo recuerda a cada paso. Necesito un cambio. Necesito distancia. No puedo, Calliope. Me niego a que me atormenten en mi propia casa.

—Yo… —Hasta cierto punto, la entiendo, pero surge un problema muy evidente de inmediato—. Mamá, no podemos permitírnoslo.

—Tengo ahorros.

—No, no los tienes. Apenas te queda nada, y desde luego no lo suficiente para una reforma.

—Entonces puedes ayudarme tú.

—¿Estás de broma? ¡Yo tampoco tengo nada! —Me cuesta mantener la voz serena.

—Tienes un buen trabajo —espeta mamá—. No te quedes ahí parada guardándotelo para ti, Calliope. ¡Eso es indeciblemente egoísta!

—Ah, perdona, ¿de dónde esperas que saque el dinero para pagar la decoración de *tu* casa?

—¿Y el dinero que tienes guardado para tu apartamento? Lo estás alquilando ahora mismo, ¿no?

—Sí, para cubrir los gastos de mantenimiento y nada más. ¡No gano dinero con él!

—Estás siendo cruel, Calliope —dice mamá, y levanta la voz—. ¡Esta es mi casa! ¡Tengo derecho a hacer lo que quiera en mi propia casa!

—¿Con qué dinero? —le espeto, exasperada. Antes de que la discusión se encienda más, suena mi móvil y me lanzo a por la distracción para evitar una pelea a gritos que probablemente acabaría con ella llorando y Nick asustado—. ¿Diga?

—Cal. —La voz de Jimmy se desliza en mi oído y me revuelve el estómago—. Me alegro de pillarte.

—¿Qué pasa?

—Sé que te pediste el día libre, pero te necesito mañana. Reunión de emergencia. Sin excepciones, ¿me oyes? A menos que quieras quedarte sin trabajo. —Suelta una risa corta y sibilante y cuelga inmediatamente.

Mierda.

# 5

# ELIJAH

«Esta es Mandy. Es la responsable de redes sociales y marketing. Y esta es Victoria. Se encarga de la distribución en las tiendas y de asegurarse de que todos los escaparates estén presentables. Ah, y este es Chris, ¡la columna vertebral del almacén!».

Chris parece tremendamente incómodo cuando Jimmy, el director ejecutivo de Angelic Jewels, le pasa un brazo por los hombros y lo atrae hacia sí para darle un abrazo. Nuestras miradas se cruzan muy brevemente e intenta dedicarme una sonrisa, pero tan rápido como lo envuelve en el abrazo, lo aparta de un empujón y Jimmy ya se está alejando sin dejar de hablar, esperando claramente que lo siga.

Esto… va a ser duro.

—Como se puede imaginar, tenemos un equipo muy dedicado que está aquí incluso a estas horas tan tempranas, y creo que eso dice mucho de la dedicación y la ética de trabajo que tenemos aquí —Jimmy sorbe por la nariz ruidosamente, un sonido que me rechina en los oídos, pero mantengo la sonrisa amable en la cara y escucho.

No me había esperado encontrarme con nadie más que con Jimmy hoy, teniendo en cuenta que la mayoría de la gente se coge tiempo libre para pasarlo con sus familias en Año Nuevo. A juzgar por el

brillo de resaca visible en los ojos de la gente, sospecho que la mayoría están aquí a la fuerza, y tienen toda mi compasión.

Sin embargo, yo estoy donde quiero estar. Es esto o quedarme sentado en la habitación del hotel, mirando las paredes y preguntándome si estoy tomando la decisión correcta.

Jimmy me lleva de un despacho a otro y me presenta al gerente de financiación, del que inmediatamente consigo sus datos de contacto y a quien pongo en comunicación con Buster; al enlace de envíos, con el que organizo un almuerzo para ahondar en el origen de las piedras de Angelic Jewels, y luego de vuelta a marketing, donde Jimmy intenta durante diez minutos explicar la importancia del marketing como si yo fuera un cualquiera sin una empresa multimillonaria a mis espaldas.

Si este acuerdo se basara solo en estas interacciones, haría las maletas inmediatamente y volvería a Nueva York.

—Por muy interesante que sea esto —digo, interrumpiendo con delicadeza la perorata de Jimmy sobre su idea de esconder joyas dentro de pavos en Navidad—, vi en la web que tienen un servicio especializado de suscripción.

La cara redonda de Jimmy se descompone al instante y sorbe por la nariz. —Si quiere llamarlo así. Apenas es nada, es un simple cuarto de correo con ínfulas.

—Pero es su principal fuente de ingresos.

—Para nada —ríe Jimmy, sacándome del despacho de marketing—. Mire, confíe en mí cuando le digo esto. Las tiendas son las que dan dinero, ¿de acuerdo? Ahí es donde está el tránsito de gente. A la gente le atraen los preciosos expositores y nuestro personal de tienda hace un gran trabajo asegurándose de que la gente se vaya con el doble de lo que quería. Y, de vez en cuando, tenemos algún cliente importante que no quiere irse llevando una joya que cuesta más que su coche, así que pide que se la envíen. Pero eso es todo.

Habla tan rápido que es difícil seguirle el ritmo, pero hay una cosa que me llama la atención y que contradice directamente todo lo que he leído. El servicio de suscripción y envío es la razón principal por la que estoy aquí.

¿Me han mentido?

—Aun así, me gustaría conocer a quienquiera que esté a cargo de esa parte del negocio.

—Luego —Jimmy me despacha con la mano y otro sorbido odioso—. Quiero llevarlo a visitar un par de nuestras tiendas para que vea exactamente de lo que hablo. La gente dice que el comercio a pie de calle se está muriendo, que el tránsito de clientes es cosa del pasado. ¿Sabe lo que digo yo? —Deja de caminar, se gira hacia mí y me da un toque en mitad del pecho—. Digo que se está convirtiendo en algo de élite. Piénselo. Hace cien años, los pobres solo tenían caballos. Ahora los caballos son un lujo. Ocurre con todo. El comercio a pie de calle era para la gente corriente, ¿y ahora? Ahora se está convirtiendo en algo de élite y tenemos que estar a la vanguardia de ese cambio. Nada supera ver el brillo de los diamantes con luz de verdad en tu propia mano. Eso no se puede capturar en una página web —ríe a carcajadas y me da una palmada en el hombro—. ¿Un café?

Me mordisqueo con suavidad el interior de la mejilla y me muerdo la lengua para no soltar todos los comentarios airados que se agolpan en mi interior sobre cómo Jimmy no para de ponerme la mano encima y, en su lugar, fuerzo una sonrisa. —Le entiendo. Pero aun así me gustaría asegurarme de conocer a todo el mundo. ¿Se encarga usted de la página web?

Rendido, Jimmy suspira y por fin se aparta de mí. —No, de eso se encarga Cal.

—¿Cal?

Los pasos de Jimmy hacia el ascensor son mucho más lentos, como si cada vez estuviera más reacio a llevarme al despacho de Cal. Debe de ser todo un personaje para que Jimmy no quiera que lo conozca.

—Cal es quien gestiona las suscripciones aquí y lleva la web. La trata como si fuera su puto bebé. Sinceramente, si quiere ver ética de trabajo, Cal no es a quien debería observar. ¿Victoria? Ella es apasionada y testaruda. Cal es una simple vaga.

—¿Vaga?

—Sí —Jimmy chasquea los labios—. O sea, gestionar una web es solo hacer clic en unos cuantos botones, mover unas cuantas fotos y luego lamer un sello. Es degradante, si quiere mi opinión.

—Ya veo —frunzo el ceño mientras el ascensor desciende con un zumbido—. Si es tan terrible, ¿por qué mantiene el departamento?

—Bueno, Cal lleva aquí más tiempo que la mayoría, así que deshacerse de ella es complicado. Y, hasta cierto punto, la web genera suficiente dinero como para cubrir gastos.

—¿Solo cubrir gastos?

—Sí. Cal hace lo mínimo indispensable. Se lo digo yo, si quiere mi consejo, elimine la web de inmediato. No necesitamos más que una página de información que *dirija* a la gente a las tiendas, no una que los anime a quedarse en casa mirando fotos que no le hacen justicia a las joyas. Es ridículo.

Interesante. O Cal es de alguna manera peor que Jimmy, y por eso no se llevan bien, o está haciendo un trabajo fantástico y a Jimmy se lo están comiendo los celos mientras sale furioso del ascensor y avanza por el pasillo. El primer despacho que comprobamos está vacío, y Jimmy refunfuña entre dientes sobre la pereza; luego me lleva por un desvío para encontrar un almacén. Al parecer, Cal siempre está en una de esas dos salas.

A medida que nos acercamos a la puerta del fondo, algo extraño me llama la atención. Un estruendo que aumenta con cada paso. Mientras camino detrás de Jimmy, que no parece afectado por el ruido, intento identificarlo. Es como la ráfaga de aire que precede a un tren en el metro, o el bullicio que azota la ventanilla cuando corres por la autopista. No estamos en una planta lo bastante baja como para que ninguno de esos sonidos sea el correcto, pero es lo único que se me ocurre para cuando llegamos a la puerta.

El sonido es mucho más fuerte.

—¿Qué coño es eso? —masculla Jimmy, reconociendo por fin el sonido y haciendo que me sienta un poco menos loco. Agarra el pomo y lo gira, y luego abre la puerta de un empujón con un solo movimiento fluido.

El caos nos da la bienvenida.

El agua cae a chorros del techo como una cascada, empapando por completo a la única persona que hay en la habitación, que intenta protegerse con una mano mientras lucha con una pila de cajas a punto de volcar con la otra. Está librando una batalla perdida mientras el agua empapa el cartón, aumentando la inestabilidad de la torre. Otras incontables cajas están esparcidas por el suelo, anegadas y desmoronándose bajo la presión constante del agua que cae desde arriba.

Jimmy y yo observamos la escena con una mezcla de horror y yo retrocedo cuando una ola me roza el zapato. A treinta centímetros de distancia flota un collar, y entonces me doy cuenta de la gravedad de la situación. Una tubería reventada vertiendo agua directamente en un almacén le hace perder a esta empresa miles, quizás cientos de miles, dependiendo de lo que guarden aquí.

—¿Cal? —grita Jimmy por encima del ruido ensordecedor—. ¿Qué coño has hecho?

Una mujer con el pelo negro azabache pegado a la cara y al cuello como vetas de tinta negra se gira en redondo. Sus llamativos ojos azul hielo arden de inmediato con la chispa de la furia y le grita de vuelta: —¿Yo? ¿Lo dice en serio, joder? ¿Por qué no cogía el teléfono? ¡Le he llamado una y otra vez! ¿Pero qué coño le pasa?

Yo mismo he visto a Jimmy con el móvil en la mano un montón de veces, ignorando claramente sus llamadas. ¿Es esta Cal?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Soy un hombre ocupado y eso no responde a mi pregunta! ¿Qué coño has hecho?

—¿Yo? —chilla a pleno pulmón, farfullando mientras la fuerza del agua aumenta.

La preocupación crece de inmediato en mi pecho. Esto no es seguro.

—¡Estaba así cuando llegué! Lo primero que hice fue intentar salvar las cajas, y luego parte del techo se vino abajo y todo este agua se precipitó dentro. ¡Es usted! ¡Es culpa suya! ¡Si hubiera mantenido las patrullas de seguridad nocturnas como le dije, esto se habría descubierto hace horas!

—¡No puedes echarme la culpa a mí!

—¡Sí que puedo! —grita ella, completamente enfurecida—. ¡Mire este sitio! ¡Este agua lleva horas filtrándose! Todo nuestro género, los ordenadores, los archivos y todo está arruinado, Jimmy. ¡Arruinado!

—Siento interrumpir, pero no creo que esto sea… —Mientras hablo, con la intención de animar a la mujer a abandonar el género que intenta proteger y a salvarse a sí misma, un chasquido ensordecedor resuena sobre nuestras cabezas. Una grieta profunda y grande se extiende por el techo justo encima de ella, cruzándose con varias otras fisuras.

Actúo sin pensar, salto sobre el escritorio de metal y me lanzo hacia la mujer mientras se tambalea por la fuerza del agua. Nuestros

cuerpos chocan cuando le paso un brazo por la cintura, manteniéndola pegada a mí mientras retrocedemos a trompicones por el agua que nos llega a los tobillos y colisionamos con la pared del fondo.

Apenas un segundo después de chocar con ella, el techo se abre y varios trozos de las placas del techo y astillas de vigas debilitadas se estrellan contra el suelo donde Cal estaba de pie.

Su aliento caliente me calienta el cuello mientras jadea contra mí, con las manos aferradas a mis brazos y los ojos muy abiertos mientras mira fijamente el lugar en el que se encontraba hace apenas unos segundos. Si no la hubiera alcanzado, estaría bajo esos escombros y quién sabe cuán graves serían sus heridas.

—¡Cal! ¡Estás destrozando mi edificio! —chilla Jimmy desde la puerta, tirándose de su cabello ralo.

—¡Cuántas veces! —grita la mujer en respuesta, sus largas uñas clavándose en mi piel a través de mi chaqueta mientras el agua helada me empapa los calcetines y me sube por la pernera del pantalón—. ¡Es *Calliope*!

Mientras grita su nombre por encima del torrente de agua, se aparta el pelo de la cara y una tensión repentina me golpea en el pecho. Se me corta la respiración cuando me lanza una mirada y dice: —Gracias.

Pelo negro azabache, piel dorada, unos impresionantes ojos azul hielo y unas cejas oscuras más afiladas que cualquier cuchilla despiertan algo familiar en mi corazón, dejándome sin aliento por un momento.

La *conozco*.

## 6

# CALLIOPE

Una hora después de entrar en el absoluto desastre que es el almacén, estoy sentada en la sala de descanso envuelta en varias toallas, vestida con la ropa seca del gimnasio de Victoria y sosteniendo una taza de café horrible cuyo único propósito es calentarme.

Qué *coño*.

Qué manera tan terrible de empezar el Año Nuevo. No puedo ni calcular cuántas existencias hemos perdido. He oído a Jimmy mencionar algo de secarlo todo, pero los daños por agua, el riesgo de óxido o de que aparezcan manchas en las joyas y las piedras, por no hablar del riesgo de contraer alguna enfermedad por el origen del agua… Es como para que me dé vueltas la cabeza.

Y, de alguna manera, peor que la tubería reventada, peor que los daños del agua y peor que las existencias perdidas es el hecho de que me haya salvado Elijah.

¿Qué coño hace aquí? ¿Acaso me he quedado dormida y me he despertado en una especie de realidad alternativa demencial donde el mundo se ha ido a la mierda y, de algún modo, Elijah Baird está

en el edificio de mi oficina salvándome de morir aplastada por los escombros?

Doy un sorbo al café y cierro los ojos.

Solo es una pesadilla. Una pesadilla horrible.

—Oye, tía, ¿necesitas algo más? —Al abrir los ojos, veo que Victoria ha aparecido ante mí con el rostro desfigurado por la preocupación —. ¿Llamo a un médico? No sé qué hacer en un caso como este.

—Estoy bien —la tranquilizo—. Solo que tengo mucho, mucho frío.

—¿Seguro? ¿Y si has pillado algo del agua? Una vez vi una película en la que una chica perdía la pierna porque se hizo un corte bajo el agua, no le hizo caso, se le infectó todo y se la tuvieron que cortar.

—¿Estaba en un edificio de oficinas?

—No, estaba en un barco.

—Entonces creo que estaré bien. Aunque gracias por la ropa y por todo.

—¡Claro! Me das la excusa perfecta para saltarme mi propósito de Año Nuevo de ir al gimnasio todos los días. —Victoria se ríe, pero se pone seria de inmediato cuando Jimmy entra furioso en la sala de descanso.

—Fuera —le espeta él a Victoria, que se escabulle—. Explíquese.

Lo miro por encima del borde de la taza. —¿Qué más quiere que le explique?

—¿Cómo *cojones* ha pasado esto? —golpea la mesa que tengo delante con una mano, haciéndome sobresaltar—. ¿Cuánto producto hemos perdido? ¿Cómo ha podido ser tan jodidamente descuidada? ¿Tiene idea de lo incompetente que ha parecido, de la imagen que ha proyectado de *mí* en un día tan importante? ¿Es que mi llamada de ayer no le dio ninguna pista de que hoy era un día en el que todos teníamos que dar lo mejor de nosotros mismos? Y, sin

embargo, Cal, ha conseguido joder no solo su propia reputación, sino también la mía.

Cada palabra provoca un sutil respingo en mi columna vertebral, y un calor me escuece tras los ojos, mezclándose con la rabia de que me hayan puesto en semejante situación. Su llamada de ayer no insinuaba que fuera a ocurrir nada importante, al menos no para mí.

—¡Me llamó para una reunión de emergencia, nada más! ¡Vine en mi día libre porque pensaba que ya había pasado algo malo, no que iba a meterme de lleno en ello por tardar cinco minutos en comprobar una factura!

—Cal…

—¡Es Calliope!

—¿Calliope? —Una voz más grave y mucho más suave se alza detrás de Jimmy, que se gira bruscamente. Elijah está ahí, medio vestido con una cara camisa azul de seda y unos pantalones de chándal de algodón que ha conseguido de alguna parte. Lleva las mangas remangadas hasta los codos y el pelo castaño oscuro alborotado, aplastado cerca de la frente, donde la mano y el agua parecen haberle quitado algo de volumen. Está tan guapo ahora como entonces. Más, incluso.

—Esa soy yo.

—¿Se encuentra bien? —Tal cálida preocupación inunda sus ojos verde oscuro que el corazón me da un vuelco y, por un momento, no sé cómo responder. No actúa como si me reconociera. ¿No se acuerda de mí? Quizá no le ha dado tantas vueltas a aquella noche como yo, pero, vistos los resultados, no se me puede culpar.

Lo miro en silencio hasta que avanza, pasando por delante de Jimmy como si ni siquiera estuviera allí. —Si necesita atención médica…

—No, no —me apresuro a decir—. Estoy bien, se lo prometo. —También es un gasto que no me puedo permitir, así que estoy bien,

sea cierto o no.

—He hablado con el administrador del edificio. El equipo al que ha llamado ha explicado que había un atasco en las oficinas de arriba. La presión del agua, junto con el frío extremo de estos últimos días, ha reventado la tubería, y el agua no tenía a dónde ir más que hacia abajo. Sospecha que el agua se ha estado acumulando durante el último día y el techo finalmente ha cedido. Sabrán más después de una investigación exhaustiva, por supuesto.

Me cuesta un mundo no girarme hacia Jimmy y escupirle un «*se lo dije*». Es increíble que haya intentado culparme, pero, al fin y al cabo, ¿qué más puedo esperar de un hombre como él?

—¿Cuánto va a costar eso? —exige Jimmy—. Seguro que lo cubrirá el seguro, porque no pienso aceptar ninguna responsabilidad.

—¿De quién son las oficinas de arriba? —pregunta Elijah sin apenas mirar a Jimmy.

—Bueno… Técnicamente, de Marketing, ¡pero compartimos esa planta y un par más con una asesoría contable!

—Mmm —Elijah se vuelve hacia mí y me tiende la mano—. Soy Elijah Baird. Director general de Amber Limited.

No me reconoce. Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Fue una noche de locura hace seis años, y luego nos separamos para no volver a vernos.

Hasta ahora.

Acepto su mano, luchando por ignorar cómo mi corazón vuelve a agitarse cuando su cálida palma envuelve la mía. —Calliope Locke. Por cierto, gracias por salvarme.

Elijah me aprieta la mano y sonríe cálidamente. —Usted hizo más de lo que yo habría hecho, eso seguro. Con su rapidez mental, al colocar varias de esas cajas encima del archivador, creo que ha salvado una gran cantidad de existencias. Es cierto que hay daños

irreversibles, pero sin usted, toda esa sala se tendría que haber dado por perdida.

Me muerdo la mejilla y sonrío, combatiendo el repentino calor que me sube por el cuello. —No es nada.

—Debería estar orgullosa —dice, y finalmente me suelta la mano—. No es la forma en que quería presentarme, pero supongo que es memorable.

—¿Ha dicho que era de Amber Limited? —Dejo el café—. He oído hablar de ustedes. ¿Qué hace aquí? Creía que Amber Limited se dedicaba por completo a la adquisición y suministro de piedras preciosas. No es algo con lo que tratemos normalmente.

—No tenemos que hablar de eso ahora —interrumpe Jimmy, pero Elijah lo ignora y se sienta frente a mí.

—Estamos haciendo algunas comprobaciones sobre la calidad de las piedras y cómo sobreviven desde el origen hasta la venta. Hemos tenido un aumento de las quejas, y no sería un buen director general si ignorara algo así. Sé que este lugar no se ocupa directamente de la adquisición de gemas, pero a menudo engastamos las joyas que ustedes venden, así que estoy haciendo las rondas.

A pesar de la sinceridad en la voz de Elijah, la expresión de alivio en el rostro de Jimmy me dice que no me está contando toda la historia. ¿Está Amber Ltd. aquí para comprarnos? No logro entender por qué estarían interesados en un negocio como el nuestro, ya que, la última vez que lo comprobé, operaban desde Nueva York y, como dice Elijah, se dedican exclusivamente a las piedras preciosas.

Entonces, ¿por qué está aquí?

Ardo en deseos de preguntar, impulsada por el frío que se me ha metido en los huesos, pero no puedo preguntar nada más directamente sin revelar que oí la llamada telefónica. Esa es la única munición que tengo, y no voy a revelarla todavía.

—¿Y eso es algo que el director general hace personalmente? —pregunto, atreviéndome a insistir un poco más.

—Soy un director general que se involucra —dice Elijah, dedicándome la misma sonrisa encantadora que me llamó la atención hace seis años.

Es una distracción, y me obligo a volver a mirar mi café, atrapando el calor menguante entre mis manos. Hace seis años se cometieron errores, y no voy a caer dos veces en la misma sonrisa. —¿Así que vino a comprobar la calidad de las piedras y en su lugar se encontró con una tubería reventada que destruía parte de nuestras existencias?

—Irónicamente, será un testimonio de cómo sobreviven las piedras. Ninguna de esas existencias podrá venderse, pero las piedras sí pueden recuperarse y los metales preciosos fundirse de nuevo. Eso no sería algo de lo que nos encargaríamos nosotros, pero es algo que supervisaré de cerca.

Elijah habla con una tranquila fluidez que mantiene la conversación en marcha, impidiendo que Jimmy intervenga por mucho que se adelante con algo que decir. Es un talento envidiable, ya que sé que a mí me cortaría en cuanto hablara demasiado tiempo.

—Bueno —respondo con una risa seca—, si de verdad quisiera comprobar las existencias, sería mejor que fuera a los almacenes en lugar de aquí a la oficina. Esto es una muestra muy pequeña.

—No —interviene Jimmy por fin—. No hay necesidad de eso.

—En realidad —replica Elijah—, eso es exactamente lo que quería hacer, pero usted —se vuelve hacia Jimmy— me dijo que todas las existencias se habían trasladado aquí por las fiestas.

—Bueno… —Jimmy resopla, aspirando profundamente—. Lo que quería decir es que todo lo importante está aquí.

—Todo es importante. —Hay un filo en la voz de Elijah tan sutil que hace que Jimmy retroceda. Elijah se gira de nuevo hacia mí—. ¿Conoce bien el almacén?

Lo miro a los ojos, sorprendida. —Bastante. Es decir, paso allí quizá dos tercios de mi tiempo.

—Excelente. ¿Puede hacerme una visita guiada?

Me quedo con la boca abierta y miro alternativamente a él y a mi jefe, sin saber qué decir. Idealmente, pasar más tiempo con Elijah me expone a un montón de recuerdos que preferiría evitar. Pero si quiero saber más sobre su acuerdo secreto, esta sería la oportunidad perfecta para quedarme a solas con él y preguntar.

—No creo que… —empieza a decir Jimmy, y por fin es mi momento de interrumpir.

—Sí. Puedo hacerlo. Puedo contarle *todo* lo que quiera saber.

El rostro de Jimmy se ensombrece de ira mientras Elijah sonríe y se levanta. —Excelente. La veré en un par de días, cuando haya tenido tiempo de recuperarse. Confío en que Jimmy le dará tiempo libre para ello.

—Claro —dice Jimmy con voz ahogada—. Sin duda.

Por mucho que esta adquisición secreta pueda significar el fin de mi trabajo, casi vale la pena solo por ver a Jimmy retorcerse ante un hombre al que no puede intimidar.

# 7

# ELIJAH

Dos días después de que varias plantas del edificio de oficinas se convirtieran en piscinas cubiertas, llego al almacén cerca de la costa de San Francisco con una sola cosa en la cabeza.

Calliope.

No me puedo creer que de verdad esté aquí.

He pasado los dos últimos días intentando averiguar si me recordaba y lo disimulaba muy bien o si me ha olvidado por completo. Incapaz de decidirme en ese momento, opté por lo segundo y fingí que yo tampoco la conocía para intentar ahorrarnos a ambos la bochornosa situación. Pero ni siquiera cuando dije mi nombre hubo en ella el más mínimo atisbo de reconocimiento.

Cierto, han pasado cinco o seis años desde la última vez que la vi, pero yo jamás podría olvidar esa cara. Ni esa sonrisa. Ni ese cuerpo.

Mi coche de alquiler entra en el aparcamiento sin problemas y aparco cerca de la parte delantera del edificio, sorprendido de lo concurrido que parece el lugar. Tan poco después de Año Nuevo, esperaba encontrar solo al personal mínimo mientras los empleados aprovechaban al máximo sus vacaciones.

Salgo del coche y Calliope me llama la atención de inmediato, justo cuando la ligera salinidad del aire se me cuela en los pulmones. Estamos lo bastante cerca de la costa como para que los tentadores aromas del mar lleguen con el viento. Si no hiciera un frío que pela, con el suelo cubierto de hielo, sentiría la tentación.

No recuerdo la última vez que fui a la playa.

Calliope está de pie cerca de la entrada, con la cabeza gacha y su melena negra formando una larga cortina para protegerle la cara del frío viento. Se frota las manos desnudas y golpea el suelo nevado con sus botas, intentando conservar el poco calor que le queda.

—¿Calliope? —Me apresuro hacia ella, dolorosamente consciente de que cada segundo que me tomo para admirarla es un segundo más que tiene que pasar en el frío.

Levanta la cabeza de golpe y se aparta el pelo detrás de la oreja mientras me dedica una sonrisa educada. —Señor Baird.

Oh, eso duele. —Solo Elijah, por favor.

—De acuerdo. Elijah. ¿Está listo para la visita?

—Sí, por favor. Espero que ahí dentro haga más calor que aquí fuera.

—Me temo que se llevará una decepción —dice Calliope, echándose hacia atrás mientras abre la pesada puerta—. No encontrará mucho calor en estos almacenes.

—¿Y los trabajadores? —pregunto mientras la sigo al interior.

—En palabras de Jimmy: «Trabajan lo suficiente como para entrar en calor».

Me detengo en el felpudo y doy unas patadas en el suelo para quitarme de los zapatos cualquier resto de nieve que se haya pegado en el trayecto desde mi coche. —¿Supongo que cumpliendo sobradamente la normativa?

—Por supuesto. Verá que aquí todo está en regla. Al pie de la letra, y ni un ápice más.

No bromeaba. Aunque hay una sutil calidez en el aire que solo se detecta en los primeros minutos después de entrar desde el frío glacial, dentro hace demasiado fresco para que yo esté a gusto. Me acurruco en mi abrigo y sigo a Calliope mientras ella se mete las manos en los bolsillos y usa el hombro para abrir la siguiente puerta, justo después de la recepción.

—¿Cuánto tiempo lleva Angelic Jewels trabajando en estos almacenes?

—Unos cuatro años —responde Calliope—. Antes teníamos almacenes más adentrados en la ciudad, más cerca de las oficinas, pero hubo un problema con el alquiler y conseguimos estos a un precio más barato.

No me extraña que Jimmy esté escatimando en calefacción. A pesar de los numerosos coches en el aparcamiento, el interior del almacén es tan vasto que solo nos cruzamos con una o dos personas durante la visita. Hileras sobre hileras de estanterías metálicas se extienden hasta las vigas del techo, mientras que innumerables cajas de madera sobrecargan las estanterías, cubren los suelos y se apilan en palés cerca de una puerta de reparto más grande. Un hombre conduce una carretilla elevadora, moviendo las cajas de un lado a otro, pero Calliope me guía por una ruta que evita que nos interpongamos en su camino.

—Entonces, explíqueme cómo funciona esto —digo mientras me pongo a su altura—. Parece más un almacén de depósito que uno de envío.

—En cierto modo lo es. Jimmy decide lo que quiere enviar a las tiendas una vez que cambia cada temporada, y esas joyas específicas suelen enviarse aquí primero. Ahí al fondo, tenemos un pequeño equipo de clasificación que revisa estas cajas cuando se necesitan cantidades más pequeñas, pero la mayoría de las veces,

estas mismas cajas se entregan en nuestras furgonetas a las tiendas. Luego, depende del personal de allí asegurarse de que el *stock* correcto salga a la venta en el momento adecuado.

—Parece… ineficiente.

—Depende. —Calliope se acurruca más en su abrigo—. Todo está bien empaquetado, así que no es difícil de clasificar, y solo se convierte en un problema si el *stock* no se vende en las tiendas.

—Algo común hoy en día, supongo.

Me dedica otra sonrisa educada, pero no responde. En cambio, ajusta nuestra ruta y me acerca a unas cajas abiertas donde innumerables bolsas negras y suaves descansan sobre paja fina y espesa. —Todo está claramente etiquetado, así que, mientras no haya una confusión con nuestro propio proveedor, es un proceso fluido.

—¿Se revisan estas? —pregunto, cogiendo una de las bolsas negras de la paja—. ¿Qué tipo de control de calidad garantiza que todas estén en perfectas condiciones antes de llegar a las tiendas? —El cordón plateado que rodea la parte superior de la bolsa negra se desenrolla en mi palma y un collar de rubíes cae sobre ella. La cadena de oro blanco cuelga entre mis dedos mientras examino la preciosa piedra engastada.

—Suerte —murmura Calliope. Noto una pizca de personalidad antes de que vuelva a su tono profesional—. El almacén depende de muchos contratos temporales. Si sobra gente, entonces se revisa a fondo el *stock*.

Lo que no dice es lo que me llama la atención. Sin duda, los recortes de gastos de Jimmy aseguran que nunca haya suficiente personal para ese tipo de cosas. No es lo ideal, pero puedo apañármelas.

—Háblame del servicio de suscripción. —El collar se desliza de vuelta a la bolsa y la ato—. He oído cosas increíbles.

Calliope me mira con los ojos muy abiertos. —Oh, eh… ¿qué quiere saber?

Después de volver a tirar la bolsa en la caja, sonrío con naturalidad. —Todo.

Al principio no parece dispuesta, como si algo le impidiera ahondar en los detalles de su propio departamento. Sospecho que Jimmy tiene algo que ver, ya que en el poco tiempo que conozco al hombre, me he hecho una idea bastante clara de cómo dirige las cosas y trata a la gente.

Durante el resto de la visita, Calliope empieza a contarme todo lo que quiero saber, y sus palabras fluyen con más facilidad cuanto más habla. El servicio de suscripción fue idea suya y rescató una idea del Black Friday de hace incontables años. Lo que empezó con catálogos creció rápidamente hasta convertirse en una caja de suscripción mensual con más de un millón y medio de clientes en todo el país. La mayoría de la clientela se encuentra en San Francisco, pero Calliope ha pasado la mayor parte de los dos últimos años trabajando en la expansión. A la gente le encanta la facilidad y el misterio de recibir joyas preciosas por correo cada mes sin que su cuenta bancaria sufra un golpe extremo, las cajas temáticas con festividades y estaciones siempre generan un aumento de interés, y la página web lucha constantemente con la afluencia de popularidad que a ella le cuesta mantener bajo control.

Se adentra en el funcionamiento de las cosas, pero, por desgracia, desconecto de la información. Estoy mucho más atrapado en cómo se ve mientras habla de algo que le apasiona. Sus manos escapan de los bolsillos y las mueve de un lado a otro, inclinando su cuerpo hacia mí cuanto más rápido habla. Sonríe de vez en cuando y sus ojos se iluminan de placer mientras termina de contarme sobre el aumento de popularidad en Navidad y sus ideas para una futura expansión, si tan solo pudiera convencer a Jimmy.

—¿No ve el valor del servicio? —pregunto cuando finalmente regresamos a la recepción.

—No. Habla del departamento como si compitiéramos entre nosotros. Como si las ventas de la web estuvieran robando ventas potenciales a las tiendas.

—Eso es ridículo.

—¿Verdad? —Calliope se ríe y nuestras miradas se encuentran. Por una fracción de segundo, estoy de vuelta en ese bar, presentándome como Eli. Luego ella aparta la vista y mi corazón da un vuelco. ¿Ha tenido el mismo pensamiento o de verdad no sabe quién soy? Se ha mantenido profesional durante toda la visita, pero cada vez que me mira, anhelo que diga algo que me indique que me recuerda.

Cuanto más se alarga esto, más incómodo me siento de decir algo, especialmente cuando justo empieza a sentirse cómoda.

—He de decir que no estoy de acuerdo con él. El servicio de suscripción suena como una joya, valga la expresión.

Eso le arranca una risa suave y se apoya en el mostrador de recepción. —Quizá usted pueda influir un poco en él, ya que son sus piedras preciosas. Aunque si de verdad solo está aquí para comprobar el control de calidad de las piedras durante el envío, entonces no estoy segura de qué éxito tendría.

—¿Si de verdad estoy aquí para eso? —Hay un sutil matiz en su tono que me llama la atención. Jimmy insistió en mantener la adquisición en secreto hasta que fuera un trato cerrado para evitar el pánico, pero por cómo habla Calliope, no estoy seguro de que lo haya conseguido.

—Sí, quiero decir… Oh, lo siento muchísimo. Discúlpeme. —Un tintineo festivo surge de su bolsillo y Calliope coge su teléfono.

—Tómese su tiempo —digo mientras ella se aleja hacia la puerta y se acurruca sobre sí misma mientras se lleva el teléfono a la oreja.

—Mamá, ¿qué pasa? Oh… oh, sí, soy yo. —Hace una pausa—. ¿Qué?

Mi corazón da un vuelco de alarma y doy un paso adelante, con toda mi atención en Calliope mientras su cuerpo se tensa en una línea rígida y se lleva la otra mano al pelo, tirando de los mechones.

—¿Cuándo? Sí, sí, vale, voy para allá ahora mismo. Solo asegúrate de que no se vaya a ninguna parte, ¿vale? Sí, voy para allá. —Cuelga y se gira para mirarme, pero la Calliope de ahora no es la mujer tranquila y profesional que era hace treinta segundos.

El pánico inunda sus ojos y sus mejillas se sonrojan mientras se tira nerviosamente del pelo. —Lo siento muchísimo, de verdad, pero tengo que irme.

—¿Está todo bien?

—No, yo… quiero decir que sí, o no estoy segura. Es una emergencia familiar. Siento mucho interrumpir esto, pero podemos reprogramarlo si hay algo que crea que no he cubierto. —Ya está a medio camino de la puerta, y el viento helado me provoca una oleada de piel de gallina por todo el cuerpo—. ¡Lo siento de verdad!

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —La sigo, incapaz de ignorar el pánico en sus ojos.

Tropieza ligeramente en el hielo de fuera y, por puro reflejo, la agarro. Le sujeto el codo y dejo que recupere el equilibrio. —¡Joder!

—Está bien —le aseguro.

—No, no es eso, es que… Jimmy me ha traído. ¡No tengo mi coche! —Se suelta de mi agarre y centra su atención en su teléfono, donde vislumbro el logo de una compañía de taxis parpadeando en su pantalla.

—Yo la llevaré. —Las palabras se me escapan antes de ser plenamente consciente de ellas.

Calliope levanta la cabeza y me mira fijamente, frunciendo el ceño. Está claro que está debatiendo la seguridad de meterse en un coche

con un desconocido, pero parece que su emergencia gana. —¿Está seguro?

—Sí, por supuesto. Solo dígame adónde hay que ir y la llevaré.

# 8

# CALLIOPE

En cualquier otra situación, me negaría. Meterme en un coche con Elijah por un motivo no relacionado con el trabajo es probablemente una de las peores cosas que puedo hacer, pero la llamada sume mis pensamientos en un caos y solo tengo un objetivo.

Llegar hasta mi hijo.

—Por favor —digo mientras el corazón me late a mil por hora en el pecho—. Necesito ir allí. —Con los dedos temblorosos, doy un toque rápido en la pantalla del móvil y saco la dirección. Elijah le echa un vistazo y asiente.

—No llevo aquí el tiempo suficiente como para saberme los sitios de memoria, pero tengo GPS. Vamos. —Con una inclinación de cabeza, se aleja a grandes zancadas hacia su coche y yo corro tras él, tratando de mantener el control.

Una cosa es recibir una llamada preocupante sobre mi hijo, pero otra muy distinta es recibir una llamada diciéndome que a mamá también podría haberle pasado algo.

El día que recibí la llamada sobre papá sigue dolorosamente fresco en mi mente, y me es imposible no ponerme en lo peor mientras me deslizo en el asiento del copiloto del coche de Elijah.

Hace seis, casi siete meses ya, estaba en el trabajo cuando una voz plana y fría me llamó para decirme que había habido un incidente. Actué bajo la suposición de que mamá se había vuelto a cortar cocinando o que era otro accidente de carpintería de mi padre, así que no llegué al hospital con la urgencia que la situación merecía.

Cuando llegué, ya se había ido, y ninguna palabra de consuelo de nadie pudo convencerme de que había muerto mucho antes de que yo llegara.

Debería haber sido más rápida.

Debería haberlo dejado todo de inmediato.

Así que eso es lo que estoy haciendo ahora.

Elijah conduce con una precisión experta por las concurridas calles, acercándonos cada vez más al punto parpadeante de su GPS. No puedo apartar los ojos de él, totalmente hipnotizada y maldiciendo cada semáforo en rojo y cada señal de stop que retrasa nuestro viaje aunque solo sea unos segundos.

No hablamos. Parece entender que estoy demasiado tensa y nerviosa como para poder mantener una conversación en este momento, pero me fijo en los detalles de su coche.

Un ambientador de flor de melocotonero descolorido cuelga del retrovisor. Los envoltorios de caramelos duros rebosan del portavasos que hay entre nosotros y, por la forma en que su mandíbula se contrae, es como si estuviera chupando uno imaginario y fuera demasiado educado para coger uno de verdad.

Debería decir algo. Para distraerme a mí y a él.

Para cuando reúno el valor, ya estamos entrando en el aparcamiento del supermercado y Elijah frena en seco frente a la puerta.

—¡Gracias! —le grito, sin siquiera mirarlo mientras salgo disparada de su coche y corro hacia la entrada.

¿Y si he tardado demasiado?

¿Y si ha pasado algo *horrible* y estoy a punto de añadir a otro miembro de la familia al panteón familiar?

Mis pies resbalan y patinan en el hielo de fuera y luego de nuevo en el suelo de linóleo al entrar corriendo en el supermercado y agarrar al primer empleado que veo. —¿Dónde están?

El joven me mira con los ojos como platos, abriendo la boca alarmado mientras intenta apartarse de mí. —¿Qué demonios, señora?

—¡He recibido una llamada! Alguien de aquí me ha llamado y me ha dicho que ha habido un incidente con mi madre y mi hijo y que era urgente que viniera y yo…—

—¿Señorita Locke? —Una voz suave se alza detrás de mí y me doy la vuelta, liberando al hombre de mi agarre desesperado.

—Sí, soy yo.

—Si pudiera seguirme, se lo agradecería.

—¡Tiene que decirme qué ha pasado! —jadeo, corriendo tras ella—. Por cómo sonaba la llamada… ¿están todos bien? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi hijo?

—Está en el despacho de atrás junto con su madre —dice la mujer, Tabitha, según su placa, con una sonrisa agradable que inmediatamente convierte mi pánico en ira.

—¿Están bien?

—Sí, están bien. Un poco angustiados, pero están bien.

—Entonces, ¿por qué demonios me llama alguien y me dice que ha habido un accidente y que tengo que venir corriendo urgentemente?

¿Me estás jod…?—

—¡Mami! —Cuando la puerta del despacho se abre, Nick sale disparado a la velocidad de una bala y se estrella contra mis piernas. Me trago la palabrota que iba a soltar, prefiriendo fulminar con la mirada la espalda de Tabitha por una fracción de segundo, y luego me agacho y cojo a Nick en brazos.

Él rompe a llorar inmediatamente.

—¡Cariño! ¡Está bien! Estoy aquí, estoy aquí. ¡No pasa nada!

Nick llora y llora, agarrándose a mi pelo con un puñito mientras esconde la cara en mi pecho. Tabitha me hace entrar, con el rostro tenso, claramente sin querer que un niño llorando moleste a los demás clientes. Estoy medio tentada de quedarme fuera.

En el despacho, mamá está sentada en un sofá raído con la cara enterrada entre las manos y varios pañuelos de papel arrugados sobre su regazo y el cojín de al lado.

—¡Mamá! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Mamá no habla, simplemente solloza entre sus manos temblorosas. Aprieto los dientes y me giro para mirar a Tabitha, que coloca su escritorio vacío entre ella y yo.

—¿Puede decirme alguien qué demonios está pasando?

Tabitha hace una ligera mueca. —La tarjeta de su madre ha sido denegada.

Se me para el corazón un instante en el pecho. —¿Qué?

—En la caja, su tarjeta ha sido denegada y no ha podido completar la transacción. Como su hijo ya se había comido un yogur mientras daban una vuelta por la tienda, le hemos pedido otra forma de pago, pero no tenía ninguna. Le ha provocado un ataque de pánico, así que la hemos traído aquí.

—¿Un ataque de pánico? ¡Mamá! —Haciendo equilibrios con un Nick sollozante en mi cadera, alargo una mano hacia mamá—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Hemos llamado a una ambulancia —continúa Tabitha—. Queríamos asegurarnos de que cuidaban de su madre, lo primero de todo. Cuando nos han confirmado que estaba bien, ha preguntado por usted y la hemos llamado.

Un ataque de pánico.

—¿Todo esto por un yogur? —Entrecierro los ojos hacia Tabitha, que permanece tranquilamente serena, y luego me dejo caer en el sofá junto a mamá.

—¿Qué ha pasado? Mamá, por favor, háblame.

—Es tan humillante —jadea mamá entre sus dedos—. Nunca en toda mi vida he pasado tanta vergüenza. Solo quería pagar la compra y prepararte una cena rica para cuando volvieras a casa.

—Lo sé, mamá. Eso no importa. ¿Te encuentras bien?

Asiente rápidamente y se seca los ojos. —Estoy bien. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí. Todo este alboroto. Solo estaba disgustada.

—La abuela no podía respirar —gime Nick en mi oído—. ¡Tenía muuuucho mieeedo! —Sus palabras se disuelven en otra ronda de sollozos, así que lo abrazo con fuerza contra mi pecho.

—Debería haber dinero en tu cuenta. ¿Qué ha pasado? —pregunto, ignorando la voz en el fondo de mi cabeza que sugiere que se ha gastado hasta el último céntimo de sus ahorros en un decorador.

—No lo sé —jadea mamá—. Todo debería funcionar bien.

—Esta era la tarjeta. —Tabitha saca una tarjeta de crédito de su cajón y me la ofrece.

La cojo después de levantarme y le doy la vuelta, leyendo el nombre en el reverso mientras se me hace un nudo en el estómago. —Mamá. Esta es la tarjeta de papá.

—¿Y qué?

—¿Recuerdas que cancelamos todas sus tarjetas después de que muriera? Ya no funcionan.

—¿Cómo se supone que voy a recordar eso? Siempre uso su tarjeta para pagar. ¡Siempre! —Más lágrimas gordas asoman a sus ojos y se lleva un fajo de pañuelos a la boca.

El puzle va encajando poco a poco delante de mí y, aunque el pánico permanece oculto en los temblores de mi corazón, siento un pulso de alivio en el pecho al saber que nadie está herido y nadie ha muerto.

—Fuiste tú la que canceló las tarjetas, mamá. No solo porque él ya no esté, sino porque no podemos permitirnos gastos imprudentes como ese.

—¡Lo sé! —espeta mamá de repente—. ¿No crees que lo sé?

Quiero decirle que está claro que no, o no estaríamos en esta situación, pero los sollozos de Nick me desgarran el corazón y lo único que quiero es llevarlo a casa. Lo abrazo con más fuerza y la fulmino con la mirada. —Si lo supieras, no habrías mentido sobre haber cortado las tarjetas, ¿verdad?

Levanta la cabeza y se seca las lágrimas, mirándome conmocionada. —¡Cómo puedes decir algo tan cruel!

—¿Yo? —Le tapo los oídos a Nick lo mejor que puedo—. ¿Cómo puedes ser tan *estúpida* cuando estás con mi hijo?

—¡No me grites! ¡He tenido un ataque de pánico!

—Lo sé, y créeme, lo siento por eso, pero mamá, *por favor*. ¡Necesito que estés más pendiente que esto cuando estás cuidando

de Nick!

—Perdón —interrumpe Tabitha—. No es por interrumpir, pero todavía queda el asunto de la cuenta.

—¿Qué? —Tanto mamá como yo la miramos en shock—. ¿Lo dices en serio? —pregunto, incapaz de entender cómo puede quedarse ahí parada y que solo le importe el coste de la maldita compra. ¿Acaso el hecho de que haya tenido que llamar a una ambulancia no le dice lo grave que es esto?

O lo buena que es para proteger la reputación de la tienda.

—Como sea —la interrumpo cuando Tabitha abre la boca—. Indíqueme dónde y pago la compra.

—¿Y el yogur que se ha comido su hijo?

Mis ojos se entrecierran y necesito hasta la última gota de autocontrol que me queda para no gritarle. —Sí —respondo secamente—. Y el yogur. Aunque la próxima vez que llamen a un familiar, deberían ser más claros sobre qué demonios está pasando.

A la mierda el maldito yogur.

Nick se calma para cuando llego a la caja a pagar la compra, que con gusto dejaría atrás. Desafortunadamente, la necesitamos y mamá no está dispuesta a desprenderse de ella por alguna razón, así que para evitar otra discusión en público, pago.

Afortunadamente, nos dejan llevar la compra en el carro, y mamá lo empuja alegremente hacia la salida como si nada hubiera pasado. Paso junto al joven de antes y le lanzo una breve sonrisa de disculpa, pero no parece convencido.

No voy a poder volver a comprar aquí en la vida.

Fuera, el mundo está oscuro y Nick se acurruca contra mi pecho, negándose a que lo baje, y no tengo corazón para hacerlo después de todo lo que ha llorado.

—Mamá, ¿cómo has venido? —pregunto mientras salimos al viento fresco que al instante se lleva todo el calor que habíamos ganado dentro de la tienda.

—En autobús —responde mamá.

—¿Cómo ibas a llevar toda esta compra a casa?

—Iba a pagar para que me la enviaran.

Más cosas que no podemos permitirnos. No vale la pena pelear, pues una oleada de agotamiento se apodera de mí. Llevar todo esto a casa en el autobús con Nick va a ser un infierno.

—¿Calliope?

—¿Elijah? —Aparece a mi lado, con el ceño fruncido mientras nos mira a mí, a mi madre y a Nick en mis brazos—. ¿Qué haces todavía aquí?

—Estabas tan desesperada que no me ha parecido bien dejarte aquí sin más. Pero no quería interrumpir lo que estuviera pasando, así que he aparcado y he esperado por si necesitabas algo.

No sé qué decir. A decir verdad, apenas conozco a este hombre, aunque de alguna manera es una de las personas más importantes de mi vida. La mayoría de los amigos que tengo no habrían esperado, especialmente con el frío que hace, pero aquí está él.

—Yo…

—¿Tienes coche? —pregunta mamá de repente.

—¡Mamá!

—¿Qué? Te ha traído él, ¿no?

—¡Eso no viene al caso!

—Hola —dice Nick, mirando a Elijah a través de los mechones de mi pelo.

—Hola, campeón. —Elijah sonríe—. Y sí, tengo coche. ¿Necesitáis que os lleve a casa?

—No podría pedirte eso —intervengo apresuradamente—. Ya has hecho mucho.

—No es ninguna molestia. —Elijah sonríe—. Se está haciendo tarde, hace frío y parece que no das abasto. —Clava sus ojos en los míos y me dedica la misma sonrisa que me derritió el corazón hace tantos años—. Estoy encantado de ayudar.

—Excelente —dice mamá, pasando a mi lado y empujando el carro hacia Elijah—. Esto también.

Me voy a morir de la vergüenza. —Gracias —digo en voz baja por encima de la cabeza de Nick—. De verdad que no tienes por qué hacerlo.

Elijah me sostiene la mirada hasta que el calor se extiende por mis mejillas. —Quiero hacerlo —dice, y el corazón me da un vuelco.

# 9

# ELIJAH

¿Q*ué estoy haciendo?*

Meterme así en la vida de Calliope no es justo. Un paso en falso y acabaré siendo el tío raro al que no recuerda, y en el momento en que me recuerde, pareceré aún más raro por haberme quedado.

Pero no puedo evitarlo.

Cuando ha salido del supermercado con un niño en brazos y una anciana a su lado, parecía que se estaba conteniendo para no romperse en mil pedazos. Fuera cual fuese la emergencia, por suerte, no implicaba ninguna herida que yo pudiera ver.

La madre de Calliope, Betty, va sentada a mi lado, en el asiento del copiloto, mientras conduzco, mientras que Calliope y su hijo Nick ocupan el asiento trasero. Me ha presentado rápidamente y luego se ha centrado en calmar las lágrimas de Nick, prometiéndole todo tipo de cosas para tranquilizarlo una vez que llegaran a casa.

Tiene un hijo.

¿Tenía un hijo cuando nos conocimos? No parece tener mucho más de cuatro años, a ojo, así que debe de haber sido después. ¿Eso significa que hay un padre de por medio? Si lo hubiera, seguro que lo habría llamado en un momento como este, ¿no?

No me corresponde preguntar, así que me guardo la curiosidad para mí mientras sigo el GPS hasta la casa de Calliope, pero mi atención permanece en ella. Le lanzo varias miradas por el retrovisor con la excusa de estar extremando la vigilancia en la carretera con un niño en el asiento trasero.

—¿Y bien, quién es usted? —pregunta Betty de repente, con sus ojos penetrantes fijos en mí.

—Mamá, es Elijah. Ya te lo he dicho —sisea Calliope desde el asiento trasero mientras intenta evitar que Nick se meta el cinturón de seguridad en la boca.

—¿Y qué? Solo estoy sacando conversación —responde Betty.

—Como ella ha dicho, soy Elijah.

—¿Cómo se conocen?

Calliope se encuentra con mi mirada en el retrovisor durante medio segundo. —Estamos trabajando juntos —explico—. Calliope me estaba haciendo una visita guiada por un almacén cuando recibió la llamada.

—¿Y se ofreció a traerla sin más?

—Sí, señora.

—¿Por la bondad de su corazón?

—¡Mamá! —Las mejillas de Calliope se sonrojan—. ¡Para ya!

—Sí —respondo—. No creo que sea algo fuera de lo común.

—Para un neoyorquino, lo es —responde Betty.

—¡Mamá! —El tono de Calliope es agudo, lo que atrae la atención de Nick, apartándolo de lo que sea que le fascina tanto del cinturón de seguridad.

—No pasa nada. —Le dedico a Calliope una sonrisa amable—. Entiendo cómo puede parecer esto.

—No parece de ninguna manera. Me estás haciendo un favor y ya está. ¡Mamá, deja de ponerlo en un aprieto o nos echará del coche aquí mismo!

Betty no parece del todo satisfecha, pero tras un momento mirándome fijamente, vuelve a dirigir su atención a la ventanilla y el silencio se instala de nuevo.

Una mueca de dolor cruza el rostro de Calliope y luego se vuelve hacia su hijo. —Para, cariño. Te vas a hacer daño en los dientes.

—Hace cosquillas —responde Nick, e intenta ofrecerle el cinturón de seguridad a Calliope.

—No, gracias. Tienes que mantenerlo a tu alrededor para estar seguro, ¿vale?

—No me gusta.

—Lo sé, pero es lo mejor que tenemos, así que pórtate bien, ¿vale?

Nick parpadea lentamente y de repente se acurruca al lado de Calliope. —Vale.

Una sutil y cálida sonrisa aflora en sus labios y ella hunde la cara en la coronilla de él.

*Adorable.*

El resto del trayecto transcurre en silencio, y quince minutos después aparco frente a su casa. Un muro de piedra en ruinas bordea un jardín vacío en el que solo hay un columpio cubierto de nieve. El camino despejado que conduce a la puerta brilla bajo la luz de una farola cercana que parpadea. Nick sale corriendo

inmediatamente por el camino hacia la casa, gritando a voz en cuello sobre el frío, con Calliope corriendo tras él para que no se caiga. Betty la sigue después de lanzarme una mirada elocuente y yo cierro la marcha con los brazos cargados con el resto de las compras.

La carrera para entrar y escapar del frío es tan rápida que me veo arrastrado al interior de su cálido y pequeño hogar sin apenas tiempo para procesarlo, y de repente me encuentro de pie en un pasillo mientras Calliope me quita las bolsas de los brazos con un suave agradecimiento.

Unas cálidas paredes rojas se asoman entre una serie de fotografías enmarcadas que cubren una pared, bajo la cual se encuentra un perchero abarrotado de abrigos, bufandas y chaquetas. Debajo, un colorido zapatero que contiene sobre todo zapatos de niño amenaza con hacerme tropezar en el estrecho pasillo mientras Betty pasa a mi lado. La esquivo con una pequeña sonrisa y entro en el salón.

La oscuridad envuelve la habitación, con solo un destello de la luz del exterior que se cuela por una cortina corrida. La cálida luz del pasillo enmarca mi sombra mientras me adentro más y, de repente, las luces de arriba parpadean y se encienden. Sensores de movimiento, si tuviera que adivinar; prácticos para los mayores.

La voz de Calliope llega desde el fondo de la casa, junto con una carcajada de Nick. El sonido me hace sonreír mientras echo un vistazo a los dos sofás cubiertos de mantas de punto, una pequeña mesa de centro repleta de catálogos de venta por correo y un viejo televisor que parece tener varias décadas de antigüedad.

Una pequeña chimenea ocupa la pared más alejada, rodeada por un marco de madera oscura sobre el que descansa una urna rodeada de flores y un par de fotografías. La curiosidad puede conmigo, así que me acerco para ver mejor las fotos. Varias de ellas son del mismo hombre con Betty a su lado, una contiene al hombre y a Calliope, y la última, en el centro, los muestra a todos, Nick incluido. A juzgar por el aspecto de Nick, esta foto no puede ser tan antigua.

Lo que significa que esta muerte tampoco lo fue. No es de extrañar que esa llamada la asustara tanto.

—Mi padre —dice la voz de Calliope a mis espaldas—. Falleció el pasado mes de junio.

Me doy la vuelta de inmediato, con una disculpa lista por mi indiscreción, pero la tristeza en sus ojos mientras mira más allá de mí transforma la disculpa. —Siento mucho tu pérdida.

Sus cejas se arquean ligeramente y me mira como si hubiera algo más que quisiera decir, como si yo estuviera al borde de una presa esperando a que la presión la hiciera estallar. Por desgracia, no dice nada y la tristeza de sus ojos se desvanece.

—Muchas gracias por ayudarme hoy. No sé qué habría sido de mí sin ti.

—No ha sido nada.

—Supongo que te debo una, ¿eh? —Se ríe en voz baja, pero recupera la seriedad rápidamente—. ¿Estarías dispuesto a llevarme de vuelta al trabajo? Necesito recoger mi coche.

—Ah, sí, por supuesto. No me importa en absoluto.

—Gracias. Solo tengo que esperar a que llegue mi amiga Stacey. Ha aceptado quedarse con Nick unas horas.

—¿Tu madre no puede? —pregunto, sabiendo perfectamente que me estoy entrometiendo cuando probablemente no debería.

—Ha tenido un día duro —responde Calliope con una sonrisa forzada —. Y Nick puede ser un trasto. Es más fácil así. —Justo cuando termina de hablar, algo resuena en la cocina. Me lanza una sonrisa de alarma y disculpa a la vez y se marcha rápidamente, dejándome en el salón con la urna.

Es parecida a la que le compré a mi madre y que ocupa un lugar de honor en una vitrina de mi antigua casa. Mirar esta me provoca una

extraña punzada de culpabilidad en las entrañas.

¿Debería haberme traído a mamá conmigo?

La culpa persiste incluso cuando la amiga de Calliope llega diez minutos más tarde y hacen un rápido relevo en el pasillo. A Nick le han prometido pizza para cenar, así que el trabajo de Stacey es mantenerlo distraído y alejado de los aperitivos hasta que Calliope regrese. Después de darle sus detalladas instrucciones, está lista para irse y volvemos a mi coche.

—Huy, qué frío hace —se queja Calliope mientras se acurruca en su asiento, metiéndose tan adentro de su abrigo que casi desaparece.

—Es mi época favorita del año, pero el frío, sí, el frío es una locura.

—¿Y elegiste esta época del año para venir a San Francisco?

—¿Sinceramente? —Me río en voz baja, ajustando la calefacción mientras conduzco—. De alguna manera, el frío de aquí es peor. No sé si es porque estamos tan cerca de la costa o algo así, pero en Nueva York siempre sentí que estaba ahí, pero como contenido. ¿Pero aquí? —Un escalofrío me recorre los hombros al pensarlo—. Es un frío que cala los huesos.

—Pues solo va a ir a peor —se ríe Calliope—. Pero los veranos merecen la pena. Si es que sigues aquí para entonces.

Idealmente, lo estaré. —Depende de la situación de las gemas. —Jimmy dejó claro que la adquisición debía permanecer en secreto hasta que todo estuviera firmado, y Buster es de la misma opinión hasta que tenga la oportunidad de revisar todo el papeleo.

—¿No es raro que seas el director general y hayas venido hasta aquí para comprobar la calidad de un envío? ¿No tienes gente para eso?

Me encojo de hombros mientras deslizo la mano por el volante. —Es Navidad. Mi gente tiene familias con las que pasar el tiempo. Yo no.

—¿No tienes a nadie? —Calliope me mira fijamente por un momento, con los ojos muy abiertos.

—No. Ya no.

—¿Qué pasó? —Tan pronto como lo pregunta, se retracta de inmediato—. Oh, lo siento, ha sido muy grosero por mi parte preguntar.

—No, no pasa nada. De verdad. Mi padre falleció cuando yo era más joven y mi madre murió hace un par de años. Solo quedo yo.

—Ah. —Su voz se apaga un poco y el silencio se instala entre nosotros mientras serpenteo por calles desconocidas de camino a Angelic Jewels—. Mi padre… —Duda, y su labio inferior desaparece brevemente en su boca—. Murió de un aneurisma en junio.

—Qué terrible. Lo siento mucho.

Su sonrisa es débil. —Fue tan repentino. Un día estaba aquí, y al siguiente simplemente… ya no estaba. No lo entiendo. No lo entendí entonces y no lo entiendo ahora. Es doloroso que algo pueda simplemente… suceder así.

—La falta de respuestas lo hace difícil —convengo en voz baja—. Mi madre estuvo enferma durante mucho tiempo, lo que pensé que significaba que tenía tiempo para prepararme. Hice mucho para hacerla feliz, pero al final, aun así fue un golpe imposible de asimilar.

—¿Se pasa con el tiempo? —Su voz tiembla ligeramente.

—No —respondo con sinceridad—. Y sí. Creo que… el dolor sigue ahí. Solo que aprendes a vivir con él.

—Mmm. Me lo imaginaba. —Hincha las mejillas y niega con la cabeza—. Me llamaron cuando se desplomó, y pensé que estaría bien porque siempre estaba metido en accidentes. Me dijeron que murió al instante, pero aun así me odio por no haber ido corriendo a verlo.

Una cosa es enfrentarse al largo y prolongado viaje de perder a un ser querido por una enfermedad, pero la repentina y abrupta eliminación de alguien de tu vida puede ser igual de mortal, si no más.

—Lo siento —dice Calliope de repente, inspirando bruscamente—. No sé de dónde ha salido todo eso.

—Está claro que necesitabas desahogarte, sobre todo si antes te habías asustado.

—Quizá. Lo siento. No es precisamente apropiado, ¿verdad?

—No se lo diré a nadie —bromeo—. Nuestro secreto.

—Así es como empiezan los rumores —se ríe Calliope—. Aunque dicen que es más fácil hablar con desconocidos, ¿no?

Desconocidos.

Eso confirma que de verdad no se acuerda de mí.

Sin embargo, no tengo tiempo para insistir, ya que entro en el aparcamiento del edificio de Angelic Jewels. Varias personas a las que he visto por la oficina andan por fuera del edificio, charlando sobre el final de su jornada mientras se acurrucan contra el frío. Los que no lo soportan ya se apresuran hacia sus coches.

—El mío es ese del final —dice Calliope, señalando su coche—. El rojo.

—¿Eso es una abeja en el techo? —pregunto mientras pongo la palanca de cambios en punto muerto. Una pequeña antena rebota de un lado a otro en el techo de su coche.

—Sí —se ríe—. Nick me lo regaló por Navidad. No estoy muy segura de que esas cosas sean para los coches, pero es donde él quería ponerla y la mantendré ahí todo el tiempo que pueda.

—Qué mono.

—Gracias por traerme —dice Calliope—. De verdad que te lo agradezco.

—No ha sido nada.

—Eso dices ahora, pero si has olvidado algo, tendremos que volver a hacer la visita al almacén, y no será tan divertida como la primera vez.

—¿Tan divertida?

—Claro. —Se desabrocha el cinturón y abre la puerta—. La segunda vez no hay misterio. En fin, buenas noches, Elijah. Gracias.

Está a medio salir del coche cuando las palabras se me escapan como si vomitara, y mis mejillas se sonrojan mientras mi pregunta la alcanza. —¿No te acuerdas de mí, verdad?

Calliope se queda helada, con un pie dentro y otro fuera de mi coche.

—¿De la convención de gemas éticas de hace seis años?

Sale del coche, se da la vuelta y se inclina de nuevo hacia dentro. Cuando nuestras miradas se cruzan, mi corazón da un vuelco y la calidez amistosa de sus ojos se ha desvanecido para dar paso a otra cosa, como si un muro se hubiera formado de repente entre nosotros.

—Sí me acuerdo —responde, y se me encoge el estómago.

—¿Por qué no dijiste nada?

Aparta la mirada por un momento. —Al principio… no pensé que te acordaras.

—¿Y ahora?

Esos preciosos ojos azul hielo vuelven a los míos. —El pasado, pasado está, Elijah. Eso es todo. Buenas noches.

Cierra la puerta y se aleja a toda prisa hacia su coche, dejándome allí mirándola, con ambas manos aferradas al volante. Así que sí que se acuerda de mí.

A pesar de que ha cortado de raíz cualquier otra pregunta, una burbuja de emoción sube justo por debajo de mis costillas.

El pasado, pasado está, es verdad.

Ella, sin duda, está en mi futuro.

## 10

# CALLIOPE

—Hala, ¡no tenías por qué traerme flores! —Stacey se inclina y esconde el rostro entre los pétalos, inspirando profundamente—. ¡Oh, Dios mío, huelen de maravilla!

—He querido hacerlo —respondo, recostándome en mi asiento—. Me salvaste el pellejo el otro día.

—¿Cuando vine a cuidar de Nick? —Se echa hacia atrás e inclina la cabeza para mirarme por encima de las gafas.

—Sí.

—¿Mientras te ibas con ese hombre tan elegante?

—Oh, Dios, no sigas. —Cierro los ojos un instante y cojo mi copa de vino—. Solo era un asunto de trabajo.

—¿Un asunto de trabajo en tu casa?

Antes de que pueda responder, el camarero llega a nuestra mesa con la comida. Nos dedica una sonrisa encantadora mientras deja un plato de tacos delante de cada una y luego se marcha, mientras Stacey no consigue disimular que le está mirando el culo mientras se va.

—¡Stace!

—¿Qué? —Vuelve a prestarme atención y sonríe con picardía—. ¿Has visto el culo que tiene ese tío? Podría rebotar una moneda en él.

—¿Eso confirma que lo vuestro con Henry se ha acabado?

Al oír su nombre, pone los ojos en blanco y ataca con agresividad uno de sus tacos. —Ese capullo.

—¿Quieres hablar de ello?

—Es la misma mierda de siempre. Yo pensaba que íbamos en una dirección, él creía que solo era un rollo y que si de verdad esperaba que borrara sus perfiles de citas. Por lo visto, no somos pareja hasta que no tenga un anillo en el dedo.

—No lo hiciste… —Le miro los dedos para comprobarlo—. Oh, gracias a Dios. —Los tiene desnudos.

—¡Claro que no! ¿Me tomas por tonta?

—¿Te acuerdas de Las Vegas?

—Las pedidas de mano borracha no cuentan.

—Ah, ¿ese es el criterio? —Me lanzo a por la comida con una carcajada, contenta de haber desviado el tema de Elijah por ahora.

—Sep. Esa es la línea que trazo.

—Muy bien, culpa mía. —Sonrío ampliamente con el siguiente bocado, saboreando el dulzor de la salsa al chocar con el picante de la ternera.

—Aunque, hablando de Las Vegas, creo que podría volver este año.

—Ooh, ¿cuándo pensabas ir?

Stacey se inclina sobre la mesa para atrapar la lechuga que se escapa de su taco, y luego mastica lentamente. —En verano, creo.

—Estaría bien. —A nuestro alrededor, el bullicio del restaurante aumenta ligeramente cuando un grupo grande de gente entra y se sienta en el otro extremo. Aunque no es un cambio enorme, es suficiente para que Stacey y yo acerquemos nuestras sillas a la mesa.

—Deberías venir conmigo —dice Stacy—. Nos lo pasaríamos muy bien juntas.

—No puedo. Nick.

—Que tu madre lo cuide.

Acompaño mi siguiente bocado con un sorbo de vino. —Ni de coña aguantaría cuidándolo un fin de semana entero o más.

—Esta noche lo está cuidando, ¿no?

—Sí, pero solo porque ha pasado el día con un amigo y lo dejarán en casa a la hora de dormir, así que solo tendrá que arroparlo. Cualquier otra cosa es un… reto.

—¿Está bien? —Stacey frunce el ceño—. Tacho eso, ¿estás bien tú?

Me termino el siguiente taco, sopesando cuánta sinceridad quiero mostrar. Stacy y yo nunca nos hemos cortado a la hora de contárnoslo todo, pero lo que más me preocupa es no ser capaz de volver a guardar todos mis sentimientos una vez los haya soltado. —No lo sé.

—Habla conmigo —exige con amabilidad—. Dame algo en lo que pensar que no sea Henry.

—Bueno… la noche que te llamé porque tenía que ir a recoger el coche al trabajo. Fue todo un lío, pero básicamente tuve que rescatarla a ella y a Nick del supermercado porque intentaba usar las tarjetas de crédito de mi padre, que no funcionaban. Y claro que no funcionaban. Entró en pánico y recibí una llamada que me aterrorizó. Creí que iba a entrar y encontrarme a otro de mis padres muerto.

Siento una breve opresión en el pecho, así que bebo vino hasta que la sensación se desvanece.

—Y discutimos. Son pequeñas cosas por aquí y por allá, ¿sabes? Pero es duro. Quiere redecorar, pero no tenemos dinero. Mi comida no es lo bastante buena, soy una hija egoísta por negarle lo que quiere porque intento mantener un techo sobre su cabeza. Sobre la cabeza de todos.

—Vaya. —Stacy hace una mueca—. Lo siento, cariño.

—No pasa nada. Es solo que… —Miro mi plato mientras mis pensamientos se arremolinan—. ¿Alguna vez sientes que todo se mueve muy rápido a tu alrededor y tú estás estancada en el mismo sitio para siempre? Nick está súper ilusionado con volver al jardín de infancia el lunes. Otros siete meses y estará en primero. ¿Adónde ha ido el tiempo? ¿Cómo ha crecido tan rápido mi bebé? Me deja alucinada cada vez que lo miro, y entonces…

La idea de Elijah me silencia de inmediato mientras Stacey me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y migas de taco pegadas al labio inferior. —¿Entonces?

—Ha aparecido su padre.

Stacey se atraganta al tragar y escupe migas de taco por toda mi ropa y la mesa. Estallo en carcajadas mientras ella se atraganta, ríe, vuelve a atragantarse y luego engulle tragos de agua para aclararse la garganta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, alargando la mano hacia su brazo—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —jadea Stacey con voz ronca—. Estoy bien. Estoy bien. ¿Tú estás bien? ¿Cómo te ha encontrado? Si necesitas protección…

—¡Oh, Dios mío, no, no es nada de eso! —la tranquilizo entre risitas, viéndola tragar más sorbos de agua—. Es… no es eso, te lo prometo.

—Nunca me hablaste de él. —Stacey se da unas palmaditas en el pecho—. Pensaba que quizá era un gilipollas.

—No. Solo era… —¿Cómo digo lo que era?—. No era nadie. Solo un tío buenísimo que conocí.

—¿Sabe que es padre?

—No.

—¡Calliope! Vale, necesito todos los detalles ahora mismo. Sobre todo porque casi me matas.

Riendo suavemente, aparto mi plato vacío y cojo la copa de vino. —En realidad no hay mucho que contar.

—Suéltalo —exige.

—Nos conocimos en una convención. Era sobre el abastecimiento ético de piedras preciosas y yo estaba allí porque quería asegurarme de que todo lo que vendíamos cumplía con los más altos estándares, ¿sabes? Hay demasiados estafadores en el mercado de la joyería. Él y yo… nos conocimos en el bufé.

Los ojos de Stacey se entrecierran con picardía. —Continúa.

—¡Para! —me río—. De verdad que no es lo que piensas. Era… era tan sexi. Fue atracción instantánea. Llevaba una camisa negra apretada y abierta justo aquí. —Mis dedos rozan mi esternón—. Y su pelo era abundante y peinado hacia un lado, y me miró y sonrió y me puse cachonda al instante. —Chasqueo los dedos—. Por suerte, él también estaba interesado en mí.

—Tiene que ser un buen tío para estar en una convención como esa, ¿no?

—Puede ser. En fin, hablamos un poco. Cenamos. Follamos toda la noche. Ya sabes cómo va.

Stacey se ríe por encima del borde de su copa. —Claro. Entonces, ¿qué pasó?

Levanto una ceja en una pregunta silenciosa.

—¿Por qué no le dijiste que te habías quedado embarazada?

—Lo intenté.

—¿No estaba interesado?

—No, no. Respondió una mujer. Pregunté por él, y ella me preguntó qué quería de su marido.

—Oh, no.

—Oh, sí. Me quedé de piedra y luego me dio asco haberle ayudado a engañar a su pobre mujer. Estaba a punto de decirle la verdad, pero me colgó y cuando volví a llamar, me salió ese tono raro en el que no sabes si están ignorando tu llamada o no. Así que le envié un mensaje y no llegó.

A Stacey se le cae la boca abierta. —¿Te bloqueó?

—Mmm. Y solo sabía su nombre de pila y su número, así que no sabía nada más. Y no iba a rastrear a cada una de las personas que asistieron a la convención, y una parte de mí también estaba muy asustada por tener un bebé, así que simplemente… pues eso.

—Lo siento. Sinceramente, parece que esquivaste una bala. ¿Qué clase de gilipollas viaja a una convención solo para engañar a su mujer? —Stacy pone los ojos en blanco—. Los hombres son unos putos cerdos.

—Lo sé. Pero ahora que me he topado con él de nuevo… ¿se lo digo? —La cara de Elijah inunda mi mente. Es tan educado y encantador como entonces, y nada en él sugiere que sea una persona horrible. Tampoco llevaba anillo de casado. Lo comprobé cuando salí de su coche el otro día, después de que me dejara claro que se acordaba de mí.

Lo que significa que recuerda esa noche.

¿Descubrirá la verdad sobre Nick? ¿O será como el hombre que era entonces y desaparecerá de mi vida sin mirar atrás? Pasé incontables noches angustiada por su mujer y por lo que era correcto hacer con respecto a Nick.

Tomé mi decisión.

Y dado todo lo que ha pasado, fue la mejor decisión de mi vida.

—Es complicado —suspira Stacey—. Quiero decir… ¿quieres intentar conectar con él?

—No lo sé. —Niego con la cabeza, agitando el vino que queda en mi copa.

—¿Has hablado con él?

—Sí. No creo que sepa nada. Durante un tiempo no estuve segura de si siquiera se acordaba de mí.

—¿Dijo algo? —Stacey se inclina sobre la mesa—. ¿Fue amable? ¿Fue borde? Tengo mucha ira acumulada, así que podría, ya sabes…

Cierra el puño y yo se lo cubro rápidamente con mi mano mientras me río.

—No, está bien. De verdad. Él… —Niego con la cabeza—. No es nada. Es solo raro volver a verlo. Todavía me siento tan a flor de piel después de lo de papá y ahora esto con mi madre y mantener a Nick feliz y todo eso, y el trabajo siendo estresante. Es solo que… volver a verlo me hizo sentir como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal.

—Es comprensible. Sinceramente, depende de ti lo que hagas. No puedo juzgar después de cómo suspiraba por Henry, pero si te soy sincera… deberías mantenerte alejada de él. Si engañó a su mujer, entonces no vale la pena. No se merece un trozo de tu vida, sea el padre o no.

—¿Tú crees?

—Lo sé. —Stacy sonríe—. ¿Postre?

Asiento, ansiosa por algo dulce y fresco que ahuyente el persistente picor de mi lengua. Mientras Stacy se ocupa en buscar al camarero atractivo, reflexiono sobre su consejo.

Tiene razón. Puede que Elijah esté aquí ahora, pero es por trabajo y luego desaparecerá de nuevo.

Ya he perdido suficiente familia. De ninguna manera voy a trastocar mi vida por él. Tengo que mantenerme enfocada y lo único que necesito de él, lo único que necesitaré jamás, es la verdad sobre el trabajo y la fusión.

Ahí es donde tengo que centrarme.

## 11

# ELIJAH

El fin de semana pasa demasiado rápido para mi gusto, sobre todo porque me he pasado la mayor parte al teléfono con Buster cuadrando las cuentas, así que, para cuando llega el lunes por la mañana, es como si no me hubiera ido nunca.

—Tío. —la voz bostezante de Buster llega desde donde he dejado el teléfono, sobre el escritorio—. Es demasiado pronto para esta mierda.

—Lo sé, pero si no estoy encima de esto, me lo vas a estar echando en cara toda la vida.

—Te dejaré en paz. ¿Quieres saber por qué? Porque me vas a arruinar y no voy a poder permitirme ni un teléfono para gritarte.

—Buster.

—No, no, está bien. A mí ni me gusta vivir desahogadamente. ¿Sabes qué? Lo odio. Quédate con mi dinero. Con todo. Entiérrame en malas inversiones y déjame ahí tirado.

—Qué dramático eres a veces. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez? —me inclino, cojo el móvil y lo apoyo contra la taza de viaje para

que Buster deje de mirar al techo.

—Mmm. No. Nadie me lo había dicho nunca —responde Buster con una sonrisita irónica mientras se frota un ojo—. Venga, vale. Ya estoy despierto. Repásalo otra vez conmigo.

—Vale. Todo lo que he visto hasta ahora está bastante bien. ¿Te acuerdas del almacén del que te hablé?

—¿El que te permitió hacerte el héroe?

—Tío.

—¿Qué? —se acerca a la pantalla—. Sé que te encantó.

—Nos estamos desviando del tema.

—¿Ah, sí? Te haces con esta empresita y, casualmente, vuelves a aparecer en la vida de la mujer de la que no parabas de hablar durante *meses* después de conocerla.

—No fueron meses.

—«¿Por qué le di mi número en vez de pedirle el suyo?». —se queja Buster, imitándome fatal—. «¿Sería raro que revisara todos y cada uno de los carnés de identidad para averiguar quién era?».

—Yo no hablo así.

—Por aquel entonces, sí. —se ríe a carcajadas y luego se aclara la garganta—. Pero vale, claro. Lo que enviaste del almacén tiene buena pinta. Quizá algunos problemas de logística, pero con una inyección de dinero y personal, lo que tienen montado debería poder soportar una operación más grande.

—¿Y la página web?

—No está mal. O sea, es una página web. Cumple su función. Aunque…

—¿Aunque? —el corazón me da un vuelco. Buster no anda muy desencaminado. Encontrarme a Calliope trabajando aquí ha hecho que me esfuerce el doble para asegurar que este acuerdo sea un éxito rotundo para todos los implicados, lo que está resultando más difícil de lo que me gustaría.

—No es difícil encontrar el historial y estoy viendo muchos problemas de existencias. Productos que se añaden y se retiran en el mismo día. Podría ser porque hacen muchas ventas flash, así que tendremos que acabar con eso.

—Puedo investigarlo. La tubería ya está arreglada y, por lo que sé, las oficinas se han secado. Mientras nadie encuentre moho, todo debería volver a la normalidad, así que me enteraré de lo de estas ventas.

—Me parece bien. —Buster cuelga la llamada con una lista de documentos legales que tengo que conseguir de Jimmy, y se hace el silencio.

A pesar de haberme enterrado en trabajo todo el fin de semana, Calliope nunca ha estado lejos de mis pensamientos. Se acuerda de mí, pero lo de que «*lo pasado, pasado está*» es una indicación bastante clara de lo que siente por lo que pasó entre nosotros.

Entonces, ¿por qué sigo sintiendo el impulso de seguir adelante? ¿De hacer algo, lo que sea, que haga que se fije en mí y me dé otra oportunidad? Han cambiado muchas cosas en seis años, pero lo que siento por ella resurgió en el momento en que la vi.

Quizás Buster tenga razón y solo sea un encaprichamiento ligado a uno de mis únicos buenos recuerdos de estos últimos años.

Hago a un lado el papeleo, me guardo el móvil en el bolsillo y me dirijo a la sala de descanso más cercana en busca de café. Es demasiado temprano para que haya nadie más, pero, a medida que me acerco, el suave zumbido de la cafetera se cuela por la puerta.

Llamo una vez, para no asustar a quienquiera que esté dentro, y entro.

—¿Calliope?

Está de pie frente a la cafetera con los brazos cruzados, la cabeza ladeada mientras contempla la jarra sin verla. Cuando digo su nombre, da un respingo y se da la vuelta, haciendo que la coleta se le enganche en el hombro.

—¿Elijah? ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Yo trabajo aquí. —señala.

—Yo… ¿estoy trabajando aquí? —sonrío suavemente, y la ligera preocupación en sus ojos se desvanece.

—Ah, claro. Por supuesto.

—No pensaba que habría nadie más tan temprano.

—Ya. —suspira Calliope. Coge la jarra en cuanto suena el pitido—. He tenido que llevar a Nick pronto a una cosa de orientación en la guardería, así que me he venido directa. Quiero adelantar para recuperar el tiempo que perdimos la semana pasada.

Guardería. Mis breves interacciones con Nick me dejaron una impresión dulce y cálida, y una docena de preguntas que no tengo derecho a hacer. —¿Crees que tardarás mucho?

—¿En ponerme al día? —se sirve café y luego me mira—. Depende de Jimmy. ¿Café?

—Sí, por favor. ¿Qué tiene que ver Jimmy en esto?

Sirve una segunda taza de café, coge la taza y me la entrega. —No creo que deba hablar de mi jefe contigo.

—No se lo diré. —le digo mientras acepto la taza.

—Claro. Ya he oído eso antes.

Mis cejas se fruncen. —¿De quién?

Deja la jarra y coge su taza. —Literalmente, de cualquiera.

—Vale. No he venido a armar jaleo, ¿sabes?

—¿Cómo ibas a armar jaleo? —se lleva la taza a los labios y me mira fijamente por encima del borde—. Solo estás aquí para comprobar tus existencias y eso, ¿no?

La forma en que lo pregunta alimenta la sospecha en el fondo de mi mente de que Calliope sabe más de lo que aparenta. Es como si estuviera intentando tentarme para que revele algo que ella busca, y aunque es tentador porque se alinea con mi deseo de acercarme a ella, este acuerdo es algo más que yo.

Mi excusa, sin embargo, se pierde en el momento en que doy un sorbo de café. Un café terrible, *terrible*. —Oh, Dios mío.

—¿A que es genial? —sonríe con suficiencia—. Está asqueroso, pero es lo único que tenemos.

—¿Quién ha elegido esta porquería? —jadeo después de tragar a la fuerza—. He probado tierra más sabrosa.

—El dueño de la marca es amigo de Jimmy, así que nos lo deja con descuento.

—Claro. —dejo mi taza, le cojo la suya de las manos mientras ella levanta las cejas—. Venga, he pasado por delante de una cafetería de camino aquí y, siendo lunes por la mañana, nos merecemos algo que no intente matarnos.

Me espero que Calliope me diga que no, pero para mi sorpresa, acepta. Cinco minutos después, estamos haciendo cola en la cafetería, viendo a dos baristas moverse de un lado a otro entre el mostrador y las máquinas.

—Hace siglos que no venía. —dice Calliope, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo mientras se protege del frío persistente que ha entrado con nosotros.

—Está bien. En Nueva York no hay muchos sitios como este.

—¿Lo echas de menos? —me mira y se me queda mirando con tal intensidad que soy incapaz de apartar la vista—. Nueva York, quiero decir.

—Ni un poco.

—Entonces es una faena que tengas que volver, ¿no? A no ser que pienses mudarte aquí.

—Es tentador.

—¿En serio? —se le entreabren los labios—. Eres un director general importante y elegante, ¿no? ¿No tienes que estar cerca de tu empresa?

—Soy lo suficientemente importante y elegante como para estar en cualquier sitio. —respondo con una risa suave—. Pero mi empresa solo tiene la sede en Nueva York. En realidad, tenemos oficinas por todo Estados Unidos y por todo el mundo. Es difícil estar al tanto de la extracción y creación ética de piedras desde una oficina sofocante a mil quinientos kilómetros de distancia, así que aprovecho para viajar cuando puedo.

—Eso mola bastante. —Calliope se coloca unos mechones de pelo sueltos detrás de la oreja, recogiéndolos en la coleta—. Recibimos muchos correos sobre eso, así que he investigado mucho sobre cómo llegan las piedras preciosas a las marcas que vendemos, lo seguros que son los metales preciosos y cuánto dinero vuelve a los mineros.

—Es una línea difícil de seguir, pero merece la pena. —Con demasiada frecuencia me encuentro siguiendo pistas que no son más que una tapadera para el trabajo esclavo. Esa gente alimenta

una reputación terrible para todos los proveedores de piedras preciosas.

—Y cada vez es más difícil. —coincide Calliope mientras avanzamos en la cola—. Con la gente que puede imprimir en 3D cosas que parecen tan reales a simple vista pero que resultan ser un desastre. Solo hace falta que un estafador le ponga nuestra marca y ya estoy atendiendo cien llamadas sobre nuestras joyas falsas.

—Si a eso le sumas las creaciones con inteligencia artificial que muestran a la gente piedras preciosas que no existen y abren otro mercado para los estafadores… Por eso es tan importante para mí conocer cada paso. Desde el cristal extraído en el extranjero hasta dónde acaban mis gemas.

—¿Incluso en pequeñas empresas al otro lado del país, aquí en San Francisco?

Nuestros ojos se encuentran y mi sonrisa se vuelve más cálida. —Exacto.

Llegamos al mostrador y pido dos cafés de tueste medio con extra de nata para mí, algo que hace reír a Calliope. Se lo guarda para sí misma hasta que tenemos nuestros cafés y hemos vuelto a salir al frío glacial de enero.

—¿Qué es tan gracioso?

—Es que no te imaginaba como el tipo de hombre al que le gusta el café que es básicamente sirope.

—Ah, ¿por la nata? —escondo mi sonrisa en una bebida que es igualmente caliente y satisfactoria—. En realidad, odio el sabor del café. Me gusta lo que hace, no me malinterpretes. ¿Pero el sabor? —arrugo la nariz—. Asco.

—¿Así que no eres un tipo duro que lo bebe solo y directamente de la jarra?

—Ni en broma.

—Vaya, te había juzgado fatal. —Calliope se ríe suavemente y sorbe su bebida. En el momento en que gime, mi pecho se hincha de satisfacción—. Oh, esto está increíble.

—De nada.

—Sí, gracias. —me lanza una mirada y sonríe, luego mira a ambos lados de la calle antes de que crucemos—. Si esto es un indicio de cómo va a ir el día, entonces me espera un buen día.

—¿Te pones nerviosa por Nick? —pregunto, lanzándome de cabeza para averiguar algo de ella que no esté relacionado con el trabajo.

—¿Por la guardería?

Asiento.

—Un poco. Fue muy difícil la primera vez que fue, y luego se hizo más fácil. Pero… —frunce el ceño y baja la cabeza hasta que ya no puedo verle la cara.

Está estudiando la tapa de su taza de café mientras caminamos, así que uso mi hombro para guiar suavemente sus pasos y esquivar a unas personas que se acercan.

—Después de que mi padre falleciera, se hizo más difícil. Estar lejos de él es… Es raro. No sé cómo explicarlo. Siento como si me faltara una parte de mí, y cada llamada que recibo cuando él no está me asusta. —se ríe de repente, un sonido abrupto y hueco—. Supongo que todos los padres se sienten igual.

—Puede ser. —asiento—. Una pérdida puede desencadenar ese tipo de cosas. ¿Cómo lo lleva su padre?

Calliope tropieza ligeramente y levanta la cabeza de golpe. —No hay padre. —dice después de un momento—. Solo estamos Nick y yo.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada. —su sonrisa se ensancha, pero no llega a sus ojos como antes—. ¿Y tú? ¿No tienes hijos con tu mujer?

Frunzo el ceño. —Ni hijos, ni estoy casado.

—Oh, lo siento. Supuse que sí, como eres un empresario elegante y todo eso. —dice.

—No pasa nada. Pero no, no tengo hijos. Lo más parecido que he tenido fue el perro de la familia, y murió hace un par de años, así que… estoy solo.

—Me encantaría tener un perro. —Calliope sonríe, y la calidez finalmente regresa a sus ojos cuando entramos en el aparcamiento del trabajo—. Pero no creo que pudiera con uno ahora mismo además de Nick. Sería demasiado caos.

—Me lo imagino. Dicen que para criar a un niño hace falta una tribu, ¿no?

—Eso dicen. —responde ella.

Hablar con ella es fácil. Claro, la mayoría de sus respuestas pueden ser consideradas como contestaciones educadas a mis preguntas o pequeños esfuerzos para mantener la conversación fuera de la incomodidad, pero cada trocito de información que me da es como una gota de agua para un hombre sediento.

Quiero saberlo todo. Buster tenía razón. Pasé meses lamentándome por ella y dándome patadas por no haberle pedido su número. Ahora está aquí y no puedo dejar que esta oportunidad se me escape de las manos.

—Calliope. —digo mientras entramos en el edificio, envolviéndonos en un calor agradable—. Yo…—

—¡Calliope! —una mujer chilla su nombre en cuanto las puertas del ascensor a nuestras espaldas se abren y corre hacia nosotros, con el pelo alborotado—. Oh, gracias a Dios que estás aquí. Yo… Oh. Hola. —se detiene en seco frente a nosotros, con los ojos muy abiertos mientras me mira, luego desvía su atención hacia Calliope—. ¿Interrumpo algo?

—No. —responde Calliope de inmediato.

La mujer, Victoria, si no recuerdo mal, mira nuestras tazas de café a juego y luego se aferra al brazo de Calliope. —¡Bien, porque necesito tu ayuda *ahora mismo*!

Me trago todo lo que quería decir y sonrío. —¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

Victoria me mira alarmada y aprieta con más fuerza el brazo de Calliope. —¡No! ¡Solo Calliope, lo siento! —suelta entrecortadamente y luego arrastra rápidamente a Calliope hacia el ascensor.

## 12

# CALLIOPE

—¿Qué hacías con Elijah? —Victoria por fin me suelta el brazo en el ascensor y me guiña un ojo—. ¿Intentas camelarte al proveedor de piedras preciosas?

—¡No! —Se me encienden las mejillas al instante y, de repente, el café que llevo en las manos parece más un soborno que otra cosa—. Nos hemos encontrado en la cafetería, eso es todo.

—Ah, ¿en serio? ¿Te has encontrado *casualmente* con el hombre bueno de fuera del estado que está aquí para comprobar la calidad de sus piedras?

—Sí. —Aunque cuanto más sincera intento sonar, más parece que miento, y Victoria no parece creerme ni una palabra.

—He visto cómo te miraba —continúa mientras el ascensor sube con un zumbido hasta mi planta—. Apuesto a que hay algo más que piedras preciosas que quiere examinar.

—¡Ay, Dios mío, para ya! —Hago un gran esfuerzo para que mi tono siga pareciendo divertido—. ¿Qué es esa emergencia de la que parloteabas?

Toda la alegría se desvanece de los ojos de Victoria y suelta un gemido. —Ah, claro. Esto no te va a gustar, pero Jimmy quiere que hagas un nuevo inventario de todo lo que se ha estropeado con la fuga. También quiere que le saques fotos a todo y, no solo eso, sino que luego tenemos que revisar lo que ha llegado abajo antes, porque, al parecer, ¿ha estado trasladando un montón de tus existencias a las tiendas?

—Espera, ¿las existencias que había en esa sala eran para las tiendas?

—Ajá.

—¿Desde cuándo? —Toda la sensación agradable y relajada de mi paseo con Elijah se desvanece en cuanto salimos del ascensor—. Todo lo que había ahí era para mi caja de suscripción de enero. ¿A qué se refiere con que ahora es para las tiendas?

—Lo siento, tía, pero es lo que dice. Así que todo lo que hay abajo, después de que lo hayas catalogado, va a ir a las tiendas.

—¿Por qué iba a catalogarlo si no va a salir en la web?

Victoria hace una mueca y se aparta el flequillo de la cara. —Porque quiere que anuncies las tiendas.

—Esto es… —Me contengo al momento, no quiero que Victoria pague el pato de mi creciente enfado—. ¿Dónde está?

—En su despacho.

—Ahora mismo vuelvo. —Tras una parada en el baño para tirar el café por el fregadero, me dirijo como una tromba al despacho de Jimmy y entro sin llamar.

Está recostado en su silla, con los pies sobre el escritorio y el teléfono pegado a la oreja. Al verme, su expresión se ensombrece. —Estoy en una llamada, lárguese.

La rabia me invade, me acerco a su escritorio y golpeo con la mano la base del teléfono, colgando la llamada. —Dígame que Victoria mentía.

—¿Qué coño hace?

—¿Yo? Acabo de perder innumerables artículos que tenía almacenados porque *usted* recortó en seguridad, que habría encontrado esa fuga antes de que se convirtiera en el desastre que es. Y, ¿ahora me dice que todas mis existencias de reemplazo van a las tiendas porque cambió los envíos? ¿Qué se supone que debo meter en las cajas de suscripción de enero? ¿Qué se supone que debo decirles a esos clientes?

El palillo de Jimmy salta de una comisura a otra de su boca. —¿Sabe lo que puede meter en esas cajas?

—¿Qué?

—Pulseras de ónix.

Se me cae el alma a los pies. —¿Está de broma?

—Nones. Necesito deshacerme de ellas, así que puede quedárselas.

—¿Nunca se le pasa por la cabeza el daño que le hace a esta marca al obligarme a cancelar pedidos, a decepcionar a los clientes y, un mes después, a meter las pulseras en las cajas de enero? ¡Es escupir en la cara de toda la gente a la que me hizo rechazar el mes pasado!

Jimmy sonríe con suficiencia y baja los pies del escritorio, luego se inclina hacia delante lentamente. —Escúcheme, Calliope. Me da igual. Si hubiera puesto esas pulseras en la web en primer lugar, no estaríamos en esta situación, ¿verdad?

Es inútil. Ya hemos tenido esta discusión y nunca aceptará que fue él quien me dijo que las quitara. Se me hincha el pecho como si el aire se filtrara por alguna parte y estoy demasiado enfadada para hablar. Al final, salgo de su despacho y doy un portazo con todas mis fuerzas.

Ahí está, saboteándome a cada paso. Quizá debería estar agradecida por conseguir las pulseras, porque a muchos de nuestros clientes les encantó su aspecto, pero la idea de tener que lidiar con la avalancha de correos electrónicos y quejas de que ahora estamos vendiendo algo que antes negamos a la gente hace que se me revuelva el estómago.

El día había empezado muy bien.

De repente, mi día se desvanece. Me paso horas revisando y catalogando cada caja dañada y cada pieza de joyería afectada por la fuga. Las que no están completamente anegadas se apilan en otro despacho donde Jimmy insiste en que podremos venderlas con descuento. No tengo energía para decirle que nadie va a querer comprar joyas que se vieron afectadas por una inundación causada por la rotura de una tubería de desagüe, y simplemente lo añado a mi lista de cosas que hacer.

Para cuando dan las cuatro, no he hecho nada de lo que quería hacer hoy, pero he terminado el inventario. Luego, una llamada rápida a mamá para decirle que llegaré tarde y me paso las dos horas siguientes ayudando a Victoria a catalogar mis nuevas existencias para que puedan enviarse a las tiendas esa misma noche. Todo lo que había pedido para las cajas de enero acabará ahora en los escaparates mientras yo lidio con clientes decepcionados que esperaban collares de jade y anillos de aguamarina. En su lugar, recibirán pulseras de ónix.

Mis dos últimas horas de trabajo consisten en empaquetar frenéticamente los pequeños pedidos que puedo sacar, responder a una sarta de correos electrónicos explicando los retrasos con innumerables disculpas y atender las habituales llamadas sobre los retrasos en los envíos por Navidad. Para cuando llego a casa, estoy completamente hecha polvo.

¡Mamá! —Nick se lanza a mis brazos en cuanto entro por la puerta.

—Hola, cariño. —Cansada, me quito el abrigo y lo cuelgo lentamente.

—¡Mira! ¡Mira! —Nick salta sobre las puntas de los pies y me pone una tarjeta hecha a mano en las manos—. ¡Es de Tobey!

—Oh, qué mono. —En la portada hay dibujado un Papá Noel con garabatos y dentro, con una letra desordenada, apenas consigo descifrar el nombre de Tobey.

—¡Dice que me ha echado de menos en todas las vacaciones de invierno y que el año que viene le preguntará a su madre si puedo ir a los Himeneos con él!

Hago una pausa mientras me quito la bufanda. —¿Dónde?

—¡A los Hime… himeneos!

—¿Al… al Himalaya?

Nick frunce el ceño al instante. —¡Eso es lo que he dicho!

—Claro que sí. Lo siento, Nickie. Mami está cansada.

—Vaya. —Nick hace un puchero y se inclina hacia delante para besarme el dorso de la mano. Luego sale corriendo con la tarjeta en la mano y desaparece en la cocina.

Lo sigo, luchando por quitarme las botas. Nick está en su taburete junto a mamá mientras ella se afana en fregar los platos.

—Ya era hora —murmura en cuanto me ve—. ¿Cuál es la excusa esta vez?

—No quiero hablar de ello. ¿Hay cena?

—¡Tenemos comida china! —declara Nick con una sonrisa.

—¿Qué? —Me detengo a medio camino de la cocina—. Mamá, ¿has vuelto a pedir comida para llevar?

—¿Esperabas que cocinara? —pregunta, mirando por encima del hombro—. Claro que he pedido comida para llevar.

—¡Estaba buenísima! —canturrea Nick, bajando de un salto de su taburete—. Te he guardado fideos, mami.

—Mamá, creía que habíamos hablado de esto. La comida para llevar es un capricho solo para los fines de semana.

—Entonces deberías haber estado en casa, ¿no?

Aprieto tanto los dientes que un dolor agudo me recorre la mandíbula y mi irritación aumenta cuando Nick me da un tirón en la pernera. —¡Mami!

—Tenía que trabajar —digo entre dientes—. Te llamé.

—Tú elegiste el trabajo, yo elegí la comida para llevar. Todas tomamos malas decisiones.

—¡Mami!

—No es una mala decisión cuando soy la única que trae dinero a esta casa.

—¿Qué esperas que haga? —Mamá saca las manos del fregadero lleno de jabón y se vuelve hacia mí—. ¡Soy una viuda de luto! El lugar de trabajo no es espacio para mí estando así.

—Todas estamos de luto, pero el mundo no se para solo porque tú sufras. —Es como un picor que me sube por la nuca mientras cada palabra araña mi paciencia y Nick vuelve a tirarme de la pernera.

—¡Mami!

—Si yo trabajara, ¿quién cuidaría de Nick? —replica mamá.

—¡Alguien que no ignoraría mis peticiones sobre lo que come!

—¡Mami!

—¿Qué? —En cuanto le ladro a Nick, me arrepiento al instante, pues sus ojos grandes y abiertos se llenan de lágrimas.

—Muy bien —murmura mamá mientras Nick rompe a llorar.

Mordiéndome la lengua con fuerza, lo cojo en brazos y salgo de la cocina. —Lo siento, cariño. Mami no quería gritarte.

Llora cada vez más fuerte, jadeando contra mi cuello y empujándome con las manos hasta que su tarjeta amenaza con arrugarse contra mi ropa. Lo llevo conmigo por el pasillo y subo las escaleras hasta su dormitorio.

—Lo siento. No pasa nada. Estás bien. Lo siento.

—¡So-solo quería-quería contarte l-lo del cole! —gime, sollozando por una mezcla de disgusto y cansancio por lo tarde que es.

—Lo sé. Mami también está cansada. Por eso te ha gritado. Lo siento. Estás bien. Estás bien. —Sentándome en su cama, lo acuno en mis brazos y me mezo de un lado a otro, luchando contra el escozor de las lágrimas que asoman a mis ojos. Él no se merece esto. Cada vez que juro que Nick nunca pagará el pato de mi enfado, algo me pilla desprevenida y acabo gritándole.

Quizá me parezco a mi madre más de lo que pensaba.

Por suerte, las lágrimas de Nick no duran mucho y, cuando se calma, me cuenta todas las cosas emocionantes que ha hecho en la guardería. Desde colorear y dibujar hasta experimentar con arcilla blanda para hacer figuritas y un nuevo tipo de pasta para comer, me cuenta cada detalle mientras lo preparo para ir a la cama. Para cuando lo arropo, sus párpados se están cerrando.

—Tengo muchas ganas de volver… mañana —dice con un gran bostezo—. Pero no te lo puedo contar, ¿vale? Es un secreto.

—¿Qué es un secreto? —pregunto mientras me siento a su lado.

—La cosa de arcilla que hice. Un secreto.

—Ah, vale, una cosa secreta de arcilla. No preguntaré.

—Bien, porque no te lo voy a decir. Se me da muy bien guardar secretos.

—Sí, se te da genial. —Con una cálida sonrisa, me inclino y le beso la frente—. ¿Quieres un cuento esta noche?

—¡Sí, por favor!

—¿Cuál? —De pie, cruzo la habitación y me agacho frente a sus pequeñas estanterías que contienen todos los cuentos de hadas y libros de cuentos disponibles—. ¿«*Jack y las habichuelas mágicas*»? ¿«*Ricitos de Oro*»? ¿«*Robin Hood*»?

El silencio es mi respuesta, así que me vuelvo. Nick ya está profundamente dormido, con la cabeza acurrucada en las almohadas y su disgusto de antes completamente olvidado. La imagen es suficiente para calmar mi corazón, pero la culpa por haberle gritado sigue siendo una bola apretada bajo mis costillas mientras bajo las escaleras. La cocina está vacía cuando entro, así que cojo un cartón de fideos fríos de la nevera y me desplomo contra la encimera.

Vaya día.

No he averiguado nada de Elijah, aparte de que ya no está casado y de que mantiene las apariencias de un buen director ejecutivo que simplemente se asegura de que su producto siga siendo ético. Es difícil sonsacarle información sin revelar lo que sé, porque corro el riesgo de arruinar cualquier acuerdo que haya entre él y Jimmy. Y hasta que no sepa más, tengo que considerar la posibilidad de que el trato sea bueno. Por otra parte, después de que Jimmy me haya jodido, ya no puedo imaginar que salga nada bueno de esa maldita empresa.

Los fideos, embadurnados en una salsa dulce y pegajosa, se me atascan en la garganta y tengo que tragar varias veces para que bajen. Justo cuando me meto otro bocado, mamá entra en la cocina con un catálogo en la mano.

—¿Eso qué es?

Al principio me ignora, pasando a mi lado para llegar a la nevera y coger una botella de vino. —Colores.

—¿Colores?

—Para el salón.

Una ola de desesperación se abate sobre mí. —Ya hablamos de esto, mamá. No podemos permitirnos redecorar.

—¡No voy a permitir que me digas lo que puedo y no puedo hacer en mi propia casa!

—Mamá, no intento….

—¡Sí que lo intentas! —Blande el catálogo como si fuera un arma y me señala con él—. ¡Te sigues interponiendo en las cosas que me hacen feliz!

—¿Me estás tomando el pelo? —Dejo los fideos de golpe sobre la encimera—. ¿Cómo puedes quedarte ahí y actuar de forma tan desagradecida? ¡Me estoy partiendo el lomo para mantener a esta familia a flote, y lo único que quieres es tirar el dinero que no *tenemos* en una reforma innecesaria! ¡No tenemos dinero, mamá! ¡Intento evitar que te endeudes!

—Tú no lo entiendes —replica mamá al instante—. ¡No tienes ni idea de lo que es existir en esta casa y que todo me recuerde a tu padre! Todo lo que elegimos juntos, todo lo que escogimos… No puedo seguir mirándolo. ¡No puedo!

Se me rompe el corazón, no solo por ella, sino por el desprecio a mi propio dolor. Es una batalla perdida contra las lágrimas que me anegan los ojos. —Claro que lo entiendo. Era mi *padre*. Yo también lo quería. Pero él no querría que nos endeudáramos por esto.

Los ojos de mamá se entrecierran y su boca se tuerce. —Lo único que intento hacer es que esta casa sea habitable —espeta con

amargura—. ¿Cómo he criado a una hija tan cruel? ¿Qué te ha pasado?

Me mira de arriba abajo una vez y sale de la cocina, dejándome sin palabras.

Ya no me quedan fuerzas para contener las lágrimas.

## 13

# ELIJAH

El corazón me late al ritmo de las pisadas de mis pies contra el suelo helado, cada paso cuidadosamente planeado para evitar montones de hojas, basura tirada por ahí y partes del camino que parecen demasiado heladas para pisar.

Salir a correr es lo único que me saca de la habitación del hotel ahora mismo. Sumergirme en el trabajo es una distracción decente, pero hay una parte de mí que echa de menos el ajetreo de Nueva York. Aquí fuera, con menos cosas en las que centrarse, todo está en calma y mi mente tiene menos con lo que distraerse.

Así que salgo a correr.

Bajar la pendiente, cruzar un trozo de césped y subir los escalones de dos en dos me deja jadeando con fuerza al llegar a la cima. Me duelen los muslos, la camiseta se me pega a la espalda de sudor y los extremos de las mangas de la sudadera se aprietan ligeramente a medida que el sudor empapa la tela. El vaho me sale de la boca a bocanadas cuando mi aliento caliente se derrama en el aire frío de la tarde y, a pesar de todo, los fuertes golpes de mi lista de reproducción de rock me ayudan a mantener el ritmo.

Hasta que la música se detiene por el sonido de una llamada.

—¿Hola? —resoplo tras tocarme los auriculares.

—Joder, ¿interrumpo? —el tono alegre de Buster me llena el oído.

—Estoy corriendo.

—Ah, claro. Anda, el señorito deportista.

—¿Qué quieres?

—No me importaría un aumento de sueldo. ¿Eso está permitido siquiera? Quizá no. Tan poco después de Navidad, creo que Shirley me despellejaría si intentara ganar más dinero.

Mi ritmo de carrera disminuye y se convierte en un paso mucho más lento para poder oír a Buster por encima del martilleo de mi propio corazón. —¿Sigues enfadado porque metí mi herencia en el fondo benéfico, a que sí?

—Era mucho dinero.

—Dinero con el que podemos hacer el bien.

—¿Como qué?

—Garantizar que todos nuestros trabajadores reciban un salario justo, para empezar.

—Eh, nadie cobra de menos bajo mi supervisión.

—Lo sé —me río—. De hecho, he visto que hay una organización benéfica con la que podríamos colaborar. Te enviaré los detalles cuando vuelva a la habitación del hotel, pero se esfuerzan por ofrecer la experiencia del baile de fin de curso y cosas así a chicos en cuidados paliativos. Seguro que les vendrían bien algunas joyas.

—Joder —se ríe Buster—. Directo al corazón. Me duele.

—Vale la pena.

—Pues claro. Envíame la información y veré qué puedo hacer.

Mi carrera me lleva a la cima de un pequeño puente donde un río helado cruje sutilmente cada pocos segundos. Me detengo aquí, corriendo en el sitio para mantener a raya el frío. —¿De acuerdo, qué pasa?

—Necesito que me envíes los expedientes laborales de Angelic.

—¿No los tienes ya?

—Nop —dice, marcando la pe con fuerza.

—Ah. —Le había pedido a Jimmy que enviara toda la documentación de los empleados en cuanto llegué—. Me encargaré de reclamarlo y te lo enviaré.

—¿Puedes asegurarte también de que tengo todos los datos financieros?

—¿Pasa algo?

—Todavía no estoy seguro —suspira Buster—. Solo tengo que asegurarme de que lo sé todo para contar con las medidas adecuadas para proteger a Amber Ltd. en caso de que Angelic Jewels entre en liquidación antes de que se formalice la adquisición. Confía en mí, sé que quieres que esto funcione, ya sea por la chica o por el negocio. Estoy de tu parte. Solo necesito asegurarme de que lo hacemos correctamente.

—Gracias, Buster.

—Sí, ya lo sé. Oye, ¿vas a volver por aquí pronto?

—No tengo planes de hacerlo. ¿Por qué?

—Hannah quiere invitarte a cenar. Te echó de menos en Nochevieja. Todos lo hicimos.

—Ah.

—Mira, nada especial. Solo una cena familiar. Me la debes, ya que me has robado mi apartamento para la jubilación.

—Sobrevivirás.

—Sí, en un apartamento de mierda comiendo fideos instantáneos mientras mi prometida me da la tabarra porque no puedo permitirme su tratamiento facial de lujo.

—En realidad, me parece una gran idea. Necesitas que te bajen los humos.

—Ya me los han bajado. Mírame, estoy ayudándote con este proyecto personal mientras nuestros accionistas entran en pánico porque el director ejecutivo ha huido del estado. ¡Tengo los pies en la tierra, joder!

—¿Eso es lo que dicen? —pregunto entre risas y reanudo la carrera —. ¿Que he huido?

—El molino de rumores está a tope. He oído de todo, desde una boda secreta hasta que dejaste embarazada a la hija del alcalde y él te desterró. Sinceramente, es muy entretenido.

—Y tú te has encargado de aclararles las cosas a esa gente, ¿verdad? —pregunto, sabiendo ya la respuesta.

—Claro que no —se ríe Buster—. Me abandonaste. Esta es mi venganza.

—Me la merezco.

—Desde luego.

—Deberías venir, Buster. San Francisco es precioso.

—No sé. Si estás corriendo, eso sugiere una cultura que me masticará y me escupirá.

—¿En serio? Antes salías a correr todo el tiempo. —Mi ruta me lleva de vuelta por el camino y da un rodeo hacia la carretera principal.

—Sí, cuando intentaba impresionar a Hannah. Ahora que la tengo en el bote, le toca verme como soy de verdad.

—Si dejas de esforzarte…

—Lo sé, lo sé. Me dejará por alguien más bueno y más rico. Por suerte, tú te has ido de Nueva York.

Nos reímos y Buster me recuerda rápidamente lo que necesita que le envíe; luego cuelga. De todas las llamadas y correos electrónicos que recibo de cualquier otra persona de la empresa, Buster es el único capaz de encenderme una punzada de nostalgia en las entrañas.

Acelero el paso e intento ahuyentar la sensación corriendo, pero sigue ahí cuando vuelvo a mi hotel y comparto un incómodo viaje en ascensor con una anciana a la que claramente le desagrada mi estado sudoroso.

Quizá correr en enero es raro por aquí.

Dentro, tiro la llave de la habitación en la mesita y me quito la sudadera. Mientras me quito la camiseta empapada de sudor, entra otra llamada y respondo automáticamente, esperando que Buster se haya acordado de algo.

—¿Hola?

—¿Elijah?

Se me para el corazón en el pecho cuando la voz de Imogen me llena los oídos. —Imogen.

—No digas mi nombre así.

—¿Así cómo?

—Como si me odiaras.

—No me importas lo suficiente como para odiarte.

—Pues no lo parece. —Suspira, y es un sonido fuerte, como si tuviera la boca pegada al altavoz—. ¿Has vuelto ya a Nueva York?

—No. —Hago una bola con la camiseta y la junto a mi sudadera en el montón para lavar mientras deambulo por la habitación y me detengo cerca de las puertas correderas que dan al balcón—. ¿Qué quieres?

—Te echo de menoooos. —Alarga la ese lo justo para que suene un poco con estática.

—¿Acaso…, Imogen, has estado bebiendo?

—Puede ser —ronronea suavemente.

Miro el reloj de mi mesilla de noche y calculo rápidamente la diferencia horaria. —¿A las cuatro de la tarde?

—Dios, incluso a kilómetros de distancia, sigues juzgándome.

—Adiós, Imogen.

—¡No, espera! —El crujido de una tela y el sonido de su respiración agitada se desvanecen por un segundo, y luego vuelven aún más fuertes—. Lo digo en serio, Elijah. Cometí un error, ¿vale? Un error bastante grande.

—Un error es una sola vez. Tú tuviste otra relación entera durante meses. Eso no es un error.

—¡Sí que lo es! ¿Y puedes culparme? Estabas tan distante y yo me sentía sola, pero ahora me doy cuenta de que hice algo terrible y te hice daño. Lo siento, Elijah. De verdad que lo siento.

Mis dientes castañetean al tensar la mandíbula, dándole vueltas a aquel momento frío en que llegué a casa antes y me encontré a Imogen follando con ese tipo en la encimera de la cocina. Me miró como si quisiera que los separara, pero yo simplemente me fui.

No sentí nada en ese momento.

Ahora, es como un dolor en el pecho. Yo no la quería. Ella no me quería a mí. Simplemente está borracha.

—Imogen…, ya hemos hablado de esto. Ya hemos dicho todo lo que había que decir.

—Lo de los abogados fue un poco dramático, ¿no crees?

—No. —Me paso los dedos por el pelo—. Los dos vivimos allí durante esos dos años. Era justo que lo dividiéramos todo legalmente para que no pudieras venir a demandarme seis meses después.

—Jamás lo haría.

—Sí, Imogen. Lo harías.

—¿Por qué eres tan duro conmigo? —se queja—. No lo entiendo.

—Sí que lo entiendes. Escúchame, Imogen. Los dos sabemos que solo estaba contigo porque eso hacía feliz a mi madre. Se estaba muriendo y le aterrorizaba que acabara solo, así que mantuve las apariencias durante un año y luego uno más porque estaba de luto y no podía pensar en otra cosa. Pero no era una relación para ninguno de los dos. Si acaso, era una mala costumbre.

—Capullo —murmura Imogen, y su voz se quiebra como si estuviera llorando—. ¿Cómo puedes decirme cosas tan crueles?

—Yo… —El corazón me da un vuelco—. No intento ser cruel, Imogen. Estoy siendo sincero. Nada de esto debería sorprenderte. Simplemente estás… borracha. Y lo entiendo, de verdad. Pero deberías estar llamando a tu hombre, no a mí.

—Pero es a ti a quien echo de menos.

—No, no es así. Y yo no te echo de menos a ti.

—Te estás mintiendo a ti mismo —murmura Imogen—. ¡Y no estaré aquí cuando te des cuenta!

—Adiós, Imogen.

Un extraño silencio se instala cuando termino la llamada, como si las paredes se hubieran acercado y el aire se hubiera vuelto un poco

más denso.

Imogen tiene parte de razón. Se merece a alguien mejor que yo. Nuestra relación no fue más que un juego orquestado por mi madre, y yo le seguí la corriente porque se estaba muriendo y eso la hacía feliz. Nunca hubo amor entre nosotros, solo apego al dinero y a la reputación.

Alejo esos pensamientos y me dirijo a la ducha para lavarme el sudor pegajoso que se me adhiere a la piel. El agua caliente que cae a chorros no tarda en dirigir mis pensamientos hacia la única mujer que ha despertado sentimientos en mi corazón. Durante mucho tiempo, pensé que yo no estaba bien de la cabeza. Pensé que una parte de mí estaba rota porque nunca me interesó acostarme con cualquiera.

Y entonces conocí a Calliope.

La que se escapó. Había algo en ella que me arañaba la mente y el corazón de la manera perfecta. Tal vez fue la forma en que se pasó cuarenta minutos hablando de su pasión por el consumo ético de gemas sin apenas tomar aliento y luego se sonrojó furiosamente cuando se dio cuenta de que yo no le había dirigido la palabra durante todo su discurso. O fue la forma en que me hizo reír tan fuerte que me dolían los costados. O lo guapa que estaba bajo la luz tenue del bar cuando por fin la besé.

Fue un rollo de una noche.

Y nunca la he olvidado. Ahora, está aquí. Como una loca jugarreta del destino, ha vuelto a mi vida y está involucrada en mi proyecto personal, como si el destino intentara guiarme de vuelta a donde pertenezco.

¿Tengo alguna oportunidad? Dejó claro que el pasado está en el pasado, pero eso no significa que no pueda volver a intentarlo. Como es debido, esta vez. Solo tengo que asegurarme de no ser el

responsable de que pierda su trabajo. Si hay alguna manera, Buster la encontrará.

Calliope permanece en mis pensamientos durante el resto de mi ducha y me arrulla hasta sumirme en un sueño profundo y suave, donde la noche en que nos conocimos se mezcla con aquel paseo desde la cafetería.

La misma mujer hermosa, la misma ligereza en mi corazón, la misma sonrisa en sus labios.

Es diferente. Un lapso de seis años es mucho tiempo. Pero también es exactamente la misma.

La mañana amanece con un fuerte golpe fuera de mi puerta y la disculpa a gritos de un miembro del personal. El sol entra a raudales por las puertas del balcón, iluminando las cortinas que estaba demasiado cansado para cerrar. El cielo es de un azul gélido que inmediatamente me trae a Calliope a la mente porque es del mismo tono que sus ojos. Un calor me invade el pecho y me acurruco en la almohada, reproduciendo su cara una y otra vez en mi mente.

Mi teléfono vibra repetidamente, interrumpiendo mi ensoñación de entrar en el despacho de Calliope y exigirle una cita. Estiro un brazo y tengo que tantear la mesita durante unos segundos antes de encontrar mi teléfono. Pulso el botón de respuesta y me lo pego a la oreja con un bostezo.

—¿Qué?

—Buenos días, alegría.

—¿Buster? ¿Es que nunca duermes?

—No cuando hay dinero que ganar.

—Dios —gimo suavemente—. La puta de Imogen me llamó anoche.

—¿Qué?

—Mmm. Me soltó un discurso triste y borracho sobre que me echaba de menos.

—Sí, echándote de menos mientras la polla de otro tío está dentro de ella.

Resoplo suavemente. —Echa de menos mi dinero.

—Lo más probable. ¿Cómo te encuentras?

—Yo… no siento nada. ¿Es eso malo? Estuve con ella dos años.

—Dos años de actuación y duelo —murmura Buster—. Además, ¿con qué frecuencia estabais juntos de verdad? Se pasaba la mayor parte del tiempo usando tu nombre para entrar en fiestas, espectáculos y mierdas así. Nunca se preocupó por ti.

—Mmm. —Tiene razón, y aunque estoy seguro de mi decisión, es agradable oír la confirmación—. Entonces, ¿por qué me llamas?

—Tenemos un problema.

Abro los ojos de golpe y me incorporo sobre un codo. —¿Qué?

—Bueno, Angelic Jewels está en problemas. Eso lo sabíamos. Pero es mucho peor que una simple deuda.

—Dispara.

—Alguien en Angelic Jewels ha estado desviando fondos.

—¿Fraude? —Me siento del todo, con la espalda recta como una tabla.

—Sí.

—Mierda. ¿Quién?

—Ni idea. Pero más nos vale averiguarlo rápido.

## 14

# CALLIOPE

—Escuche, entiendo que esté frustrado —digo mientras corro por el pasillo hacia mi despacho—. Tiene toda la razón, cancelamos su pedido en noviembre. El plan era incluir esas pulseras como parte de una promoción de la tienda y hubo un malentendido entre el personal, por eso se pusieron por error en la página web…

Hago una pausa mientras el cliente furioso se lanza a otra diatriba sobre lo ridículamente poco profesional que es por nuestra parte hacer esto y cómo ya le ocurrió en verano con unos juegos de circonitas.

—Tiene razón, la caja de suscripción es más cara, pero usted… Lo entiendo, pero hay más que… No, es que… Sí, le cancelaré la suscripción. Que tenga un buen… —La llamada se corta y me detengo en medio del pasillo, con la mirada fija en el teléfono—. Día. Imbécil.

—¿Mal día? —La voz de Elijah a mi espalda me sobresalta, y me doy la vuelta, quedando cara a cara con él mientras las suaves notas florales de su colonia me hacen cosquillas en la nariz.

Hoy va vestido mucho más informal, con una camisa azul pálido que resalta el moreno oscuro de su piel. Lleva el pelo alborotado y

revuelto, con algunos mechones besándole la frente, y cuando sonríe, las comisuras de sus ojos se arrugan, acentuando el brillo de su mirada. Se me para el corazón.

Está muy bueno.

Siempre ha estado bueno, pero hoy tiene algo que no sabría decir. Elijah levanta una mano y se golpea brevemente el collar de cuerda que le rodea el cuello para ajustárselo mientras espera mi respuesta.

*Qué manos tan fuertes.*

—Eh… sí, se podría decir que sí —balbuceo, negando con la cabeza —. Los clientes enfadados siempre marcan el tono del día a estas horas, ¿sabes?

—Oh, ya lo sé. —Su sonrisa es cálida y encantadora, y mis entrañas se derriten al instante cuando da un paso adelante—. ¿Me dejas pasar?

Solo entonces me doy cuenta de que estoy parada en medio del pasillo y de que un carrito lleno de maletines le impide a Elijah rodearme.

—¡Oh, lo siento! —Me echo a un lado, pegándome a la pared para dejarle todo el espacio posible.

Elijah se acerca aún más, más de lo necesario, y su sonrisa se ensancha al pasar entre el carrito y yo. —Gracias. —Con un guiño, continúa por el pasillo y desaparece al doblar la esquina del fondo. Me quedo mirándolo, con la boca abierta y el corazón desbocado.

¿Acaba de guiñarme un ojo? Qué imbécil. ¿Acaso no me he explicado con claridad?

—¡Calliope! —Victoria aparece de la nada y me coge del brazo—. ¿Por qué te le quedas mirando embobada?

Cierro la boca de golpe y la miro a los ojos. —No me le quedo mirando embobada.

—¡Claro que sí, mírate! ¡Tienes las mejillas rojas como un tomate, Dios mío!

Me llevo el dorso de la mano a la mejilla, el calor se extiende por mis nudillos y hago una mueca. —Es porque hace demasiado calor aquí dentro.

—No, no hace calor. ¿Te mueres por los huesos de un hombre mayor? ¡Sabía que tenías un lado picante, lo sabía!

—¡Victoria, no puedes decir esas cosas!

—Pero es verdad, ¿a que sí? Mírate. ¿Estás coladita por él? —Me pasa el brazo por el mío y empieza a tirar de mí por el pasillo—. No te culpo. Está bueno de cojones. Estuvo ayer en la tienda y Marie le hizo una foto. Tenía unos músculos enormes mientras ayudaba con la entrega. ¡No me importaría que me cogiera en brazos!

Algo incómodo se me retuerce en las tripas mientras caminamos. —No deberíais hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Hacerle fotos sin que lo sepa. Es un poco de psicópatas.

—¿Celosa? —sonríe con aire de suficiencia—. Relájate, no hace daño a nadie.

—Pero a ti no te gustaría que…

—Oh, Dios mío, Calliope. Te estabas poniendo interesante cuando babeabas mientras se alejaba. No me vengas ahora con el rollo de monja tímida.

Se me sonrojan las mejillas por una razón completamente diferente y me zafo de su agarre. —¿Por qué estás tan imbécil hoy?

Victoria se detiene en seco. —¿Por qué no puedes admitir que estás coladita por el de las gemas? No te estoy juzgando. Los hombres mayores pueden estar muy buenos.

—No hay nada que… —Me callo. Con todo lo que está pasando, esto no merece la pena. Cuanto más proteste, más se aferrará a ello y no puedo con eso—. Lo que tú digas.

—¡Lo sabía! —exclama y vuelve a enganchar su brazo en el mío—. ¡Estás un poquito colada por él! No te preocupes, no se lo diré a nadie. Quizá puedas ligar con él y conseguirnos algún tipo de acuerdo de exclusividad.

Pongo los ojos en blanco y dejo que me arrastre hasta el ascensor, donde finalmente me suelta y entra. —Adiós.

—Eh, espera. —Al entrar, sujeta la puerta para que no se cierre—. He oído que te están lloviendo las críticas por esas pulseras. ¿Estás bien?

—Nada que no pueda manejar.

—Bien, porque Jimmy ha pedido más.

El corazón se me cae a los pies y la sensación cálida y pegajosa que me había dejado Elijah se desvanece. —¿Qué?

—Ha pedido más. Lo he visto en los albaranes.

—Pero si… si ya tengo demasiadas. No hay suficientes suscriptores para endosárselas todas. ¿Por qué demonios iba a pedir más si se quejaba de que no se venden?

—Ni idea, pero quería avisarte. —El ascensor emite un pitido y Victoria retrocede—. Lo siento, nena.

—Gracias. Hasta luego. —La saludo con la mano mientras se cierran las puertas, luego me doy la vuelta y desando el camino hacia mi despacho. La inminente llegada de aún más pulseras de ónix me distrae de Elijah durante unas horas, pero para cuando me he puesto al día con innumerables correos electrónicos sobre el cambio de contenido de la caja de suscripción de enero, un par de docenas de cancelaciones e incontables llamadas telefónicas diciéndome lo

mal que llevo el negocio, Elijah se cuela de nuevo en mis pensamientos.

Por desgracia, Victoria tiene razón. Hay algo en Elijah que hace que mis entrañas se derritan de una forma que no había sentido desde la noche en que nos encontramos en la convención. Fue la primera vez que alguien me hizo sentir el centro del universo, y fue una sensación adictiva. Tanto que conseguí su número y fui demasiado tímida para llamar hasta que tuve que hablarle de mi embarazo.

Que me respondiera su mujer aplacó de verdad todos esos sentimientos.

Hasta ahora.

Sola en mi despacho, rodeada de papeleo e innumerables cajas que empaquetar a mano, mi mente divaga.

¿Qué significaba el guiño? ¿Está interesado? ¿Estoy interesada yo? ¿Puedo realmente arriesgarme a intentar acercarme a él mientras oculto la bomba de que es el padre de mi hijo, además de lidiar con la culpa de que le ayudé a engañar a su mujer? Y si la engañó a ella entonces, seguro que me engañaría a mí, ¿no?

Hay tantas preguntas sin respuesta en torno a Elijah y a lo que hace aquí, y mi mente debate entre lo que quiero hacer y lo que debería hacer. Al fin y al cabo, nada de eso importa si estoy a punto de quedarme sin trabajo.

Si al menos no estuviera tan bueno.

El día se me pasa volando y, cuando dan las cinco en punto, no estoy ni cerca de terminar.

—¿Vienes a tomar algo? —pregunta Victoria mientras entra contoneándose en mi despacho.

—No puedo.

—¿Por Nick?

—No. —El bolígrafo cae sobre el escritorio y me froto las sienes, mirándola—. Va a una fiesta de pijamas con un amigo, así que esta noche estoy libre de niños.

—Entonces… ¿unas copas?

—No puedo. Voy muy retrasada con los pedidos porque perdimos una semana por la rotura de la tubería. Mark está de baja con gripe, así que estoy montando estas cajas yo sola. Hay tanto que hacer y tan poco tiempo…

—Deja que te ayude. —Sorprendentemente, parece decirlo en serio. Se adentra en mi despacho y echa un vistazo a su alrededor—. Empaqueto cosas en la tienda todo el tiempo. No puede ser tan diferente. Me quedaré a ayudar.

—Pero ya hay otra gente esperando para tomar algo, ¿no?

—No —responde Victoria rápidamente, y luego asiente—. Sí… pero no quiero dejarte aquí sola.

—Estaré bien. Sinceramente, tardaría demasiado en enseñarte todo. No es que no te agradezca la oferta.

—Mmm. Vale. Bueno, mándame un mensaje cuando te vayas, ¿vale? Necesito quedarme tranquila sabiendo que no te has quedado atrapada debajo de otra tubería o de una pila de cajas. —Lanza dos besos al aire—. ¡Buenas noches!

—Buenas noches.

Debería volver al trabajo, pero el comentario de Victoria enciende otra fantasía en mi mente. El día que llegó Elijah y me salvó de la caída de esas losetas del suelo fue excitante. Más que excitante, en realidad. Ni se lo pensó antes de lanzarse al agua y apartarme de un empujón. Cierro los ojos, la sensación de sus fuertes manos en mis brazos y el calor de su torso se combinan con el aroma de su colonia de antes, y la tensión se extiende por mis entrañas.

*Piensa en Nick.*

*En el dinero.*

*Mi trabajo.*

*No en Elijah y en lo bueno que está.*

Dos horas más tarde, estoy hasta el cuello curándome mi enésimo corte con la cinta de embalar cuando algo golpea ligeramente en el pasillo.

Me quedo helada.

Todos los nervios de mi cuerpo saltan como si me acabaran de meter en agua fría y el corazón empieza a acelerarse. Todos los demás se han ido a casa. No hay nadie más aquí. Le sigue otro golpe, y me levanto de un salto de mi asiento mientras mi corazón desbocado se me sube a la garganta.

*Oh no.*

¿Será un ladrón? No sería la primera vez que nos roban, y los recortes de Jimmy en seguridad dejan este lugar totalmente expuesto para alguien con ganas de sacar tajada en esta época del año. Una y otra vez le dije a Jimmy que todos los productos debían guardarse en el almacén, pero él insistía en que el inventario de la web y de las suscripciones se guardara en las oficinas.

Es un secreto a voces para cualquiera que vea las recogidas de correo desde aquí.

Unos pasos audibles se acercan cada vez más a mi puerta, así que cojo el móvil para marcar el 112 mientras agarro el objeto más cercano a mí. Es una tiara de cristal destinada a ser el premio de un sorteo para un cliente de correo electrónico, y ahora es lo único que tengo para protegerme.

Oigo otro golpe justo fuera de mi puerta y se me escapa un chillido de miedo. El teléfono se me resbala de la mano mientras corro desesperadamente hacia la puerta para cerrarla con llave.

Soy demasiado lenta.

El pomo baja y la bisagra cruje al abrirse la puerta. El instinto se impone y actúo antes de poder pensar.

—¡Fuera! —grito, levantando la tiara como si fuera una cuchilla y descargándola con fuerza sobre el intruso.

—¡Ay! —grita una voz dolorosamente familiar mientras la figura que aparece por la puerta se desploma inmediatamente en el suelo y cae a mis pies.

Lo miro, jadeando y blandiendo la tiara, lista para atacar de nuevo, hasta que mis ojos se encuentran con los del hombre en el suelo.

—¿Elijah?

## 15

# ELIJAH

—Lo siento muchísimo, de verdad —jadea Calliope, y su aliento me roza suavemente el pelo mientras está de pie, inclinada sobre mí, con otra tira de sutura en la mano.

—No pasa nada.

—No, claro que pasa —dice—. Y deberías ir al hospital a que te lo miraran.

—No es para tanto.

—Te he hecho un corte con una tiara de diamantes. Claro que es para tanto.

Resoplo suavemente.

—Las he tenido peores.

Calliope se echa hacia atrás, entrecerrando los ojos bajo la dura luz de la sala de descanso.

—¿Heridas de joyas?

—Eh… no, de joyas no. Pero, la verdad, ni siquiera me duele tanto. Es más como un moratón. Tienes un brazo fuerte.

Que Calliope se abalanzara sobre mí con una corona en la mano puede que sea lo más aterrador y, a la vez, divertido que he visto en mi vida. Pensándolo bien, debería haberme anunciado, pero no se me pasó por la cabeza que ella fuera a estar a la defensiva.

—Oh, Dios, me siento fatal —se queja mientras vuelve a limpiar con delicadeza la pequeña brecha de mi frente—. Oí un montón de golpes y ya nos han robado antes. Lo único que se me ocurrió pensar es que alguien estaba aquí para hacer alguna putada, ¿sabes?

Miro por encima de ella la caja de plástico que antes contenía cuatro tartaletas de crema con temática de nieve perfectamente moldeadas. Hasta que he tropezado y se me han caído al suelo. Dos veces. Ahora la crema está esparcida por todo el envase y los dulces se han chocado entre sí en sus dos viajes al suelo, o tres, después de que ambos cayéramos por el golpe de Calliope.

—Lo entiendo. De verdad que no es culpa tuya. Son cosas que pasan.

—No, no pasan —se ríe, y su pecho sube y baja ante mi cara, trayendo consigo una ráfaga de las notas dulces y florales de su perfume. Mantengo la mirada respetuosamente desviada.

—Debería haberme anunciado. Lo siento. No se me pasó por la cabeza que pudiera ser peligroso, pero ahora que lo pienso, debería haberlo hecho. No sabía que habían robado aquí antes, no es que sea una excusa. Estabas sola, así que debería haberlo tenido en cuenta.

Calliope se inclina más, sus delicados dedos se mueven por mi frente, donde empieza a formarse un dolor punzante, parecido al de un hematoma. Chasquea la lengua suavemente y sigue aplicando dos tiritas de sutura más, luego da un paso atrás y nuestras miradas se encuentran.

—No sé qué es más vergonzoso, si atacarte o intentar decirle al operador del 112 que todo estaba bien. Parecía tan cabreado que pensé que me iban a detener por hacerle perder el tiempo o algo así.

—No será la primera vez que pasa algo así —digo con una risita—. Quizá no lo de la corona, pero sí lo de la llamada accidental.

Calliope sonríe y toda su cara se ilumina, aunque esta vacila cuando mi móvil suena por enésima vez. Lo rechazo y me lo guardo en el bolsillo.

—Vale, ¿cómo te encuentras?

—Bien.

—¿De verdad?

—Sí. Al cien por cien.

Calliope me mira con los ojos entrecerrados y claramente no se fía de mi respuesta, pero es la única que le daré. No quiero que se sienta demasiado culpable por esto.

—¿Puedo ver?

—¡Oh, claro! —Volviéndose hacia la mesa, deja las pinzas y coge el espejo del botiquín. Luego lo levanta para que yo examine su trabajo.

El corte es de un par de centímetros en el lado derecho de mi frente y un moratón reciente florece a su alrededor como los pétalos de una flor. A pesar de esto, las tiritas de sutura que Calliope ha aplicado cuidadosamente lo mantienen bien cerrado.

—Tiene muy buen aspecto, gracias.

—No deberías darme las gracias —gime—. No cuando te lo he hecho yo. Dios, debes de pensar que estoy loca.

—¿Por protegerte? En absoluto.

—Lo siento mucho.

—Y acepto la disculpa. De verdad, no pasa nada. ¿Cómo se te da tan bien esto? —Señalo mis puntos de sutura mientras ella deja el espejo en la mesa.

—Nick —sonríe cálidamente—. Y evitar facturas de hospital que no puedo pagar.

—Ah, comprensible. —La culpa se instala como una bola dura bajo mis costillas. Ni siquiera lo había pensado—. ¿Has dicho que han robado en este sitio antes?

—Un par de veces. Tenemos mercancía aquí, como has visto. En contra de todos mis consejos, pero *Jimmy es el que sabe*. —Pone los ojos en blanco mientras se concentra en guardar el botiquín—. Y con la recogida del correo, nosotros…

Mi móvil vuelve a sonar. Lo ignoro una vez más.

—Básicamente nos pusimos en el punto de mira, ya que también recortó en seguridad, lo cual es muy estúpido. Yo estaba aquí la última vez que robaron, ¿quizá la primavera del año pasado? Así que cuando oí los golpes pensé… Bueno, en realidad no lo sé. Simplemente entré en pánico y reaccioné.

—Mis pobres tartaletas —digo con tristeza—. Me crucé con Victoria en el ascensor y me dijo que te quedabas hasta tarde. Como yo también, pensé en traerte algo de picar.

Las mejillas de Calliope se tiñen de un suave color rosa mientras observa las tartaletas destrozadas.

—No me puedo creer que se te cayeran.

—Ni yo —digo con una risita—. Estaba… —De nuevo, mi móvil suena y gimo.

—Alguien tiene muchas ganas de hablar contigo —dice Calliope, cerrando de golpe el botiquín.

—Mi ex —suspiro. Por el rabillo del ojo, Calliope se queda helada.

—¿Tu ex?

—Mmm. Apagaría el móvil, pero hay otras personas con las que tengo que hablar, así que, ya sabes. —Niego con la cabeza mientras mi móvil suena de nuevo, y se me revuelve el estómago—. Es que no pilla las indirectas.

—¿Ruptura complicada? —No me mira mientras se aleja y devuelve el botiquín al armario superior, encima de la horrible cafetera.

—Algo así. Estuvimos juntos dos años y tuvimos una ruptura complicada a principios del año pasado. Teníamos muchas cosas que repartir, así que pasó por los tribunales. Ahora le ha dado por cambiar de opinión y siente que estaba justificado que me engañara. No importa cuántas veces le diga que se ha acabado, y que se acabó hace mucho tiempo, simplemente no escucha.

—¿Te engañó? —La calidez de Calliope parece desvanecerse de repente cuando vuelve a la mesa frente a mí y abre con cuidado el envase de los pasteles destrozados—. Eso debió de ser una mierda.

Mi ceño se frunce ligeramente. Hay algo en sus palabras que me pilla desprevenido, como si una frialdad hubiera entrado de repente y hubiera teñido su tono de hielo.

—Sí, fue… bastante horrible.

—Engañar es imperdonable —murmura, pasando el dedo por el borde de una de las tartaletas. Tras recoger la crema en la yema, se la lleva a los labios y la chupa.

La observo, completamente hipnotizado, y asiento.

—Estoy de acuerdo.

—¿Lo estás? —Sus ojos se clavan en los míos, y aparto la mirada rápidamente, no queriendo que vea con qué intensidad la estaba mirando.

—Claro que sí.

—Interesante. —Calliope coge la pequeña tartaleta de la caja y le da un bocado.

¿Interesante? ¿La engañaron a ella? No quiero preguntárselo directamente, ya que el tema es claramente incómodo para ella, pero algo me impulsa a seguir indagando sutilmente.

—¿Es eso lo que pasó con el padre de Nick?

Deja de comer y se queda mirando el pastelito que tiene en las manos.

—No exactamente.

—Oh, lo siento.

Calliope se encoge de hombros y se mete el último bocado en la boca.

—No pasa nada. Simplemente no está porque tenía cosas mejores que hacer.

—Una vergüenza —murmuro—. Abandonar a tu hijo es lo más bajo que se puede caer. No puedo ni pensar en un hombre que haría eso. —Levanto la vista y Calliope me está mirando con la expresión más extraña en su cara. Es una mezcla rara entre curiosidad e incredulidad, pero hay algo más ahí que no consigo identificar—. Se lo está perdiendo, eso seguro.

—¿Tú crees? —Calliope finalmente aparta la mirada y se dirige al fregadero, sacando toallas de papel del dispensador y limpiándose el exceso de crema de las manos.

—Sí… —Me levanto lentamente, ignorando la punzada de dolor de mi cabeza, y me acerco a ella—. Calliope… esa noche en el congreso… sé que solo te conocía desde hacía muy poco tiempo, pero fue la mejor noche de mi vida. Así que una noche contigo, así,

me dice todo lo que necesito saber sobre lo increíble que eres, y él es un idiota por…

—No lo hagas —espeta Calliope de repente, haciendo una bola con la toalla de papel en el puño—. No podemos hablar de eso.

—¿Por qué no? Pasó.

—Lo sé. Pero no puedes decir ni una palabra. Ni aquí. Ni en ningún otro sitio.

¿Le preocupa que la gente se entere? O… algo más.

—¿Te arrepientes? Si te estoy recordando un mal momento, entonces… lo siento. —En mi egoísta disfrute de su presencia, nunca se me pasó por la cabeza que ella pudiera no recordar con cariño nuestro tiempo juntos. Quizá para ella, fue horrible.

—No. —Calliope frunce el ceño y, aunque está de espaldas a mí, levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran—. Yo… no me arrepiento. Fue una de las mejores noches de mi vida.

La emoción explota de repente en mi pecho, acelerando mi ritmo cardíaco y enviando una oleada de calor por mi cuerpo. Se acuerda. Y lo recuerda con cariño.

—¿Lo fue?

Frunce los labios brevemente.

—Lo fue. Pero… ahora somos personas diferentes, Elijah. Así que no deberíamos hablar de ello. Es parte del pasado.

Doy un paso adelante y ella levanta la mano, apoyando la palma en mi pecho para mantenerme alejado, pero no hay resistencia cuando sigo inclinándome hacia delante.

—Lo sé. Fue hace seis años y ha pasado mucho tiempo. Somos personas diferentes, pero no puedo ocultar que desde que me reencontré contigo, me he sentido… diferente. Nunca pensé que

volvería a verte y, de repente, aquí estás. Eso tiene que significar algo.

—Elijah, no puedes simplemente…

Temiendo que vaya a rechazarme, me lanzo hacia delante casi sin pensarlo y poso suavemente mis labios sobre los suyos mientras le sujeto la barbilla con un dedo y le levanto un poco la cabeza. En el momento en que nos besamos, mi mente se queda en blanco y una sensación profunda y maravillosa recorre mi cuerpo como caramelo caliente. La dulzura de la crema que queda en sus labios se mezcla con un sabor que es todo suyo, un sabor que me resulta dolorosamente familiar y que desbloquea cada detalle de nuestra noche juntos hace tantos años.

Los dedos de Calliope se curvan contra mi pecho y entonces ella me devuelve el beso. Presiona ligeramente hacia arriba, intensificando el beso, y sus ojos se cierran en un aleteo. Me uno a ella en esa feliz oscuridad y deslizo mi mano desde su barbilla para acunar suavemente el lado de su cara.

Un beso es todo lo que se necesita.

Un beso lo reavivará todo de nuevo, le recordará que yo…

De repente, se aparta y su palma impacta contra mi mejilla en una bofetada seca que me deja la cara y la lengua entumecidas con una sensación de escozor. Abro los ojos de golpe y la miro mientras se aleja a toda prisa.

¿Qué coño ha sido eso?

## 16

# CALLIOPE

Un par de días después de abrirle la cabeza a Elijah con la tiara, estoy sentada en mi despacho, revisando un sinfín de correos electrónicos que expresan su descontento por los retrasos de Navidad que se han alargado hasta el nuevo año.

Empiezo a ser sincera en mis respuestas, ignorando el protocolo y contando a todo el que pregunta exactamente lo que pasó con la inundación y el *stock* dañado. Sorprendentemente, la mayoría responde con comprensión y empatía, mientras que solo unos pocos se empeñan en recalcar lo inaceptable que es.

Mis dedos vuelan sobre las teclas mientras escribo una respuesta a otro correo que pregunta por la ampliación de su suscripción hasta junio y su coste, pero a mitad del párrafo, mi mente vuelve a Elijah.

Y a ese beso.

En el momento en que sacó el tema de lo que pasó en la convención, debería haberme ido. Debería haberle dicho que el que su novia le pusiera los cuernos era el karma y luego haberme marchado. Pero no lo hice. Me quedé, él me besó y es en lo único que he podido pensar desde entonces.

Elijah es más alto que yo, pero incluso con aquel beso, siempre me ha maravillado que no haya nada intimidante en su forma de inclinarse hacia mí. No lo había entonces y sigue sin haberlo ahora. Pero fue solo un beso, una única presión de labios que liberó una bola de tensión en mi pecho y me hizo sentir, solo por un segundo, que era seguro apoyarme en él y confiar en él. Como si pudiera caerme y él me fuera a coger, y por primera vez en años, tendría un apoyo.

Pero Elijah no es un apoyo.

No es nada para mí. En realidad, no.

Ni siquiera fue un beso tan bueno.

Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en ello? ¿Por qué se me acelera el corazón cada vez que oigo pasos en el pasillo, como si esperara que viniera a verme otra vez?

Me quedo mirando el correo a medio escribir hasta que las palabras se vuelven borrosas y entonces cierro los ojos con un suave suspiro. No necesito este tipo de distracción ahora mismo. Centrarme demasiado en Elijah significa que no puedo investigar a fondo esta adquisición. Todo lo que quiero saber es si mi trabajo está a salvo. Nada más. Como Nick se lo está pasando en grande en el colegio y poniéndose al día con todos sus amigos, he podido encasquetárselo a otros con citas para jugar y demás para pasar más tiempo en la oficina, pero mis búsquedas no han revelado nada.

Quizá tenga que apoyarme en Elijah lo justo para averiguar qué está pasando.

Podría hablar con otra persona, pero ¿quién de por aquí está lo suficientemente al tanto como para enterarse de algo?

Cuando dan las seis, he agotado mis posibilidades y Elijah sigue invadiendo mis pensamientos de camino a casa. Cada vez que respiro, puedo olerlo. Soy hiperconsciente de mis labios y del fantasma de la presión que dejó, y el hecho de que ni siquiera lo

haya visto en los últimos días enciende una bola de preocupación en mi estómago por si el golpe en la cabeza fue más de lo que parecía.

Para cuando llego a casa, estoy preocupada. ¿Debería llamarlo? No es muy buena idea, pero debería asegurarme de que no ha acabado en el hospital o algo así. Con el teléfono en la mano, entro en casa… y me quedo clavada en el sitio.

A mis pies, tiras de papel pintado húmedo se enroscan unas con otras sobre la moqueta y un olor acre en el aire me hace cosquillas en la nariz. Levanto la cabeza y me quedo con la boca abierta.

El que una vez fue un recibidor cálido y acogedor ahora está completamente carente de vida. El papel pintado ha sido arrancado desde la mitad de la pared hasta el suelo y yace en montones alrededor del rodapié. En su lugar, ahora hay yeso desconchado y desmoronado, y cuando la puerta de entrada se cierra detrás de mí, nubes de polvo de yeso se desprenden y se elevan en el aire. La mesita ha desaparecido y el perchero está vacío, a excepción de una solitaria bufanda azul que cuelga lánguidamente de una percha.

—¿Mamá? —la llamo en cuanto recupero la voz, mirando a mi alrededor con horror—. ¡Mamá!

—¡Aquí dentro! —llega su alegre voz desde el salón.

Avanzo con cautela, evitando con cuidado los pegotes más grandes de papel pintado húmedo. La línea de papel que queda arriba, cerca del techo, termina a una altura que coincide sospechosamente con la de mi madre, y el salón no es diferente.

De hecho, es peor.

Las paredes han sido arrancadas de forma muy parecida, solo que se ha quitado la mitad del papel pintado desde la altura máxima a la que llegaba mamá hasta el suelo. La mayoría de los muebles se han apartado de las paredes y están cubiertos con mantas —mantas suaves de algodón en lugar de plástico— y están salpicados de trozos de papel pintado caído y algunos otros trozos de polvo y

suciedad que se han apelmazado en la tela. Han quitado las cortinas de la ventana con bastante fuerza, a juzgar por la curva poco natural del riel que queda, y han quitado todos los adornos de la vitrina.

Excepto la urna de papá.

Descansa en la repisa vacía de la chimenea, con un aspecto excepcionalmente solitario sin las flores que una vez la rodearon.

—Mamá. —Apenas puedo hablar—. ¿Qué has hecho?

Está de pie cerca de la vitrina con una rasqueta de metal en la mano y una amplia sonrisa en la cara. Sus rizos grises están recogidos de la cara con una colorida tira de tela amarilla y tiene manchas húmedas de yeso pegadas a las mejillas.

—¿Qué te parece? —responde secamente—. Usa los ojos, por el amor de Dios.

Mi relación con ella ha estado en la cuerda floja estos últimos días. Esa cuerda se acaba de romper.

—¿Estás loca? —explota de mí en una oleada—. ¿A qué demonios estás jugando? ¡Mira las paredes! ¡Esto es horrible! ¿Y las mantas? Mamá, esto lo traje de casa. Es la manta de bebé de Nick, ¿por qué demonios la usarías para proteger el maldito sofá? —Avanzando bruscamente, cojo la manta azul, ahora manchada, del extremo del sofá y la sacudo rápidamente para desalojar cualquier trozo de papel pintado enganchado.

—Oh —responde mamá, sin más—. No me di cuenta.

—¡Lleva su nombre! —Cojo la esquina bordada y se la muestro—. ¿Qué has hecho? La moqueta está destrozada con todo esto… ¿y dónde están las flores? Mamá, ¿en qué estabas *pensando*?

—¿En qué estaba pensando? —espeta—. ¡Estaba pensando en que mi hija no puede decidir lo que hago en mi propia casa! ¡Estaba pensando que estaba cansada del aspecto de este lugar e iba a hacer algo al respecto! Pensé que te alegrarías.

No puedo creer lo que estoy oyendo. —¿Alegrarme? ¿Por qué iba a alegrarme?

—No dejas de dar la lata con que es demasiado caro, así que lo estoy haciendo todo yo sola.

Me quedo boquiabierta y mi mente se queda en blanco durante unos largos segundos. —¿Ah, sí? ¿Vas a arrancar el papel de toda la casa y a redecorarla tú sola? ¿Quién va a quitar el papel pintado al que no llegas, eh?

—Se lo pediré a un amigo.

—¿Y cómo le pagarás?

—Con una cena, por supuesto.

—¡Una cena que pago *yo*! ¿Y qué hay de las reparaciones de las propias paredes? —Señalo una de las grietas—. ¿Quién arreglará eso?

—¡Yo!

—¿Y quién pagará el yeso, eh? ¿Quién pagará el nuevo papel pintado y la cola? ¿Quién pagará para que limpien las alfombras y fumiguen el aire de toda esta suciedad y polvo? ¿Quién limpiará los sofás y lavará estas mantas? ¿Quién pagará la nueva pintura y las nuevas cortinas, mamá? ¡Yo! ¡Esa soy yo!

—¡No todo gira en torno a ti, Calliope! —grita mamá de repente, apretando la rasqueta contra su pecho.

—¡Sí, cuando soy yo la que paga todo! Mi dinero es el que mantiene las luces encendidas, ¿no lo entiendes?

—¡No me grites! —grita ella a su vez—. ¡Me estás disgustando!

—¡Es que esto *es* muy disgustante! ¡Mamá! ¿Cómo has podido pensar que era una buena idea? ¿Creías que todo te caería del cielo por arte de magia? ¿Lo que pasó en el supermercado no te dio ni el más mínimo indicio de nuestros problemas económicos?

—Oh, ya empezamos. Todo es culpa mía y tú no tienes nada que ver. ¡Todo lo que hago es malo y una locura y está destruyendo a esta familia mientras que tú te vas de rositas!

—Mamá, no me voy de rositas. ¿De verdad quieres vivir en una casa que tiene este aspecto? —Señalo las paredes, luchando por bajar la voz—. ¿Crees que querría criar a Nick en una casa infestada de polvo?

—Nick está bien —espeta mamá—. Cosa que no sabrías, porque nunca estás aquí, ¿verdad?

La rabia que surge en respuesta a su acusación es inmediatamente contenida por un grito ahogado procedente de la puerta. Me doy la vuelta y Nick está allí, agarrando su osito de peluche y mirando el desastre en que se ha convertido el salón.

—¿Mamá? ¿Por qué gritas?

—Hola, cariño. No estábamos gritando —digo mientras me acerco a él, aunque mi voz todavía tiembla bajo la ira contenida que arde en mi pecho.

—¿Así que ahora le mientes? —comenta mamá con sarcasmo a mis espaldas.

Aprieto los dientes mientras me agacho y le doy un ligero toque a Nick en la barriga. —¿Has comido?

Inmediatamente se pone a toser, así que lo cojo en brazos y me lo llevo del salón, lejos del polvo. —La abuela me ha dado pizza —dice con un bostezo gigante.

Por supuesto que sí. —¿De qué era?

—De queso.

—¿Y?

—¡De jamón! —Se retuerce en mis brazos—. Estaba buenísima. Te iba a guardar un poco, pero, mmm… —Se echa hacia atrás en mis

brazos y me acerca el osito a la cara mientras llegamos a la cocina —. Teddy también tenía hambre.

—Seguro que sí. Es importante que Teddy coma.

—¡Eso es lo que yo decía! —Su cara se ilumina cuando lo siento en la encimera, pero su sonrisa se desvanece rápidamente—. ¿Estáis enfadadas la abuela y tú?

Sus mordaces palabras vuelven a mi mente, así que asiento. —Solo un poquito.

—Deberíais hablar. O contárselo a alguien. Mi profe dice… dice que si te enfadas con un amigo y no puedes hablar con él, debes contárselo a alguien y esa persona puede ayudar.

Manteniendo una mano sobre su abdomen para que no se caiga de la encimera, cojo un vaso del armario que hay sobre su cabeza. —Es verdad. Tu profe tiene razón.

—Entonces, ¿debería decirle a mi profe que la abuela y tú estáis enfadadas?

Lo miro mientras una risa suave me sube por dentro. —No, cariño. No hagas eso.

—¿Por qué no? ¡Puede ayudar!

Lleno el vaso de agua y bebo varios tragos largos, usando el frío para romper la ira candente de mi pecho. Cuando termino, suelto un suspiro y me lamo los labios. —Bueno… tu abuela y yo necesitaríamos una profe especial. Una de mayores.

—Ah. —Nick asiente con aire de suficiencia—. Le preguntaré a mi profe si conoce a alguna profe de mayores.

—Hazlo —respondo. Mi respiración se vuelve más fácil mientras Nick abandona su osito y coge mi vaso de agua con ambas manos. Sin resistirme, dejo que coja el vaso y se beba el resto. Mi corazón se hincha cuando imita mi suspiro y me sonríe.

—Vamos. —Dejando el vaso a un lado, lo cojo de nuevo en brazos—. Cuéntame qué tal tu día.

Nick se lanza inmediatamente a una explicación muy detallada de su día desde el momento en que lo dejé en la guardería. Mientras lo llevo a bañarse, me cuenta todo sobre las palabras que aprendió, los juguetes con los que jugó, los amigos que hizo y lo emocionado que está por su cumpleaños el mes que viene porque la profesora ha puesto su nombre en el tablón de celebraciones. De todos los niños de allí, su cumpleaños es el siguiente.

Una vez lavado y secado, con los dientes cepillados y el pelo peinado, lo arropo en la cama y me acurruco a su lado con un libro de fábulas. A mitad de la lectura de una versión modificada de *Pulgarcita*, Nick se duerme acurrucado contra mi pecho y yo me quedo en silencio.

Momentos como este me hacen sentir que todo va a salir bien. Pero con mamá actuando como lo hace, ese sentimiento no durará.

No puedo ni imaginar el coste de las reparaciones de los daños que ha causado, pero ha dejado una cosa meridianamente clara. Necesito averiguar qué está pasando en el trabajo. Se acabaron las distracciones.

Mientras Nick duerme profundamente a mi lado, saco el móvil del bolsillo y le envío un mensaje rápido a Victoria.

[**Calliope**] Oye, eres la reina de los cotilleos, ¿no?

Responde casi al instante.

[**Vic**] Sí, señora.

[**Calliope**] ¿Has oído esos rumores de que la empresa va a cerrar? ¿O que van a cerrar algo? Oí algo sobre las tiendas en la sala de descanso, pero no pude enterarme de los detalles.

Su respuesta hunde mi corazón en un pozo oscuro en mi estómago.

[**Vic**] He oído un rumor, pero sé una cosa. Si algo va a cerrar, no serán las tiendas.

## 17

# ELIJAH

—Buster, he oído todo lo que has dicho, pero no he entendido nada.

—Me estás matando —suspira Buster, acercándose a la cámara—. Por esto debería ser yo el director general. Es hora de que te retires, viejo.

Me reclino en la silla, miro por la ventana de mi hotel y observo cómo el mundo pasa a toda prisa. Una placa de hielo varios metros más abajo se ha convertido en una rápida fuente de diversión mientras una persona tras otra cree que puede pasar por encima sin más. Nueve de cada diez veces, tienen que agarrarse a la farola, y esa vez que alguien se cae es lo más destacado de mi mañana.

Soy una persona terrible.

—¿Así que estás organizando un golpe de estado? —Vuelvo a mirar nuestra videollamada.

—Sip —chasquea los labios—. Al menos te lo digo a la cara y no te obligo a marcharte.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—Ponte a jugar al golf.

—Odio el golf.

—Hazte masajista, no tengo ni puta idea. Lo único que sé es que voy a recuperar mi piso.

—Nunca perdiste tu piso —resoplo—. De hecho, ¿no acabas de comprar una casa en la playa?

La sonrisa de Buster se ensancha. —¡Sí! Mmm. Si quiero pasar tiempo allí, quizá no debería ser director general. ¿Quién tiene tiempo para todo eso?

—Tú no.

—Exacto. De momento, pondré el golpe de estado en pausa.

—Te lo agradezco.

—*Bueno* —suspira Buster—. No quiero señalar a nadie, pero Angelic Jewels tiene un problema serio. Fraude.

La palabra tabú. Lo único que da al traste con mis planes. —¿Puedes decirme quién?

—¿Qué, quieres que haga todo el trabajo? —se burla Buster—. Tienes compras que no coinciden con el inventario, ventas que no aparecen en las cifras anuales, y he encontrado esto. —Golpea la cámara con una hoja de papel, dejando toda la pantalla en negro.

—Buster.

—¿Qué?

—Te das cuenta de que no veo una mierda, ¿no?

—¿Qué? Oh. —Suelta una carcajada corta y seca mientras retira la hoja—. Te lo enviaré por correo. El caso es que, por Halloween, encontré una orden de compra de dos mil pendientes de calabaza de ámbar. Pero esos pendientes nunca llegaron al inventario. Comprobé

si estaban dañados y se habían dado de baja, o incluso si se habían anotado como crédito del proveedor, pero no, se esfumaron.

—¿Tu teoría?

—Apuesto a que llegaron y quienquiera que los tuviera se los agenció y los vendió con un sobreprecio en otro sitio.

Me muerdo ligeramente la mejilla por dentro. —¿Pero nos daríamos cuenta, no? ¿Dónde podría alguien venderlos para sacar tajada sin que lo pillaran?

—En el mercado negro. No te imaginas lo que alguien pagaría en el mercado negro por joyas de esa calidad. La mayoría de las veces las funden por las piedras, pero el mercado existe.

—¿Así que alguien usa los fondos de la empresa para comprar existencias que nunca llegan al inventario, saca tajada de la reventa y nadie se entera?

—Tienes que averiguar quién, o estaremos invirtiendo dinero en un proyecto que está llenando los bolsillos de algún ladrón.

—Gracias, Buster, lo investigaré.

—Entendido. Y recuerda, ese golpe de estado solo está en pausa, así que en cuanto vea algo que no me guste...

—Me quitarás el trabajo y el sustento, y pasaré la próxima década humillado en la portada del *Financial Weekly*. Lo pillo.

—Cuídate.

La risa de Buster resuena en mi mente cuando termina la llamada, y me acompaña durante todo el camino hasta el coche. Ha sacado a la luz un asunto muy serio y, técnicamente, debería involucrar al resto de mi equipo para una investigación a fondo. Pero lo último que quiero es empezar esta adquisición con una investigación tan invasiva. No solo creará mal rollo, sino que en el momento en que el

mundo se entere de que yo, Elijah Baird, no pude confiar en mi propio instinto, estaré acabado.

Tengo que intentar solucionarlo yo mismo.

El trayecto hasta las oficinas de Angelic Jewels solo lleva veinte minutos, pero las que paso al llegar están todas vacías, hileras y más hileras de cubículos vacíos y despachos con las puertas abiertas y los escritorios abandonados. Mi creciente curiosidad sobre dónde demonios está todo el mundo se resuelve cuando llego a la última planta y me encuentro a todo el personal de la oficina metido en la única sala de reuniones.

¿Una reunión? Se supone que Jimmy tiene que informarme de todas las reuniones.

Me aflojo la corbata y me cuelo por la puerta de cristal, atrayendo algunas miradas curiosas del personal aburrido mientras la voz monótona de Jimmy perorata al frente de la sala.

—Falta poco más de un mes para el día de San Valentín, ¡así que ya sabéis lo que significa! Los maridos comprarán regalos caros para compensar un año de abandono, la gente comprará anillos de compromiso para la pedida perfecta, las solteras comprarán joyas para sentirse mejor con su solitaria existencia.

Un murmullo incómodo recorre el grupo mientras Jimmy ríe con voz ronca. Escaneo a la multitud y entonces, en el mar de cabellos castaños y rubios, la veo. Calliope. Está sentada con la vista al frente, una pierna cruzada sobre la otra y su pelo liso y oscuro recogido detrás de una oreja. Tiene un bloc de notas sobre el muslo y garabatea en él sin siquiera mirar, aunque no me imagino que Jimmy esté diciendo nada digno de ser anotado.

Una sutil mueca de dolor cruza sus hermosos rasgos cuando Jimmy empieza a hablar de nuevo, y ella tamborilea ligeramente el bolígrafo contra el bloc.

Bolígrafo y papel. De la vieja escuela.

Desde el beso, he estado deseando contactar con ella, pero todavía me escuece la mejilla por su bofetada. Fue un mensaje bastante claro para que me mantuviera alejado, pero no estoy seguro de cuánto tiempo más podré aguantar. La perdí durante seis, casi siete años. No quiero perder otra oportunidad.

—¡… así que quiero que vendáis, vendáis y vendáis! Todo lo que sea rosa y brillante, para las chicas. Quiero esos anillos en primera fila en los escaparates, y aseguraos de incluir un cartel destacando la oferta de dos por uno. No hay nada como un novio experto en… —Levanta los puños y lanza unos golpes al aire—. Necesitar urgentemente un regalo de disculpa con el que *jurar* que no lo volverá a hacer.

El rostro de Calliope se deforma en una mueca de abierto asco mientras Jimmy ríe a carcajadas, y anoto mentalmente que Buster revise el contrato de Jimmy. Si hay alguna forma de poder despedirlo sin armar un escándalo, la aprovecharé.

—En fin —suspira Jimmy, espetando bruscamente—. ¿Alguna pregunta? —Se levantan algunas manos y Jimmy frunce el ceño profundamente. Las manos bajan—. Genial. ¡A trabajar! Quiero nuestros almacenes vacíos para San Valentín, ¿entendido? ¡Vacíos! ¡Ni un corazón rosa a la vista!

Un suspiro colectivo recorre al personal mientras todos se levantan y, uno por uno, empiezan a salir de la sala de reuniones. Me lanzan algunas miradas curiosas, pero mi atención está en Calliope. Este podría ser el momento perfecto para llamar su atención y hablar con ella si surge de forma natural, como en el ascensor. Justo cuando la localizo, Jimmy se materializa entre la multitud y se para justo delante de mí, sorbiendo por la nariz como si estuviera luchando contra un resfriado inexistente.

—¿Qué puedo hacer por usted, Eli? —pregunta.

—Es Elijah —replico con frialdad. En el momento en que bajo la vista hacia él es el momento en que pierdo a Calliope entre la multitud.

Para cuando vuelvo a localizarla, está en el pasillo, cerca de los ascensores, conversando animadamente con esa mujer, Victoria.

Maldita sea.

—Elijah, como sea —sorbe Jimmy por la nariz—. Camine conmigo. Soy un hombre ocupado.

Y arrogante, desde luego. Dejando a un lado los pensamientos sobre Calliope, me pongo a la altura de Jimmy mientras se dirige a su despacho.

—Oiga, ¿qué le pasó en la cabeza? —Jimmy se da unos golpecitos en la sien y luego me señala—. ¿Una noche de borrachera?

Levanto la mano y toco con delicadeza el corte en proceso de cicatrización de donde Calliope me golpeó con la corona. Ya me han quitado los puntos de aproximación y está sanando bien, con un dolor mínimo solo cuando salgo a correr, pero no es nada que no pueda soportar. Decirle la verdad a Jimmy no me parece lo correcto, así que rápidamente me invento una mentira.

—Un accidente haciendo ejercicio.

—¿Un qué? —resopla Jimmy, extendiendo la mano hacia la puerta de su despacho—. ¿Cómo demonios se las arregló para hacerse eso?

—Bueno, seguro que usted hace ejercicio —digo, apenas disimulando mi sarcasmo—. Es peligroso.

—Oh, claro —asiente Jimmy apresuradamente—. Pero nunca he sido tan estúpido como para lesionarme. —Atraviesa su despacho y se hunde en el sillón de cuero detrás de su escritorio con un crujido de muelles y el leve chirrido del metal forzado.

—Solo eran dominadas. No incliné la cabeza correctamente y me di con la barra —replico, cerrando la puerta detrás de mí.

—Ah. Ya ve, todo está en el ángulo del cuello. Si se coloca justo en la posición correcta, nunca tendrá ese problema. Quizá debería

practicar más —responde Jimmy, sorbiendo por la nariz agresivamente mientras me sonríe con aire de suficiencia.

Consejos de entrenamiento de un hombre con una barriga hinchada de borracho, el pelo ralo y un vicio de sorber por la nariz que me dice que se ha pasado demasiados años esnifando algo que no debía.

Paso.

Aun así, sonrío educadamente mientras me dejo caer en la silla frente a su escritorio. —Lo tendré en cuenta, gracias.

—Si alguna vez necesita un consejo, no tiene más que llamarme. —Sonríe enseñando los dientes y junta las manos—. Entonces, ¿qué puedo hacer por usted?

—No me dijo que habría una reunión. —Nuestras miradas se cruzan y mantengo mi expresión agradable—. ¿Qué ha pasado?

—¿Oh, eso? —Señala con el pulgar hacia la pared, como una flecha invisible hacia la sala de reuniones—. Eso no era una reunión.

—Pues lo parecía.

—Qué va. Solo una charla de ánimo, ¿sabe? Entre usted y yo… —Se inclina sobre el escritorio—. Algunos de los tristones de por aquí se ponen un poco sentimentales con el día de San Valentín. Ser poco atractivo y estar solo es un gran problema para esta gente. Así que les echo un cable. ¡Los entierro en trabajo y así no tienen tiempo para estar tristes!

No sé si de verdad se lo cree o si simplemente está diciendo sandeces. En cualquier caso, no me lo creo ni por un segundo. Aun así, para mantener un ambiente ligero, ofrezco una risa seca a la que él reacciona con una carcajada aún mayor.

—Usted sabe a lo que me refiero —sonríe—. La gente de a pie se agobia demasiado con sus vidas de mierda, así que mi trabajo es asegurarme de que no tengan espacio ni tiempo para pensar en otra

cosa que no sea hacer un gran trabajo. Y se nota, ¿no? Si no, usted no estaría aquí.

—Sabe por qué estoy aquí —replico fríamente—. El servicio de suscripción.

La cara de Jimmy se descompone. —Ah, esa mierda. Me extraña que le interese. Quizá no ha pasado suficiente tiempo en nuestras tiendas.

—Siempre estoy dispuesto a que me hagan un recorrido.

Jimmy chasquea los dedos. —¡Me pondré a ello!

—En realidad… —Me inclino antes de que pueda coger el teléfono de su escritorio—. Como parte de mi inspección de la calidad y seguridad de las existencias, tenía una pregunta rápida.

Jimmy abandona su intento de coger el teléfono. —Dispare.

—¿Son las tiendas las responsables de pedir sus propias existencias?

—No. Los pedidos se hacen a nivel interno, aquí mismo. —Da dos golpecitos en su escritorio con los dedos.

—¿Ocurre lo mismo con las existencias que van al almacén?

—Mmm. —Entrecierra los ojos—. ¿Por qué?

—¿Se complica la cosa, al tener existencias aquí y existencias en el almacén?

—A veces. Le he dicho a esa mujer, Cal, una y otra vez que tener existencias aquí es una pérdida de tiempo, pero nunca escucha. —Pone los ojos en blanco—. Las mujeres, ¿eh?

—Pensaba que tener existencias aquí fue idea suya.

—¿Yo? ¿Quién demonios le ha dicho eso?

El repentino destello de ira en sus ojos me hace tragarme esa pregunta rápidamente. —Olvídalo. Entre sus empleados, ¿hay

alguien que se encargue de todas las existencias? Aunque solo sea momentáneamente, ¿hay alguien que se encargue de las existencias de aquí *y* del almacén *y* de las tiendas? —Dado lo que Buster ha descubierto, alguien capaz de comprar y robar existencias nunca tendría un acceso fácil a todas las rutas.

Jimmy frunce el ceño y casi puedo ver los engranajes girando tras sus ojos. —No estoy seguro. No lo creo… —Se interrumpe de repente y sonríe con aire de suficiencia—. No, espere, sí que hay alguien.

—¿Quién?

—Cal. Está metida en todos nuestros fregados.

## 18

# CALLIOPE

San Valentín.

Solo pensarlo hace que ponga los ojos en blanco. Lo único decente de febrero es el cumpleaños de Nick, y en eso me centraré cuando no esté aquí hasta arriba de pedidos. Acabo de volver a sentarme en mi escritorio cuando la puerta de mi despacho se abre de golpe y Jane, una de las trabajadoras temporales, asoma la cabeza.

—¿Estás ocupada?

Mis manos flotan sobre el teclado. —¿Estoy a punto de estarlo, qué pasa?

—Frankie ha tenido que irse a casa. Estaba vomitando por todas partes, y acabamos de recibir una entrega de pírsines y anillos de Anderson's. Tengo que revisarlos todos, pero hoy solo trabajo media jornada y no puedo quedarme hasta tarde porque tengo que recoger a Xavier de su partido de fútbol.

—Mierda.

—Ya.

—No pasa nada. Puedo ayudar.

—¿Estás segura?

—Sí. Mis correos no se van a ir a ninguna parte.

—Ay, gracias a Dios. —Jane hincha las mejillas—. Estaba muy preocupada, con todo lo que está pasando. Si esto no sale perfecto, nos caerá la culpa a nosotras, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —Bloqueo el ordenador, cojo el móvil y salgo al pasillo con Jane—. ¿Qué nos caerá a nosotras?

—Te has enterado, ¿no? —Jane baja la voz y mira a su alrededor mientras nos apresuramos hacia el ascensor.

—¿Enterarme de qué?

—Pues… —Se gira para asegurarse de que nadie la escucha y, en cuanto las puertas del ascensor se abren, me empuja dentro—. He oído que van a cerrar nuestra sección.

—¿Nuestra sección como Angelic?

—No, nuestra sección como las suscripciones.

Abro los ojos como platos y pulso el botón de la planta de entregas. —¿Dónde has oído eso?

—Por ahí. —Jane se encoge de hombros y se cruza de brazos—. Se lo he oído a Taylor.

—¿Taylor, la de la tienda?

—Mmm. Ha dicho que están pensando en hacer recortes y que Elijah, el tío bueno, no está aquí solo para revisar las gemas. Lo está revisando todo porque quiere invertir o algo así.

No tardo nada en averiguar dónde ha podido oír algo Taylor. Al parecer, Victoria no ha sabido guardarse mi pregunta y ha desatado

un torbellino de rumores que ha provocado que Jane esté ahora a mi lado, muerta de miedo por perder su trabajo.

—No he oído nada de eso —intento tranquilizarla, pero ella niega con la cabeza.

—Tú eres de dirección. Por supuesto que no te dirían que vas a quedarte sin trabajo. No quieren que saltes del barco.

—Jane.

—¡No, escucha! Es el director ejecutivo de Amber, ¿no? Y sí, trabajan con piedras y gemas preciosas, pero que sepas que solo tratan con tiendas físicas, ¿vale? Siempre han trabajado con tiendas. Nunca han operado en línea. ¿Y qué hacemos nosotras? —Me da un ligero golpecito en el hombro—. Ventas en línea. Si van a cortar cabezas, seremos las nuestras.

El intento de tranquilizarla se me muere en la lengua cuando las puertas del ascensor se abren y salimos a la planta. Tiene razón. Seríamos las primeras en caer y, de repente, cobra sentido por qué Victoria estaba tan segura de que las tiendas no cerrarían. A Amber Limited no le interesan las páginas web ni las suscripciones. Es una empresa clásica, de la vieja escuela. Las tiendas físicas es donde prosperan.

Mierda.

Aunque es una nueva preocupación que añadir a mi ya rebosante copa, volcarme en el trabajo es en realidad una distracción decente. Nos han entregado varios cientos de cajas, todas con pírsines de gemas para ceja, ombligo y lengua que se pondrán a la venta en la sección normal de la web, y anillos que se incluirían en la caja de suscripción de febrero.

El único problema es que, después de que Jimmy me obligara a incluir las pulseras de ónix en el paquete de enero, las gemas normales de enero se han pasado a febrero. Todo el año está fuera de temática por culpa de su mala decisión. Contemplo un anillo

engastado en un precioso cojín rosa dentro de una elegante caja negra y admiro cómo brilla bajo la luz. Estoy tan distraída que no oigo a nadie acercarse hasta que una garganta se aclara suavemente a mi lado.

—¡Oh! —doy un respingo y la caja del anillo se cierra de golpe—. ¡Elijah! Me ha asustado.

—Perdona. —Los labios de Elijah esbozan una sonrisa educada—. Te he llamado por tu nombre.

—¿De verdad?

—Sí, lo ha hecho —confirma Jane desde el otro lado de las estanterías.

—Lo siento, estaba en las nubes. —Dejo la caja del anillo de nuevo en la caja de cartón y sonrío—. ¿En qué puedo ayudarle? —Por el rabillo del ojo, veo a Jane observándonos a través de un hueco en la estantería. Parece ansiosa, como si esperara que Elijah nos despidiera en el acto.

—Me han informado de que es usted una de las pocas personas con acceso al inventario de aquí, de las tiendas y del almacén.

Miro brevemente la caja que tengo delante. —Así es. A menudo hay confusiones o cambios de última hora, por lo que el inventario de aquí tiene que enviarse a las tiendas, y después de más de un percance, me metí en el circuito del almacén para poder redirigir los envíos con más facilidad. Todo lo que pido se envía al almacén y, después de que yo revise la factura cada viernes, los envíos se dividen y se mandan aquí o a las tiendas.

—¿Puede detallarme todos los pasos?

Lo miro fijamente mientras un nudo de confusión se forma en mis entrañas. —Claro. Supongo.

—Gracias. —La sonrisa de Elijah es educada, pero cuando Jane me lanza una sonrisa de «*te lo dije*», el corazón se me empieza a

acelerar.

¿Por qué quiere saber todas estas cosas? No veo cómo le beneficiará en nada, a menos que esté recopilando una lista detallada de todo lo que perderá una vez que elimine este departamento. O peor, lo está aprendiendo todo para poder despedirnos a mis empleados y a mí y luego reemplazarnos.

Me cuesta mantener la sonrisa en la cara mientras trabajo con la mente sumida en el pánico, pero lo consigo y, con los dientes ligeramente apretados, le cuento todo a Elijah. La entrega de Anderson es el ejemplo perfecto, y a lo largo de las siguientes horas, le explico a Elijah cada detalle de cómo hacemos el seguimiento del inventario, cómo hago los pedidos, cómo mantenemos al día el inventario en la tienda y en el almacén para volver a pedir los artículos más populares, cómo mantenemos contentos a los proveedores para que nos den prioridad con el nuevo inventario. Una vez que le queda todo claro, le explico cómo tratamos cualquier joya que contenga gemas de Amber Limited, con la esperanza de que el cuidado extra que ponemos en las piedras más caras le convenza de lo útiles que somos.

Este departamento es mi bebé y lucharé por él con todas mis fuerzas.

Para cuando terminamos, Jane hace tiempo que ha terminado su turno y estamos solos con las últimas cajas.

—Gracias, Calliope, por tomarse el tiempo de explicarme todo esto.

—No es ninguna molestia. Lo que sea para ayudar.

—Parece usted un engranaje fundamental para el buen funcionamiento de toda esta empresa.

Dudo un instante mientras coloco una caja en la estantería, y luego asiento. —La verdad es que lo soy. —Si aquí es donde puedo cantar mis propias alabanzas para salvar mi puesto, por supuesto que lo haré—. Muchas cosas no pasarían por aquí sin mí.

—Me estoy dando cuenta —concuerda él, y su sonrisa es cálida, pero se desvanece rápidamente—. De hecho, hay otra cosa que necesito hablar contigo.

El corazón se me hunde mientras me sacudo el polvo de cartón de las manos resecas y hago una mueca. Manteniendo la sonrisa, me dirijo a la pared y me echo un poco de crema hidratante en las palmas. —Claro.

Ahí viene. El momento en que me diga que va a eliminar este departamento y todo lo que conlleva. Que no somos tan cruciales como esperaba.

—Calliope…, sobre el beso.

El corazón se me detiene un instante en el pecho como si me hubieran golpeado y lo miro sorprendida, de repente enfadada porque *no* está hablando de trabajo. —¿El beso?

—Sé que me pasé de la raya y lo siento.

—Ni se preocupe por eso —respondo con un gesto de la mano mientras paso a su lado hacia la mesa donde están las facturas de la entrega—. Es agua pasada. Olvidado.

—No para mí. —Su voz suave se vuelve más profunda detrás de mí, y un cosquilleo me recorre la espalda.

—¿No?

—Cuando nos conocimos en aquella conferencia… me gustaste de verdad. Sé que es una tontería decirlo, considerando lo poco que nos conocíamos y que solo pasamos un día y una noche juntos, pero te has quedado conmigo todos estos años. Todo en ti en aquel entonces me atrajo como una polilla a una llama, y estaba dispuesto a quemarme solo por una oportunidad.

Miro fijamente la factura, y los números se vuelven borrosos y bailan en la página. Todo lo que dice suena como un sueño, pero en realidad es una pesadilla. No necesito saber esto. No debería saber

cómo se siente porque entonces empezaré a sentirlo yo también y acabaré justificando lo horrible que hizo mientras me meto de cabeza en una situación en la que seguro que me engañará la próxima vez que alguien le llame la atención.

—Me he arrepentido de no haber conseguido tu número desde entonces —continúa en voz baja—. Y luego vine aquí y estabas aquí, y fue como si el destino por fin me estuviera guiando a donde se suponía que debía estar.

—Usted ni siquiera me conoce —murmuro, apretando la factura en mis manos.

—Sé que eres amable y considerada con los que te rodean. Sé que te apasiona tu trabajo y tu vida, que te preocupas profundamente por tu hijo y tu familia. Sé que eres fuerte porque en estas pocas semanas he visto a lo que te enfrentas, y admiro lo testaruda que eres al afrontar las cosas. Incluso sé lo decidida que estás a protegerte a ti misma. —Se ríe ligeramente—. Mi frente y mi mejilla pueden dar fe de ello.

Me doy la vuelta de inmediato. —Todavía siento mucho lo de aquello —digo mientras vislumbro su cicatriz reciente asomando bajo un moratón desvaído—. Nunca quise hacerle daño.

—Lo sé. —Elijah sonríe.

—Pero… ¿usted y yo? —Por mucho que mi corazón se eleve con sus palabras y mi estómago revolotee en cuanto nuestros ojos se encuentran, sé la verdad y sus dulces palabras no pueden cambiarla —. Nunca habríamos funcionado. Debería parar esto.

Sus cejas se fruncen ligeramente. —Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Conseguí su número, ¿recuerda?

Elijah me mira fijamente y sus cejas se contraen por un momento, luego algo hace clic tras sus ojos y la comprensión amanece en su

rostro como una suave ola. —Lo hiciste… y no llamaste. Tú… ¿no sentiste nada entre nosotros?

Inspiro hondo y bajo los hombros. —Sí lo sentí. Y lo llamé.

—¿Qué? —los ojos de Elijah se agrandan—. ¿Cuándo?

—Lo llamé y contestó una mujer. Su esposa, ¿recuerda?

Elijah me mira boquiabierto. —¿Mi esposa?

—Ya fue bastante malo que *se olvidara* de mencionarla antes de que nos acostáramos, pero quedarse ahí y fingir otra vez que no sabe nada de ella, a mi cara, es bastante jodido. —Un ápice de ira tiñe mis palabras.

En lugar de protestar, el ceño de Elijah se acentúa y sus ojos se mueven de un lado a otro. Después de una sola sacudida de cabeza, pasa a mi lado a toda prisa. —Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Así sin más? ¿Ni siquiera tiene nada que decir en su defensa?

Cuando Elijah se vuelve hacia mí, en lugar de ternura o incluso culpa en su rostro, todo lo que veo es un destello de dolor. —Tengo que irme. Pero por favor, ¿quedarías conmigo más tarde para tomar un café? Te llamaré.

Y con eso, se ha ido tan rápido que es como si nunca hubiera estado aquí.

## 19

# ELIJAH

Ha pasado más de un día. Estoy sentado en una cafetería que se encuentra al borde de la bahía, con vistas a la arena resplandeciente y a las oscuras y brillantes aguas del mar.

A estas horas de la noche, no hay nadie más que yo y, a juzgar por cómo pasan los minutos, no estoy seguro de que Calliope vaya a venir. Al fin y al cabo, tiene que cuidar de su hijo, y si no puede, pues no puede.

Pero me he pasado toda la noche y la mayor parte del día de hoy intentando llegar al fondo de su acusación. ¿Una esposa? No he estado casado en mi vida, pero decírselo a la cara después de que ella se haya pasado casi siete años pensando que la engañé simplemente no era suficiente. Necesitaba pruebas. Una explicación real.

—¿Otro? —se acerca la camarera. Su vestido amarillo está sorprendentemente libre de manchas, teniendo en cuenta lo ajetreada que ha estado esta cafetería las otras veces que he venido. Sostiene una cafetera en una mano e inclina la cabeza, dejando que sus rizos castaños caigan en cascada sobre un hombro.

—No, gracias. Todavía no.

—De acuerdo, corazón, usted me dice —chasquea la lengua y me dedica una amplia sonrisa que ahonda las patas de gallo que tiene alrededor de los ojos. Luego se da la vuelta y regresa a la barra.

San Francisco es muy diferente a Nueva York, pero me gusta. Aquí todo se mueve un poco más despacio, la gente tiene un poco más de tiempo para ti y no existe la presión de tener que ir diez pasos por delante en todo momento. Aunque parte de lo que disfruto de este lugar está definitivamente ligado a Calliope.

Ha pasado una hora y todavía no ha llegado.

¿Cuánto tiempo debería darle? ¿Debería enviarle un mensaje? Podría parecer insistente, y no quiero añadirle más estrés. Ya fue una sorpresa que aceptara quedar conmigo. Rodeando la taza con las manos, me aferro al calor que aún irradia el café que me queda y espero.

Veinte minutos después, la puerta de la cafetería se abre y Calliope entra. Su pelo oscuro se derrama alrededor de su cara y se posa en la bufanda roja que lleva enrollada al cuello. Sus ojos brillan cuando el cambio brusco del frío exterior al calor del interior le provoca lágrimas en las comisuras.

Con una sola mirada a la cafetería, me localiza y sus labios se contraen en una brevísima sonrisa de saludo mientras se acerca.

—Siento mucho llegar tarde.

—No pasa nada.

—No, sí que pasa. Todo iba según lo previsto, pero entonces Nick ha empezado con una rabieta y mi casa es un caos ahora mismo, así que he tenido que esperar a que mi amiga saliera del trabajo para que viniera a quedarse con él y… —resopla mientras se sienta en el reservado y se quita rápidamente la bufanda. Un rubor rojo le cubre la garganta y le sube a las mejillas mientras se acomoda—. Lo siento.

—Podríamos haberlo dejado para otro día —digo, inspirando la mezcla mentolada y especiada de su perfume que llena el aire a mi alrededor—. No me habría importado.

—Bueno, sonaba bastante urgente cuando me has llamado, así que… aquí estoy —se encoge de hombros para quitarse el abrigo, dejando ver un jersey de punto color coral, y enseguida se sube las mangas hasta los codos.

—¿Quieres comer o beber algo?

—Un café estaría genial.

Apenas he levantado la mano para llamar la atención de la camarera cuando ya está a mi lado en un instante, con la cafetera todavía pegada a la mano. Pone una taza delante de Calliope y la llena.

—¿Puedo traeros algo de beber? El chef se va en media hora si queréis algo caliente, pero todavía tenemos sopa en el fuego y puede prepararos un poco de beicon, si os apetece.

—Estoy bien, gracias —dice Calliope mientras se calienta las manos frías con la taza.

—Yo también. Solo rellenarme la taza, por favor —mientras vierte más café en mi taza, mis ojos vuelven a Calliope, que echa la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo de la cara y parpadea rápidamente para quitarse las lágrimas.

—Avisadme si necesitáis algo, ¿de acuerdo? —con otra encantadora sonrisa, la camarera desaparece de nuevo tras la barra.

—Bueno —suspira Calliope—. Dijiste en tu mensaje que teníamos que hablar, así que… habla —levanta la taza y me mira por encima del borde mientras da un sorbo lento.

—Claro —lo mejor será ir directo al grano—. Quería que me aclararas a qué te referías con la llamada de teléfono.

—¿Qué llamada? —pregunta entre sorbos.

De verdad que va a hacer que lo diga, ¿no?

—La llamada que respondió mi mujer.

—Ah. Esa llamada —Calliope suspira suavemente y deja la taza en la mesa, pero una de sus manos permanece en el borde—. Bueno… Quería ponerme en contacto contigo, así que cogí tu número y un día te llamé, sin más. Respondió una mujer y, cuando pregunté por ti, empezó a hacerme un montón de preguntas sobre quién era. Casi pensé que me había equivocado de número hasta que le dije que te había conocido en el congreso y ella dijo… sus palabras exactas fueron algo así como: «Ah, ¿te refieres al congreso al que se negó a llevar a su mujer y por eso tuve que malgastar todo ese fin de semana sola?» —Calliope arruga un poco la nariz—. Colgué. Nunca me devolviste la llamada y, cuando lo intenté de nuevo, me habías bloqueado.

Así que era como sospechaba.

—Calliope.

—¿Mmm?

—No tengo mujer. Nunca he estado casado.

—Claro —la incredulidad es evidente en su tono y se me revuelve el estómago.

—Te juro que nunca he estado casado. Nunca he querido casarme, y desde luego no estaba saliendo con nadie cuando asistimos al congreso. Ciertamente no me habría acostado contigo si ese fuera el caso. No soy esa clase de hombre —de repente tiene sentido por qué estaba tan arisca en la sala de descanso cuando hablé de que mi ex me había engañado. Probablemente pensó que era el karma.

—Si así es como lo ves, pues muy bien —responde Calliope—. Tampoco es que puedas demostrarlo, y no voy a discutir contigo.

—No, yo… —sin pensar, de repente cruzo la mesa y coloco mi mano sobre la suya como si eso fuera a evitar que se fuera—. Por favor, te

estoy diciendo la verdad.

Sus ojos bajan hasta el punto donde nos tocamos y un escalofrío me recorre la espalda mientras retiro mi mano.

—Lo siento. Es que… vale. Tengo una vaga idea de con quién hablaste. Hace años que no hablo con ella, pero intenté llamarla. Ahora está felizmente casada y vive en Long Island con dos hijos. Gemelos, creo. Pero era alguien que estaba a mi alrededor en aquella época.

Las dos manos de Calliope se cierran alrededor de su taza y me mira fijamente, con los ojos ligeramente entornados.

—Elijah…

—No, por favor. Para mí es importante que sepas que no soy el hombre que crees que soy. En aquel entonces, yo… —el dolor me oprime brevemente el pecho y me obliga a carraspear—. Mi madre estaba en sus últimos años y se moría de cáncer. Lo único que le importaba era emparejarme con alguien porque no soportaba la idea de que me quedara solo cuando ella falleciera. Me organizó citas con gente increíble y con gente muy loca porque estaba desesperada. Y yo le seguí el juego en todo porque se estaba muriendo y quería hacerla feliz. La mujer que mencioné… —sacudo la cabeza y río suavemente—. Era todo un personaje. Se colaba desnuda en mi habitación. Yo llegaba a casa, la encontraba y tenía que llamar a seguridad. Es probable que sea ella quien cogió la llamada y, dada su… pasión por mi dinero y mi apellido, se haría llamar mi esposa.

Calliope permanece en silencio durante toda mi explicación, dejándome un poco sin aliento y con el corazón acelerado. Suena como una excusa barata. Soy consciente de lo mal que suena, pero es la verdad y rezo para que me crea.

—Entonces, ¿saliste con ella?

—No —respondo con firmeza—. No fue una de las mujeres con las que salí. Intentó autoinvitarse al congreso, y eso le demostró a mi

madre lo mala elección que era. Aunque no era una mala persona. Creo que ahora está medicada y tiene la cabeza mucho más tranquila y despejada. En aquel entonces, solo era joven y… estaba desequilibrada.

Calliope levanta su taza y bebe lentamente, pero sin apartar los ojos de mí.

—Salí con gente en mi adolescencia y a principios de los veinte, luego me volqué en el trabajo y eso preocupaba a mi madre. Simplemente… tenía un miedo constante de que me quedara solo y no podía entender que yo disfrutaba sobre todo de mi propia compañía. No salí con nadie hasta hace unos tres años, cuando mi madre me presentó a Imogen. Para entonces, su salud estaba fallando —las palabras empiezan a atascarse en mi garganta—. Estaba vieja y frágil, y se preocupaba constantemente por mí y por el futuro, así que le dije que sí a Imogen. Solo para hacerla feliz. Y funcionó.

—¿Imogen es tu ex actual? —pregunta Calliope—. ¿La que no paraba de llamar?

Un suspiro cansado se escapa de mis labios.

—Sí. Pude mantener las apariencias mientras mamá estaba viva, pero después de que falleciera… mi desinterés era difícil de ocultar mientras estaba de luto. Yo… —algunas de las groseras palabras de Imogen me vienen a la mente de golpe—. En sus palabras, me *desentendí de la relación* y por eso me engañó. Y cuanto más lo pienso… más creo que tiene razón. Debería haber roto con ella en cuanto pude, pero… —frunzo el ceño y mi corazón da un golpe inesperadamente fuerte—. No lo sé.

—¿Te resultaba familiar? —sugiere Calliope.

—Yo… sí —mis labios se contraen en una sonrisa—. De una manera extraña, también era la última conexión con mi madre. Ella le dio su bendición a la relación, y una parte de mí no quería perder eso —

bajo la vista hacia mi café—. Pero hace unos ocho o nueve meses, llegué a casa antes de tiempo y la encontré en la cama con su asesor financiero. No me dolió. Ni siquiera me enfadé. Solo sentí… alivio. Rompimos inmediatamente, pero debido a mi apellido y al tiempo que habíamos estado viviendo juntos, lo llevé por la vía judicial para que fuera lo más justo posible para ella y nadie pudiera acusarme de dejarla sin nada.

Mi siguiente respiración es más fácil y es como si un peso se disipara lentamente de mis hombros.

—Entiendo… más o menos —murmura Calliope—. No es exactamente lo mismo, pero desde que mi padre falleció, me he refugiado en mi entorno porque me recuerda a él. Pero mi madre quiere cambiarlo todo porque es demasiado doloroso para ella. Está causando algunas… fricciones porque no quiero perder esa última conexión.

—Lo entiendo —asintiendo lentamente, me centro de nuevo en su rostro mientras termina su café—. Cuando me dijiste que habías hablado con mi mujer… me quedé de piedra. Y no podía creer que estos últimos seis o siete años se hubieran perdido porque alguien cogió mi teléfono antes que yo. Quería decírtelo ayer, pero tenía que estar seguro para que no sonara como una excusa de mierda. Que… sigue sonándolo —río nerviosamente y aprieto más la taza—. Pero es la verdad. Si te hubiera respondido entonces, no habríamos perdido todos estos años.

—¿Lo dices en serio? —pregunta en voz baja.

—¿Qué parte?

—¿Que habrías respondido?

Me río y me enderezo en mi asiento.

—Dios, esto va a ser muy embarazoso, pero sí, lo digo en serio. En aquel entonces, cuando me desperté y te habías ido, pensé que tal vez solo habías sido un sueño que tuve porque todo fue perfecto.

Luego quise revisar toda la lista de asistentes al congreso para encontrarte a ti y tu apellido y poder localizarte, pero razoné que eso sería increíblemente espeluznante y al final me conformé con que simplemente no estaba destinado a ser. Pero si hubieras llamado entonces…

Todo podría haber sido diferente. Te habría conocido, y podríamos haber pasado estos últimos años aprendiendo y creciendo juntos, enamorándonos y amplificando el amor y la conexión instantánea que sentí en el momento en que puse mis ojos en ti.

—¿Por eso me besaste?

Mis mejillas se calientan inmediatamente.

—Eh… sí y no. No siempre se me da muy bien… —hago un gesto entre nosotros con una mano y hago una mueca—. Lo de hablar. Me pongo nervioso, así que pensé que podría decirte lo que sentía con un beso. Eso y que me juré a mí mismo que si alguna vez te volvía a ver, te volvería a besar. Simplemente… la cagué. No debería haberme lanzado sobre ti así y, por eso, lo siento.

Calliope se recuesta en el reservado, con el labio inferior metido en la boca. Desearía poder descifrar las breves emociones que parpadean en sus ojos, pero desaparecen casi tan pronto como las noto. Tamborilea ligeramente con los dedos en el costado de su taza.

—No tenía ni idea —murmura finalmente—. Si lo hubiera sabido…

—No había forma de que lo supieras —le aseguro—. Créeme, me arrepiento de muchas cosas de las que han pasado. No haber conseguido tu número, no haberte buscado todos estos años, la forma en que te besé. Si pudiera, volvería atrás y lo haría todo de nuevo, pero lo haría bien esta vez.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? —levanta la vista y me mira a través de sus oscuras pestañas.

Mi corazón se detiene.

—¿Eh?

—Quizá deberías intentarlo de nuevo. Bien, esta vez.

## 20

# CALLIOPE

Todo lo que creía saber era mentira.

Elijah nunca estuvo casado.

No me utilizó para engañar a nadie. No me utilizó en absoluto. Lo que pasó en aquella convención fue una atracción sincera que nos llevó a la cama para pasar la mejor noche de mi vida. He pasado los últimos seis años asqueada conmigo misma por no saberlo, odiándome cada vez que Elijah aparecía en una de mis fantasías y llorando a solas por cómo un error le robó un padre a Nick.

Nada de eso era verdad.

Dos días después de tomar ese café juntos, miro la pantalla del ordenador con las manos suspendidas sobre las teclas y no escribo… nada.

Estoy demasiado distraída.

Todo lo que creía saber acaba de ser demolido y reemplazado por la posibilidad real de que Elijah sienta algo de verdad por mí. Sentimientos antiguos que nunca se desvanecieron en los años que estuvimos separados porque, a sus ojos, yo fui la que se le escapó.

Fue atrevido por mi parte retarlo a que lo intentáramos de nuevo, pero nunca obtuve su respuesta gracias a la llamada desesperada de Stacey diciendo que Nick lo estaba vomitando todo. Fue una batalla sin tregua contra su virus estomacal de veinticuatro horas, y ha sido surrealista verlo despertar esta mañana completamente bien y emocionado por volver al colegio.

Cierro los ojos y suspiro profundamente, intentando obligar a mi mente a centrarse de nuevo en el trabajo. No me servirá de nada darle vueltas a lo de Elijah.

Durante unas horas, funciona. Paso esas horas estudiando el catálogo de pedidos y recopilando todas las cifras previstas para que las tiendas anticipen la demanda, y luego preparo los pedidos anticipados de las nuevas existencias que llegarán sobre junio. Este año hay muchas joyas de temática playera, y he sacado unas cuantas fotos para enviárselas a Victoria. Me responde con emoticonos de asombro y muchos soles.

Cuando llega la hora de mi descanso de la tarde, estoy agotada. Cuidar de Nick ha significado no poder dormir por miedo a que vomitara por la noche, o en su propia boca mientras dormía, y yo no estuviera allí para ayudarlo.

¿Quizá pueda echarme una siesta?

De vuelta a mi mesa con una taza de café malísimo, me tropiezo con Jane. —¡Ay, cariño, pareces agotada!

—Nick ha estado malo, así que he tenido que quedarme despierta con él.

—Ah, conque ahí es donde estabas ayer.

—¿Me estabas buscando?

Jane mira por encima del hombro un par de veces y luego se asoma por detrás de mí para comprobar que el pasillo está vacío. —Tía, estaba muerta de miedo, pensaba que te habían despedido.

—¿Despedida?

—Ajá. Jimmy estaba que trinaba, despotricando sobre lo inútil que es nuestro departamento, que odia malgastar existencias en gente demasiado tonta para ir a las tiendas y que nuestro servicio de suscripción es un insulto para las gemas. Pensé que se iba a ahogar en su propia bilis de lo enfadado que estaba, ¡así que vine a buscarte y no estabas aquí y creí que te había despedido en su ataque de ira!

—Oh, Dios mío. —Le agarro el hombro con suavidad y sonrío—. Ya me conoces, Jane. No me doy por vencida sin luchar. Que yo sepa, todo está bien.

—¿Estás segura? —Me mira con los ojos entrecerrados y, bajo su habitual alegría, veo su preocupación—. No creerás que nos van a echar, ¿verdad?

—No hagas caso a los rumores. Si lo piensas, Elijah está aquí por el control de calidad, ¿no? ¿Qué voz y voto iba a tener él en cómo se dirige esta empresa?

Asiente una vez, y luego otra con más fuerza. —Sí. Sí, tienes razón.

—Confía en mí. No pasará nada. Damos demasiado dinero.

—Sí, es verdad. —Vuelve la radiante sonrisa de Jane y da un saltito sobre las puntas de los pies—. Me alegro de que estés bien. Siento lo de Nick.

—No pasa nada.

—¡La próxima vez deberías hacer que su padre lo cuide para que no me asuste! —Con una risa suave, se aleja y se apresura por el pasillo de vuelta al trabajo.

Su padre.

Y así, sin más, Elijah vuelve a mis pensamientos.

Mantener a Nick en secreto estaba alimentado por mi odio hacia Elijah y por lo que *creía* que había hecho. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? No es como si pudiera plantarme delante de él y soltarle que tiene un hijo que va a cumplir seis años en unas pocas semanas y que se lo he ocultado porque estaba enfadada por algo que ha resultado ser mentira.

¿O quizá sí podría?

Le doy vueltas a esa escena en mi cabeza mientras vuelvo a mi despacho y me dejo caer en mi mesa frente al catálogo. Sin embargo, cada vez que la imagino, sale mal. Desde un Nick desinteresado hasta un Elijah horrorizado ante la idea de ser padre y corriendo a coger el primer vuelo de vuelta a Nueva York.

Es demasiado para anticipar. Por un lado, Elijah tiene derecho a saber que tiene un hijo, y Nick está llegando a esa edad en la que hace preguntas porque todos los demás en el colegio tienen a alguien que participa en las carreras del Día del Padre.

Quiero que Nick tenga a alguien.

Pero, por otro lado, que yo estuviera colada por Elijah no significa que él vaya a ser bueno para Nick. Claro, es su padre, pero ¿puedo arriesgarme a meterlo en la vida de Nick cuando existe la posibilidad de que la empeore o simplemente le rompa el corazón a Nick si decide que no quiere formar parte de ella?

Todo eso suponiendo que Elijah no se enfurezca conmigo. Podría usar su dinero y su poder infinito para demandarme por la custodia y quitarme a Nick. Nunca podría enfrentarme a alguien como él. Lo intentaría y, sin duda, perdería. La idea me revuelve el estómago, así que el resto de mi café malísimo acaba en el helecho de la maceta junto a la ventana.

Elijah no me parece una persona vengativa, pero al fin y al cabo, mis sentimientos no significan nada en comparación con la seguridad y el bienestar de Nick.

—Joder —gimo, desplomándome sobre mi escritorio, lo que hace que mi ordenador chille cuando golpeo el teclado—. ¿Qué se supone que debo hacer?

¿Acabaré siendo la mala de la película? Puede que Nick termine viéndome como el monstruo que le ocultó a su papá, o que el trastorno afecte a su desarrollo y a sus estudios.

Hay demasiadas cosas en las que pensar y no importa qué escenario imagine, siempre hay cien razones por las que es una mala idea a la vuelta de la esquina.

La desesperación crece en mi estómago mientras levanto la cabeza y me fijo en la versión desdentada y sonriente de Nick que descansa en el marco de fotos de mi escritorio. —¿Qué quieres tú? —le pregunto—. ¿Quieres saber la verdad? ¿Quieres conocer a tu padre? ¿Te enfadarás conmigo? ¿Te quedarás conmigo aunque todo salga mal?

La foto silenciosa no tiene respuestas y solo crea una repentina e irrefrenable necesidad de ver a mi hijo. Algo que no puedo hacer hasta dentro de unas horas, pero es suficiente combustible para que vuelva a centrarme en el trabajo. Llevo diez páginas más del catálogo cuando unos nudillos golpean la puerta y la cabeza de Jane se asoma.

Se me encoge el estómago ante la perspectiva de otro desastre. —¿Estás bien?

—Tengo algo para ti —dice con una amplia sonrisa. Luego, abre la puerta de par en par y entra en mi despacho dando saltitos. En sus brazos lleva un gran ramo de girasoles teñidos de varios colores. Desde rosas y azules hasta rojos y verdes, la gama de colores sobre sus largos y suaves pétalos es impresionante. Jane entra y deja el jarrón sobre mi mesa—. ¡Para ti!

—¿Para mí? —Me enderezo en mi asiento y arrugo un poco la nariz cuando el dulce aroma floral inunda mis fosas nasales—. Oh, vaya,

huelen de maravilla. ¿De quién son?

—Ni idea. —Jane sonríe de oreja a oreja—. Han llegado a recepción y los he visto, así que he pensado en subírtelos. Pero hay una tarjeta. —Se inclina hacia delante y señala con un dedo largo y cuidado un pequeño sobre blanco metido entre los tallos.

—¿Una tarjeta? Deben de ser de un cliente. Quizá a alguien le encantaron las pulseras Ónix.

—Puede ser. —Jane se ríe y le brillan los ojos—. ¿Vas a abrirla?

Sé que solo pregunta para poder llevarle el cotilleo a la primera persona que vea, pero yo tengo la misma curiosidad, así que cojo el sobre y abro la solapa.

Dentro hay una pequeña tarjeta negra con una elegante caligrafía plateada y solo unas pocas palabras.

*«Así es como se hacen las cosas bien. ¿Cenamos?».*

Una sonrisa incontrolable me calienta los labios y el corazón me aletea en el pecho como si una mariposa se hubiera quedado atrapada bajo mis costillas.

—¿Son buenas noticias? —pregunta Jane, intentando mirar la tarjeta sin mucho disimulo.

—Buenísimas —respondo en voz baja, apretando la tarjeta contra mi pecho—. No te haces una idea.

Quizás una cena me ayude a conseguir las respuestas que necesito.

## 21

# ELIJAH

Nunca antes había estado tan nervioso.

Hablar con directores ejecutivos, abogados y asesores financieros pondría de los nervios a la mayoría, pero a mí no. Siempre me he enorgullecido de tener nervios de acero para tomar las decisiones difíciles, algo que estoy seguro de que he heredado de mi padre. He tenido discusiones, me he presentado en los tribunales y he desatado el infierno sobre gente que intentaba jodernos a mí y a mi familia, he luchado con uñas y dientes por las mejores piedras preciosas y por condiciones de trabajo justas para los mineros de todo el mundo.

Hombres más duros que yo se han venido abajo, pero yo no he flaqueado ni una sola vez.

Esta noche, soy un auténtico flan.

Me tiemblan las manos mientras me ajusto la corbata, aflojándomela del cuello de un tirón. Tras una pausa para ver qué tal queda, acabo quitándomela del todo y desabrochándome el botón superior de la camisa, luego me meto la corbata en el bolsillo y respiro hondo y despacio.

Todo saldrá bien.

Es solo una cena.

Calliope dijo que estaría encantada, lo cual es muy prometedor, pero sigo con un nudo en el estómago y el corazón me da un vuelco arrítmico cada vez que se abre la puerta del bistró. Habría pasado a recogerla, pero ella quería venir por su cuenta, y he respetado su decisión.

Este pequeño bistró está escondido, pero aun así hay bastante gente sentada alrededor de las mesas del bufé y junto a las ventanas. Mi mesa es la más privada que he podido conseguir, en un rincón del fondo, cerca de una pared con fotos enmarcadas de diferentes medios de transporte que se remontan a épocas tan lejanas que algunas de las fechas son imposibles de leer. Las estudio todas mientras espero.

Cuando termino de leerlas todas, el corazón me late más despacio y me he bebido dos vasos de agua. Entonces suena mi teléfono y, con él, una oleada de pánico al pensar que es Calliope para cancelar.

Por suerte, es Buster.

—Hola, forastero —dice Buster con vozarrón.

—¿Qué quieres?

—Vaya. ¿Mal momento?

—No, perdona. Es que estoy en medio de algo.

—Vale, seré breve. Escucha, he hecho todo lo que he podido desde mi lado, pero, básicamente, estoy buscando una brizna de paja en un pajar, así que ¿has descubierto algo que pueda orientarme?

Cierto. Buster ha estado esperando a que le diga quién es el probable culpable del robo y fraude encubiertos con los que tropezamos. Seguir el consejo de Jimmy es parte de la razón por la que visité a Calliope ese día, pero después de pasar tiempo con ella

en su despacho y tomando un café, no hay nada que llame la atención.

—Ehm…

—¿Ehm? ¿Desde cuándo dices «ehm»? Vamos, cuanto antes me des un nombre, antes podré terminar con esto.

—He preguntado por ahí. Nadie destaca, pero Jimmy, el jefe, ha mencionado a alguien.

—¿A quién?

—A Calliope Locke.

Buster se queda en silencio un segundo, y luego se ríe. —Ni de coña.

—Escucha, no creo que tenga nada que ver con esto.

—Pues mi investigación limpiará su nombre. Estaremos en contacto. ¡Te echo de menos! —Termina la llamada con una risa sarcástica y yo pongo los ojos en blanco, guardándome el móvil en el bolsillo.

Justo a tiempo, porque un segundo después, la puerta se abre y entra Calliope.

Elegí este sitio porque parecía acogedor, con adornos de Año Nuevo que brillaban en el techo y un ornamentado arco plateado y dorado cerca de la puerta. Hace que Calliope esté deslumbrante mientras pasa por debajo y se sacude unos cuantos copos de nieve sueltos de su pelo negro. El chal se le cae mientras se acerca al puesto de la anfitriona.

Me quedo sin palabras.

Lleva un brillante vestido de fiesta plateado que se le ciñe a las curvas con la tensión justa para resaltar su cuerpo y, a la vez, dejar un poco a la imaginación. Lleva los ojos delineados de negro y sus labios carnosos y rojos esbozan una sonrisa educada mientras habla con un camarero.

Se me seca la boca.

Nunca antes la había visto tan arreglada. En la conferencia, iba informal, y desde que nos reencontramos, ha sido con su ropa de trabajo o informal. Está absolutamente preciosa y, de repente, me siento un poco menos arreglado de la cuenta. Mientras el camarero la conduce hacia mi mesa, me levanto y me paso una mano por la camisa para adecentarme y luego sonrío ampliamente cuando nuestras miradas se encuentran.

—Calliope. Vaya, estás… —Niego con la cabeza, esforzándome por encontrar las palabras adecuadas. Por suerte, el camarero se desvanece y, en el momento en que Calliope coge mi mano extendida, es como si estuviéramos en nuestra propia burbuja.

—¿No es demasiado? —pregunta, tambaleándose ligeramente sobre sus tacones negros y agarrándose con fuerza a mi mano mientras se desliza en su silla. Una vez que se sienta, yo vuelvo a acomodarme en la mía.

—¡En absoluto!

—Me preocupaba que lo fuera. —Se ríe—. No tengo mucha ropa *de salir*, así que he tenido que pedírselo prestado a una amiga, y ella es, sin duda, más del lado… —Gira los labios un poco hacia un lado —. Extravagante de la moda.

—Creo que estás preciosa —digo con sinceridad—. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

La mayor parte del pelo de Calliope está peinado hacia su lado izquierdo, y una horquilla brillante se lo sujeta a la derecha para mantenerlo en su sitio. Centellea con la luz cuando se mueve en su asiento y alisa sus manos sobre la carta. —Las flores que has enviado eran preciosas.

—No sabía cuál era tu color favorito, así que cuando vi esas teñidas, pensé que sería la elección perfecta, porque recordaba vagamente que te encantaban los girasoles, ¿verdad?

Sus cejas oscuras se levantan y se le escapa una risa de sorpresa. —Sí. ¿Te acuerdas de eso?

—Vagamente. Más bien, recuerdo que robaste el centro de mesa de girasoles de la mesa de al lado porque te gustaba mucho más que el de peonías. Así que los girasoles eran una apuesta segura.

—Ay, madre mía. —Calliope se ríe—. Se me había olvidado por completo. —Se lleva ambas manos a las mejillas, que se le están poniendo rojas—. Te prometo que aquí no me portaré así.

—Te cubriría las espaldas si lo hicieras —le aseguro—. ¿Quieres algo de beber?

Veinte minutos después, ambos estamos bebiendo cócteles excepcionalmente afrutados mientras esperamos nuestros respectivos platos.

—¿Te ha costado encontrar a alguien que cuidara de Nick? —pregunto, rescatando la cereza perdida de mi copa con el palillo del que se escapó.

—En realidad no. A mi amiga Stacey le encanta cuidarlo, aunque a estas alturas estoy en deuda con ella.

—¿Es a ella a quien llamaste el día que te llevé a casa?

Asiente. —Stacey y yo somos amigas desde el colegio. Técnicamente somos un grupo, pero llega un punto en que de tanto rechazar una invitación por culpa de un niño, simplemente dejan de preguntar.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada. No es algo que me quite el sueño. Stacey se quedó a mi lado, así que sé que es una amiga de verdad. Las demás… quizás cuando tengan sus propios hijos, lo entiendan.

—No puedo ni imaginar lo difícil que es criar a un hijo. Ser responsable de otro ser humano suena aterrador.

Calliope da un sorbo a su bebida y me distraigo momentáneamente por cómo sus labios rojos acarician el borde de la copa. —Da miedo, pero es un miedo bueno. ¿Tú no quieres tener hijos?

—Oh, sí, quiero. —Asiento apresuradamente y sonrío cuando por fin atrapo la cereza perdida—. De verdad que quiero. Pero creo que la transición me asusta. Algún día, tener hijos sería increíble, pero… —Después de meterme la cereza en la boca, mastico lentamente mientras Calliope espera pacientemente—. Creo que temo convertirme en mis propios padres.

—¿Es eso algo malo?

Me encojo de hombros, pero me veo obligado a hacer una pausa cuando aparece un camarero y me pone delante mi fletán ennegrecido. El olor me llega de inmediato al estómago y se me hace la boca agua. Calliope le da las gracias al camarero por su pollo a la milanesa y, después de que se vayan, empezamos a comer.

—Lo que quiero decir es…, mis padres no eran precisamente cálidos. Cuando mi padre falleció, yo era joven y tuve que asumir muchas de sus responsabilidades. Y mi madre se ablandó con la edad, sobre todo cuando enfermó. Pero miro cómo me criaron y me preocupa acabar haciendo lo mismo aunque no sea mi intención. ¿Tiene sentido?

Calliope asiente con la boca llena de pollo. —Sí, lo tiene. —Traga—. Tengo el mismo miedo. No voy a mentir y decir que es fácil, porque no lo es. Es lo más difícil que he hecho en mi vida. Nada en mi vida es más importante o más preciado que mi hijo. Pero vivir con mi madre es… duro. Veo cómo quiere hacer las cosas y cómo reacciona cuando evito activamente lo que ella solía hacerme a mí. Eso crea… tensión.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo con ella?

Calliope niega con la cabeza. —Tengo mi propia casa junto a la bahía, pero cuando mi padre falleció, supe que mamá se

derrumbaría, así que estoy alquilando mi casa solo para cubrir la hipoteca y demás. En cuanto el inquilino me paga, el dinero va directamente al banco. Quería apoyar a mi madre y supongo que… también a mí misma.

—¿Y está funcionando? —El pescado se deshace como mantequilla en mi boca mientras observo a Calliope comer lentamente.

—No lo sé. Nick es feliz y, algunos días, eso es todo lo que me importa.

—Pero ¿y tú?

Levanta la vista hacia mí, y la intensidad de sus ojos azules hace que se me corte la respiración. —¿Y yo qué?

—¿Quién cuida de ti?

Calliope vuelve a mirar su plato y coge su bebida. Después de beber lentamente durante unos segundos, chasquea los labios y sonríe. —Nadie. Pero también me cuido a mí misma, así que no pasa nada.

—Eso suena duro.

Se ríe suavemente. —Pues anda que tú.

—¿Yo?

—Mmm. No me trago tu historia de que has venido aquí para que tu personal pudiera pasar el Fin de Año con sus familias. No es que crea que seas un capullo, pero a mí me suena a que has huido. Has hecho lo contrario que yo.

—¿Lo he hecho?

—¡Sí! Yo corrí hacia mi dolor y volví a casa de mi madre para rodearme de los recuerdos de papá. Tú perdiste a tu madre, pasaste por una ruptura que necesitó *abogados*, y ¿qué es lo siguiente que haces? Vuelas al otro lado del país para escapar de tu dolor. Dime que me equivoco.

Ojalá pudiera, pero me ha calado hasta el fondo con una verdad que intento evitar. Riéndome suavemente, me bebo el vaso de un trago. —¿Qué te puedo decir? Me has calado.

Sus ojos se entrecierran ligeramente y una calidez inunda su mirada mientras me observa. —No del todo.

—Bien. Un hombre necesita algo de misterio.

Nuestra conversación se vuelve más ligera mientras compartimos una crème brûlée de vainilla de postre. Me entero de cuál es su película favorita, una romántica que le encanta porque el final la consuela. Su color favorito es el naranja, pero solo porque es el color favorito de Nick, y en cuanto él declaró su amor por ese color, se convirtió en el de ella. Le hablo del perro que tenía y de cómo salir a correr ya no es lo mismo sin él, y nos sumergimos en historias de la infancia con un café, llevando la noche a un final cálido y satisfactorio.

—Y bien —digo mientras la acompaño fuera del bistró mientras ella se ajusta el chal sobre los hombros para protegerse del frío—, ¿has descubierto algo más sobre mí?

—Un poco. —Calliope sonríe. Tiene las mejillas sonrosadas por el calor y el alcohol, y sus ojos brillan de alegría—. No eres un tipo tan formal como pareces, Elijah.

—Espero que eso sea un cumplido.

—Claro. —Suelta una risita y su mano se aferra a mi antebrazo—. Lo es. Lo es. Eres todo un caballero, pero por dentro hay algo muy honesto en ti. Eso me gusta.

Estamos de pie en una acera cubierta por una ligera capa de nieve, una nieve que flota a nuestro alrededor en suaves y delicados copos que parecen tener demasiado miedo de seguir hasta el suelo. Algunos se desvían y se posan en el pelo de Calliope y se le enganchan en las pestañas mientras me mira.

Levanto el brazo, y un taxi se detiene junto a nosotros en un tiempo récord.

—Me gusta que te guste eso —digo suavemente—. Porque me gustas.

Sus labios se contraen. —Me lo imaginaba —responde—. Esto ha sido… —Niega con la cabeza—. Todo lo de esta noche ha sido increíble. No solo la comida y el lugar y poder arreglarme y sentirme como una mujer además de como una madre… Ha sido precioso. Gracias por invitarme.

—Gracias a ti por aceptar. Me encantaría repetir —digo mientras le abro la puerta, pero cuando se adelanta como si fuera a entrar, pongo la otra mano en el techo del taxi, de modo que queda suavemente atrapada entre mis brazos y entre mi cuerpo y el coche.

—A mí también, pero, Elijah…, las cosas podrían complicarse.

—Chis —digo en voz baja—. Solo una cosa más. ¿Señorita Locke?

—¿Sí, señor Baird? —Me mira a través de las pestañas y sus labios se entreabren ligeramente. Un único copo de nieve sobrevive al calor que hay entre nosotros y aterriza directamente en su labio inferior.

—Quiero besarte ahora mismo. —Mi voz tiembla, grave y profunda, mientras la miro fijamente a los ojos. Mi corazón se acelera como si estuviera corriendo una maratón y las mariposas revolotean en mi estómago. Este momento, este único momento, me dirá si estoy o no en el camino correcto. Cualesquiera que sean las complicaciones que tema, las calmaré tan pronto como pueda.

Pero en este momento, solo estamos ella y yo.

—Entonces bésame —susurra, y un temblor da calidez a sus palabras.

Me inclino lentamente hasta que nuestras narices se tocan y ella inclina la cabeza hacia arriba para conseguir un mejor ángulo. A un centímetro de besarla, dudo y dejo que la expectación arda hasta

que ella me agarra la camisa con una mano. Entonces me inclino el resto del camino y la beso, atrapando ese único copo de nieve entre nuestras bocas y bebiendo el breve bocado de frío que es instantáneamente aliviado por el calor de su boca.

Sabe a fruta y a chocolate, sus labios son tan suaves como parecen. Mantengo la presión respetuosa, incluso cuando el calor se enrosca en mi vientre, y acompaso el movimiento de su cabeza mientras ajusta la posición del beso.

Todo lo que amo de ella inunda mi mente y, cuando su mano se desliza por el lado de mi cuello, mi corazón da un brinco.

Definitivamente, estoy en el camino correcto.

## 22

# CALLIOPE

¡Siéntate! ¡Siéntate, siéntate, siéntate, siéntate! —apremio a Stacey para que entre en la cocina y le señalo el taburete junto a la isla—. ¡Siéntate!

—¡Vale! —se ríe Stacey—. ¿A qué vienen las prisas?

—¡A esto! —voy corriendo a los fogones y retiro la sartén del fuego justo antes de que las hamburguesas se quemen—. Uf.

—Cariño, podrías haberme dejado esperando en la puerta un poco más si estabas friendo algo.

—Lo sé —me río entre dientes—. Es que no quería que te congelaras el culo ahí fuera.

—¡Aguanto bien el frío! —se ríe Stacey—. Además, dicen que quemas más calorías cuando intentas mantener el cuerpo caliente, así que salgo ganando por partida doble.

Nuestras miradas se encuentran y rompemos a reír. —Como si estuvieras dispuesta a deshacerte de tus curvas.

—Me encanta mi culo —admite Stacey—. Bueno, ¿qué hay para cenar?

—¿Te apetecen hamburguesas con queso y patatas fritas rizadas? No es la comida más adulta del mundo porque Nick está en la otra habitación, ¡pero...! —hago una pausa y abro la nevera para sacar una botella verde—. ¡Tengo vino!

—Tía, me has convencido con lo del queso.

Tras unas cuantas risas más, tardo diez minutos en servir las hamburguesas y las patatas. Después de asegurarme de que Nick está contento con sus dibujos y su comida, vuelvo a la cocina, donde Stacey está sirviendo vino en dos vasos.

—No tenías por qué hacer eso. Ya lo hago yo.

—Sé servir vino, Calliope, relájate.

—Perdona. Tengo la cabeza hecha un lío... —Agito las manos en el aire, me revuelvo el pelo y acepto el vaso que me da Stacey—. Me alegro de que hayas podido venir.

—Cuando me escribiste para decirme que querías que viniera a cenar, ¿cómo iba a negarme? —Con una cálida sonrisa, vuelve a sentarse mientras yo voy a la nevera y cojo una caja de la parte de arriba.

De vuelta en la encimera, me deslizo en un taburete frente a ella y le paso la caja.

—¿Qué es esto? —pregunta, limpiándose rápidamente los dedos en el muslo después de devorar un par de patatas fritas.

—Un regalo de agradecimiento.

—¿Por qué?

—Has sido increíble estas últimas semanas, dejándolo todo para venir a cuidar de Nick y haciendo de niñera anoche mientras yo estaba fuera, y de verdad que te lo agradezco. Sobre todo con mi madre...

—Ah. He visto su trabajo en el pasillo y en el salón. Es... —Stacey pone los ojos en blanco—. Es una locura.

—Dice que es por el duelo. En fin, que... no puedo fiarme del todo de ella con Nick, así que has sido un apoyo enorme para mí y solo quiero darte las gracias.

—¡Oh, cariño! —Abre la caja de golpe y se queda boquiabierta—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Te gusta? —Sobre el cojín plateado descansa una de las pulseras de ónix junto con un juego de pendientes de jade.

—¡Son preciosos!

—Te seré totalmente sincera: técnicamente se dieron de baja por daños de agua en la caja, pero las joyas en sí no se tocaron. Solo quiero que lo sepas porque yo nunca podría permitirme esto.

—¡Ahh! —chilla, e inmediatamente me entrega la pulsera—. Me da igual. ¡Pónmela!

No tardo mucho en abrocharle la pulsera en la muñeca y ella se queda sin aliento al admirarla. —¡Es tan bonita! ¡Esto es demasiado!

—No me ha costado nada —le recuerdo—. Y te lo mereces. Yo... no sé dónde estaría sin ti. —Hablar con Elijah anoche me sirvió para darme cuenta de lo mucho que dependo de Stacey, así que si alguien se lo merece, es ella.

—¡Me encantan, me encantan! —chilla de nuevo y luego apoya las manos en la encimera, lanzándome una mirada severa—. Te conozco, Calliope. Has hecho algo.

—¿Qué?

—Te sientes culpable, por eso me has hecho dos regalos, porque ambas sabemos que con la pulsera bastaba, ¿pero los pendientes también? —Enarca una ceja—. Desembucha.

La verdad es que me conoce demasiado bien. —Lo besé.

—¿Que lo besaste? —chilla Stacey.

—¡Chis! —El pánico se apodera de mí y le cojo la mano—. ¡Nick está en la habitación de al lado!

—Perdona, perdona. ¿Pero que lo besaste? ¿Estás loca?

—A ver... Fue una noche realmente bonita. Me compró flores, me envió una tarjeta, me llevó a este bistró adorable, y yo... —Inspiro y levanto la vista, persiguiendo los recuerdos de la noche anterior—. Volví a sentirme yo misma. Como una mujer deseable, y yo... disfruté cada segundo, y de repente, me tenía contra el taxi y me *preguntó* si podía besarme.

—Oh —Stacey mastica una patata frita—. Qué caballero.

—¿A que sí? Y el beso fue tan... —Niego con la cabeza, apretando los labios—. Nunca me habían besado así.

—Es mayor, ¿no? ¿Como de cincuenta años?

—¡No! Tiene treinta y ocho.

—Y tú tienes veintiséis, así que básicamente tiene cincuenta.

—Se te dan fatal las matemáticas.

—Lo que sea —sonríe, picando otra patata—. Entonces... ¿te sientes culpable por el beso?

—No, yo... —Las palabras se me atascan, así que Stacey continúa.

—¿Es porque te acostaste con él engañando a su mujer? Es el mismo tío, ¿no?, ¿el del congreso?

—Sí, pero no la engañó. Nunca estuvo casado.

—¿Y te creíste eso?

Entre lentos bocados de hamburguesa con queso y patatas bañadas en demasiada salsa, le cuento a Stacey cada detalle que Elijah me dio sobre la mujer que lo rodeaba en ese momento y las decisiones

que tomó para mantener feliz a su madre, incluida su actual y bastante autoritaria ex.

—Vaya —suspira Stacey cuando termino—. Eso es bastante triste.

—¿A que sí?

—Quiero decir... renunciar a toda tu vida sentimental solo para hacer feliz a tu madre, que está literalmente en su lecho de muerte más preocupada por que su hijo esté solo que por su propia vida. Y luego dicen que los ricos no tienen corazón.

—¡Stacey!

—Estoy de broma. De broma. —Acompaña sus palabras con un trago de vino—. Entonces... ¿cómo te hace sentir eso?

—Confundida. Estuve enfadada con él durante mucho tiempo, ¿sabes? Pensé que había hecho algo horrible con él y luego resultó que fue solo... un malentendido. Y me gusta. Y eso me asusta porque... bueno, hay más.

Stacey se inclina hacia delante, con los ojos brillantes. —Desembucha.

—Nos conocimos en ese congreso, ¿verdad?

—Mmm.

Mi corazón empieza a acelerarse. —Y hablamos, nos enamoramos al instante y luego nos acostamos.

—Mmm. El sexo salvaje que rompió la lámpara y casi te rompe la cadera porque nunca te habían follado de esa manera.

Se me sonrojan las mejillas y gimo. —Te di todos los detalles, ¿eh?

—La Calliope borracha es un libro abierto —se ríe Stacey entre dientes.

—Bueno... ese congreso fue hace siete años, en junio.

—¿Y?

Se hace el silencio mientras espero a que Stacey ate cabos, pero me mira como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, esperando a que la siguiente pieza de información jugosa se me escape. Tras una pausa, levanto mi vaso y me bebo el resto del vino en tres tragos.

—No me tengas en ascuas —dice Stacey, comiéndose su última patata.

—Vale. Nick está a punto de cumplir seis años.

—Mmm.

—Así que ahora tiene cinco.

—Cariño, si no me lo dices ya, entonces... ¡Oh! —Cae en la cuenta un segundo después y cruza la mesa para cogerme la mano—. ¡Oh!

—Sí.

—¡Oh!

—Mmm.

—¡OH! —La preocupación aparece y frunce el ceño—. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Nunca he sido sincera con las fechas, así que no podías saberlo.

—Oh, Calliope... —Me aprieta la mano con afecto—. No me lo puedo creer. ¿Siempre lo supiste?

—Sí. Por eso cuando llamé y me enteré de que estaba casado, o creí que lo estaba, lo di por zanjado y decidí hacerlo por mi cuenta. Pero todo este tiempo estuve equivocada, y no sé qué hacer.

—¿Crees que sospecha algo?

—Si lo hace, no ha dicho nada. No creo que sepa ni la edad que tiene Nick.

—Joder. Yo... esto es muy gordo.

—Lo es. —Se me caen los hombros—. Y es un pez gordo de una familia rica. No importa lo bien que fuera la cita o lo que yo sienta, existe la aterradora posibilidad de que se enfade lo suficiente como para quitarme a Nick.

—Cierto —reflexiona Stacey—. O podría convertirse en el padre que Nick necesita y la pareja que tú quieres.

—Nick no *necesita* un padre —replico bruscamente—. Yo soy su madre. Yo cuido de él.

—No me refería a eso, cariño.

—Lo sé, lo siento. —Suspiro profundamente y hundo la cabeza entre las manos—. Perdona. Es que siento que estoy dividida en dos. Porque, ¿qué haría? ¿Irme directa a él y decirle: *«oye, por cierto, resulta que eres el padre de mi hijo, por favor, no me lo quites»*?

—¿Has encontrado al padre de Nick? —chilla una voz ronca desde la puerta, y levanto la cabeza de golpe mientras Stacey da un respingo.

—¡Mamá!

Mierda.

## 23

# ELIJAH

Esa cita con Calliope y el beso posterior han sido como un subidón de adrenalina. Llevo todo el maldito día flipando con la sensación y, ahora que estoy tumbado en la cama listo para que me venza el sueño, todavía me siento eufórico.

Es un buen comienzo.

O, al menos, eso espero.

Calliope no dejaba de sonreír cuando se ha subido al taxi y se ha marchado, y cuando me ha mandado un mensaje para decirme que había llegado bien a casa, ha incluido un emoticono sonriente. Como el sueño se me resiste, cojo el móvil y repaso nuestros mensajes mientras me entran ganas de volver a escribirle.

Es tarde. No responderá y no debería insistir demasiado.

Pero quiero hacerlo.

Quiero hablar con ella a todas horas. Descubrir todos los detalles de su vida, todo lo que la mueve, lo que le gusta y lo que no, sus intereses y más. Tengo que compensar estos años perdidos demostrándole que no solo estoy persiguiendo un antiguo amor

platónico que se reavivó cuando la vi de nuevo. De verdad estoy interesado en ella.

Salgo de los mensajes, abro el navegador, pero después de dos minutos buscando en una pantalla diminuta, dejo el móvil, enciendo la lámpara de la mesilla y cojo el portátil.

Como conozco poco la zona, encontrar un buen sitio para una segunda cita depende por completo de mi búsqueda en Google. La cena fue tranquila y romántica, así que quizá nuestra segunda cita podría ser más activa. Hay un minigolf cubierto cerca, pero un vistazo rápido a las fotos me desanima al instante. ¿Bailar? Se me da fatal el ritmo. De hecho, no estoy seguro de poder seguirlo ni aunque me fuera la vida en ello, pero aun así podría ser divertido. Hay de todo, desde discotecas hasta clases de baile a tiro de piedra.

O patinaje sobre hielo. La pista cercana sigue abierta y promociona un patinaje romántico con tu pareja en San Valentín. Por las fotos, parece bastante divertido, así que lo apunto como otra opción para sugerirle. Hay una delgada línea entre encontrar lo que le gusta y abrumarla con opciones. Mientras estudio las ofertas, uno de los anuncios giratorios del lateral de la pantalla me llama la atención.

Joyas Angelicales.

No he tenido mucho tiempo para investigar el *marketing* de la empresa, aparte de lo elogiadas que son sus existencias en los salones y el éxito que parece tener la parte *online*.

Parte de ese brillo ha disminuido ahora que he visto algunos de los tejemanejes internos de la empresa, pero mi objetivo sigue siendo el mismo. Al hacer clic en el anuncio, llego a la página de inicio creada con esmero por Calliope. Esperaba que un equipo aparte se encargara de la web, pero parece que es una de las muchas cosas para las que tiene talento y de las que se ocupa con quejas mínimas.

Un *banner* giratorio en la parte superior emite una disculpa por el retraso en los envíos debido a la inundación, asegurando que los

retrasos que superen una fecha determinada se compensarán con crédito en la tienda.

Inteligente.

La gente es más indulgente con los retrasos si piensa que va a sacar algo a cambio.

Justo debajo hay varias de las preciosas piezas de San Valentín en preventa, desde collares y colgantes hasta anillos de compromiso, pulseras de Galentine y más.

*Un momento…*

Los collares, los anillos de compromiso y tres anillos distintos aparecen como agotados.

Eso no puede ser.

Los pedidos de San Valentín están marcados como pedidos continuos, por lo que el *stock* seguirá llegando, cubriendo todas las preventas hasta el día después de San Valentín. Es imposible que estén agotados.

Actualizar la página no elimina la etiqueta, así que entro en mi correo electrónico y reviso la última conversación que tuve con Jimmy sobre el *stock*, donde se confirma que se supone que son pedidos continuos.

Algo no va bien.

A la mañana siguiente, después de una noche de sueño inquieto, me dirijo a la oficina tras comprobar la web y ver que han quitado casi todos los artículos de San Valentín. Me paso por el despacho de Calliope, pero aún no ha llegado. Una de sus empleadas me informa de que llegará más tarde y luego me explica que les ordenaron retirar las existencias porque todos los artículos de San Valentín se destinarán ahora a las tiendas.

Esto cada vez tiene menos sentido.

Tras agradecerle su ayuda a Jane, cojo el ascensor y subo directamente a la planta de Jimmy. Cuando llego, su despacho está vacío.

—¿Llego demasiado pronto? —le pregunto a su asistente, que parece tensa, sentada en su escritorio frente al despacho.

Ella levanta la vista hacia mí y niega con la cabeza. —No, ha ido al baño. No tardará mucho.

—Gracias. —La saludo con la mano, paso por su lado, entro en el despacho, me siento en la silla frente a su escritorio y espero.

A través de los grandes ventanales, el cielo se vuelve cada vez más cálido a medida que sale el sol y, si entrecierro los ojos, casi puedo fingir que es un caluroso día de verano.

Jimmy llega veinte minutos más tarde con un palillo asomando por la boca y el móvil en la mano. —¿Elijah? No teníamos nada programado para hoy, ¿verdad? —pregunta mientras rodea su escritorio y sorbe sonoramente por la nariz.

—No. Pero anoche vi algo que me preocupó.

—Entonces deberías llamar a la policía, no a mí. —Se ríe con voz ronca mientras se sienta.

Yo no le sigo la broma. —Es sobre la página web.

—Esa maldita cosa —murmura—. Mira, deberías hablar con Cal porque yo no me ocupo de nada de eso.

—Lo haría, pero he revisado las horas asignadas y Cal tiene media jornada hoy. No entra hasta las once.

Jimmy frunce el ceño. —¿Quién ha aprobado eso?

¿Habla en serio? —Usted. Vi su firma.

—Ah. —Jimmy hace una pausa y luego se encoge de hombros—. Como sea. No sé nada de la página web.

—Sí que sabe. Les ha dado instrucciones para que retiren los artículos de San Valentín de la web y envíen todo el *stock* actual a las tiendas.

Las manos de Jimmy se detienen sobre el teclado, donde estaba tecleando sin sentido, y levanta la vista. Nuestras miradas se cruzan y suspira.

—Sí. Lo he hecho.

—¿Por qué?

—Sé que no entiendes del todo cómo funcionan las cosas aquí, pero tienes que entender una cosa. Sé lo que hago.

—¿Por qué? —repito—. ¿Por qué retiraría esos artículos, artículos que estamos obligados por contrato a aceptar en pedidos continuos, por qué los quitaría de la única plataforma donde podemos sacar el máximo provecho de ese tipo de pedido?

Los labios de Jimmy se tuercen en una sonrisa petulante y me mira como si fuera un niño que acaba de entrar corriendo en su despacho con una pregunta estúpida. —Porque sé cómo funciona este negocio. Siempre ganamos más dinero y garantizamos más ventas teniendo el *stock* en las tiendas listo para vender. Es un desperdicio poner cosas así en la web porque no se venderán.

—Sí se venderán.

—No, no lo harán. No voy a permitir que ningún gilipollas robe a las tiendas solo porque puede hacer pedidos al por mayor a través de esa maldita web. ¿Tienes idea de lo mal que quedamos cuando la gente viene a las tiendas buscando algo que no podemos venderles porque el *stock* está aquí esperando a ser enviado a un cualquiera en el quinto pino?

No puedo creer lo que estoy oyendo. —Déjeme ver si lo entiendo bien.

—Claro.

—¿Usted cree que alguien que compra en la web le está *robando*?

—¡Lo están haciendo!

—Pero son la misma… la misma empresa. Todo lo que gana la web va directo a su bolsillo. No están… no están separados. Es lo mismo. Los beneficios le llegan a usted de todas formas.

—No, no es así —se burla—. Claro, el tonto servicio de suscripción nos da un flujo constante de ingresos, pero esos ingresos tienen que volver a las tiendas. Son nuestro orgullo. Queremos que clientes de verdad, que se lo merezcan, lleven nuestras cosas.

—Menuda gilipollez.

Las cejas de Jimmy se disparan hasta la línea del pelo. —¿Perdona?

—He visto sus cifras. Las de las tiendas y las de la web. Su sistema de suscripción llega a muchos más clientes de los que las tiendas podrían llegar a tener jamás. Incluso los clientes con crédito en tienda utilizan la web con regularidad porque es cómoda. Así es como funciona el mundo ahora, porque todo y todos están en internet. Y si quiere sentarse ahí y decirme que se trata de beneficios, sigue ganando más a través de la web porque los clientes tienen que pagar el envío. Se está saboteando *activamente* a usted mismo al centrarse en un solo aspecto de este negocio.

—Eso no cambia nada. Necesito saber que nuestras joyas van a parar al tipo de gente adecuada. Nuestros proveedores confían en eso.

—¡Yo soy uno de sus proveedores y la razón por la que estoy aquí es por ese servicio de suscripción! ¡Tiene una herramienta perfecta preparada para llegar a *millones* de personas y, en lugar de eso, la está hundiendo porque cree que le está robando! —Decirlo en voz alta solo resalta lo completamente absurda que es su línea de pensamiento, pero en lugar de darme la razón, Jimmy se reafirma en su postura.

—Todo lo que oigo de ti solo me dice que no lo entiendes —espeta —. Cómo has llegado tan lejos en los negocios, nunca lo sabré.

La frustración me hace levantarme de un salto. —Restáurelo. Devuelva ese *stock* y póngalo a la venta en la web.

—¡No! ¡Aquí no tienes ningún control! Vienes con toda esa… esa mirada indiscreta y esas órdenes y mandatos como si fueras el dueño, ¿pero sabes qué? —Me señala y gruñe, con la mandíbula tensa mientras la ira llena sus ojos—. ¡No eres nadie! ¡Aquí no tienes ningún poder! No has firmado nada, solo has sido un turista, y estoy harto. ¡No necesito que un don nadie me diga cómo dirigir mi negocio!

—¿Sabe qué? —Meto la mano en el bolsillo e inmediatamente busco el número de Buster—. Tiene razón.

Buster contesta al instante. —¡Eh! Oye, ¿has probado alguna vez la codorniz con…?

—Buster. —Miro a Jimmy fijamente a los ojos—. Firma los papeles. Ya es hora de que este sitio tenga un liderazgo de verdad.

## 24

# CALLIOPE

«¡Arriba! ¡Los brazos arriba, cariño, eso es!».

Nick suelta una bocanada de aire como si fuera la primera de su vida cuando su cabeza asoma por el jersey y la sacude, haciendo que sus rizos se agiten en todas direcciones. «¡Libertad!».

—Sí, libertad. Siento que el jersey picara. ¿Quieres elegir otro?

—¡No!

—Cariño, hace frío y hoy tienes una excursión. Tu profe necesita que vayas bien abrigado.

—¡No! —me sonríe Nick, plantado ahí solo con su camiseta interior mientras unas pocas manchas rojas le decoran los brazos y las piernas. Tomo nota y decido tirar el jersey y cambiar de detergente por si es alérgico.

—Cariño, por favor, vamos a llegar tarde si no eliges otro jersey.

—¡No! —sonríe de nuevo, con los ojos muy abiertos.

—Mmm. Pues supongo que te vas a convertir en un muñeco de nieve, entonces.

—¡Yupi! ¡Qué guay!

—¿Es guay? Cariño, ¿qué le pasa a la nieve cuando sale el sol?

Se cruza de brazos sobre el pecho, testarudo. —Se derrite.

—Exacto. Y si tienes tanto frío que te conviertes en un muñeco de nieve, ¿qué te pasa a ti?

—¡Me derrito! —vuelve a sonreír.

—Eso es. Y entonces serías un charco. ¿Crees que los charcos pueden abrir regalos en su cumpleaños?

Su boca se abre de par en par con una réplica, pero duda y, finalmente, la idea cuaja en su mente, así que cierra la boca y frunce el ceño. —¿Puedo ponerme el de los dibujos?

—Sí, puedes.

—¡Voy a por él! —se aleja de mí a la carrera de inmediato, y yo uso la encimera para ayudarme a ponerme de pie con un suspiro de alivio. Desastre evitado.

—No deberías ceder ante él así —dice mamá desde donde está, de pie junto a los fogones, con una taza de café calentándole las manos.

—No he cedido. He llegado a un acuerdo con él para que sepa que sus decisiones importan.

Ella resopla. —Yo no hacía eso contigo.

—No, no lo hacías. Y recuerdo cómo me hacía sentir. Así que no voy a hacer eso con él, ¿vale?

—Mírate, con todas estas nuevas reglas. Apenas parece que merezca la pena si vas a entregárselo a su padre.

—¡Mamá!

—¿Qué? Eso es lo que va a pasar.

—No, no es verdad.

—¿En serio? ¿Crees que puedes llegar a un acuerdo con un hombre como ese igual que has hecho con Nick? ¿Un hombre al que le ocultaste cosas y al que mentiste?

—Mamá, para. No voy a hablar de esto ahora mismo. —No fui capaz de hacerla entrar en razón la otra noche cuando me oyó contarle a Stacey lo de Elijah, y ahora que sabe quién es, se ha pasado los últimos días expresando en voz alta todas mis preocupaciones como si fueran una certeza.

—Tienes que hablar de esto. ¿De verdad vas a dejar que ese hombre te quite a tu hijo?

—¡No! Pero él tiene derecho a saberlo. Es que no sé cómo abordarlo, y tú no ayudas.

—Te lo dije entonces y te lo digo ahora. Un hombre que te deja preñada y te abandona no tiene derecho a ser padre. Nick no necesita un padre.

—¿Mi papá? —la voz de Nick se alza desde el umbral de la puerta mientras él se queda ahí, con los ojos como platos, agarrando su jersey de dibujos con ambas manos—. ¿Qué pasa con mi papá?

Miro a mi madre con rabia y luego corro hacia él. —No te preocupes por eso, cariño. Vamos a ponerte esto y luego tenemos que irnos o llegaremos tarde.

Afortunadamente, Nick no opone mucha resistencia cuando lo visto, y en diez minutos estamos fuera de casa y en el coche. Por desgracia, el desliz poco discreto de mi madre da lugar a un montón de preguntas mientras conduzco.

—¿Mami?

—¿Sí, cariño?

—La abuela… ¿ha visto a mi papá?

Se me encoge el corazón. —No, cariño. No lo ha visto.

—Entonces, ¿por qué estaba hablando de él?

No tengo ni idea de cómo abordar esto. Por mucho que me equivocara con Elijah, Nick sigue siendo la persona más importante en esta situación. —Bueno, cariño. Porque se acerca tu cumpleaños y sé que estuviste preguntando en el cole y en las carreras por los otros niños y sus papás.

—Pero yo no tengo —murmura Nick, pellizcándose los guantes que le cubren los dedos—. Samson dice que puedo tener a su papá.

—Oh, qué bonito.

—Pero mi profe dice que todo el mundo tiene un papá.

—Eso es verdad. Como el abuelo.

—Pero yo te tengo a ti y a la abuela. ¿Dónde está el mío?

Agarro el volante con fuerza, dividiendo mi atención entre la carretera y el espejo retrovisor para observarlo. —Tu papá está… ¿recuerdas que te dije que tuvo que irse a una misión muy importante? ¿Y que era muy larga y muy secreta?

Asiente. —¿Ya ha terminado?

—Bueno… ¿quieres que haya terminado?

Nick se queda en silencio, luego aprieta la boca y se encoge de hombros. —No sé.

—¿No lo sabes?

—¿Y si… y si se acaba y vuelve y no le gusto?

—Oh, *cariño*. ¡Eso no es posible, te lo juro! Eres la cosita más dulce.

—Pero entonces, ¿por qué se fue? —pregunta Nick—. ¿Por qué me dejó?

Me duelen las palmas de las manos de lo fuerte que agarro el volante y el corazón empieza a latirme con fuerza. No se me ocurre ninguna manera de calmar una pregunta como esa, así que, mientras llegamos al colegio, lo miro a los ojos por el espejo.

—Nick… hay una cosa superimportante que necesito que entiendas.

—¡Vale! —me devuelve la sonrisa.

—Esta… misión a la que fue tu papá. No tuvo elección.

Nick frunce el ceño. —Pero, mami, tú dices que siempre podemos elegir.

—Lo digo. Sí que lo digo. —*Bien hecho por mi parte*—. Pero a veces, hay cosas en las que no podemos elegir. Cosas de mayores, como ir a trabajar y ganar dinero. Esas cosas son más difíciles.

—Ah… ¡entiendo!

Suena alegre, pero no estoy convencida de que lo haga. —Entonces, ¿crees que… crees que querrías conocer a papá si alguna vez volviera a casa?

Nick ladea la cabeza y se encoge de hombros de nuevo. —No sé. ¿Puedo irme ya? —sus ojos se iluminan cuando ve a uno de sus amigos en la acera, así que asiento y sonrío.

—Claro, cariño. Deja que aparque.

Veinte minutos más tarde, estoy sentada en la cafetería que hay justo al lado del edificio de mi oficina con la cabeza entre las manos y gimo en voz alta. —Odio mi vida.

—Oh —arrulla Victoria, que está sentada frente a mí—. No puede ser para tanto. Venga, desembucha.

Levanto la cabeza de las palmas de mis manos y la miro con una sonrisa triste. Quiero contarle todo sobre Nick y sus preguntas, cómo su opinión no ha facilitado mi decisión y que estoy entre la espada y la pared.

Pero las palabras no me salen.

No pueden salir sin hablarle de Elijah, así que, en su lugar, me centro en mi madre. —Es solo mi madre. Sigue arrancando el papel pintado y ayer, empecé a trabajar tarde porque estuve en el médico con Nick y, cuando volví a casa, ¿sabes lo que hizo? ¡Había arrancado la moqueta del salón! —Toda mi frustración conmigo misma se vierte en mis palabras sobre mi madre y, mientras hablo, siento un ligero alivio al soltarlo todo.

—Oh, Dios mío. —Victoria se ríe—. Qué locura.

—¡Eso es lo que yo le dije! Nick ya no puede jugar en el salón porque me aterroriza que se pille los deditos en las tablas del suelo o con un clavo que sobresalga y, ¿sabes lo que me dijo? ¡Que me volviera a mi apartamento!

—¿Por qué no lo haces? —Victoria sorbe su café—. Vuelve a tu propia casa y sé libre.

—Porque sigue siendo mi madre. No puede permitirse mantenerse a sí misma, y no es la única que está de luto. Ver los zapatos de mi padre en el zapatero o su foto en la pared, o caminar por el pasillo y olerlo… —Las palabras se me atascan en la garganta y niego con la cabeza—. Todavía no estoy lista para despedirme de eso.

—Es justo. —Victoria baja su taza—. Lo siento. Ha sido una desconsideración por mi parte decir eso.

—No pasa nada. —Envuelvo mi taza con las manos y me inclino hacia delante—. La vida es dura.

—Pero no todo es duro, ¿verdad?

Mientras levanto mi taza, nuestras miradas se encuentran. —¿A qué te refieres?

—A ti y a Elijah.

El café me abrasa la garganta al tragar alarmada, y me cuesta todo mi autocontrol no toser. —¿Perdona? —consigo decir.

—Tú y Elijah —repite—. Eso es algo bueno, ¿no?

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes. —Victoria se inclina hacia delante y baja la voz —. Os vi a los dos en el Bistro. Parecíais muy acaramelados.

Mis mejillas arden de inmediato como si me hubieran abofeteado en ambos lados. —¿Nos viste?

—Mmm. No te preocupes, ¡no te estoy juzgando! —se recuesta con una sonrisa—. Comprendo perfectamente el atractivo de un hombre mayor. Joder, yo habría ido a por él si hubiera sabido que era una opción. —Suspira con nostalgia—. Este es mi castigo por pasar demasiado tiempo en las tiendas.

Mierda. Pensaba que estábamos lo suficientemente lejos como para que nadie nos viera y así poder evitar preguntas y miradas, pero parece que Victoria, en su mayor parte, no le ve ningún problema.

—Aunque ahora, técnicamente, estás saliendo con el jefe.

—¿El jefe? —doy otro sorbo, esta vez con cautela. No tiene sentido intentar negar lo que Victoria vio. Solo me haría parecer más culpable.

—Mmm. ¿No te has enterado?

—¿Enterarme de qué?

Sus ojos se iluminan con el placer del cotilleo. —Ayer, Elijah tuvo una especie de discusión explosiva con Jimmy sobre la página web o el día de San Valentín, no estoy muy segura. Pero Jimmy le dijo que no tenía ningún control porque no había firmado.

Mi corazón empieza a latir con fuerza por otra razón. —¿Firmado qué?

—Ni idea. Mariane, ¿la asistente de Jimmy? Solo oyó un poco, pero jura que cuando Elijah salió de la oficina, estaba hablando por teléfono sobre firmar donde indica la línea de puntos.

*Oh, no.*

—Victoria, ¿qué ha firmado?

—¡Te he dicho que no lo sé!

¿Eso significa que la fusión va a ocurrir? ¿De verdad va a eliminar todo mi departamento? Se me revuelve el estómago y mi café se agria en el siguiente sorbo, así que abandono la bebida. Todo lo de Nick y mi madre no significa nada si me quedo sin trabajo.

—¡Oye! —Victoria se inclina de nuevo y sonríe—. Fuisteis a cenar, ¿verdad? ¡Así que le gustas! Quizá puedas averiguar qué demonios está pasando y qué trama. Quiero decir, si tienes mano con él, entonces es como tu responsabilidad. —A pesar de la ligereza de su risa, hay una clara nota de celos en su tono.

Pero no tengo espacio para enfadarme porque, por una vez, puede que tenga razón.

—No es una mala idea —convengo.

Mientras caminamos hacia el trabajo, le doy vueltas a cómo llamar la atención de Elijah y cómo abordar el tema sin parecer totalmente obvia cuando mi móvil vibra en mi mano con un mensaje del hombre en cuestión.

[**Elijah**] ¿Libre para comer luego?

## 25

# ELIJAH

Pedirle a Calliope que se desplace un poco más hasta una cafetería lejos de miradas indiscretas merece la pena en el momento en que doblo la esquina y la veo fuera, esperándome.

Se acurruca en su bufanda y se arreb-uja en el abrigo mientras el viento arrecia, pero en el momento en que nuestras miradas se cruzan, su sonrisa disipa al instante todas mis preocupaciones por haberla hecho venir hasta aquí.

—¡Hola! —sonríe de oreja a oreja—. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

—¡Genial! Siempre he querido probar este sitio, pero nunca he tenido tiempo. Sin embargo, Victoria me ha dicho que preparan un bocadillo de Camembert increíble, así que tengo que cogerle uno para llevar o nunca me lo perdonará.

—No se anda con chiquitas.

—Bueno, me está cubriendo para que pueda tomarme un descanso más largo para comer. —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Así que se lo debo.

—Ah, sí. Lo siento. Sé que estaba lejos, pero he pensado que sería lo mejor.

—No, lo entiendo. ¿Quién quiere aguantar los cotilleos, verdad? —Golpea el suelo con los pies para espantar el frío e inclina la cabeza —. ¿Entramos?

—Sí, después de ti.

He venido aquí con la intención de decirle inmediatamente a Calliope que ayer firmé el contrato y cerré el acuerdo por el que Amber Limited absorbe a Angelic Jewels, y que ahora soy el director general. Un puesto que, sin duda, afecta a cómo podemos llevar nuestra relación.

Debería decírselo, pero las palabras no me salen.

Estar con Calliope es casi demasiado fácil. Cogemos una mesa al fondo, cerca del calefactor, y compartimos una tetera con unos sándwiches de queso a la plancha. Es una comida tan perfecta y tranquila que cualquier pensamiento sobre estar al mando o convertirme en su jefe parece carecer de importancia. En el momento en que le diga la verdad, me arriesgo a perderla, y eso, de algún modo, me da más miedo que cualquier otra cosa.

—¡Y entonces he entrado esta mañana y he visto que la mitad de nuestro *stock* había desaparecido! —Calliope niega con la cabeza y se sacude las migas de los dedos—. La pobre Jane iba como pollo sin cabeza porque se suponía que Cameron trabajaba hoy, pero a Jimmy le ha parecido bien mandarlo a ayudar a una de las tiendas locales. Ha entrado en mi despacho y me ha dicho que, si no puedo gestionar mi departamento con menos personal, entonces no merezco llamarme jefa. —Pone los ojos en blanco y vuelve a coger la comida.

—¿Te ha dicho eso?

—Palabra por palabra.

—Vaya. Es todo un personaje.

—Querrás decir un capullo. —Calliope se ríe—. Puedes decirlo. No es tu jefe.

Cierto. Pero ahora yo soy el suyo y, según Buster, su contrato es bastante hermético, así que no hay forma de que pueda despedirlo inmediatamente. Quizá en seis meses.

—Siento todo eso. Estoy trabajando para arreglarlo.

—¿Arreglarlo? —pregunta mientras traga—. Es un detalle, pero no puedes arreglarlo. Aunque supongo que si alguna de tus piedras está engastada en esas piezas, tendrías más datos, ¿no?

Ahí está. La oportunidad perfecta para decirle que en realidad sí puedo arreglarlo porque ahora estoy al mando, pero mientras contemplo su preciosa cara mientras hace todo lo posible por comer sin que se le caiga el queso fundido de su sándwich, no puedo hacerlo.

Las palabras no me salen.

Se me quedan atascadas en la garganta y no salen. Estar aquí con Calliope me da una profunda sensación de paz y no puedo determinar exactamente por qué.

Puede que sea su calidez o su humor, o cómo, cuando habla, es como si cada una de sus palabras fuera profundamente importante, o cómo, cuando hablo yo, me mira como si estuviera totalmente cautivada por todo lo que digo.

Un hombre puede volverse adicto a ese tipo de atención.

—Puedo intentar hablar con Jimmy —es mi única respuesta—. Está bastante empeñado en intentar impresionarme. Creo que le preocupa que acabe decidiendo que no merece la pena y me asegure de que ninguna de mis piedras llegue nunca más a sus tiendas.

—¿Tenéis alguna pieza en la colección de San Valentín?

—Tendría que comprobarlo, pero creo que una colección de nuestras piedras se envía para los anillos de compromiso de Cooper's.

—¿Cooper's? —pregunta con los ojos como platos—. Vaya. Eso sí que es lujo.

—Ya lo sé. —Me río en voz baja—. Pero en realidad… —Me inclino sobre mi plato y la observo con una leve sonrisa—. He mentido.

Coge su taza de té.

—¿Has mentido? ¿Sobre qué?

—En realidad, no estoy aquí por la calidad de las piedras.

Se le entreabren los labios.

—¿Qué? Como me digas que eres un agente encubierto o parte de la competencia, esta comida podría terminar.

—No, no. —Me río en voz baja—. Nada de eso. Quiero decir, la calidad de mis piedras y gemas es esencial, pero no las estoy revisando por quejas ni nada por el estilo. Creo que… hacia el final de la vida de mi madre, quería que todas sus joyas se cortaran y se vendieran. Algunas se subastaron, pero la mayoría se vendieron y el dinero se donó. Me decía constantemente que todo era frío y sin vida y que, al final, no significaba nada. Lo único que conservó fue un viejo guardapelo que creo que era de latón, porque mi padre se lo regaló en su tercera cita. Eso es lo que tenía valor para ella.

Calliope asiente mientras sorbe su té.

—Y yo quiero participar en eso. Ese es el tipo de joyería que quiero crear y vender. No la basura elitista que hace que la gente piense que es mejor que los demás porque tiene un cierto corte de diamante o un cierto tono de granate engastado en algún metal precioso. Quiero que nuestras joyas tengan un significado. Que sean ese regalo que se da en una cita o en un aniversario y que adquiere

valor sentimental con el paso de los años. Pero actualmente, bueno, las únicas personas a las que les vendemos directamente son los ricos capullos que he mencionado antes.

—Como tú —responde Calliope con una sonrisita.

Me río mientras asiento.

—Sí, exacto. Pero ¿con tu página web? ¿Y tu servicio de suscripción? El cuidado que pones en cada paquete, los temas que cubres y la inclusión de regalos y la personalización que dedicas a cada caja… Cada una es como un regalo personal. Llegas a innumerables personas y haces que cada una de ellas se sienta importante cuando esa caja llega por correo. Eso es lo que yo quiero.

—Si no supiera nada más, diría que quieres mi puesto —dice Calliope, y hay una nota de cautela en su tono.

—No es eso, te lo prometo. Solo quiero hacer que las joyas preciosas sean asequibles y luego ponerlas en manos de tanta gente como pueda. Quiero que mis piedras y productos sean ese collar barato regalado en la tercera cita, para que lo lleven cada día. Y en el aspecto empresarial, reducir el coste abre nuestro producto a un mercado completamente nuevo y enorme. —Mientras hablo, el corazón se me acelera y la pasión inunda mi voz—. Vender cien pulseras más baratas da más dinero que vender dos a una persona de élite. Y más dinero equivale a mejores sueldos en toda la cadena, más fondos para mejorar las condiciones de trabajo de los mineros y agricultores de todo el mundo. Desde la extracción de la piedra hasta la venta, todo el mundo se beneficiará.

—Vaya —dice Calliope después de vaciar su taza—. No tenía ni idea de que te apasionara tanto todo eso. ¿Por qué no lo has implementado ya?

—Bueno, a mi junta directiva no le entusiasmaba la idea porque creen que nuestro valor reside en nuestra marca y que si perdemos a la élite, perdemos negocio. No estoy de acuerdo. Así que moví

algunos hilos con Buster, mi director financiero, y conseguí el voto que necesitaba para expandirme. Y luego me suscribí a una docena de servicios de suscripción de todo el país. —Mi sonrisa se ensancha cuando nuestras miradas se encuentran, y un ligero rubor se extiende por el rostro de Calliope.

—¿Incluido el nuestro?

—El vuestro fue el único que me hizo sentir como una persona y no como un número en un formulario de pedido. Así que sondeé el terreno para ver si había posibilidad de una colaboración. Solo tenía que asegurarme de que mi envío no había sido algo excepcional. En retrospectiva, está claro que fue el destino.

—¿Tú crees? —La mirada de Calliope permanece baja mientras se sirve otra taza de té de la tetera que hay sobre la mesa.

—Estoy seguro. Te he vuelto a encontrar. No puede ser una coincidencia.

No puede ocultar la sonrisa que se extiende por su preciosa cara y, en cambio, pone los ojos en blanco.

—¿Palabrería bonita durante la comida? Es inaudito.

—Pero muy merecido. Creo que mi propuesta funcionará. Y, sobre todo… me alegro mucho de haberte reencontrado.

—¿Estás seguro? —Coge con cuidado la taza—. Me acabo de pasar casi los últimos siete años pensando que eras un cabrón que engañaba a su mujer.

Una carcajada se me escapa rápidamente y me termino mi propio té.

—No te lo tengo en cuenta. Con lo que pasó, no había forma de que pudieras saberlo. Pero sí sé que estoy eternamente agradecido de que me estés dando la oportunidad de conocerte.

—No digas eso todavía. —Calliope sonríe de medio lado por encima del borde de su taza—. No si estás intentando que trabajemos juntos.

Una vez más, se me presenta otra oportunidad perfecta para decirle que es un trato cerrado y que trabajará para mí en lugar de conmigo, pero una noticia así podría estropear el momento y prefiero disfrutar de su compañía un poco más.

Su interés en mí corre el riesgo de agotarse por completo cuando se entere de que ahora soy el director general.

—Entonces, mantendré mi esperanza en silencio —respondo.

Pero cuanto más la miro, más se me aprieta un pequeño nudo bajo las costillas. Ser deshonesto no es el mejor comienzo para lo que sea que está creciendo entre nosotros. Quizá si se lo digo, le encantará la honestidad y podremos encontrar la manera de mantener separados el trabajo y el placer.

Sin embargo, antes de que pueda hablar, Calliope echa un vistazo a su móvil y arquea las cejas.

—Oh, tengo que irme. Han llamado a Victoria a una reunión y ya no puede cubrirme.

—Oh, claro, deja que te acompañe.

—Probablemente sea mejor que no nos vean juntos —dice rápidamente, dedicándome una sonrisa suave pero triste—. Pero… ¿sabes patinar?

—¿Patinar? —La miro sin comprender mientras se levanta.

—Sí, ¿patinar sobre hielo?

—He hecho mis pinitos.

—Siempre llevo a Nick a la pista antes de que cierre, y solo queda un fin de semana, así que ¿quieres venir con nosotros?

—Sí —respondo de inmediato. No me apartarían de allí ni con grúas.

—Genial. —Calliope sonríe mientras se pone el abrigo y coge la bufanda—. Es una cita.

## 26

# CALLIOPE

La invitación para ir a patinar sobre hielo me salió sin pensar, antes de que pudiera considerar todas las consecuencias, pero el entusiasta sí de Elijah se me ha quedado grabado durante el resto de la semana y, cuando llega el fin de semana, estoy emocionadísima.

Presionarlo sobre el trabajo sigue siendo mi objetivo principal, pero mientras estaba allí sentado con los ojos iluminados, hablando con tanta pasión de su trabajo y de cómo la muerte de su madre lo impulsa, algo pareció diferente. Fue como si me estuviera dejando entrar, dándome un atisbo de su verdadero yo, y ese tipo de honestidad es lo que quiero cultivar. Hará que sea más fácil cuando intente sacarle información de verdad.

Pero antes de todo eso, tengo que pensar en Nick. El desliz de mamá y su creciente curiosidad sobre su padre me tienen la cabeza hecha un lío, y esto fue lo único que se me ocurrió hacer. Si pasan tiempo juntos y va bien, tal vez ese obstáculo será más fácil de superar.

—¡Nick! ¡Ten cuidado! —le grito mientras pasa zumbando a mi lado en sus patines a toda velocidad, persiguiendo a su amigo Samson. El

frío me pellizca las mejillas mientras me apoyo en la barandilla, así que me las cubro con la mano y observo a Nick zigzaguear con pericia entre los demás patinadores. Por suerte, respeta las normas y no se acerca demasiado a nadie hasta que choca contra su amigo y caen juntos al suelo, riendo.

—¡Tened cuidado! —grito, apoyándome en la barandilla—. ¿Estás bien? Sam, ¿estás bien?

—Estamos bien —ríe Nick mientras se pone en pie—. ¡No te preocupes, mamá!

Si solo fuera tan fácil. Ya de pie, ayuda a un risueño Sam a levantarse y patinan juntos dándose palmaditas en lo que parece ser un acelerado pilla-pilla.

—Los niños son resistentes —suena una voz familiar a mi lado—. No te imaginas la de veces que me he caído yo en el hielo.

—Elijah —digo, y mi boca me delata con una cálida sonrisa—. No sabía que patinabas.

—Hace mucho que no —se apoya en la barandilla a mi lado mientras sus ojos se clavan en los míos—. Pero de pequeño solía patinar con mi padre todo el tiempo.

—Qué tierno. Yo solía patinar con Nick, pero… —Como si lo hubiera invocado, pasa de nuevo a toda velocidad, riendo a carcajadas—. Ahora es mucho más rápido que yo y no puedo seguirle el ritmo.

—Seguro que podemos solucionarlo —responde Elijah—. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! Un poco estresada, pero es lo que hay.

—¿El trabajo?

—En parte. Y la planificación.

—¿Para qué? —insiste Elijah ligeramente y luego sonríe—. Aunque si no quieres pensar en ello, mándame a paseo y ya está.

—No, no es nada malo. El cumpleaños de Nick es el próximo fin de semana, el día diez, y siento que no tengo nada preparado.

—Oh, vaya. ¿Cuántos va a cumplir? —Elijah echa un vistazo a la pista y localiza a mi hijo.

—Seis —digo con una sonrisa antes de añadir apresuradamente—: ¿Pero y tú? ¿Has tenido un día ajetreado?

—Qué va. Algunas cosas de la oficina y mi amigo de Nueva York ha necesitado que repasara el mismo plan unas tres veces antes de creerse que sé lo que hago, pero ya sabes cómo va esto, ¿no? La gente confía en ti solo hasta que deja de entenderte.

—¿Es un hueso duro de roer, tu amigo?

—Es mi director financiero, así que un poco —se ríe Elijah. Vuelve a centrarse en mí con una cálida sonrisa, y se le arrugan las comisuras de los ojos—. Pero basta de trabajo. ¿Quieres patinar conmigo y les enseñamos un par de cosas a estos críos?

El corazón me da un vuelco y no puedo evitar sonreír. —¿Les vamos a enseñar algo, a que sí?

—Oh, sí —Elijah da una palmada en la barandilla y se incorpora—. Pan comido.

Después de que Elijah consiga nuestros patines en el puesto de alquiler mientras yo vigilo a Nick y a su amigo, nos los atamos y nos unimos a ellos en el hielo.

—¡Hola! —Nick mira a Elijah radiante mientras patina entre nosotros —. ¡Eres el señor de la tienda!

—Ese soy yo —sonríe Elijah—. Me llamo Elijah. ¿Y tú?

—¡Nick! Y ese es Sam. —Señala al otro lado, donde Sam me ha agarrado la mano con fuerza—. ¡Estamos echando una carrera! ¿Vas a echar una carrera con mami?

Elijah se ríe. —Puede que sea un poco mayor para una carrera sobre hielo, pero podríamos intentarlo.

—¡Te enseñaré! —Y, sin más, se aleja de nuevo con su amigo a rebufo.

—¡Tened cuidado! —les grito, y el corazón me da un brinco cuando la cálida mano de Elijah rodea la mía.

—¿Como apoyo? —ofrece.

Mi sonrisa se ensancha y entrelazo lentamente nuestros dedos. —Como apoyo.

La excusa del apoyo mantiene a raya cualquier pregunta y Nick no lo cuestiona cuando pasa patinando la primera vez, ni la segunda. Verlo a él y a Sam reírse juntos me calma el alma de formas que no puedo descifrar, y tener a Elijah aquí me da un pequeño brote de esperanza. Si se llevan bien, eso es definitivamente algo bueno.

—¿Te estoy quitando mucho tiempo de tu fin de semana? —le pregunto a Elijah mientras patinamos por la curva y adelantamos a una pareja.

—Para nada. He pasado la mayoría de mis fines de semana trabajando, corriendo o simplemente viendo la tele por cable en mi habitación de hotel porque no conozco la ciudad.

—¿En serio? —Enarco las cejas—. ¿No has salido a ningún sitio?

—No.

—¿Ni siquiera a cenar?

—¿La comida para llevar cuenta? —Me sonríe y se le iluminan los ojos—. Supongo que no salgo mucho.

—Está claro —me río—. Entonces que este sea el principio, ¿vale? Tienes que salir y vivir un poco.

—Depende. ¿Vendrás conmigo?

Su mano se aprieta en la mía por un momento justo cuando mi patín resbala. Doy una sacudida, pero justo cuando pierdo el equilibrio, Elijah está ahí con su brazo alrededor de mi cintura para sujetarme. Clava ambos pies en el hielo y nos detiene de inmediato mientras yo jadeo y me aferro a él.

El corazón me late con fuerza, como cuando te saltas un escalón al bajar las escaleras y temes caer hasta abajo del todo.

—Te tengo —dice Elijah en voz baja.

—Gracias —jadeo, agarrándome a sus brazos con todas mis fuerzas hasta que recupero el equilibrio—. Estoy bien.

—Bien. —La sonrisa de Elijah se transforma en una sonrisa de suficiencia—. Porque tenemos que ganar a tu hijo.

—¡Mami! —Nick llega patinando y se detiene a mi lado, luego me agarra la pierna—. ¿Te has caído?

—No, cariño. Estoy bien, solo he resbalado.

—¿Estás bien? —Me mira con una preocupación tan intensa que suelto a Elijah, me giro y me arrodillo a su altura.

—Estoy bien, cariño, ¿ves? Todo bien. —El frío glacial me cala los vaqueros y me muerde la rodilla mientras me arrodillo allí, ahuecando la cara de Nick.

—Yo me caí una vez —resuella Sam mientras se detiene a nuestro lado, jadeando—. ¡De boca! Se me cayó un diente, ¿quieres verlo? —Su mano ya está a medio camino de su boca cuando le cojo la muñeca y se la saco.

—No pasa nada, no necesito verlo. Y no te metas el guante en la boca. Está muy sucio.

—¡No lo está!

—Créeme, chico, de verdad que lo está.

—¿Podemos echar la carrera ya? —tercia Nick, sorbiendo por la nariz mientras el frío le ataca—. ¡Quiero ganar!

—Oh, ¿así que crees que puedes ganar? —se oye la voz de Elijah por encima de mí.

—¡Sí! —lo desafía Nick, mirándolo con una sonrisa—. ¡Soy rápido!

—Apuesto a que yo soy más rápido. —Los ojos de Elijah brillan mientras se aleja patinando un poco—. ¿Hacemos equipos? Yo compito contra ti, ¿y tu mami contra Sam?

—¡Vale! ¡Preparados, listos, ya! —Nick ya está patinando tan rápido como puede. Elijah me mira, buscando un permiso que le doy con una sonrisa, y luego se lanza con movimientos controlados mientras patina tras Nick.

—Muy bien, pequeñajo, prepárate para ser derrotado —gruño juguetonamente mientras me levanto—. ¿Debería darte ventaja porque eres lento?

—¡Yo soy lento pero tú eres vieja! —Sam estalla en carcajadas y, mientras se aleja patinando, grita—: ¡Tres, dos, uno, ya!

Manteniéndonos en el borde para no molestar a los demás patinadores, competimos en nuestros respectivos equipos y, a pesar de los esfuerzos desesperados y denodados por mi parte y la de Elijah, Nick y Sam se aseguran sus victorias y pasan diez minutos emocionados riendo, aclamando y burlándose de nosotros con la lengua y los dedos.

—¡Oh, no! —jadea Elijah dramáticamente—. ¡No puedo creer que me hayas ganado!

—Come polvo —ríe Nick, sacando la lengua.

—Tu mamá es *lenta* —se ríe Sam, aferrándose a su amigo.

—No pasa nada, mami. Te sigo queriendo. —Se abalanza sobre mí y me abraza las piernas mientras me río, y Elijah me da un suave

codazo.

—Es un crío genial.

El corazón se me hincha mientras le revuelvo los rizos. —Gracias, cariño. Y ahora, ¿tenéis hambre?

—¡Sí! —Dos caras sonrientes me miran radiantes, con las mejillas sonrosadas por el frío y la emoción.

—¿Cenamos?

—¡Sí!

Mientras patinan hacia la salida de la pista, me vuelvo hacia Elijah. —¿Quieres venir con nosotros?

—¿No seré una molestia?

Es un simple comentario, pero me calienta aún más el corazón. —Para nada. No tienes ni idea de lo revoltosos que se van a poner estos dos.

La cena es tan caótica como el patinaje sobre hielo, con el añadido de la calidez de estar a cubierto. La pizza y la pasta son demolidas a un ritmo frenético y Elijah pasa unos buenos diez minutos explicándole a Samson que no es buena idea cubrir su porción de pizza con copos de guindilla por muy bonito que le parezca. Mientras los observo, escuchando las risas de Nick y sus conversaciones, mi corazón se hincha de amor. Bajo la calidez de un día tan bueno y el hecho de que Elijah encaja sin problemas, casi puedo fingir que somos una familia de verdad.

Casi.

El postre acaba siendo un gran cuenco de helado compartido entre todos, y luego quince minutos de Nick y Sam corriendo por el parque de bolas para quemar su repentina energía. Pero a medida que avanza la noche, los gritos de emoción se transforman

rápidamente en quejas y lloriqueos de cansancio y llega la hora de llevarlos a casa.

—Siento esto —le murmuro a Elijah treinta minutos más tarde mientras ambos caminamos con cuidado por mi sendero helado hacia la puerta principal. Nick está casi dormido en mis brazos mientras que Sam finge estar bien despierto en los de Elijah. Sus lentos parpadeos dicen lo contrario.

—No me importa en absoluto —me tranquiliza Elijah.

—Pero has tenido que dejar tu coche.

—De verdad que no veía cómo te las ibas a apañar para llevar a estos dos granujas a casa y meterlos en la cama tú sola.

—Puedo hacerlo —me río suavemente al llegar a la puerta—. Pero un par de manos extra siempre son bienvenidas. —Nick refunfuña en mis brazos mientras lo muevo para meter la llave en la cerradura, y luego entramos todos a trompicones en una casa fría. Quiero llamar a mamá, pero como la casa está a oscuras, debe de estar ya en la cama.

—Venga, cariño —digo, despertando suavemente a Nick en mis brazos—. Hora de lavarse los dientes, cariño.

Se queja y bosteza, lo que hace que Sam también empiece, y pronto tengo a dos niños lloriqueando apenas capaces de contener las lágrimas. Los sobornos consiguen que entren en el baño para lavarse la cara y los dientes, y luego la promesa de gofres por la mañana hace que ambos caigan en la cama.

—Buenas noches, cariño —digo, besando la frente de Nick. Ya está profundamente dormido y no emite ni un sonido cuando me alejo. Sam está igual en su saco de dormir acolchado, así que una vez que compruebo que está seguro y cómodo, salgo de la habitación y cierro la puerta suavemente detrás de mí.

Misión cumplida.

—Guau —resoplo al entrar en la cocina, donde Elijah espera pacientemente apoyado en la isla—. No sé qué habría hecho hoy sin ti.

—Ha sido divertido. —Su sonrisa es amplia y genuina—. De hecho, no recuerdo la última vez que me divertí así.

—Es guay, ¿verdad? Hay algo tan liberador en jugar con ellos, como si desbloqueara a tu niño interior o algo así.

—Exacto. —La mirada de Elijah se clava en mí y no se aparta.

Recuerdo al instante nuestro beso en la nieve y siento un aleteo en el estómago. —¿Te apetece algo de beber? Como agradecimiento.

—Me encantaría —responde Elijah, pero cuando paso a su lado, continúa—: pero tengo que volver a por mi coche.

Mierda. Había venido en mi coche, así que el suyo sigue aparcado en la pista. —¿Estás seguro?

—Sí. Pero me apunto esa copa. —Se aparta de la encimera, pero en cuanto da un paso hacia la puerta, de repente alargo la mano y le agarro la muñeca, lo que hace que se detenga.

—Es tarde —digo. Es como si el agotamiento del día hubiera derretido mis barreras y lo único que queda dentro de mí son mis pensamientos sin filtro—. Y hace frío. ¿Por qué no te quedas a dormir?

## 27

# ELIJAH

—¿Estás segura?

A la suave luz de la cocina, los ojos de Calliope son un tono más oscuro cada vez que parpadea y su sonrisa es tan cálida que es como si me estuviera acomodando frente a un fuego acogedor.

—Estoy segura. No me gustaría que te pasara nada. Además, tendrías que llamar a un taxi para volver a tu coche frío y luego conducir hasta tu hotel —su agarre en mi muñeca se hace un poco más fuerte—. Quédate.

—Vale —el corazón me da un vuelco y una burbuja repentina se hincha en mi pecho, amenazando con estallar y delatar lo emocionado que estoy por ser incluido.

La sonrisa de Calliope se ensancha ante mi respuesta, suelta mi muñeca y luego ladea la cabeza. —Sígueme. En silencio.

Hago exactamente lo que me pide y caminamos por su pasillo extrañamente destrozado, luego subimos las escaleras hasta la habitación del fondo. Se detiene justo antes de su puerta y señala la de la izquierda. —¿El baño?

—Por favor.

—Te espero aquí dentro —se dirige a la puerta del fondo del pasillo y yo me cuelo en el baño, cerrando la puerta suavemente tras de mí.

Me quedo. Esto podría significarlo todo y nada. El hecho de que confíe en mí en su casa con su hijo es un gran paso, pero también podría ser que simplemente es demasiado educada y está haciendo lo que cree que es correcto. Por otro lado, la forma en que me ha agarrado y cómo ha hablado alimenta mi esperanza de que me quedo porque ella realmente quiere que lo haga.

Después de hacer mis necesidades, me lavo las manos y me miro en el espejo cuadrado que hay sobre el lavabo. El color me sube a las mejillas y me brillan los ojos. Mi pelo, normalmente peinado a la perfección, está alborotado y mi camiseta está manchada de salsa de pizza y ni siquiera me había dado cuenta. Es tan normal y, sin embargo, extrañamente reconfortante. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que había vivido el día en lugar de dejarlo pasar, de simplemente existir.

Cuando tengo las manos y la cara secas, salgo con cuidado del baño y entro en el dormitorio de Calliope. Ha sacado mantas y almohadas del único armario que hay cerca de la ventana, donde unas cortinas rosas transparentes se han cerrado y fruncido para que la habitación esté lo más oscura posible. La luz de la lámpara de su mesilla, un objeto de metal ornamentado con una pantalla rosa brillante que tiene varios agujeros pequeños decorados en la parte superior, caldea el aire. Hacen que la luz se proyecte en las paredes como si cien estrellas hubieran caído y se hubieran pegado a las paredes de color crema.

La cama de Calliope está en el medio, con varias almohadas cerca del cabecero que parecen inmensamente acogedoras para instalarse. Me ve y sonríe, sosteniendo las mantas en sus brazos.

—Estoy bien en el suelo —digo antes de que pueda mencionar cualquier decisión abnegada sobre darme su cama.

—¿Estás seguro?

—Completamente. En cualquier caso, seguro que será más blando que la cama de mi hotel.

—Oh —su rostro se arruga ligeramente—. ¿Tan mala es?

—Soy un hombre acostumbrado al lujo —bromeo en voz baja—. Ya sabes cómo es.

—Si estás seguro… —me pasa el montón de mantas y tira unas cuantas almohadas al suelo junto a su cama. Mientras lo hace, por fin me fijo en la estantería que hay cerca de la puerta por la que acabo de entrar. Está llena de ponis de juguete con crines de diferentes colores, algunos libros de acción y aventuras y un par de muñecas. No es exactamente lo que esperaba.

—Esta es mi habitación de la infancia —dice Calliope cuando me pilla mirando, y me vuelvo hacia ella—. Mi verdadera habitación en mi casa es muy diferente.

—Ah, claro. Recuerdo que dijiste que te quedabas aquí por…

—Por mi padre —hace una pausa después de bajar las mantas de su cama, y luego se aclara la garganta—. ¿Podrías darte la vuelta? Necesito…

—¡Por supuesto! —me doy la vuelta inmediatamente y me quedo de cara a la puerta.

—Gracias.

—¿Puedo preguntarte qué le ha pasado a tu pasillo? ¿Y a tu salón? Todo parece muy… —a pesar de que lo intento, no me vienen a la mente palabras educadas, así que acabo por callarme.

Calliope gime detrás de mí por encima del crujido de la ropa. —No preguntes —suspira—. Es un desastre en el que estoy demasiado cansada para pensar.

—Claro —asiento—. Ya preguntaré más tarde.

—Vale, ya estoy —me doy la vuelta y la veo metida en un camisón de flores con el pelo recogido en lo alto de la cabeza—. ¿Quieres cambiarte?

—Puedo hacerlo bajo la manta.

Calliope apoya una rodilla en la cama, dejándome entrever su piel desnuda mientras la tela se le sube ligeramente por el muslo. —¿Estás seguro de que estarás bien en el suelo?

—Te lo prometo.

No parece convencida, pero se mete en la cama de todos modos. Me quito las botas, me enrollo una manta en la cintura y me quito rápidamente los pantalones. Le sigue la camiseta y, por el rabillo del ojo, a pesar de que Calliope aparta la mirada a propósito, la pillo mirándome.

Sonrío para mis adentros, luchando por mantener el rostro neutro. Pongo una manta en el suelo, me tumbo sobre ella y me cubro con la otra. —Buenas noches, Calliope.

—Buenas noches, Elijah —dice en voz baja desde su cama, y la habitación se sume en la oscuridad cuando apaga la luz.

Cae el silencio, a excepción del suave roce de Calliope moviéndose bajo las mantas. Cierro los ojos mientras un vértigo me recorre. Me siento como un adolescente otra vez por lo emocionante que es estar tumbado en el suelo de Calliope, rodeado de telas que huelen a ella, y después de un día tan bueno.

*Contrólate.*

Pongo los ojos en blanco y los cierro, intentando tranquilizarme, pero, por desgracia, la tarde en la pista de patinaje me está pasando factura en los músculos, sobre todo en los muslos. También hace más frío de lo que esperaba y, antes de darme cuenta, un escalofrío constante me recorre la columna vertebral. Aprieto los dientes, me doy la vuelta y me arropo.

Un poco de frío es un buen precio a pagar por estar aquí.

Hasta que la suave voz de Calliope llega desde la cama. —Elijah, te oigo tiritar desde aquí.

—Estoy bien —susurro de vuelta, ya que mi voz suena infinitamente más alta en la oscuridad—. Estoy bien.

—No, no lo estás —hace una pausa y la tela cruje—. Vente a la cama.

El corazón me da un salto violento en el pecho y me doy la vuelta lentamente. —¿Estás segura?

—Sí. No quiero despertarme con un carámbano en el suelo. Por favor, vente a la cama.

¿Cómo puedo resistirme a una invitación así? Apenas capaz de ocultar una sonrisa de emoción, me pongo de pie y busco la cama a ciegas en la oscuridad. Las cálidas manos de Calliope se cierran alrededor de mi antebrazo desnudo, me atrae hacia ella y me tumba, y luego me echa mantas calientes por encima, lo que me provoca un repentino y violento escalofrío que me recorre de la cabeza a los pies.

—Estoy acostumbrado al frío, así que no pasa nada —digo mientras me acomodo en sus almohadas increíblemente suaves. El calor me envuelve cuando Calliope de repente se aprieta contra mi costado y me frota la mano sobre el pecho.

—¿Mejor? —susurra.

—Mucho mejor —apenas puedo distinguir los suaves ángulos de su rostro en la oscuridad, y un rastro de fuego sigue el camino de su mano por mi pecho.

—Estás muy frío —murmura.

—Ya estoy entrando en calor.

—Bien —su mano se desliza de nuevo por mi pecho y luego duda. A pesar de que apenas puedo verla, percibo un sutil brillo cerca de su boca donde la tenue luz que entra por las cortinas incide en su lengua mientras se la pasa por el labio.

—¿Mejor? —repite, con la voz suave y ronca.

—Infinitamente —susurro.

—Bien —todo su cuerpo se presiona contra el mío, del hombro a la pantorrilla, y cada centímetro de ella emana un calor atrayente. O son las mantas o es que ella es calurosa, no sabría decirlo. Entonces su mejilla se apoya en mi hombro y mi corazón se dispara.

Debería contenerme, pero no puedo evitarlo. En la oscuridad, la busco y acuno la suave curva de su mandíbula con la presión justa para inclinar su cabeza hacia arriba. Entonces, la beso.

Y ella me devuelve el beso.

Una presión de labios suave y dulce, sin nada detrás más que aprecio y una ligera hambre solo por sentirla una vez más. Pero cuando intento romper el beso para hablar, la mano de Calliope se desliza de nuevo sobre mi pecho y la usa para apoyarse e inclinarse más profundamente en el beso.

Parte de mí sigue siendo vagamente consciente de que dos niños y su madre duermen en otra parte de la casa, pero no es suficiente para que me detenga. No cuando su pierna se desliza contra la mía mientras se mueve contra mí, luego se eleva y se desliza hasta mi regazo.

Dejo caer la mano de su mandíbula a su muslo, acariciando desde la rodilla hasta la curva de su culo y subiéndole el camisón a medida que se arremolina contra mi muñeca. Se inclina hacia mí, así que le agarro el muslo y le guío la rodilla alrededor de mi cadera mientras me coloco sobre ella y la presiono contra el colchón.

Sus dos manos me acarician los lados del cuello y luego una se desliza hacia mi pelo.

No se pronuncia ni una palabra.

Sigo la suavidad de sus jadeos cuando muevo las caderas contra el calor que hay entre sus piernas, confío en los movimientos entrelazados de sus labios mientras me besa repetidamente y me entrego a la emoción del calor que me recorre cuando su otra mano cae sobre mi hombro y lo aprieta con tanta fuerza que sus uñas se clavan en mi piel.

Me excito en un instante. Quiero devorarla. Apenas un respiro y mi polla está a punto de reventar mis bóxers. No puedo ocultarlo en el siguiente vaivén de mis caderas y Calliope ahoga su jadeo en mi boca, tirando con fuerza de mi pelo. Mi mano en su muslo se desliza más arriba, metiéndose bajo su camisón y recorriendo su abdomen, donde una cicatriz larga y fina se engancha en las yemas de mis dedos.

Una cicatriz… ¿de Nick?

Sin querer hacer una pausa ni resaltar mi curiosidad, deslizo la mano más arriba y le agarro un pecho. La suavidad arranca un gemido de mi garganta y ella vuelve a tirar de mi pelo, arqueándose contra mí como la cuerda de un arco tensado.

Estoy perdiendo la cabeza.

El calor que se acumula bajo la manta está alcanzando niveles sofocantes, pero no es nada comparado con el calor que se concentra entre sus muslos. Se mueve sobre el colchón y su pierna se aparta de mi cadera, al igual que sus manos de mi cuerpo. Calliope usa la presión del beso contra mi boca para empujarme hacia atrás y entonces el beso se rompe, seguido de un crujido de tela, y se quita el camisón de un tirón. Me pasa la mano por el cuello y me atrae hacia ella para darme un beso profundo que correspondo con el mismo anhelo, y mientras nos desplomamos de nuevo en la

cama, sus dos piernas se envuelven alrededor de mi cintura y entrelaza los tobillos en la parte baja de mi espalda, atrayéndome hacia ella.

—Por favor —jadea, y su voz es inesperadamente áspera. Envía una punzada de lujuria directa a mi polla.

—¿Condón? —susurro contra sus labios.

—La píldora —responde con un gemido suave y dulce.

Nuestros labios chocan y la devoro, masajeando y manoseando un pecho hasta que su pezón es un pico tieso y duro. Me llama y rompo el beso, bajando por su garganta y su clavícula hasta sus pechos, donde su pezón me saluda como si me estuviera llamando desde el primer beso. Mientras arremolino mi lengua alrededor del botón, me bajo los bóxers y Calliope gime.

Es un sonido más fuerte, instantáneamente amortiguado por su propia mano que se tapa la boca mientras sus uñas se clavan de nuevo en mi hombro. Cambio mi atención de un pecho a otro hasta que ambos pezones están hinchados y bien amados, luego trazo un camino de besos hasta sus labios carnosos y los reclamo justo cuando le meto dos dedos en el coño.

Está ardiendo, una sedosidad tentadora que hace que mi polla lata al pensar en estar dentro de ella. Apenas puedo tragar mis propios sonidos y se derraman en la boca de Calliope mientras nuestras lenguas danzan juntas. Tres embestidas de mis dedos y mi mano está empapada en sus jugos. Aprieta su vientre a mi alrededor y mis ojos se ponen en blanco.

No puedo esperar más.

Retiro los dedos, cojo mi polla y la guío a través de su coño, del clítoris al agujero, cubriéndome de sus jugos. Cada caricia de su calor contra la hinchada corona de mi polla es una tortura para ambos, a juzgar por la fuerza con que sus piernas aprietan mi cintura. Desliza una mano hacia un lado de mi cara, jugueteando

con la parte inferior del lóbulo de mi oreja mientras la otra sigue aferrada a mi hombro.

La devoro de nuevo en un beso profundo y lento, y deslizo mi polla dentro de ella en una embestida lenta y cuidadosa. Cuando nuestras pelvis se tocan, me tomo un momento para descansar y experimentar lo bien que se siente estar dentro de ella de nuevo. Frente con frente, existimos en el espacio del otro, compartiendo la bolsa de aire entre nosotros mientras ella se adapta a mi tamaño y yo obtengo todo el control de mi orgasmo para asegurarme de no correrme inmediatamente.

Es difícil no hacerlo. Es absolutamente despampanante y el día de hoy ha sido increíble. Esto es todo lo que siempre he querido. Calliope inclina la cabeza y nuestras narices se rozan. Entonces me besa dulcemente y empiezo a embestir. Lentamente al principio, mientras calculo el ruido que hará su cama si me dejo llevar. Hay un ligero crujido, así que mantengo todo lento y controlado.

El sudor brota por mi piel mientras cada parte de mí se calienta, la lujuria se enrosca en la parte baja de mi vientre como un peso y mis huevos laten con cada embestida profunda dentro de ella. Es suave y sedosa, un contraste celestial con los tirones de mi pelo y las uñas que graban su presencia en mi hombro. La beso y la follo, tragándome cada gemido y quejido, y moviendo mis caderas cada vez que jadea como si le faltara el aire.

Con el tiempo, mis embestidas aumentan y pronto, no puedo contenerme. Es demasiado hermosa. Es demasiado perfecta. He pasado demasiado tiempo sin ella. Calliope se corre con los dedos en la boca, tratando de ahogar sus propios gemidos. Me corro dentro de ella unos segundos después y aumento la fuerza de mis embestidas hasta que la cama cruje y ella es consciente de lo mucho que quiero follarla a través del colchón.

El resplandor del orgasmo no es suficiente para detenerme. Sus piernas caen a un lado mientras su cuerpo se contrae y tiembla por el orgasmo, así que la guío para que se ponga de lado y me tumbo

detrás de ella, con mi pecho presionado contra su espalda. Luego acerco sus caderas a las mías hasta que está prácticamente sentada en mi regazo. Con la polla todavía dura, me deslizo de nuevo en su coño y hundo la cara en la nuca.

Follarla de esta manera me da un acceso más profundo y ella se aferra al brazo que mantengo alrededor de su cintura para apoyarse. La follo larga y lentamente con un brazo bajo ella y alrededor de su cintura, y el otro entre sus piernas, jugueteando con su clítoris al ritmo de cada embestida lenta y prolongada. Tomarme mi tiempo para usar su hipersensibilidad en su contra la convierte en un rompecabezas, incluso mientras ella inclina la cabeza hacia atrás y me besa perezosamente.

Para cuando ambos nos hemos corrido por segunda vez, el agotamiento está muy metido en mis músculos y Calliope me sujeta la mano con fuerza con nuestros dedos entrelazados y su cuerpo cómodamente encajado en el mío.

Espero que el amanecer no llegue nunca.

## 28

# CALLIOPE

Estoy viviendo en un sueño.

Despertarme con un hombre en mi cama que se resistía a dejarme ir, un cuerpo que se resentía y cantaba con los recuerdos de la noche anterior y un corazón lleno de posibilidades. Es como si me hubiera despertado convertida en una mujer completamente distinta. Una que de verdad tiene la oportunidad de un futuro bueno de verdad.

Cambiando de postura junto a la encimera, me coloco un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja y me estremezco cuando el calor residual de mi ducha matutina se disipa por fin, sustituido por el ligero frío que invade la cocina. La tentación de volver a meterme en la cama con Elijah ha sido la atracción más fuerte que he sentido en mi vida, pero me he resistido.

Nick se despertará pronto y necesito un café.

Aunque me sabe amargo en la lengua, me calienta en segundos y abrazo la taza mientras revivo todo lo de anoche. No tengo ninguna razón para que las cosas hayan ido así. Simplemente..., ha pasado. Todo me pareció *perfecto*. Siento un hormigueo en el cuello por los besos que me dejó, me palpitan los dedos con el recuerdo de

haberme aferrado a sus hombros como si fueran un salvavidas y me duele el vientre mientras el peso fantasma de su polla aún perdura en mi interior y se mueve cada vez que yo lo hago.

No me había sentido así desde..., bueno, desde Elijah, en realidad. Salí con gente en los años intermedios, pero no me acosté con ninguno de esos hombres y nunca traje a ninguno a casa por Nick. De alguna manera, lo de ayer fue el cóctel perfecto y esta mañana es aún mejor.

—¡Mamá! —grita Nick a pleno pulmón mientras entra corriendo en la cocina con Samson detrás, bostezando y frotándose los ojos.

—¡Buenos días! —Sonrío de oreja a oreja cuando Nick choca contra mi pierna y se agarra a ella.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Sam.

—Buenos días —bosteza Sam.

—¿Tenéis hambre?

—¡Sí! —dicen a coro, y Nick me aprieta la pierna en un abrazo—. ¡Tortitas! —sonríe—. ¡Lo prometiste!

—Lo prometí. Es verdad. Vale, ¿queremos pepitas de chocolate o arándanos?

Después de aclarar las preferencias de cada uno y despedirme con la mano de mamá mientras desaparece para ir a su clase de yoga, me centro en preparar la masa para las tortitas. Nick y Sam se suben a sus respectivos asientos en la mesa y se enzarzan en una batalla de muñecos de acción alrededor de los saleros y pimenteros. A su manera, es tranquilo. Entonces, las tablas del suelo crujen.

—Buenos días.

Elijah está de pie en el umbral de la puerta, completamente vestido, sin un pelo fuera de su sitio, y sonríe.

—¡Te has quedado! —grita Nick, bajándose de su asiento—. ¡Yupi!

—Es el pringado —se ríe Sam—. El pringado de hielo.

—¡Sam! —resoplo en voz baja.

—No, tiene razón —se ríe Elijah, y Nick le da un abrazo rápido y luego vuelve a la mesa—. Soy un pringado de hielo.

—Supongo que los dos lo somos —respondo. Nuestras miradas se cruzan y una pequeña sonrisa cómplice se dibuja en su cara. Como una sonrisa que, por un momento, es solo para mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Tortitas.

—De pepitas de chocolate —celebra Sam—. ¡Las mejores!

—¡No, las de arándanos son las mejores! —replica Nick al instante.

—Así que por partida doble. —Elijah se acerca a mi lado y se asoma por encima de mi hombro—. ¿Me dejas?

—¿Quieres hacer tortitas?

—Puede que no sea un hacha en la cocina, pero se me dan de maravilla las tortitas más dulces y esponjosas que se conocen.

—Ah, ¿sí? —Enarcando una ceja, le lanzo una mirada incrédula—. Me cuesta creerlo.

—Pues déjame que te lo demuestre.

—¡Déjale, mami! —dice Nick—. ¡Ven a jugar!

—¡Sí, ven a jugar! —exige Sam.

Me vuelvo lentamente hacia Elijah y deposito con cuidado el bol en sus brazos extendidos. —Está bien, señor As de las Tortitas. Enséñanos lo que sabes hacer.

—Con mucho gusto. —Elijah sonríe cálidamente y se pone a trabajar de inmediato.

La suave felicidad doméstica del momento no se me escapa mientras me siento a la mesa y me convierto en carne de cañón para el juego de Nick y Sam. Estar sentada aquí con mi hijo mientras Elijah prepara el desayuno es una reminiscencia de lo que podría haber sido si las cosas hubieran ido de otra manera entonces. Nick le ha cogido cariño a Elijah más rápido de lo que esperaba, pero dado que ha sido durante dos días de actividades, podría ser la emoción de tener a su amigo aquí.

Pero si entrecierro los ojos, me gusta lo que veo. Elijah mezcla los ingredientes y convierte la cocina en un cálido refugio que huele a una masa que hace la boca agua y a la sutil dulzura de las pepitas de chocolate derretidas. En diez minutos, ambos tipos de tortitas están servidas a los niños y Elijah revolotea cerca, esperando ansiosamente su aprobación.

—¡Mmm! —canturrea Sam, atiborrándose de varios bocados mientras intenta hablar—. ¡'Stá bueno!

—¡Las mejores que he probado! —declara Nick—. ¡Deberías hacerlas así, mami!

La sutil ofensa a mis habilidades para hacer tortitas se ve suavizada por lo encantado que parece Nick, aunque aun así le lanzo a Elijah una mirada entrecerrada. —No es una lucha justa.

—Ah, ¿de verdad? —Elijah se chupa un rastro de chocolate derretido del pulgar, distrayéndome con la forma en que sus labios acarician el dedo—. ¿Por qué?

—No tienen las mías para comparar.

—No pasa nada, mami —dice Nick en un susurro que en realidad no es tan bajo—. Me seguiré comiendo las tuyas.

—Gracias, cariño. —Me río suavemente, alborotándole el pelo y luego atrayéndolo hacia mí para darle un beso en la coronilla—. Come.

—¿Te apetece mostrarme tu talento? —La sonrisa de Elijah se vuelve juguetona.

—Me encantaría, pero estos dos tienen que vestirse, y luego tenemos entradas para el cine, ¿verdad, pequeños?

—¡Yupi! —gritan Nick y Sam al unísono—. ¡El cine!

—¿Quieres venir? —No era mi intención poner a Elijah en un aprieto, pero la idea de que venga con nosotros es bastante agradable. Mantengo la pregunta en un tono ligero para que pueda negarse fácilmente, pero para mi deleite, su sonrisa se suaviza mientras se vuelve hacia la encimera y los boles sucios.

—Si no te importa que venga.

—Sinceramente, sería una ayuda, ya que tengo que controlar a estos dos.

—A mí no hay que controlarme, mami —declara Nick mientras termina su tortita—. ¡Yo soy bueno!

—Claro que lo eres —me río suavemente—. Claro que lo eres.

Después de un dulce desayuno, conseguir que los dos niños se laven y se vistan para protegerse del frío se convierte en un circo. Luchar con Nick para ponerle las botas de agua para protegerlo de la nieve medio derretida de fuera me cuesta más energía de la que tengo. Afortunadamente, Elijah ayuda rápidamente a Sam, que está mucho más dispuesto a ponerse las suyas. Me paso un cepillo por el pelo y luego paso dos minutos en el pasillo de arriba enviando mensajes a Stacey. Me pregunta qué tal fue lo de ayer y le respondo con una sarta de emoticonos de fuego y corazones. Me exige todos los detalles. Después de decirle que la llamaré más tarde, nos metemos todos en el coche y nos dirigimos al cine.

Las salidas con dos niños suelen ser mucho menos tranquilas que la de hoy. No sé si es que ambos se están portando de maravilla o si la presencia de Elijah los mantiene así, pero el viaje al cine es una delicia. Llegamos a tiempo para los tráileres y, después de pedir más palomitas de las que puedo llevar, nos acomodamos para una sesión doble de animación. Incluso las idas al baño transcurren sin mayores problemas, ya que ambos niños están desesperados por volver a ver la película.

En la oscuridad del cine, le lanzo miradas furtivas a Elijah por encima de las cabezas de Nick y Sam, que están sentados entre nosotros, y cada vez me encuentro con que Elijah también me lanza una mirada furtiva a mí. Esto da lugar a muchas sonrisas suaves, miradas prolongadas y una cálida punzada en el vientre.

Después de la película, almorzamos tarde pasta y tiras de pollo en un restaurante local y luego nos metemos todos en el coche y volvemos a casa.

—Hay algo que debería decirte —dice Elijah mientras doblo la esquina y entro en mi calle.

—Suena serio —digo con una sonrisa ligera y una mirada interrogante, dado que Sam y Nick están atados en la parte de atrás.

—No es nada demasiado serio y puedes decir que no.

El corazón empieza a latirme con fuerza y un sinfín de pensamientos explotan en mi mente sobre todas las cosas posibles que podría decirme. Varían desde declaraciones de amor hasta revelaciones desgarradoras, pero antes de que pueda filtrarlas lo suficiente como para responder, me distraigo.

Una furgoneta blanca está aparcada delante de la casa con varios hombres y mujeres pululando por la acera y el camino que lleva a la puerta principal.

—Oh, Dios mío, ¿qué está pasando? —Se me encoge el estómago y mis pensamientos se dirigen a mi madre y a algún otro desastre que haya tramado.

—De eso quería hablarte —dice Elijah mientras aparco el coche.

—¿De esto? —Señalo a toda la gente que ahora se ha girado para mirarnos.

—Sí.

—¿Qué es esto?

—¿Metemos primero a los niños dentro?

Su sugerencia me resulta un poco irritante, como si intentara evitar algo, pero Nick y Sam enseguida se ponen de mal humor y se cansan después de un largo día y un viaje aún más largo. Saber que están en casa parece permitirles empezar a retorcerse en sus asientos y a quejarse.

—Vale.

Desabrocho los cinturones de Nick y Sam, los ayudo a salir del coche y llevo a los dos niños cansados por el camino hasta la casa. Los llevo directamente al cuarto de Nick después de quitarles las botas y los abrigos, les traigo agua de la cocina y luego vuelvo con Elijah al pasillo.

—Explícate —exijo, un poco más dura de lo que pretendía.

—Esto, o más bien, todos estos, son para ti. —Señala con la cabeza hacia la puerta principal, hacia la gente que pulula por allí.

—No lo entiendo.

—Perdóname por excederme y siéntete libre de decir que no, pero ese hombre de ahí cerca de la furgoneta, ¿el del bigote negro?

Busco al hombre cuyo bigote parece dibujado con un trazo de aceite negro. —¿Mmm?

—Se llama Michael. Es decorador de interiores y está aquí para arreglar... esto. —Mira alrededor del pasillo y luego, deliberadamente, hacia el salón.

El corazón me da un vuelco y me cae a los pies mientras lo miro conmocionada. —¿Qué?

—Después de ver lo que pasó y escuchar los comentarios que le hiciste a Nick sobre asegurarte de que no entrara en el salón, me di cuenta de que conocía a alguien que podía ayudar.

Mis ojos vuelven a la calle. Ahora que me lo ha dicho, todos esos monos de trabajo y cubos de repente tienen sentido. Veo a la gente deambular, dando zapatazos contra el frío y manteniendo conversaciones amistosas. —Elijah, no puedo permitirme...

—Lo sé —me interrumpe suavemente—. Es un regalo. Michael es un amigo y lo hace por mí, pero este contrato será contigo, así que no hay ninguna obligación conmigo. Sé que las cosas son difíciles y que Nick es tu principal preocupación, y sé lo culpable que te sentirías si le pasara algo por el polvo de las tablas del suelo, y quiero ayudar, así que... —Inspira con un silbido y me sonríe, ligeramente torcida, como la de un cachorro—. ¿Me dejas ayudarte?

Es demasiado. No puedo aceptarlo, pero Elijah lo pinta de tal manera que no puedo negarme. Tiene razón. Nick ya no puede entrar en el salón desde que mamá arrancó la moqueta, y a mí me preocupa el polvo o que se coma algún trozo de papel pintado que se me haya pasado por alto.

—No sé qué decir. —La voz se me vuelve ronca mientras miro alternativamente a él y al grupo—. ¿Van a decorar?

—Mmm. Primero limpiarán y lo dejarán todo seguro, y luego tú decides lo que hacen después.

—Elijah... esto es increíblemente generoso.

—Tú has sido increíblemente generosa —responde en voz baja—. Desde escucharme hasta la cena, ¿y esto? —Su sonrisa se ensancha —. Es lo menos que podía hacer.

—¿Es por lo de anoche? —Me parece grosero preguntar, pero en el momento en que lo pienso, la preocupación no se desvanece.

—En absoluto —me asegura Elijah, y acorta la distancia entre nosotros—. Puedo ayudar. Así que déjame.

En cualquier otra situación, rechazaría algo así, pero es una gran ayuda, sobre todo para que parte de esta casa vuelva a ser habitable.

—Vale. Yo... gracias, Elijah. Es increíble.

Me coge el hombro y me lo aprieta ligeramente. —Me alegro.

—¿Te quedas a cenar? Haremos tacos.

—Me encantaría, pero... —Se palpa el bolsillo del pantalón—. He estado ignorando mi teléfono desde lo de ayer en el hielo, así que probablemente debería...

—Oh, sí. Claro. Pero deberías volver cuando puedas.

—Me encantaría. —Se inclina, y el corazón me da un vuelco mientras espero y anhelo un beso dulce como el de anoche. En lugar de eso, me da un beso dulce y educado en la mejilla y se va.

Michael y su equipo se ponen a trabajar de inmediato. Para cuando he duchado a Nick y Sam y han terminado sus deberes, han quitado todo el papel de las paredes y las han lijado, han lijado y reparado las tablas del suelo y luego las han cubierto con una lona para protegerlas mientras trabajan en las paredes. El aire ya se siente más limpio y la habitación parece más luminosa.

A pesar de todo, la urna de papá ocupa un lugar de honor en la repisa de la chimenea.

—¡Calliope! —El repentino chillido de mi madre hace que dé un respingo y casi se me caiga la bandeja de tés y cafés que estaba repartiendo a los trabajadores.

—¡Mamá! ¡No grites así, me has asustado! —le digo mientras me la encuentro en el pasillo.

—¿Estás de broma? ¿Quién es toda esta gente extraña en mi casa? ¡Qué está pasando!

—Son decoradores, mamá. Están arreglando lo que hiciste.

Se quita el abrigo, lo cuelga en el perchero de la pared y me mira con frialdad. —Me dijiste que no podíamos permitírnoslo. Me dijiste que nunca pasaría.

—No podemos. —Me duelen las manos por el peso de la bandeja.

—Y, sin embargo, aquí están.

—Mamá, si me dejaras...

—Sabía que harías esto. Solo querías controlarme, ¿verdad? Querías hacerme sentir que tomo decisiones terribles. Lo sabía. Tu padre solía hacer esto todo el tiempo.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿Has pedido un préstamo del que ahora me vas a echar la culpa?

—No, mamá, yo...

—Entonces, ¿cómo permites que esto ocurra? —Vuelve a interrumpirme y se me agota la paciencia.

—Lo paga el padre de Nick —siseo, disfrutando de su mirada atónita mientras me doy la vuelta y vuelvo corriendo al salón. Eso debería mantenerla ocupada unos días.

## 29

# ELIJAH

—¡Hostia puta, Elijah! ¡Estaba a punto de llamar a la Guardia Civil o algo así! —me grita Buster al oído mientras me acomodo en el asiento trasero del taxi que me lleva de vuelta al hotel.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Sabes que normalmente soy yo el que se lía la manta a la cabeza y desaparece, ¿no? Yo soy el que deja de dar señales de vida, no tú.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy haciendo que esta relación sea equitativa.

—Te voy a matar.

—Buster.

—No, lo voy a hacer. Esta vez va en serio. Soy demasiado joven y guapo para pasarme las noches preocupado por ti. ¿Sabes lo que esto le hace a mi piel? Me están saliendo arrugas, Elijah. Arrugas, te lo juro por Dios.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero eso no es ninguna novedad.

—Vale, ahora sí que te mato de verdad. Sé cómo hacer que parezca un accidente. Veo muchos documentales de crímenes reales.

—No, no los ves.

—Vale, no, pero suelen estar puestos de fondo y algo se me queda.

—¿Cómo, exactamente?

—Por ósmosis.

—Joder. —Una risa cansada se me escapa de los labios y reclino la cabeza en el reposacabezas, cerrando los ojos—. Buster, estoy bien, ¿vale? Solo estaba ocupado.

—¿Ocupado? He conectado el GPS de tu coche y no te has movido en *horas*.

—Lo sé. Estaba con alguien, pero no te preocupes. Ya he llamado para que vayan a por mi coche.

—Espera, rebobina. —De algún modo, Buster suena como si estuviera todavía más cerca del teléfono que antes—. ¿Con alguien?

—Mmm.

—¿Quién?

—¿Qué es esto, la ronda de las veinte preguntas?

—¡Arrugas, Elijah! ¡Arrugas!

—Joder, vale. —Es imposible evitar que se me dibuje una sonrisa al recordar la noche anterior—. Estuve con Calliope.

—¿Toda la noche? —Buster apenas puede disimular su sorpresa.

—Mmm.

—Qué cabrón.

—Que te jodan, no ha sido en ese plan.

—Claro que no. —Y al segundo siguiente, la burla juguetona desaparece de su tono y Buster suena mucho más serio—. ¿Estás bien?

Abro los ojos y miro por la ventanilla. —Estoy bien.

—¿Seguro? ¿No es una llamada de auxilio como cuando hiciste las maletas y huiste de Nueva York?

—No. Esto es… esto soy yo tomando decisiones que me gustan. Decisiones que disfruto. Decisiones que son para mí y para nadie más. Esto soy yo… viviendo.

—De acuerdo. —Buster casi suena feliz por mí—. Joder, pareces un anuncio de terapia. —Y así, sin más, el sarcasmo está de vuelta.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo que tú digas.

—Entonces, ¿quieres contarme por qué me has estado friendo el móvil a llamadas todo el fin de semana?

—Ah, ¿así que ahora quieres hablar de negocios?

—Buster.

—Vale. Vale. —Suspira profundamente y me enderezo un poco.

—Buster, ¿qué pasa?

—Imogen.

*Claro que es ella*. Se me revuelve el estómago de repente y cierro los ojos. —¿Qué ha pasado?

—¿Se ha enterado de la adquisición de Angelic Jewels?

Abro los ojos de golpe. —¿Y? No tiene absolutamente nada que ver con ella.

—Eso es lo que yo le he dicho —se apresura a corroborar Buster—. Pero resulta que uno de los abogados de la empresa con los que trabajamos es colega de su padre y empezó a *sugerir* que le corresponde una parte del dinero que estás ganando con esto, ya que, técnicamente, el acuerdo se te presentó antes de que se cerrara el proceso judicial.

—¡Eso es una gilipollez! —grito tan alto que el taxista me lanza una mirada de alarma por el retrovisor—. Perdone. —Levanto la mano hacia él y bajo la voz—. Buster, eso es una chorrada y lo sabes.

—Lo sé.

—Estábamos literalmente esperando una firma para el juzgado. Una. ¡Y esta adquisición no era nada por aquel entonces!

—Lo sé, Elijah. Lo sé. Pero están soltando el rollo de que como conocías Angelic antes de que esa firma estuviera en el papel, debería incluirse.

—Pero yo nunca he trabajado con Imogen.

—Cierto, pero formaba parte de la empresa. Y afirma que, como ya les había comprado antes, fue ella quien te los descubrió.

—¿Qué? ¿Cómo se suponía que iba a saber yo que ella había comprado allí? Compra en todas partes.

—Lo sé, Elijah. Es puro teatro, pero su padre… ya sabes cómo es. Es un abogado rencoroso y va a por nosotros. Solo eran rumores hasta que firmamos en la línea de puntos.

—Mierda. Entonces, ¿qué significa esto?

—¿Sinceramente?

—Siempre.

—O accedes a sus exigencias y le das un porcentaje, o negocias un pago único que la satisfaga, o… lo llevas de nuevo a los tribunales.

Joder. Las cosas van tan bien con Calliope que lo último que quiero es verme envuelto en otro desastre con mi ex. Pero pagarle sienta un precedente de que, en el futuro, podría venir a por mí por cualquier cosa si tuviera la más mínima sospecha de implicación mientras estábamos juntos.

—¿Qué debo hacer? —pregunto mientras el taxi se detiene frente al hotel.

—Aún no tengo una respuesta —suspira Buster—. Nuestra gente está trabajando en ello porque, como he dicho, es una reclamación sin fundamento alguno. Pero conseguir que la desestimen mientras su padre nos pone delante todos los impedimentos y recursos posibles va a llevar tiempo.

Me quedo en silencio, dándole vueltas en la cabeza. —Creía que este capítulo había terminado —digo tras un momento de silencio—. Creía que era libre.

—Lo siento, Elijah. Pero lo estamos arreglando.

—Gracias.

—Para eso estamos.

Tras colgar, le pago al conductor y le doy una propina extra por aguantar mi arrebato. Luego salgo del taxi con un profundo suspiro. Imogen siempre fue increíble montando una montaña de un grano de arena, pero era más fácil cuando lo único que le importaba era su estatus y su reputación. Pero desde la última vez que hablamos y me dejó claro que se arrepentía, no puedo ver esto como otra cosa que no sea una forma de forzar su regreso a mi vida.

Con la cabeza gacha y el agotamiento tiñendo mis párpados, camino lentamente hacia el hotel y me dirijo directamente al ascensor, pero antes de llegar, un par de tacones plateados se interponen en mi camino.

—Perdón —murmuro, sin levantar la vista mientras la esquivo.

—Deberías estarlo —dice una voz que me recorre un escalofrío hasta las entrañas.

Mi cabeza se levanta de golpe y mi mirada se clava en un par de ojos azules profundamente marcados y sombríos. —¿Imogen? ¿Qué demonios haces aquí? —Cien preguntas nadan en mi mente mientras la miro fijamente, a saber, cómo ha llegado hasta aquí y cómo ha descubierto dónde me alojo.

—Cuánto tiempo sin vernos, ¿eh? —Se coloca un rizo rojo detrás de la oreja y me dedica esa sonrisa característica suya que nunca le llega a los ojos.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunto, muy consciente de las diversas personas que pululan por el vestíbulo. Si Imogen es buena en algo, es en montar un numerito.

—¿Intenta robarme y tiene la cara dura de preguntar qué hago aquí?

—¿De qué está hablando?

—¿Creía que no me iba a enterar de su pequeño negocio? No me extraña que intentara acelerar los procedimientos judiciales. Tenía este negociete entre manos y no quería que yo formara parte de él.

—Imogen, este negocio no tiene *nada* que ver con usted.

—¿No? —ladea la cabeza y se golpea la barbilla con un dedo largo—. Mi padre dice lo contrario. A ver, me tuvo como enlace en Amber Limited bastantes veces cuando le convino. ¿Y ahora está intentando comprar una empresa que me apasiona?

Apenas puedo ocultar mi incredulidad ante la mierda que le está saliendo por la boca. —Está loca.

Sus ojos se entrecierran. —No, soy una mujer de negocios astuta.

—¿Así lo llaman ahora? —resoplo—. No tiene ningún interés en Angelic Jewels. Una sola compra en ese lugar no la hace una

*apasionada*.

—No tiene ni idea de cuántas piezas he comprado allí, ¿y ahora parece que intenta comprarlos para que ya no pueda tener acceso?

—Imogen, eso es ridículo.

—¿Lo es? —sus ojos se entrecierran aún más—. La llamé. Le dije que me arrepentía de las cosas y usted incluso admitió que se había desconectado de la relación. ¡Le puse la puta alfombra roja para que volviera y no lo hizo! ¿De verdad creía que le dejaría marcharse sin más? —su voz sube más y más mientras habla, atrayendo la atención de varios curiosos.

La agarro del brazo y la obligo a caminar conmigo hacia la zona de asientos, donde está más tranquilo. —¿Es de eso de lo que se trata? ¿Está cabreada porque no volví corriendo a sus brazos, y ahora intenta meterse en mis negocios?

—¿Sería yo tan mezquina? —sonríe con frialdad—. Le di la oportunidad de volver, Elijah. Los hombres más listos lo habrían hecho.

—¿Por qué? No había amor entre nosotros. Apenas había afecto. Tiene razón, yo me había desconectado e intentaba hacer feliz a mi madre. Usted encontró el amor en otra parte. ¿De qué hay que hablar?

—La gente habla, Elijah. ¿Sabe lo que me hizo cuando se fue? La gente hablaba de lo espantosa que debía de ser yo porque usted huyó del estado. ¿Se le pasó alguna vez por la cabeza lo dañina que es una mancha así?

—Imogen… no me fui para hacerle daño.

—Claro que sí.

—¡No! No estaba pensando en usted.

—¡Nunca lo hace! —empieza a gritar—. Dígame, ¿hay alguien más?

—Imogen.

—¿Me está engañando?

—¡No estamos juntos! —Por mucho que lo intento, no consigo mantener la voz tan baja como necesito—. ¡Hace casi un año que no estamos juntos! ¿Por qué no puede aceptarlo?

—¿Así que me está engañando? ¿Me quería y me ha dejado tirada? —De repente me golpea el pecho con ambas manos, obligándome a retroceder—. Es usted un capullo, Elijah Baird. ¡Es un aprovechado y un capullo que no hace más que coger y coger de la gente! —Me empuja una y otra vez, obligándome a retroceder más—. ¿Y ahora cree que puede quitarme el dinero que me debe? ¿Los tratos de la empresa que solo está consiguiendo gracias a mí?

—¡Imogen, no está diciendo más que incoherencias!

Se abalanza sobre mí, gritando de repente, y me golpea el pecho con ambas manos. —¡Lo odio, Elijah! Es usted un monstruo. ¡Es un puto capullo manipulador, me oye? —Cuando choca contra mí, algo se me engancha en el tobillo y tropiezo hacia atrás con un grito de alarma. Por puro reflejo, busco apoyo y lo único que tengo cerca son los brazos de Imogen. Pero en cuanto la toco, en lugar de sujetarme, Imogen cae conmigo mientras grita.

Caemos hacia atrás sobre una pequeña mesa de centro, y me golpeo con fuerza contra un mueble esquinero antes de caer al suelo con un grito y el estruendo del jarrón que ha volcado el impacto de mi cuerpo.

Imogen aterriza sobre mí, gritando y golpeándome con los puños. Un puñetazo me alcanza bajo la mandíbula, así que levanto las manos para sujetarle las muñecas. —¡Imogen, pare!

Una fracción de segundo después, ya no está, me la quitan de encima mientras grita que la estoy atacando. Una mano se posa en mi brazo y me levantan un segundo después, solo para estamparme de cara contra la pared.

—¡Eh!

—¡Me ha atacado! —grita Imogen a mis espaldas.

—¡No lo he hecho! ¡No he hecho nada! —grito yo, la ira tiñendo mis palabras mientras me retuercen la mano en la espalda.

—Guárdeselo para los agentes —ladra una voz mientras algo frío y duro se cierra alrededor de mi muñeca.

*Mierda*.

## 30

# CALLIOPE

Elijah no llama.

Tampoco me contesta a los mensajes y, después de dejar a Sam en casa de sus padres, me voy a la cama con un pequeño nudo retorciéndoseme en el estómago. Ese nudo se hace tan grande que a la mañana siguiente no me entra nada más que café mientras preparo a Nick para el colegio. Después de dejarlo, le escribo a Elijah otra vez, pero no obtengo respuesta.

Ni siquiera lo ha leído.

¿Me está ignorando? ¿Acaso el fin de semana no fue tan maravilloso para él como para mí? A lo mejor contrató a su amiga decoradora para decepcionarme con delicadeza, ya que parece haberse esfumado desde entonces. De camino al trabajo, me desvío hacia la pista de hielo para ver si su coche sigue allí mientras la mente se me inunda con el miedo a que haya tenido un accidente y nadie lo sepa.

Su coche no está.

El desvío hace que llegue tarde al trabajo y tengo que aguantar que Jimmy me eche una bronca de diez minutos por ser un mal ejemplo

y retrasar el día de todos por mi egoísmo. Lo dejo hablar porque mis pensamientos están absortos en Elijah.

¿Se acuesta conmigo, se porta de manera dulce y atenta, y luego ni siquiera es capaz de contestarme a los mensajes? Juro que voy a cantarle las cuarenta en cuanto me lo encuentre por el pasillo, pero resulta que él tampoco ha aparecido por el trabajo. Me paso una hora llamando discretamente a algunas de las tiendas y al almacén para ver si está allí, pero nadie lo ha visto.

Su ausencia hace que mi preocupación vuelva a centrarse en que le ha pasado algo. ¿Y si lo han atracado? ¿Y si su taxi tuvo un accidente y está en un hospital donde nadie sabe su nombre? ¿Y si está en una zanja en alguna parte porque el taxista no era un taxista de verdad?

—Oh, Dios mío —me digo, con las manos apoyadas en el escritorio y el corazón desbocado mientras miro el monitor con la vista borrosa —. Para. Para. Para. —Cierro los ojos y me obligo a respirar hondo varias veces para no entrar en bucle.

Esto es ridículo.

No somos nada oficial. No tengo por qué saber todos sus movimientos. ¿Y qué si no me contesta a los mensajes? Él se lo pierde.

Sí.

No yo.

Pero… siento que soy yo la que pierde. A medida que las horas pasan lentamente, el nudo en el estómago se me hace más y más grande, hasta que siento que me golpea el corazón con cada latido. Pese a que hago todo lo posible por evitarlo, es como si hubiera vuelto al punto de hace seis años, cuando aquella noche maravillosa se convirtió en un muro de silencio.

No me puedo creer que haya caído dos veces.

¿Se puede ser más tonta?

Abatida por mis propios pensamientos, me levanto del ordenador y me arrastro hasta la sala de descanso.

—¡Calliope! —Victoria está allí, vestida de rosa fucsia con un jersey decorado con emblemas de San Valentín—. Justo a la chica que buscaba.

—Hola. —Sonrío débilmente—. ¿Qué haces aquí?

—Ah, ¿quieres decir por qué no estoy en la tienda, pavoneándome con este atuendo, intentando convencer a hombres infieles de que el camino al perdón es una pulsera y un collar caro? —gime y pone los ojos en blanco—. ¡La multitud me estaba volviendo loca, así que he subido a comer aquí para veros! —Me sigue hasta la máquina de café mientras habla y, cuando me siento a la mesa, se sienta demasiado cerca—. ¡Y para verte a ti!

—Si es por lo de volver a poner el *stock* de San Valentín en la web, yo no tuve nada que ver con esa decisión. Jimmy me dijo que lo quitara y luego me ordenó que lo volviera a poner, así que no es culpa mía que el almacén tenga que dividir los pedidos.

—¿Qué? —Frunce el ceño y niega con la cabeza—. No, no hablo de eso.

—Ah.

—Quería volver a verte… —Estira el cuello para ver quién más hay en la sala de descanso y, tras evaluar que Davis es demasiado mayor y está demasiado absorto en su crucigrama como para que le importe, vuelve a agacharse a mi altura y se inclina—. Por lo tuyo con Elijah.

El nudo empeora y el horrible café que tengo en la boca se convierte en ácido al tragar. —No hay nada entre Elijah y yo.

—Ya. —Me guiña un ojo lentamente—. Pero, ya sabes… ¿has hablado con él? ¿Has averiguado de qué va todo este secretismo?

Porque Jimmy parece preocupado y este fin de semana hubo aquí un montón de abogados. Amanda me ha dicho que parecían peligrosos e importantes.

—Amanda piensa que todo el que lleva traje parece importante.

—Cierto. —Victoria hace una ligera mueca—. Pero, aun así… ¿Qué te dijo Elijah?

—Nada. No ha dicho nada.

—¿Le has preguntado?

—No… exactamente.

—¡Venga ya, Calliope! —se queja Victoria, cogiéndome ligeramente del antebrazo—. Eres, literalmente, la única esperanza que tenemos. Nadie más ha estado ni cerca de tener una conversación con ese tío, así que… tienes que averiguar algo. Lo que sea. Quizá invítalo a un café. Coquetea un poco. Haz *algo*.

Quiero decirle que he hecho todo eso. Que lo pasé genial y que ahora es como si fuera invisible, pero las palabras no me salen. En lugar de eso, me quedo mirando mi café tibio y amargo y me muerdo el interior de la mejilla. —Claro. Lo intentaré.

—Y date prisa. Me da la sensación de que no tenemos mucho tiempo, ¿vale? —Me da una palmadita en el brazo y se levanta—. ¡Eres una estrella! —Victoria se inclina y me da un beso en la coronilla, luego sale a toda prisa de la sala de descanso dejando tras de sí una nube de su perfume excesivamente dulce.

Una estrella.

Al menos alguien me aprecia.

Dejo el café, me arrastro de vuelta a mi despacho y abro la puerta para encontrarme a Jimmy allí dentro, inclinado sobre mi ordenador. —¿Qué está haciendo?

Se yergue bruscamente. —Estas cifras de San Valentín. No son lo bastante buenas.

Entrecierro los ojos, fulminándolo con la mirada. —¿Qué quiere decir?

—Son demasiado bajas. —Se aleja de mi ordenador y sorbe por la nariz repetidamente; cada inspiración va agotando la poca paciencia que me queda—. Esperaba más de usted, Calliope. Esto no es suficiente.

—¿Me está tomando el pelo? —estallo de repente—. Ya hemos superado lo que ganamos el año pasado.

—Y en este clima, es como si fuera la mitad —responde él con la misma brusquedad—. Necesito que lo haga mejor si queremos tener alguna esperanza de salvar este departamento. En comparación con las tiendas, se está poniendo usted en evidencia.

—¿Que si me está tomando el pelo? ¡Si yo tuviera el *stock* que pedí, si no me obligara a quitar y poner productos de la web continuamente, si no tuviera que aguantar que acuse a este departamento de robar ventas y *constantemente* tener que cancelar pedidos de clientes porque no sabe cómo equilibrar las existencias de las tiendas y las de la web, iríamos viento en popa!

—No se atreva a levantarme la voz, Cal —espeta Jimmy, señalándome con un dedo regordete—. Y yo tomo las decisiones empresariales difíciles que usted no puede tomar.

—Que no puedo, ¿eh? ¿Fui yo quien la cagó con las pulseras de ónix e hizo un pedido excesivo porque pensó que el interés en tienda sería tan alto como en la web? No, fue usted. ¿Fui yo quien no era capaz de decidirse sobre si vender o no los artículos de San Valentín en la web? No, fue usted, y cambió de opinión dos veces. ¡*Dos veces*! No me explico cómo es capaz de decidir qué ponerse por la mañana.

—¡Calliope! —grita Jimmy, deteniendo en seco mi perorata jadeante —. ¡Cómo se atreve!

Un repentino golpe en la puerta interrumpe nuestra discusión. Me doy la vuelta y me encuentro a un hombre extraño en el umbral, vestido con un traje negro y una camisa blanca que tiene una ligera mancha cerca de la solapa. Sujeta un maletín reluciente con una mano.

—¿Puedo ayudarle? —pregunto, cansada.

—¿Calliope Locke?

—Sí.

—¿Podría venir conmigo, por favor?

—Perdone, ¿quién es usted?

—Chris. Soy uno de los abogados de Amber Limited, y necesitamos tener una conversación, si no le importa.

El nudo de mi estómago se convierte en una roca, una que pesa más y más cuando, por el rabillo del ojo, veo a Jimmy sonreír con aire de suficiencia.

*¿Qué coño está pasando?*

Sin decir palabra, Chris me guía hacia el ascensor y bajamos varios pisos. —Perdón por el… —Se pasa los dedos por la sutil mancha de la camisa—. Sushi.

No respondo. Me duele el estómago, el corazón me martillea y la mente la tengo hecha papilla. Chris me lleva por otro pasillo hasta una sala con una mesa metálica en el centro, y una silla a cada lado.

—Por favor, tome asiento —dice, señalando una de las sillas con la mano.

Obedezco, pero me siento en el borde como si estuviera preparada para huir, moviendo una pierna nerviosamente mientras apoyo las

manos en la fría mesa. —¿Puede decirme de qué se trata todo esto?

—Por supuesto. —Chris se sienta y saca un expediente de su maletín negro—. Estamos interrogando a algunas personas de interés en relación con ciertos errores preocupantes que han salido a la luz.

—¿Errores? —Mi mente se acelera, intentando recordar cada una de las cosas que he hecho mientras trabajaba aquí.

—Es usted madre soltera, ¿correcto? —Chris hace clic con el bolígrafo y me mira.

—Eh… sí.

—¿Y vive con su madre?

—Tem-temporalmente, sí.

—¿Su padre falleció hace unos siete meses?

—Sí. ¿Qué tiene eso que ver?

—Mi más sentido pésame.

—Gracias.

—¿Ha solicitado algún préstamo en los últimos tres años?

—Lo siento, ¿qué tiene eso que ver con sus asuntos?

Chris sonríe con rigidez. —¿Es usted la responsable de los pedidos de la empresa, correcto?

—De una parte.

—¿Una parte?

—Bueno… yo gestiono la mayoría de los pedidos basándome en las cifras de las tiendas y en mi propio formulario de pedido. Y luego Jimmy es quien tiene la última palabra.

Chris garabatea algo con una letra tan indescifrable que no consigo entenderla, no del revés. —¿Cuánto tiempo lleva haciendo los

pedidos al por mayor?

—No sé… un par de años, ¿quizá? Lo siento, ¿de qué va todo esto? Si he cometido un error, seguro que puedo arreglarlo.

Chris suspira. —Sospechamos que alguien ha estado robando a la empresa haciendo pedidos por encima de sus posibilidades y vendiéndolos fuera de la compañía.

Se me para el corazón. —Yo nunca haría eso.

—Usted y un grupo selecto de personas están siendo interrogados de forma rutinaria mientras buscamos cualquier discrepancia antes de que esto pase a la policía.

—¿La policía? —chillo, rectificando un momento después—. Perdón.

—Si esto tiene fundamento, alguien está estafando a la empresa, señorita Locke. ¿Dinero y existencias que desaparecen y no se reportan? ¿Pedidos excesivos que nunca llegan al almacén?

—Eso no…, ¡es decir, yo nunca haría eso! ¡Puede revisar todos mis pedidos de todo el tiempo que necesite! ¡Y las entregas!

—Ya lo estamos haciendo, gracias. —Chris sonríe educadamente.

—Claro. Por supuesto. Yo… ¿quién se ha dado cuenta de que algo iba mal?

—Elijah Baird, por supuesto —responde Chris—. ¿Creía que alguien como él iba a cerrar un trato sin mirar las cuentas a fondo?

*¿Elijah?*

De repente, la luz de la sala es demasiado brillante y las paredes parecen demasiado cercanas. Trago saliva, pero el creciente picor de mi garganta no desaparece. Vuelvo a tragar.

Elijah ha estado investigando un fraude en la empresa. ¿Sabía que yo era sospechosa? ¿Lo sabía cuando lo invité a patinar sobre hielo? ¿Lo sabía cuando se metió en mi cama y me *folló*?

Cuando desayunamos con Nick y conmigo, ¿me estaba mirando sabiendo que estaba a punto de ser expuesta como una ladrona?

El resto de las preguntas de Chris pasan en una nebulosa. Me interroga sobre mis finanzas y, una y otra vez, me ofrece un trato, indulgencia si hay algo que quiera admitir. Habla como si ya estuviera convencido de que soy la culpable.

Cuando todo termina, fuera ya es de noche y me duele todo el cuerpo. La cabeza me palpita, el corazón me duele, y la rabia choca con la traición en mi pecho, creando una tormenta opresiva que hace que respirar sea doloroso.

Necesito hablar con Elijah y, esta vez, no dejaré que me ignore.

Mientras estoy de pie frente al ascensor, buscando su nombre en mi lista de contactos, de repente entra una llamada y su nombre parpadea en la pantalla.

*Ah, así que ahora le apetece hablar.*

—¿Sí? —contesto, cortante.

—Calliope, gracias a Dios. No sabía a quién más llamar. Es un poco incómodo, pero ¿crees que podrías venir a recogerme a la cárcel?

## 31

# ELIJAH

Por si que me detuvieran no hubiese sido lo bastante humillante, perder un día entero en un interrogatorio por las mentiras que soltó Imogen fue la guinda amarga del pastel.

Una y otra vez, tuve que confirmar quién era, repetir que no le había puesto un dedo encima y exigir que consiguieran las grabaciones de las cámaras de seguridad del vestíbulo para demostrar mi inocencia. Que me negaran mi única llamada durante horas me puso de los nervios mientras me enfrentaba a un policía que apenas disimulaba su entusiasmo por poder interrogar a alguien como yo. Una y otra vez, hacía comentarios mordaces sobre cómo la élite podía salirse con la suya en cualquier cosa con suficiente dinero.

Habría estado de acuerdo con él si no hubiera estado tan increíblemente cabreado. Para cuando me permitieron hacer la llamada, solo tuve que decirle a Buster dónde estaba para que él se pusiera al teléfono con el comisario, amenazando con desatar el infierno desde Nueva York. De repente, las grabaciones de las cámaras de seguridad del vestíbulo del hotel aparecieron por arte de magia y, una hora más tarde, me echaron al aparcamiento con mis efectos personales en una bolsa y la advertencia de que no volviera a aparecer por allí.

Debería llamar a un taxi. Pero busqué inmediatamente el número de Calliope en la agenda y, por suerte, accedió a venir a recogerme.

Verla será la tirita perfecta para este día de mierda. Me siento en un escalón de piedra cerca de la entrada, me acurruco en el abrigo y reviso los innumerables correos y llamadas perdidas de Buster y de más gente. Cada vez que la puerta chirría al abrirse a mi espalda, me preparo para oír la odiosa voz de Imogen, hasta que Buster me manda un mensaje para asegurarme que a ella la soltaron hace horas y que ha estado petándolo en las redes sociales hablando de su catatónica vida amorosa.

La odio.

O quizá me da pena.

Los sentimientos chocan con el agotamiento en mi pecho y dejo caer la cabeza hasta que el hielo cruje bajo el suave rodar de unos neumáticos y un coche se detiene delante de mí.

Calliope.

Verla es como ver los primeros rayos de sol de la mañana y sonrío de inmediato cuando nuestras miradas se encuentran. —Calliope.

Baja la ventanilla y me examina de la cabeza a los pies. —¿Qué pintas llevas? ¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Subo al coche y me acomodo en el asiento con un suspiro de placer, ya que el mullido cojín es lo más blando en lo que me he sentado desde que me fui de casa de Calliope ayer. —¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Sí, claro. Nunca he recogido a nadie de la cárcel.

—¿Nunca?

La atención de Calliope permanece en la carretera, pero pone los ojos en blanco. —¿Tengo pinta de pasar mucho tiempo aquí? Estar cerca de la policía me pone muy nerviosa. Siempre siento que estoy haciendo algo mal sin saberlo y que van a ir a por mí de inmediato.

—Lo entiendo.

—¿Ah, sí? —Hay un ligero filo en su voz que me incomoda de inmediato, pero lo achaco rápidamente a lo cansado que estoy.

—Tal vez no. Tengo buenos abogados.

—Exacto. ¿Por eso estás libre?

Frunzo el ceño. —¿Crees que he hecho algo?

—No sé. —Me mira y nuestros ojos se encuentran—. ¿Lo has hecho?

Vale, no soy solo yo. Definitivamente, algo va mal. Nunca he visto a Calliope tan arisca. —No. No he hecho nada.

—Entonces, cuéntamelo.

—Apareció mi ex. Imogen. Me estaba esperando en el vestíbulo del hotel. Ella… sinceramente, no sé en qué está pensando, pero está intentando meterse en una negociación y afirma que se lo debo porque usó a la empresa una vez cuando estábamos juntos. Es un asunto muy enrevesado. El caso es que se enfadó conmigo por decirle que no y que me dejara en paz, y le dio uno de sus ataques de ira. Lo siguiente que sé es que me está empujando y pegando. Tropiezo con una mesa, golpeo un jarrón, la agarro para no perder el equilibrio y nos caemos los dos. Y luego acabo esposado porque ella está gritando que la he atacado, y la seguridad del hotel quiere sacarme de la vista del público lo más rápido posible.

—Joder. —Calliope suelta un silbido suave y bajo mientras conduce —. ¿Y te detuvieron por eso?

—Originalmente por el alboroto, sí. Luego empezaron a echarme en cara un montón de mierdas más porque Imogen les estaba diciendo

que la había atacado, que la estaba acosando, que la había amenazado.

—Madre mía. —Abre mucho los ojos y vuelve a mirarme—. ¿Y tú saliste con esa mujer?

—Querría decir que no siempre fue así, pero… sí que lo era. Le encanta montar un buen numerito. Creo que por eso le gustaba tanto a mi madre. Imogen sabía exactamente cómo manipularla y mi madre era feliz, así que no me opuse. No le quedaba suficiente vida para tener que lidiar conmigo y con una loca, así que simplemente lo dejé estar. Pero con ella todo es una actuación. Le encanta ser el centro de atención y viene de una familia que le consiente todo con gusto.

Levanto las manos y me froto las mejillas para ahuyentar el dolorido cansancio que me las desfigura. La idea de sumergirme en un baño caliente y luego en la cama es absolutamente celestial, pero sé que no podré relajarme sabiendo que Imogen sabe dónde estoy.

—Parece… intensa.

—Lo es. Soltó unas cuantas mentiras y no pararon de interrogarme una y otra vez, negándome mi llamada.

—¿Pueden hacer eso? —Las manos de Calliope se aprietan en el volante—. Creía que era un derecho.

—Lo es. Simplemente estaban siendo gilipollas. Al final pude hablar con Buster y lo solucionó en segundos. Las cámaras demuestran mi inocencia. Luego simplemente retrasaron mi procesamiento por *falta de personal*. —Resoplo y niego con la cabeza—. Pura mierda, pero da igual.

Por un breve instante, cierro los ojos y me dejo llevar por el suave balanceo del coche mientras Calliope serpentea por las calles, siguiendo el GPS hasta mi hotel. Eso, sumado a su aroma familiar y tranquilizador, es suficiente para que una sensación de paz florezca en mi pecho, aunque su actitud arisca me mantiene alerta.

—Has tenido un día duro —murmura Calliope.

—No pasa nada. Ya ha terminado. Cuéntame tu día. —Abriendo un ojo a medias, giro la cabeza hacia un lado y la observo.

—No querrás que lo haga. —Aprieta más fuerte el volante y abro el otro ojo.

—¿Por qué no?

—Porque entonces tu día empeorará.

Un frío repentino se apodera de mi estómago y me enderezo un poco. —¿Calliope?

—¿Mmm?

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —Me mira y esta vez no hay ni una gota de calidez en sus ojos—. ¿Qué pasa?… Bueno, a ver. Me he pasado todo el día hecha un lío porque has pasado el fin de semana conmigo, me has follado y luego ni siquiera me has llamado ni has mandado un mensaje. Ahora sé que estabas en la cárcel y, como excusa, esa es una muy buena.

Su voz es tan tensa que parece que está a punto de explotar contra mí y el corazón se me sube a la garganta. No solo está cabreada por unas cuantas llamadas perdidas y mensajes sin contestar. Me doy cuenta por la fuerza con la que agarra el volante.

—¿Qué más? —pregunto con cautela.

—Después de que mi jefe me echara la bronca una vez más por errores que son culpa suya, aunque nunca asume la maldita responsabilidad, me llevaron a un despacho y me interrogó durante más de una hora un abogado de Amber Limited. ¿Adivinas por qué? Por *tus* abogados. No sabrás nada de eso, ¿verdad?

Continúa antes de que pueda responder.

—¡Pero sí que lo sabes! Porque fuiste tú quien les dio mi nombre como sospechosa de algún tipo de investigación de fraude dentro de la empresa. ¡A mí! ¿Es por eso por lo que pasabas tiempo conmigo? ¿Era solo un objetivo para cualquier mierda que hayas descubierto? No me lo puedo creer. Te invité a mi casa, te dejé conocer a mi *hijo* y pasar tiempo con nosotros, te metí en mi cama y todo el tiempo, ¡*todo el tiempo* estabas sospechando que te robaba! ¿Qué he hecho para que pienses eso, eh? ¿Por eso crees que sabría cómo recoger a gente de la cárcel? ¿Es eso?

A pesar de la pregunta, mientras frena bruscamente frente al hotel, tengo la impresión de que no busca una respuesta.

Pero esto es terrible. Esto es muy, muy terrible. Se me había olvidado por completo que mis abogados iban a empezar a interrogar a la gente ahora que había firmado el acuerdo para ver quién era un lastre y quién no.

*Mierda*.

—Calliope…

—¡No! —Aparta el brazo de un manotazo cuando intento cogerla—. Estoy más que cabreada contigo ahora mismo. ¡No puedo ni mirarte!

—De verdad que no es lo que crees.

—¿En serio? Porque parece un ataque bastante directo. ¿Qué clase de hombre retorcido eres, eh? ¿Es por eso que te has pasado todo el tiempo diciéndome que Imogen está loca? ¿Estás intentando desacreditarla a ella también?

Por un momento, no puedo hablar. Estoy atrapado entre la ira y la conmoción por el arrebato de Calliope, y todo en esta situación me dice que me vaya. Debería irme, dejar que se calme y luego volver. Pero no puedo moverme.

No puedo permitir que otro malentendido se interponga entre nosotros de nuevo. No después de todos estos años.

—Calliope, escúchame. Te juro que no es lo que crees. Por favor, sube a mi habitación y podremos hablar como es debido. Te lo contaré todo, lo juro. Si queda alguna parte de ti que todavía confíe en mí, aunque solo sea un poco, por favor, sube conmigo.

## 32

# CALLIOPE

Stacey está cuidando a Nick y nunca le dije cuándo volvería, así que tengo margen para aceptar, pero la idea de estar a solas con Elijah ahora mismo es como meterse en la boca del lobo.

¿Qué más podría decir que yo no sepa ya? La traición me pesa en las entrañas, mezclándose con el dolor de haberme estado enamorando de él otra vez para que ahora me haga esto y me acuse de robar en una empresa en la que he puesto cuerpo y alma.

No quiero ni mirarlo.

Pero es difícil resistirse. Elijah me mira con esos ojos grandes y sinceros, y junta las manos.

—Por favor, Calliope. Puedo explicarlo. No es nada de lo que piensas, te lo juro.

—Ah, ¿o sea que soy estúpida? ¿Incapaz de entenderlo por mí misma?

—¡No! Para nada, es solo que… no tienes todas las piezas. Por favor… por favor, déjame que te lo explique.

Mis instintos me dicen que no y me exigen que lo eche del coche y me vaya a casa. Por desgracia, mis instintos no mandan, pues mi corazón se ablanda un poquito ante la súplica en su voz.

—Vale —digo con frialdad—. Tienes cinco minutos.

El hotel de Elijah puede que sea el edificio más lujoso por el que he entrado en toda mi vida. Los suelos relucen de pulidos, detalles dorados rodean ornamentados pilares que llegan hasta el techo y el ascensor es, sin duda, casi del tamaño de mi cuarto de baño.

Parece que tengo un cuarto de baño muy pequeño.

Subimos en el ascensor en silencio hasta la octava planta, y luego Elijah me guía por el pasillo de moqueta roja hasta una puerta al final, donde los números 818 decoran la madera en pan de oro.

—Qué elegante —murmuro mientras abre la puerta y me hace pasar.

Elijah no responde, probablemente receloso de que le vuelva a soltar alguna impertinencia, así que, mientras desaparece por una puerta que da al corto pasillo, entro en el salón y me quedo clavada.

El salón diáfano a mi derecha está hundido en un hueco en el suelo, con varios sofás largos y una chimenea que se enciende con una llama naranja justo cuando unas suaves luces de color crema recorren el techo al compás de mis movimientos. Es casi como si esta habitación estuviera viva. Avanzo un poco más, contemplando las enormes cristaleras que muestran las preciosas luces de la ciudad mientras el mundo se oscurece, y a mi izquierda hay un gran arco que conduce a una cama gigantesca sobre una plataforma, cubierta por mantas azules y una camisa de vestir que Elijah debe de haberse dejado aquí.

Mi mente divaga. ¿Cómo sería la vida de Nick en un mundo así? ¿Donde el dinero no es un problema?

Sacudo la cabeza para deshacerme de los pensamientos y me abrazo a mí misma. No sirve de nada darle vueltas.

—¿Te apetece algo de beber? —La voz de Elijah se alza a mi espalda y me giro en redondo, dispuesta a mandarlo a paseo con su bebida y exigirle que me diga la verdad, pero está ahí, descalzo, con una caja de cacao en polvo en la mano, y algo me detiene.

Quizá una bebida me vendría bien.

—Vale. Pero si esto es una táctica dilatoria, que sepas que tengo que volver pronto con Nick.

—No es una táctica dilatoria —responde Elijah en voz baja—. Solo intento sentirme más humano antes de meternos en esto.

Gruño suavemente y me vuelvo hacia el salón, acabando por sentarme en uno de los sofás. Los cojines son mullidos y firmes, y me recogen el culo y la espalda de tal manera que mi enfado empieza a disiparse en favor de la comodidad. Quizá esta sea la verdadera táctica dilatoria. Estudio las llamas de la chimenea y no tardo en darme cuenta de que son falsas, pero el calor es tan acogedor como si fueran de verdad.

Elijah reaparece cinco minutos después con dos tazas humeantes. Me tiende una y me llega el aroma a chocolate con un ligero toque de menta. Mientras se sienta frente a mí, rodeo la taza con las manos y absorbo el calor, y luego le clavo una mirada firme.

—Muy bien. Has dicho que querías explicarte, pues explícate. —Me cuesta no volver a lanzarme a una diatriba de ira contra él porque el ácido nudo de la traición aún persiste bajo mis costillas, pero le dejo hablar, prefiriendo dar sorbos a mi bebida.

—Tienes razón —dice en voz baja, apoyando los codos en las rodillas y sujetando la taza con ambas manos—. Les pedí a los abogados que hablaran contigo. Y tu nombre salió a relucir en relación con el fraude que encontramos. No puedo entrar en demasiados detalles porque sigue siendo un caso legal activo, pero Buster encontró discrepancias entre las existencias y los beneficios, como si alguien estuviera usando fondos de la empresa para comprar existencias y

luego se embolsara los beneficios de las ventas. Y cuando le comenté esto a Jimmy… —Hace una breve pausa—. Te señaló a ti. Dijo que eras la única persona con acceso a las existencias de tu departamento, del almacén y de las tiendas. Que eras la encargada de los pedidos y más cosas. Así que, por un breve momento, pareció que eras tú la que podría estar haciendo esto.

El corazón empieza a latirme con fuerza. Jamás se me pasó por la cabeza *robar*, pero cuando lo expone así, parece que es algo que yo y solo yo podría hacer. Por supuesto que Jimmy me echaría la culpa a mí inmediatamente. Nunca le he dado una razón decente para despedirme y él no quiere la responsabilidad de la página web y todo lo demás, así que, ¿que me eliminen por un delito? La historia se escribe sola.

—Cuando vine a San Francisco, vine por ti. Bueno… no por ti, al principio, sino por tu servicio de suscripción. Decirle a la gente que estaba aquí para revisar mis acciones era una buena tapadera porque todo el mundo sabe lo sensibles que son los proveedores de gemas. Pero estaba aquí para ver cómo se llevaba la suscripción, cómo tratabas con los clientes y gestionabas tus existencias, lo sólido que era tu modelo y si sobreviviría a ser duplicado y ampliado. —Elijah le da un sorbo lento a su bebida y niega con la cabeza mientras se limpia con la lengua un poco de espuma de la comisura del labio—. Siempre me ha impresionado y, cuando vi el funcionamiento interno… fue un sueño. De hecho… quería tu servicio de suscripción. Pensé que tendría que pujar por él, pero Jimmy estaba encantado de que Amber Limited absorbiera Angelic Jewels siempre y cuando él recibiera un buen sueldo y seguridad laboral. Sobre el papel, eso parecía bien, pero al llegar, vi que se centraba más en las tiendas y a mí eso no me interesa nada.

Mientras habla, bebo despacio y saboreo el dulzor del chocolate mezclado con el fresco toque de la menta. No tenía ni idea de que estuviera tan interesado en mi negocio, y al pensar en la llamada que oí en Nochevieja, de repente tiene más sentido. Por supuesto, a Jimmy lo único que le importaría es llenarse los bolsillos.

—Firmé la semana pasada después de una pelea con Jimmy por las existencias de San Valentín. Veía que iba a arruinar lo que yo quería y ya había esperado bastante. Quería decírtelo, pero… me preocupaba que te hiciera huir en dirección contraria. Y sí, cuando Jimmy te señaló como la culpable, sí que te investigué. Pero con total sinceridad, mis abogados ahora están trabajando para exculparte, no para culparte. Veo tu pasión, Calliope. Veo cuánto amas tu trabajo y he visto la calidez en tu vida. Te descarté casi de inmediato, pero legalmente, necesitan investigar a todo el mundo. Siento mucho que te haya hecho sentir que eras el objetivo, e iba a avisarte y prepararte, pero entonces… —Suspira profundamente, como el aire que se escapa de una botella—. Me detuvieron y no pude. Confío en ti, Calliope. De verdad. Y debería haberte dicho la verdad desde el principio, pero estaba tan… —Aprieta las manos alrededor de la taza—. Estaba tan absorto en haberte encontrado de nuevo que no quería agitar las aguas de ninguna manera. Querías pasar tiempo conmigo y yo *deseaba* eso con todas mis fuerzas. Todavía lo deseo. Siento que me estoy enamorando de ti muy rápido y me aferraba desesperadamente a todos los buenos momentos. Pero te lo juro. —Levanta la cabeza—. No te estaba utilizando para acostarme contigo ni aprovechándome de tu amabilidad. Me encanta pasar tiempo contigo. Te juro que mis abogados solo están trabajando para exculparte lo antes posible para que podamos empezar a trabajar en nuestros proyectos. Siento que te haya hecho sentir que solo te estaban utilizando.

Habla con una honestidad tan profunda que no sé qué decir. Cada palabra está cuidadosamente elegida y es lenta, como si estuviera pensando mucho todo lo que dice.

Quizá me he precipitado un poco. Por mucho que sintiera que las preguntas de esos abogados me señalaban como culpable, también podrían exculparme fácilmente de cualquier sospecha que solo existe porque mi jefe es un capullo. Oír lo mucho que le gusta pasar tiempo conmigo me alegra el corazón y, por un momento, no es

Elijah Baird, el rico director general y encantador Élite. Es solo Eli, el tío bueno del congreso del que me enamoré a primera vista.

—Yo… —La palabra se me atasca en la garganta y las cejas de Elijah se contraen como si esperara otra reprimenda—. No sé qué decir. De verdad… sentí que me estaban tendiendo una trampa y que solo me estabas utilizando. Pero al escuchar todo, creo que tengo que admitir que mi… mi miedo a que fuera verdad se impuso a todo lo demás. Me sentí muy dolida, Elijah. No me llamaste ni me respondiste a los mensajes y luego me arrastraron a un despacho con un abogado que daba miedo y que me lanzó todas esas preguntas como si fuera una criminal. Todo encajaba en un temor y puede que… haya dejado que se me fuera de las manos.

—No puedo culparte. —Su voz sigue siendo suave y mira hacia la chimenea—. Ni siquiera puedo culpar a Imogen porque debería habértelo dicho en el momento en que firmé el acuerdo. Pero yo también tenía miedo. —Se ríe suavemente, delatando sus propios nervios—. Es una tontería, pero al mismo tiempo, es aterrador.

—¿Lo… decías en serio? —pregunto con cautela—. ¿Lo de que te estás enamorando de mí?

Los ojos de Elijah permanecen en las llamas unos segundos más y luego me mira. —¿Cambiará las cosas entre nosotros si es verdad?

El corazón se me empieza a acelerar. —Quizá.

—No sé si quiero eso —admite—. Pero al mismo tiempo, está fuera de mi control.

—¿Cómo que fuera de tu control? —Este es un camino peligroso, teniendo en cuenta que Elijah se está machacando por no haberme dicho la verdad y, mientras tanto, yo estoy ocultando un secreto más grande que esos dos juntos.

Nick.

¿Será Elijah tan comprensivo cuando descubra la verdad?

—Porque no quiero perder esto. —Deja la taza y entrelaza los dedos sin apretar—. Es egoísta, lo sé. En aquel entonces, no sabía qué edad tenías, solo que eras mayor de edad. En aquel entonces, era joven y estúpido. No es una excusa, pero eras la mujer más hermosa que había visto nunca y, cuando te acercaste a mí, sentí que estaba en un sueño. Siento que he vuelto a ese sueño, pero…

—¿Pero? —ladeo la cabeza.

—Pero ahora soy tu jefe. Y no solo un gerente. La adquisición me convierte en director general de Angelic Jewels con Jimmy degradado a director comercial. Una relación entre nosotros podría poner en peligro a toda la empresa, así que admito que estaba retrasando la firma porque intentaba encontrar una manera de mantenernos a ambos a salvo. Y luego Jimmy estaba siendo un cabrón de mierda y estaba harto de ver cómo destruía algo que sabía que era bueno, así que firmé, y ahora… —Se pasa una mano por el pelo—. Ahora nos he puesto a los dos en esta terrible, terrible posición porque creo que me estoy enamorando de ti y no quiero dejarlo escapar. —Se le escapa una risa cansada y débil—. Soy un hombre egoísta, Calliope. Un hombre egoísta, muy egoísta.

Lo es.

Pero se está enamorando de mí.

No puedo contar las veces que soñé que aparecía en mi puerta mientras estaba embarazada y me decía que estaba enamorado de mí. Incluso después de que naciera Nick, soñaba que dejaba a su entonces esposa para estar conmigo. Fantasías construidas con solo la mitad de la información, pero el deseo central seguía siendo el mismo.

Y persiste ahora.

La ira se disipa dentro de mí como la niebla mientras dejo mi taza y me levanto. Llego hasta él en unos pocos pasos y me paro delante, esperando a que levante la cabeza.

Elijah permanece con la vista baja durante unos largos segundos, y luego, lentamente, me mira.

No tengo un plan.

No sé si esto saldrá bien o si estoy firmando el final de mi vida tal y como la conozco.

Pero sí sé que en este momento siento lo mismo por una cosa. Me estoy enamorando de él y soy tan egoísta como él.

Acariciando su cara con mis manos, le paso los dedos por las mejillas y lo miro fijamente a los ojos mientras me inclino lentamente.

—Sé egoísta —digo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Solo por esta vez… sé egoísta.

No estoy segura de si se lo digo a él o a mí misma, pero apenas importa. Un segundo después, nuestros labios chocan suavemente y mi mente se queda en blanco.

## 33

# ELIJAH

Sus labios cubren los míos, trayendo consigo un dulce toque a chocolate y el sutil deje a menta, y todo se detiene.

Las palabras de Calliope son sinceras y soy demasiado débil para resistirme.

*Sé egoísta*.

Seré el cabrón más egoísta del planeta si eso significa que puedo quedarme con ella. Me pongo en pie, sin dejar de besarla, hasta que estoy lo bastante erguido como para agarrar a Calliope por detrás de los muslos y alzarla en brazos. Suelta un gritito de alegría y me rodea el cuello con los brazos, atrayéndome más profundamente en el beso. Doy cada paso rápido pero con cuidado mientras la llevo del salón al dormitorio, subiendo el único escalón.

Me pasa los dedos por el pelo y sonríe contra mis labios; su aceptación de lo que está a punto de suceder.

Soy egoísta.

La deseo. Deseo todo lo que me dé y más.

Nada más importa.

Pasan unos segundos fríos desde que la dejo caer en la cama y la ayudo a quitarse las botas y los calcetines, hasta que me he arrancado la camisa y los pantalones y me he subido encima de ella. Usa los codos para desplazarse por la gran cama hasta quedar acurrucada entre las almohadas y yo la persigo con besos hasta que estoy en paralelo a ella, solo con mis calzoncillos ahuyentando el sutil y persistente frío del aire.

La habitación se calentará en segundos.

—Elijah —susurra Calliope con voz grave y ronca—. ¿Esto es todo lo que tienes?

Hago una pausa, enarcando una ceja, y la miro. —¿Acaso no es suficiente?

Su sonrisa se vuelve pícara y pone los ojos en blanco con suavidad. —No sé… ¿Qué más podrías tener?

Una oleada de deseo me baja directa a la polla ante su desafío y necesito toda mi fuerza de voluntad para no devorarla de inmediato. Quiero estudiarle la cara un momento más. Bajo lentamente y rozo su nariz con la mía.

—Tú te lo has buscado.

No tiene oportunidad de responder. La beso con fuerza y meto ambas manos bajo su camiseta, subiendo la tela hasta por encima de sus pechos, donde agarro la parte superior de su sujetador y lo bajo. Suelta un fuerte jadeo cuando abandono su boca por sus pechos y me llevo un pezón a la boca, chupando con fuerza mientras mi mano le agarra y estruja el otro. Cada apretón y torsión arranca un fuerte jadeo de Calliope, pero nada de eso se compara con el delicioso y meloso sonido que se le escapa de la garganta cuando meto la pierna entre sus muslos y presiono con fuerza la rodilla contra su centro.

Es un sonido celestial y quiero oírlo todo el tiempo. Sus gemidos son suaves y dulces, y continúan mientras le quito la ropa del cuerpo y le

cubro el cuello y las tetas de mordiscos y besos. Se hinchan cuando rozo su coño vestido con mi rodilla, provocándola hasta que se retuerce sin sentido bajo mi cuerpo. Se agudizan cuando le arranco los vaqueros de las piernas, le muerdo la cara interna del muslo hasta que leves moratones florecen como un patrón, y recorro con la lengua la piel sedosa y suave de la cara interna de su muslo hasta que me encuentro cara a cara con su coño.

Tiene los ojos llorosos cuando paso unos minutos solo respirando y besando ligeramente sus labios exteriores, provocándola hasta que su cara se sonroja y apenas puede respirar sin temblar. Entonces meto la cara entre sus piernas y la como como si me fuera la vida en ello. Trazo patrones sobre su clítoris con la punta de la lengua, mis dedos se hunden profundamente en su interior hasta que encuentro ese nudo de nervios que hace que sus gemidos se intensifiquen, y mi corazón late con fuerza de placer mientras ella me aprieta la cabeza con las piernas.

Esto es el paraíso.

Escucho atentamente sus gemidos y gimoteos, y finalmente logro deducir que responde más a la presión en el lado izquierdo de su clítoris. Ahí es donde descansa mi lengua mientras la hago rodar entre besos, manteniendo los movimientos hasta que se corre alrededor de mis dedos con un grito ahogado y un gemido.

Cada beso me estremece, cada arañazo que me deja en la piel mientras se retuerce y gira de placer es una medalla de honor, y cada gemido de mi nombre se guarda en mi corazón como una promesa.

La amo.

Amo todo de ella.

Se consolida en mi mente como una oración en el momento en que me arranco los calzoncillos de las caderas y me hundo en su calor sedoso. Hay algo surrealista en verme desaparecer dentro de ella y

mantengo una mano en su cadera y la otra en su muslo para poder verlo una y otra vez.

—Mírate —jadeo con voz ronca—. Abriéndote a mí como si estuvieras hambrienta.

—Muy hambrienta —gime Calliope mientras me busca con una mano y se agarra el pecho con la otra—. Muy hambrienta.

Pone los ojos en blanco cuando toco fondo dentro de ella y embisto un par de veces solo para verme follándola una y otra vez. Luego le cojo el brazo extendido y, mientras me arrodillo, levanto a Calliope de la cama y la siento en mi regazo.

Suelta un suave chillido y me rodea los hombros con los brazos mientras mis manos se deslizan hacia abajo para ahuecar su bien formado culo y agarrarlo. Entonces empiezo a follarla. Alternando entre embestir hacia arriba y levantarla con el agarre que tengo sobre ella, la follo como si no hubiera un mañana, como si cada embestida fuera una promesa de lo mucho que deseo estar dentro de ella y quedarme aquí. Mi polla late al ritmo de mi corazón desbocado y mis huevos se tensan casi de inmediato, pero contengo mi orgasmo centrándome en sus gemidos ahogados y sus jadeos casi silenciosos.

Cuando el placer se vuelve intenso, Calliope se queda en silencio, así que tengo que leer su cuerpo. Sus uñas dibujan medias lunas en mi espalda, me tira del pelo con tanta fuerza que veo las estrellas y cada vez que mi polla llega lo suficientemente profundo, se contrae a mi alrededor como si no quisiera que me fuera nunca.

Esto es egoísta. Por parte de los dos.

—¡Joder! —jadeo, enterrando la cara en el hueco de su cuello—. ¡Joder, joder, joder!

No puedo aguantar más. Mis embestidas pierden el equilibrio, y tiro a Calliope sobre la cama, sujetándola allí con mi cuerpo mientras la penetro con frenesí. La razón me abandona y persigo mi orgasmo

con una ferocidad que lleva a Calliope a un orgasmo jadeante segundos antes que el mío.

Nos corremos juntos, agarrándonos, jadeando y mordiéndonos cuando cada oleada de placer es un ápice demasiado intenso. Luego me derrumbo sobre ella y me da unas palmaditas débiles en el hombro.

—Guau —susurra Calliope cuando recupera la voz—. Eso ha sido… guau. Guau.

—Vaya, desde luego. —Levanto la cabeza, un nuevo peso que es casi demasiado para mi cuello, y la beso perezosamente—. Guau.

No termina ahí. El servicio de habitaciones de vieiras y mantequilla de ajo me lleva a lamer las gotas de mantequilla del cuerpo de Calliope, y antes de darme cuenta, estoy de nuevo dentro de ella, follándola como si me fuera la vida en ello. Ese resplandor postorgásmico da paso a que Calliope se suba encima de mí y me cabalgue con un abandono salvaje antes de desplomarse sobre mi pecho como si estuviera hecha de gelatina.

Dormir no entra en los planes, pero llega en un abrir y cerrar de ojos, y antes de darme cuenta, me estoy despertando con un rayo de sol que entra por las cortinas y con Calliope durmiendo profundamente contra mi pecho.

Mierda.

No recuerdo haberme quedado dormido.

—¿Calliope? —Besándole la mejilla suavemente, le toco la barbilla con los dedos—. ¿Cariño?

Abre los ojos lentamente y levanta la cabeza, visiblemente aturdida. —¿Qué?

—Nos quedamos dormidos.

—¿Qué? —repite, con su mente adormilada luchando por ponerse al día—. ¿Qué?

—Que dormimos, Calliope —digo con suavidad, sonriendo—. Nos hemos quedado dormidos.

—Ah… —Vuelve a cerrar los ojos y se recuesta de nuevo en mi pecho—. Está bien.

Cierro los ojos y me acomodo de nuevo en la almohada. Si ella no está estresada, yo tampoco.

—¡Oh, no! —Calliope se incorpora de un salto de repente y se lanza fuera de la cama—. ¡Oh no, oh no!

La preocupación se enrosca inmediatamente en mi estómago. —¿Qué pasa?

—¡Me quedé dormida! —Rebusca desesperadamente sus ropas por el suelo—. ¡Oh, Dios, ¿dónde está mi sujetador?!

—Lo sé. ¿Es tan terrible?

—¡Sí! —Se levanta tan bruscamente que tengo que echarme hacia atrás desde el borde de la cama para no darnos un cabezazo—. Dejé a Nick con Stacey, pero le dije que no tardaría. ¡No mucho! ¡Y en cambio he estado fuera toda la noche!

—Oh, mierda. ¿Se enfadará?

—¡No sé! —Calliope da saltitos mientras se viste, cubriendo ese precioso cuerpo con ropa—. ¡Mierda!

—Oye, no pasa nada. Deja que pida un poco de café y te llevo.

—¡No hay tiempo! —Medio vestida, corre hacia el salón y yo la sigo, entregándole una bota tirada por ahí—. Mierda.

—Puedo llevarte.

—¡No, no lo entiendes! —Coge el bolso de un manotazo del sofá y tiene el teléfono en la mano mientras corre hacia la puerta—. ¡Hoy es el cumpleaños de Nick! ¡Tengo que irme, tengo que irme!

—Calliope, déjame vestirme e iré contigo. ¡No pasa nada!

—¡No! —Llega a la puerta y la abre de un tirón, y me mira con el pelo revuelto y alborotado sobre los hombros y los ojos muy abiertos —. Lo siento. Ha sido genial. ¡Tengo que irme!

La puerta se cierra de un portazo detrás de ella y un extraño silencio inunda mis oídos.

¿Por qué no ha querido que fuera con ella?

## 34

# CALLIOPE

Un único mensaje de texto como respuesta a Stacey apenas le hace justicia a los múltiples mensajes de preocupación que me ha enviado en las últimas doce horas, pero es suficiente para evitar que llame a la policía por mi ausencia, lo que, según la respuesta que me envía mientras vuelvo a toda prisa a casa, ha estado a segundos de hacer.

¿Cómo he podido llegar tarde al cumpleaños de Nick? ¿Qué clase de madre soy?

No me puedo creer que me quedara dormida.

Apenas tengo tiempo de pensar en ello cuando llego a casa casi cuarenta minutos después y entro corriendo… y entonces me paro en seco. El pasillo está impecable. Un nuevo suelo de madera brilla hasta la cocina y las paredes están cubiertas con un cálido papel pintado de roble decorado con un salpicado de motivos florales. Le aporta tal calidez al pasillo que casi no lo reconozco.

¿Cómo de rápido trabaja la gente que ha contratado Elijah?

*No, no hay tiempo.*

—¿Stacey?

La puerta de la cocina se abre de golpe y Stacey aparece con el pelo recogido en un moño alto, una mejilla espolvoreada de harina y un bol bajo el brazo. —Tía, más te vale que tengas una excusa de la leche.

—¡Lo siento muchísimo! —jadeo, corriendo hacia ella—. No te imaginas cuánto lo siento.

—Ni un mensaje, ni una llamada. ¡Estaba aterrorizada de que te hubiera pasado algo! —En cuanto estoy lo bastante cerca, me encasqueta el bol en los brazos mientras yo suelto el bolso—. ¿Pero a qué coño estabas jugando?

—No lo he planeado, te lo juro. Simplemente… ha pasado.

—Tú no te puedes permitir ese lujo, Calliope. Anoche tenía planes y en vez de eso he tenido que quedarme cuidando de tu hijo y de tu madre, que está como una cabra, la cual, por cierto, cree que te has ido temprano a por la decoración y se ha llevado a Nick a desayunar por su cumpleaños. —Aprieta los labios en una línea firme—. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado?

—Stacey, lo siento muchísimo. —Tiene razón. No puedo permitirme el lujo de acostarme con un desconocido y una punzada de vergüenza me retuerce las tripas—. No… no sé cómo ha pasado, pero te juro que estoy bien, y te agradezco muchísimo que te hayas quedado.

—Bueno… —Stacey me arrebata el bol con un bufido—. Me *he quedado* porque soy una amiga buenísima y de todas formas se suponía que iba a estar aquí temprano, pero, Calliope, casi haces que presencie tu muerte o algo así. ¡Cada mensaje me hacía pegar un bote!

—¡Lo sé, lo sé! —La sigo hasta la cocina, donde varias bandejas de *cupcakes* llenan las encimeras—. No tengo excusa.

—Sí que la tienes. —Stacey deja el bol y empieza a añadirle más pepitas de chocolate a la masa—. Venga, suéltalo. ¿Dónde estabas?

Me dirijo directa a la cafetera. —¿Con Elijah?

—¿Hablando?

Mis mejillas se arrebolan tanto como el café que estoy sirviendo. —No.

—¡Calliope! —suelta un grito ahogado y se gira para mirarme—. Cuéntamelo *todo*.

—No creo que tenga tiempo. Tenemos que terminar de preparar la comida y decorar para la fiesta, y tengo que envolver sus regalos. —Mientras bebo, mi otra mano se dispara hacia mi frente—. Oh, Dios mío.

—Vale. Bueno, ya tengo la comida organizada y sé que querías que todo fuera casero, pero he hecho un pedido a esa cafetería de cerca del parque. Van a traer bandejas de sándwiches. Así que vete a envolver tus regalos y todo eso, pero luego más te vale que vuelvas aquí y me des *cada* jugoso detalle.

—Lo haré. De verdad que lo siento, Stacey. —Al pasar a su lado, le doy un beso en su mejilla empolvada, a pesar de que pone los ojos en blanco, y luego corro a mi dormitorio. ¿Qué haría yo sin ella?

De alguna manera, el desastre del día se soluciona justo a tiempo. Consigo envolver todos los regalos de Nick, preparo todas las bolsas de regalos para sus amigos que vienen a la fiesta, decoro el recién pintado salón con serpentinas de papel, globos y una pancarta que dice «¡Feliz cumpleaños, Nick!», y luego ayudo a Stacey a colocar la comida en la mesa del comedor para que los niños piquen y mordisqueen. Los sándwiches llegan apenas un minuto antes de que tenga que volver corriendo a mi coche y conducir de nuevo a la ciudad para recoger la tarta de cumpleaños de Nick.

Acabo de darle los últimos toques cuando la puerta principal se abre de golpe y Nick entra corriendo en casa. —¿Mami? —llama a pleno pulmón.

—¡Un segundo! —Juntas, Stacey y yo logramos esconder la tarta en la nevera justo a tiempo de que Nick entre corriendo por la puerta.

—¡Mami!

—¡Cariño! —Me giro y lo cojo en brazos mientras corre hacia mí, con la cara radiante y los ojos brillantes.

—Mami, ¿dónde estabas?

—Lo siento, ¡he estado muy ocupada preparando cosas para tu fiesta! Feliz cumpleaños, cariño.

p>

—¡Gracias! ¡La abuela me ha dejado tomar tarta para desayunar!

El corazón se me encoge un poco y clavo la mirada en mamá mientras entra por la puerta. —¿Tarta? —pregunto con rigidez.

—Sí —responde, apartando la vista de mí—. Alguien tenía que asegurarse de que lo celebrara.

Me está provocando y es probable que esté molesta porque no he estado aquí esta mañana, pero no me queda paciencia para darle el espacio de siempre. —¿Estás de broma?

—¿Quieres ver tu sala de fiestas? —interviene Stacey, y le quita a Nick de los brazos, guiñándome un ojo antes de llevarse a Nick al salón. Sus gritos de alegría me alegran el corazón mientras mamá se quita los guantes.

—No veo cuál es el problema.

—El problema es que le has dado tarta para desayunar a un niño de seis años, mamá. ¿Tanto azúcar? Le va a dar un bajón en mitad de su fiesta y se pondrá de mal humor. Ya te lo he dicho. Se suponía

que ibas a llevarlo a tomar un desayuno decente para compensar lo de la fiesta.

—Y se suponía que tú ibas a estar aquí esta mañana, pero no lo estabas —replica ella, mirándome por fin—. ¿Dónde estabas?

—Estaba consiguiendo cosas para la fiesta.

—¿En serio? ¿Entonces por qué no estaba desecha tu cama?

—La he hecho.

—Tú no haces la cama.

—Sí que la hago.

—Calliope…

—No, mamá. Esto es ridículo. Quería que Nick estuviera aquí todo el día pero no parabas de quejarte, así que acepté que te lo llevaras a desayunar con una condición. Una condición que has roto. Dime otra vez, ¿por qué debería confiar en ti?

—¡Esta es mi casa! —espeta ella, golpeando la mesa con una mano —. ¡No puedes decirme lo que tengo que hacer!

—Y Nick es *mi* hijo —replico yo de inmediato—. Tu tiempo con él es un privilegio, no un derecho, ¿me oyes? Si no puedo confiar en ti con él, entonces te revocaré ese privilegio.

Mis palabras me queman en la garganta y salen mucho más duras de lo que pretendo, pero la culpa no llega hasta que salgo de la cocina y entro en el pasillo.

No quería decirlo así, pero las palabras han salido antes de que pudiera detenerlas, y tienen algo de verdad. Depender de Stacey es solo una necesidad porque no puedo confiar en mi madre, pero es algo más profundo. La verdad no se asienta en mi corazón hasta varias horas después, cuando la fiesta está en pleno apogeo.

La música de fiesta suena a todo volumen desde mi móvil conectado al altavoz y el salón está lleno de un puñado de niños bailando y gritándose unos a otros por la videoconsola que he conectado a la tele. Nick está en medio de un círculo con una corona de fiesta en la cabeza contándoles a gritos a sus amigos que en verano nos vamos de vacaciones a la selva. Una verdad a medias, ya que le dije que lo llevaría a un parque temático, pero le dejo que lo cuente como quiera. Mamá merodea cerca de la mesa de los aperitivos, vigilando más o menos que nadie coma en exceso, y Stacey está a mi lado con un vaso de zumo de naranja.

—¿Y bien? —dice por fin, con la voz baja por debajo de la música—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Sinceramente, ni yo misma lo sé. Tuve que ir a recoger a Elijah de la cárcel.

—¿De la cárcel? —A pesar de lo bajo que ha hablado, la palabra parece llamar la atención de mamá al otro lado de la habitación, así que hablo más bajo.

—Es una larga historia, pero lo recogí y estaba cabreada por lo del trabajo.

—¿Por lo de que te acusaban de robar?

—Exacto. Así que le eché una buena bronca en el coche, pero él no lo negó, y entonces me rogó que subiera a su habitación de hotel para hablar.

—¿Hablar? —Levanta una ceja—. ¿Toda la noche?

—¡Oye! —Le doy un codazo—. Hablamos. Me lo explicó todo y, sinceramente, a su favor… tenía sentido, ¿sabes? Resumiendo, estaba intentando librarme de sospechas, pero luego me dijo que había firmado un acuerdo y que técnicamente ahora es mi jefe.

Los ojos de Stacey se entrecierran juguetonamente. —Oh, eso es bastante morboso. ¿Acostarte con el jefe? —Se lame rápidamente el

labio inferior—. Vaya pájara estás hecha.

—Oh, Dios mío. —Mis mejillas se calientan de nuevo—. No estaba previsto que pasara, pero entonces empezó a decirme todas esas cosas bonitas, como que se está enamorando de mí y que le importo, y que encontrarme de nuevo después de todos estos años fue como un sueño afortunado.

—Oye, si no lo quieres, ya me lo quedo yo.

Mi corazón da un pequeño respingo y echo un vistazo a la fiesta. —Entonces, nos liamos porque… porque todo lo que él decía, yo lo sentía. Todo ha sido tan bonito, ¿sabes? Nick lo ha aceptado al instante, las citas han sido increíbles, el s-e-x-o es *increíble* —murmuro, deletreándolo por si algún niño de seis años avispado está escuchando demasiado—. Y entonces nos acostamos y, a la mañana siguiente, me despierto con tus mensajes preguntando si me habían descuartizado en un bosque.

Stacey se ríe, pero la preocupación en sus ojos es genuina. —Estaba muy preocupada. No quería meterte en un lío, pero no sabía dónde estabas.

—Lo sé. Eso es culpa mía. Es que… he sido tan irresponsable. —Miro a mamá, que ahora está de espaldas a mí mientras ayuda a uno de los niños a coger el globo que quiere—. Creo que ha sido agradable desconectar por un segundo, ¿sabes? No era la chica con el padre muerto ni la madre irascible. No era madre ni nada. Era solo… Calliope. —Niego con la cabeza y vuelvo a mirar a Stacey—. Eso es muy egoísta, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros y me aprieta el hombro con la mano. —Creo que es natural que cualquier padre o madre quiera volver a sentirse como antes. Tienes un bebé o pasas por algo y, de repente, eres todas esas etiquetas para los demás. Pero tú sigues existiendo. Solo que… la próxima vez, avísame para que no llame a la policía, ¿vale?

—No sé si habrá una próxima vez.

Stacey deja de beber y me mira con los ojos muy abiertos. —¿No acabas de decir que todo iba genial?

—Y así es, no me malinterpretes. Pero no puedo seguir así. No sin decirle la verdad.

Los ojos de Stacey se desvían hacia Nick, que se ha hecho una capa con papel de regalo y ahora corretea con sus amigos. —¿Sobre Nick?

—Mmm. Y me aterroriza porque… bueno, no tengo ni idea de cómo reaccionará, ¿sabes? Si… *cuando* se lo diga, me arriesgo a perderlo todo. Le acabo de espetar a mi madre que Nick es mío, pero, Stacey… —La miro mientras un calor inesperado me escuece tras los ojos—. Elijah es rico y poderoso. Si se enfada lo suficiente, podría demandarme, y ¿qué tengo yo para defenderme? Podría perder la custodia.

—Tienes seis años criando a un niño feliz y sano —intenta tranquilizarme Stacey—. Nick es un crío increíble. Deberías estar orgullosa, y cualquier tribunal puede verlo.

—Quizá —susurro—. ¿Pero y todo lo demás? ¿Las costas legales, un abogado y el estrés de un caso? Lucharía, pero ¿y si pierdo? ¿Y si lo pierdo a él otra vez *y* a mi hijo? —El estómago se me hace un nudo hasta que solo queda un peso incómodo en mis entrañas—. No puedo perder a mi niño.

—Calliope…

Lo que sea que Stacey tenga que decir se ve interrumpido por el timbre de la puerta. Me disculpo y me abro paso entre la emocionada multitud de niños que cantan sobre la tarta y me dirijo a la puerta. En el pasillo se está mucho más tranquilo y respiro hondo, luego abro la puerta con una amplia sonrisa. —¡Hola! Oh.

Elijah está en el umbral con un regalo envuelto en las manos y sonríe. —Calliope.

—Elijah. Yo… perdona, hola. No esperaba verte.

—Bueno, te has ido con tanta prisa que no he tenido la oportunidad de decirte que tenía un regalo para Nick. No hace falta que me quede si no quieres, pero aquí lo tienes si…

—Ven aquí. —Le agarro la muñeca de repente y tiro de él para que cruce el umbral. Está aquí. Tiene que ser el destino que esté aquí, y quizá esta sea la situación perfecta para amortiguar el golpe—. Entra, por favor. Hay algo que tengo que decirte.

## 35

# ELIJAH

Calliope me coge el regalo y lo deja en la mesita del vestíbulo. Luego me coge de la mano y me lleva a la cocina. Del salón se elevan chillidos de risa y emoción, y de repente me descubro sonriendo sin control al oírlos.

¿Hay algo más puro que el sonido de la emoción de un niño?

—¿Va todo bien? —pregunto cuando entramos en la cocina.

Calliope cierra la puerta detrás de mí y rodea la isla de la cocina.

—¿Te traigo algo?

—Estoy bien, gracias. Calliope, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? —Nunca la he visto así. No para de colocarse el pelo detrás de las orejas y camina como si estuviera incómoda. Llega a una de las encimeras y junta las yemas de todos los dedos, luego cierra las manos en un puño y vuelve al otro lado.

—No sé cómo decir esto —dice con la voz un poco tensa.

—Si es por algo que yo he hecho, por favor, dímelo sin rodeos. Si es otra cosa, puedes contármelo. No te juzgaré. —Espero no ser yo. Lo de anoche fue fantástico. La oportunidad de expresar mis

sentimientos fue un verdadero subidón e hizo que Calliope se refugiara más en mis brazos, no que se apartara. No se me ocurre nada que pudiera bajarme de la nube en la que he estado todo el día gracias a su elegancia y su atención.

Pero, por otro lado, mientras Calliope frunce el ceño y se muerde el labio inferior hasta que se le pone de un rojo intenso, algo se me revuelve en el estómago y la sensación de desasosiego crece cuanto más pasea de un lado a otro.

¿Es por el trabajo? ¿La familia? ¿La ha llamado Imogen? Un torbellino de preocupación atraviesa mi mente, cada pensamiento casi instantáneo, como una bandada de pájaros que se junta de repente, y de pronto estoy nervioso.

—¿Calliope? —Su silencio es desconcertante, y cuanto más se alarga, peor se pone la cosa.

De repente, se detiene y se gira para mirarme, apoyando las manos en la encimera que tiene delante. Su pelo oscuro le cae sobre un hombro como una cortina y entonces me mira con esos preciosos e intensos ojos azules.

—Elijah… —Niega brevemente con la cabeza y se muerde con fuerza el labio inferior—. Nick es tu hijo.

Me quedo de una pieza. Todo mi cuerpo se entumece mientras esas palabras me llegan y se enroscan en mi mente en una repetición constante. Cuanto más las repito, más se me duerme el cuerpo hasta que no siento nada más que el lento latido de mi corazón y esas palabras resonando en mis pensamientos.

*Nick es tu hijo*.

Nick es mi hijo.

El Nick de Calliope.

Su hijo.

*¿Es mi hijo?*

—Yo… —Empieza a hablar y se atraganta, llevándose rápidamente una mano a la garganta, y aparta la mirada de mí—. Dios mío. Yo… no quería… O sea, sí que quería decirlo. Solo que no quería soltarlo así.

Nick es mi hijo.

¿Pero qué cojones?

—Ese verano que estuvimos juntos. En el congreso, cuando nos acostamos. Este junio hará siete años. Nick nació un poco prematuro, nada grave, pero… me quedé embarazada. Por eso intentaba llamarte. No es que no quisiera llamarte por ti, porque sí quería, pero era tan tímida, y luego el tiempo pasó y no pude, así que me di por vencida y pensé que no volvería a verte. Pero entonces creí que tenía una infección de riñón y descubrí que estaba embarazada, así que llamé y me atendió tu *mujer*. —Su voz tiembla en esa última palabra—. Me quedé horrorizada. Pensé que eras una especie de sinvergüenza que me había utilizado para engañar a tu mujer y, en ese momento, decidí que no quería saber nada de ti. No tenías derecho a estar en mi vida ni en la suya.

No puedo culparla. Ya me ha dejado claro que se ha pasado todos estos años pensando que estaba casado, y no puedo culpar a nadie más que a mí mismo. Si hubiera conseguido su número o me hubiera mostrado más firme con mi madre, puede que esto nunca hubiera sucedido.

La cabeza me da vueltas y tengo que agarrarme a la encimera para mantener el equilibrio. El tambaleo amplifica la preocupación en los ojos de Calliope, pero habla como si tuviera prisa y no pudiera recuperar el aliento.

—No lo mantuve en secreto por ser una cabrona. Pensaba que el cabrón eras tú. Estaba tan segura de que eras un hombre terrible, y entonces apareciste aquí de nuevo y me salvaste de la tubería y no

supe qué hacer. Por lo que yo sabía, era una visita fugaz y no iba a trastornar mi vida ni la de Nick por un hombre que solo estaba de paso. Pero entonces todo empezó a volverse real. Anoche dijiste que te estabas enamorando de mí, y sé lo que eso significa porque yo también lo siento, pero eso no es lo importante. Lo importante es que él es tu hijo y te lo ruego, por favor, no me lo quites.

Hay pánico en su voz, un pánico real que se me clava directamente en el corazón y me da algo a lo que aferrarme. A medida que el mundo deja de dar vueltas y Calliope se convierte en una figura estable ante mis ojos, la confusión se come la conmoción de mi corazón.

—¿Quitarte… lo? —Ese crío es brillante. El poco tiempo que he pasado con él me ha resultado natural y fácil, y en silencio me daba palmaditas en la espalda pensando que se me daban bien los niños, pero ¿era porque una parte de mí lo sabía? ¿Estaba alguna parte de mí, a nivel físico, reconociendo a mi propio hijo sin que yo lo supiera?

—Sí —jadea Calliope y se lleva una mano a la boca—. Sé que probablemente estás enfadado. Furioso, incluso, pero te lo ruego, no me lo quites. Soy una buena madre y él es feliz, y si quieres, podemos llegar a un acuerdo, pero si tú… —Cambia de repente y un ápice de ira reemplaza su pánico—. ¡Si crees que puedes llevártelo sin luchar, estás muy equivocado porque lucharé con uñas y dientes por mi niño!

Está librando una batalla que yo ni siquiera he empezado, diez pasos por delante mientras yo sigo intentando asimilar que tengo un hijo.

Un verdadero hijo de carne y hueso.

Mi madre estaría como loca de contenta.

—Calliope… —Su nombre se me escapa justo cuando la puerta de la cocina se abre de golpe y su madre entra furiosa.

—Calliope, ¿vas a traer la tarta o no? Hay quince niños hambrientos ahí fuera esperando a que Nick sople las velas y… —Se detiene bruscamente cuando me ve y sus ojos se entrecierran de inmediato, acentuando las patas de gallo que los rodean—. Usted.

El veneno en su voz me coge desprevenido y doy un paso atrás. Calliope se apresura a interponerse.

—Mamá, no.

—¡Es usted, verdad? ¡El bueno para nada que ha estado mareando a mi hija!

—¡Mamá, ahora no!

—No te atrevas a defenderlo. ¿Crees que no sé que no viniste a casa anoche? ¿Que has estado imprudente y distraída desde que has empezado a verlo? Te conozco, Calliope, y conozco los errores que cometes. ¡Él es uno de ellos!

—Mamá, no es nada. ¿Puedes volver a la fiesta? Elijah y yo solo estábamos…

Sus ojos se entrecierran aún más y aparta la mano de Calliope de un manotazo.

—Es él, ¿verdad?

—¿Quién? —Los ojos de Calliope van de su madre a mí.

—Es el que te dejó preñada, ¿no? Por eso ha estado rondando por aquí.

—¡Mamá! —reprende Calliope bruscamente—. ¡Ahora no es el momento!

—No. Llevo años esperando para cantarte las cuarenta. Mi hija era un encanto hasta que apareciste tú y la arruinaste. Se pasó años reconstruyéndose y ahora, ¿crees que puedes volver a su vida como si nada y jodérsela por segunda vez? ¿Se puede ser más egoísta?

—¡Mamá, para!

—Sois todos iguales. Los hombres. No pensáis en los que dejáis atrás. Hacéis lo que queréis y luego os vais porque las consecuencias no significan nada para vosotros. Pues déjame decirte que no voy a permitir que eso pase aquí. ¡Y tú, Calliope, debería darte vergüenza caer de nuevo en sus trucos!

—¡Mamá, ¿quieres callarte?! —grita Calliope finalmente, trayendo un tenso silencio a la cocina.

Lo agradezco y finalmente tomo aire, algo que parecía imposible con una anciana enfadada increpándome.

—Mamá, lo entiendo. Estás dolida y cabreada porque papá murió. Yo también. ¡Pero estás dirigiendo tu ira contra las personas equivocadas! Estar enfadada conmigo solo me alejará, destrozar la casa solo te privará de los recuerdos que tenías con él, ¿y Elijah? Él no tiene la culpa de esto. La tengo yo, ¿vale? Así que, por una vez, para. ¡Deja de decir cosas horribles, deja de actuar como si lo supieras todo porque solo vas a empeorarlo!

Su madre la mira conmocionada, con los ojos muy abiertos y los labios moviéndose como un pez boqueando en busca de aire.

—Calliope —dice débilmente—. ¿Cómo puedes decir esas cosas?

—¡Porque es verdad! Vine aquí para quererte y apoyarte, y desde entonces te has estado comportando como una tirana. Y lo entiendo. De verdad. Duele. Lo echas de menos. —Su voz se quiebra ligeramente—. Yo también. Pero no puedes pagarlo conmigo y mucho menos con Elijah porque sí, él es el padre de Nick. Pero la que se equivocó fui yo, ¿vale? Él no hizo nada porque no lo sabía.

Quiero decir algo.

Siento que debería, pero mientras todo esto sucede delante de mí, sigo atascado en un pensamiento.

Nick es mi hijo.

Soy padre.

Trago saliva una y otra vez, tratando de desalojar la extraña sensación de algo que se me atasca en el fondo de la garganta. Si me deshago de ella, quizá las palabras salgan.

La sensación persiste y las palabras no salen, ni siquiera mientras Calliope y su madre se enzarzan en una discusión sobre quién tiene razón y quién se equivoca acerca de mi responsabilidad.

Una responsabilidad que no sabía que tenía hasta hace diez minutos.

Y entonces caigo en la cuenta. Algo que dijo su madre destaca entre todo lo demás.

«*¿Crees que puedes volver a su vida como si nada y jodérsela por segunda vez?*».

De repente, sé lo que tengo que hacer.

—Tengo que irme —digo con voz ahogada, como si me estuvieran estrangulando.

—¿Qué? —Calliope me mira conmocionada mientras la discusión con su madre cesa—. Elijah…

—Lo siento, tengo que hacerlo. Espero que a Nick le guste su regalo, de verdad que tengo que… —Apenas he terminado cuando salgo corriendo de la cocina y me lanzo hacia la puerta.

Hay una cosa terriblemente importante que tengo que hacer, y tengo que hacerla antes de poder pensar en cualquier otra cosa.

Solo espero que Calliope confíe en mí.

## 36

# CALLIOPE

Se ha ido.

No me lo puedo creer.

¿Se ha quedado ahí plantado en silencio y luego, sin más, se ha ido?

¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Va a ir a por sus abogados y a volver con la promesa de demandarme o va a irse directo al aeropuerto para volar de vuelta a Nueva York y que no se vuelva a saber de él?

No puedo pensar. Mamá se lanza a una diatriba sobre cómo esto es el ejemplo perfecto de su compromiso con cualquier cosa, pero ya no tengo energía para discutir con ella. He necesitado hasta la última gota de mi fuerza para decirle la verdad a Elijah y él, simplemente…, se ha ido.

El resto de la fiesta pasa como en una nebulosa. Enciendo las velas de la tarta de Nick y lo veo soplarlas con una sonrisa de oreja a oreja. Sus amigos le gritan y lo vitorean, y él se atiborra de helado de chocolate y me da las gracias por el mejor cumpleaños de su vida.

Cuando abre el regalo de Elijah, se alegra muchísimo al encontrar una caja pulcramente embalada que contiene unos patines de hielo nuevos junto con una nota en la que le dice que se había fijado en que los actuales de Nick habían perdido gran parte de su relleno interior para abrigar. Nick está tan emocionado que no tengo valor para decirle que Elijah ni siquiera se ha quedado para felicitarle. A este paso, tendré que hacer desaparecer esos patines en algún momento de este año para que no me recuerden esta noche.

Al final, los niños se van de la fiesta y vuelven con sus padres, con las bolsas de chuches en sus manos cansadas, y la fiesta se apaga hasta que no queda nada. Nick está sorprendentemente dócil a la hora del baño y se queda dormido antes de terminar de dar las buenas noches.

Debería estar celebrándolo.

Debería estar contenta de que la fiesta haya sido un éxito y de que Nick esté feliz. Pero no encuentro ni una pizca de calidez en mi interior.

Es casi medianoche cuando me encuentro en el porche, mientras el mundo se vuelve gélido, pero apenas lo noto, de pie junto a la barandilla y contemplando una oscuridad que las luces de la casa apenas consiguen atravesar.

Sigo sin poder creerme que se haya ido.

Ni una llamada ni un mensaje. Nada.

La puerta corredera a mi espalda chirría suavemente y Stacey se une a mí con una sonrisa de preocupación. —Cielo, hace un frío que pela.

—Estoy bien —respondo, y me estremezco cuando sus cálidos dedos rozan la fría piel de mi brazo.

—Estás helada.

—No sé. Hasta se está bien.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Suspiro profundamente y observo cómo las nubes de vaho se escapan de mis labios y se elevan hacia el cielo nocturno. —¿Qué parte?

—Bueno… He oído que tu madre y tú estabais gritando antes, así que he subido la música. ¿Quieres contarme qué ha sido eso?

Chasqueo la lengua y suspiro. —He sido un poco cabrona.

—¿Se lo merecía?

—Sí y no. Mamá está… Entiendo que lo está pasando mal, ¿sabes? Comprendo que está de luto. El dolor para mí siempre está ahí, pero en un segundo plano. Pero es que no deja de desautorizarme. Por ejemplo, pidiendo comida para llevar para cenar cuando yo he preparado la comida de Nick. O dándole tarta para desayunar, o destrozando la casa sabiendo que no se lo puede permitir. Todas las puyitas que suelta son la razón por la que me mudé. Supongo que una parte de mí esperaba que perder a mi padre la ablandara.

Stacey murmura en señal de acuerdo mientras pisotea el suelo para combatir el frío. —Quizá no tiene un lado blando —dice en voz baja —. Algunas personas nacen con púas.

—Puede ser. Pero luego ha empezado a decir todas esas cosas sobre Elijah y yo, simplemente…, he estallado.

—¿Qué cosas?

—Que me arruinó la vida y cosas así. Eso me ha dolido porque ¿Nick? Nick es lo mejor que he hecho en mi vida. —Siento un calor repentino detrás de los ojos y se me nubla la vista—. Así que oírla decir que él es una ruina ha sido… ha sido duro. Y he explotado con ella porque acababa de plantarme delante de Elijah y decirle la verdad y…

—Para el carro. —Stacey de repente me pone una mano en el brazo de nuevo—. ¿Le has dicho a Elijah la verdad sobre qué?

—Que es el padre de Nick.

—¿Y por qué no has empezado por ahí? —Stacey niega con la cabeza—. Joder. Creo que eso es más importante ahora mismo. ¿Cómo se lo ha tomado?

Me encojo de hombros y la miro a través de mis lágrimas sin derramar. —No… se lo ha tomado. Se me ha quedado mirando. En un momento, he pensado que se iba a caer redondo. Y luego, simplemente…, se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Ha salido pitando por la puerta como si lo persiguiera el diablo. No me ha dado tiempo a detenerlo. Sin más… se ha ido.

—Ay, cielo. —Los brazos de Stacey me envuelven en calor y me acerca a ella—. Lo siento mucho.

—Creo que todavía no lo he asimilado. —Sorbo por la nariz—. Me da más miedo que vuelva con un abogado.

—Que le den —comenta Stacey—. Ha huido de algo bueno y es su decisión. No se merece nada, ¿me oyes? Y si vuelve con abogados, pues que le den todavía más, lucharemos contra él con uñas y dientes.

—¿Pero y si puede darle una vida mejor a Nick? —susurro, apenas capaz de decirlo en voz alta—. Todo ese dinero y esa seguridad. Seguro que él no se olvidaría de escribir y dejar a su amigo de niñero.

—Un hombre como ese no tiene amigos —replica Stacey bruscamente—. Escúchame, Calliope. Eres una buena madre. Te desvives por ese niño. Le das todo lo que puedes y más, y míralo. Es un niño de seis años feliz y sano. Eso lo has hecho tú. Tú has creado a ese chaval tan guay. Nadie te va a quitar eso. Jamás.

Mientras me giro en sus brazos y le devuelvo el abrazo, aferrándome a la calidez de su cuerpo, rezo para que tenga razón.

Una noche en vela da paso a una mañana caótica. No le he escrito a Elijah, demasiado recelosa de lo que podría decir, pero mi plan de enterrarme en mi despacho y trabajar a tope hasta las cinco se va al traste en cuanto cruzo las puertas.

—¡Calliope! —Victoria aparece a mi lado en un instante y me pasa un brazo por los hombros—. ¡Lo siento mucho!

—¿Por? —pregunto con el ceño fruncido mientras caminamos hacia el ascensor.

—¿No te has enterado? Ay, no. Ay, no, lo siento muchísimo.

Mi estómago, ya tenso, se me sube al pecho y trago saliva con dificultad, mientras mi mente se acelera. —¿Enterarme de qué? —El cansancio amenaza con abrumarme, así que me muerdo el interior de la mejilla para no saltarle a la yugular.

—Venga, entra, entra. —Me mete en el ascensor y pulsa el botón del último piso—. Jimmy ha convocado una reunión de toda la empresa. Llegas justo a tiempo.

—¿Es por lo de San Valentín otra vez? —Faltan solo un par de días, aunque la idea del amor ahora me deja un sabor amargo en la boca —. Ya le he dicho que estaba haciendo todo lo posible para darle las cifras que quería, aunque mis pérdidas son por su puta culpa. Y si pasó algo ayer, bueno, yo ni siquiera estaba aquí porque era el cumpleaños de Nick.

—¡Oh! —El rostro de Victoria se ilumina al instante—. ¡Feliz cumpleaños! ¿Se lo pasó bien?

—La verdad es que sí —respondo mientras mis hombros se relajan ligeramente—. Se lo pasó muy bien.

—¿Cuántos cumple ya?

—Seis.

—¡Hala, qué rápido crecen!

—Ya ves. Victoria, ¿por qué decías que lo sentías? ¿Qué ha pasado?

Su expresión se transforma una vez más en una de profunda compasión. —Bueno… la gente ha estado hablando y he oído que la reunión de hoy no es sobre San Valentín. Van a anunciar la fusión, y parece que van a eliminar la página web y todo. —Hace una mueca al hablar—. Lo siento mucho, cielo. Por eso te decía que intentaras sacarle información a Elijah, ¿sabes?

—¿Qué? —Un rugido sutil se alza en mis oídos mientras miro fijamente el rostro perfectamente maquillado de Victoria. ¿Cómo consigue que su delineador de ojos sea perfecto en ambos lados? Yo nunca logro un rabillo afilado con lo que me tiembla la mano.

Parpadeo, y de repente, solo puedo pensar en Elijah.

¿Qué ha cambiado?

Hace dos noches, me dijo cuánto le encantaba la web y el modelo de suscripción que creé, que era su única razón para quedarse. ¿Y ahora me cierran el chiringuito?

Las puertas del ascensor se abren y Victoria me toma del brazo, guiándome hacia la sala de conferencias, ya abarrotada de gente. Vislumbro a Jane de pie junto a la ventana, mordiéndose el pulgar con ansiedad, y me lanza una breve mirada de horror al pasar.

¿Es esta la forma de Elijah de castigarme por haberle ocultado a Nick? No puede ser, pero encaja. Me lo imagino saliendo de mi casa furioso y llamando a todo el mundo para que cierren mi departamento, jodiéndome a mí y a todos los trabajadores que me importan.

Estoy aturdida mientras me siento y Victoria se lanza a una conversación en susurros sobre cómo se enteró de que mi departamento estaba en la cuerda floja, pero ninguna de sus palabras llega al rugido de mis oídos.

Necesito este trabajo. Necesito el dinero. Nick necesita el dinero.

¿Cómo puede hacerme esto? ¿Tanto me odia?

Entro en barrena y cierro los ojos para evitar que el café de la mañana me suba por la garganta, permaneciendo así hasta que Victoria me clava su codo afilado en el costado, obligándome a volver a la realidad.

Elijah está aquí.

Está de pie junto al teleprónter con una sonrisa cortés en el rostro. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás y alborotado en las puntas, y su camisa está abierta unos cuantos botones en el cuello, sin su corbata habitual. Parece diferente. Más relajado de lo que lo he visto nunca.

*Está guapo.*

Un pensamiento repentino que aplasto de inmediato.

—Buenos días —dice Elijah con una sonrisa educada—. Gracias a todos por acompañarme esta mañana. Sé que esta reunión se ha convocado con poca antelación, así que espero que me perdonen por haberlos llamado a todos sin tiempo para prepararse. Como estoy seguro de que algunos de ustedes han oído durante las últimas semanas desde que estoy aquí, se ha estado hablando de una colaboración entre Angelic Jewels y Amber Limited.

Jimmy está de pie detrás de Elijah, mordisqueando un palillo de forma odiosa, pero su expresión es bastante indescifrable. No sé si me esperan buenas o malas noticias, pero Victoria ya ha plantado la semilla de la duda en mi mente y no puedo quedarme quieta. Mi pierna rebota bajo la mesa, un rebote que empieza suavemente y se vuelve más violento cuando veo a Chris de pie detrás de Elijah como una especie de chupasangre acechando.

Odio a los abogados.

—Durante mi estancia aquí, he aprendido que casi todas las personas de esta empresa sienten una pasión increíble por lo que

hacen, y digo casi solo porque no los he conocido a todos, pero estoy seguro de que esa pasión es la misma. Todos ustedes se enorgullecen de su trabajo, y he visto innovaciones en todos los ámbitos, desde la página web hasta el almacén y las tiendas de cara al público. Ahora, se preguntarán por qué una empresa de piedras preciosas está interesada en un negocio como este. ¿No nos vendría mejor asociarnos con una empresa que realmente fabrica joyas en lugar de una marca como esta? Y, hasta cierto punto, tienen razón.

Un suave murmullo de risas educadas recorre la sala, como una ola a punto de ahogarme bajo la noticia de que me he quedado sin trabajo.

—Amber Limited busca dar un paso en el mercado expandiendo nuestras adquisiciones de gemas hacia creaciones y ventas reales. Por eso, después de algunas investigaciones exhaustivas sobre todo lo que hacen aquí, me complace anunciar que, en lugar de una colaboración, Amber Limited y yo vamos a *absorber* Angelic Jewels.

Se oye otro murmullo, esta vez de incertidumbre, mientras todo el mundo se remueve en sus asientos y espera con el corazón en un puño las malas noticias.

—Ahora bien, esto va a dar lugar a algunos cambios que podrían resultarles alarmantes. Las tiendas, tal y como están, no funcionan, y no son, como empresa, lo que consideramos el mejor uso del tiempo y los recursos.

—¡Un momento! —Victoria se pone de pie de un salto y atrae todas las miradas hacia ella, incluida la de Elijah.

El corazón me empieza a latir con fuerza cuando Elijah, por un breve segundo, cruza su mirada con la mía y luego la levanta hacia Victoria. —¿Sí?

—¿Qué quiere decir con que las tiendas no funcionan? ¡Las tiendas son la columna vertebral de este negocio!

—Claro —se mofa alguien del grupo del almacén.

Victoria les lanza una mirada breve y cortante y continúa—. Si quiere buscar un fracaso, no tiene más que mirar el departamento de suscripciones. A ver, ¿qué es esto, los años cincuenta del siglo pasado? A nadie le importa ya el correo, y claro, a todos os gusta comprar por internet. Lo entiendo. Pero, sinceramente, no hacen ni la mitad del trabajo que hacemos nosotras ni tratan con tantos clientes.

—Victoria —dice Elijah suavemente—, si me permitiera explicarle…

—Sí, adelante —replica ella bruscamente—. Explique por qué elegiría deshacerse de la gallina de los huevos de oro cuando aquí mismo hay un sumidero de dinero.

Una oleada de ofensa me atraviesa y, por un momento, me olvido de mi preocupación. —Vic, eso es un poco duro.

—Duro, pero cierto —espeta—. Eres tú, ¿verdad? —De repente se vuelve hacia mí con fuego en los ojos y se me encoge el corazón—. Te has estado acostando con él para salvar tu departamento, ¿a que sí? ¡Por eso nunca tenías noticias para mí, porque estabas demasiado ocupada jodiéndonos a todos mientras le comías la polla para conservar tu estúpido trabajo!

Me quedo completamente en blanco y rezo con todas mis fuerzas para que la tierra se abra y me trague.

## 37

# CALLIOPE

El silencio es ensordecedor. Todas las miradas se vuelven hacia mí cuando Victoria termina su perorata y jadea como si esas palabras le hubieran costado hasta el último aliento.

Abro la boca, pero cualquier excusa que se me ocurre suena increíblemente patética.

Debería decir algo.

Lo que sea.

No me sale nada. El mar de caras atónitas y acusadoras que tengo delante se desdibuja en una gigantesca mirada de acusación y, de repente, un calor me florece en la espalda. Una oleada de piel de gallina me recorre los brazos y las piernas mientras se me hace un nudo en el estómago y, por un segundo, temo estar a punto de vomitar.

—¡Es verdad! —exclama Jimmy, que de pronto se ha puesto en pie y me señala directamente con el dedo—. Supe desde el principio que no tramaba nada bueno. Andando a escondidas, pensando que no me daría cuenta. Y, en el momento en que se acuesta con él, ¡no

para de hablar de lo maravillosa que es la web! No voy a consentir esto —grita—. ¡Ni por un segundo, no voy a tolerarlo!

Aunque grita con todas sus fuerzas, se calla de golpe cuando Elijah se gira para fulminarlo con la mirada. La poca confianza que tenía Jimmy se desvanece de inmediato en una tos seca mientras aparta la vista.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y se me oprime el pecho. Cada respiración me desgarra como si me estuviera ahogando por falta de aire. Por mucho que lo intento, nada funciona. No puedo hablar. No puedo moverme. No puedo pensar más allá del profundo dolor que Victoria me provoca en el corazón.

Creía que era mi amiga.

Siempre he estado ahí para ella.

Ahora está delante de mí, jadeando, sin nada más que desdén en sus ojos. ¿De verdad cree que me acostaría con Elijah solo para salvar mi trabajo?

—Victoria… —jadeo, pero, de repente, Elijah está justo delante de mí. Me coge del asiento y me levanta con un movimiento firme pero suave, y me arrastra hacia el pasillo.

—¡Elijah, espera! —suplico, tirando de él, pero su agarre es implacable. Parpadeo y las lágrimas me ruedan por las mejillas mientras Elijah camina a grandes zancadas hasta su despacho.

Abre la puerta y me hace entrar. Por fin me suelta y nuestras miradas se encuentran. —Quédate aquí —ordena. Luego se va y la puerta se cierra suavemente tras él.

Un suave sollozo se me atraganta en la garganta e intento ahogarlo con las manos, pero aun así se escapa, un sonido patético en el frío silencio de su despacho.

¿Qué voy a hacer?

Nuestra relación, por complicada que sea, ya no es un secreto. Esas dos palabras que ha dicho Elijah son las únicas que me ha dirigido desde que salió corriendo de mi casa. Si espera que me siente aquí a esperar mientras él inventa la historia que necesite para salvar el pellejo, lo lleva claro. Sin embargo, cuando mi palma está contra el pomo de la puerta, no puedo girarlo. Volver a salir y ver a todo el mundo mirándome hace que se me revuelva el estómago, y no puedo hacerlo.

Debería, pero no puedo.

Al final, me alejo de la puerta a trompicones y me seco a toda prisa las lágrimas rebeldes que siguen escapándose por mis mejillas. Me niego a llorar, pero lo noto, caliente y pesado en mi pecho, como una bola de estática a punto de estallar. La traición de Victoria duele. El silencio de Elijah duele. Mientras doy vueltas por su despacho, contemplo la posibilidad de destrozar el lugar en un último acto de rebeldía antes de que me despidan.

Que le jodan a su elegante escritorio y a sus innumerables montones de papeles, o a su ordenador prestado de una de las oficinas de abajo. Que le jodan a su jarra de agua y a sus elegantes y pretenciosos vasos de cristal que brillan en una bandeja cerca de la ventana con vistas a la ciudad.

Él estará bien. Los hombres como Elijah siempre salen bien parados.

Pero, por muy tentador que sea, acabo hundiéndome en el sofá y apoyando la cabeza en las manos. Pase lo que pase, la mancha de la acusación de Victoria no va a desaparecer nunca. Aunque, por algún milagro, consiga conservar mi trabajo, nadie volverá a pensar en mí de la misma manera. Quizá debería dimitir y conservar algo de dignidad.

Mientras el silencio se alarga, las lágrimas llegan, y por mucho que sorbo por la nariz o me seco los ojos, siguen cayendo. Un sollozo lleva a otro, que se convierte en una bola de nieve que crece y crece

mientras mi alma busca permiso para desahogarse. Me niego con todas mis fuerzas y saco el móvil del bolsillo para distraerme.

Un mensaje de Stacey ilumina la pantalla. Me lo ha enviado hace diez minutos y me propone tomar algo este fin de semana para celebrar lo bien que estuvo la fiesta de Nick. Me quedo mirando el mensaje hasta que se me nubla la vista y, entonces, pulso el botón de llamar.

—¿Diga? —La voz alegre de Stacey me inunda el oído y debilita mi determinación de no derrumbarme.

—Hola. Siento molestarte en el trabajo.

—No te preocupes. No habría contestado si estuviera ocupada. ¿Estás bien? No pareces estar muy… bien.

—Lo siento —susurro mientras un sollozo entrecortado se escapa de mis labios.

—Calliope, ¿qué ha pasado? —Hay tanta preocupación en su voz que casi me vengo abajo en ese mismo instante.

—Es horrible. ¿Sabes que Elijah se fue ayer? No he sabido nada de él y estaba muy nerviosa por la posibilidad de verlo hoy. Resulta que había convocado una reunión para hablar del futuro de la empresa y estaba diciendo un montón de cosas sobre cambios y cierres. Creo que está intentando despedirme, quizá por venganza por lo de Nick o algo, no sé.

—¡Qué capullo! —exclama Stacey—. ¡Eso no puede ser legal!

—No lo sé. No sé qué está pasando. Y luego Victoria… Creía que me apoyaba.

—¿Victoria?

—¿La que te conté de las tiendas? ¿Con la que creía que tenía bastante confianza?

—Ah, sí, perdona. Ya me acuerdo.

—¡Se ha levantado de… delante de todo el mundo y me ha acusado de acostarme con Elijah para conservar mi trabajo! —Me tapo la boca con la mano—. Ha sido horrible —jadeo contra mis dedos—. Todo el mundo me miraba como si fuera una zorra y no se me ocurría nada que decir.

—¡Oh, cariño! ¡Lo siento mucho! Vaya zorra de mierda. ¿Quién coño hace eso?

—Creía que era mi amiga —susurro con voz ronca—. Me había estado pidiendo que le sacara información a Elijah después de vernos en nuestra cita, y era algo que yo intentaba hacer, pero… nunca surgía. Se interponían otras cosas, ¿sabes?

—Calliope, no tienes que darme explicaciones. Te apoyo sean cuales sean tus decisiones. Ya sabes, siempre que no te pongan en peligro a ti o a alguien que me importe —dice, y suelta una risa sin humor —. Mierda. ¿Quieres que vaya a buscarte?

Debería decir que no. Debería volver ahí fuera con la cabeza bien alta y cantarles las cuarenta tanto a Victoria como a Elijah por lo que han estado haciendo, pero la idea de dar la cara ante cualquiera me hiela la sangre y me estremezco.

—Sí, por favor —susurro.

—Vale. Dejaré que Harrison se encargue de la tienda y voy para allá, ¿vale? Aguanta un poco por mí, cariño —me lanza un beso y la llamada termina, dejándome de nuevo en el asfixiante silencio del despacho de Elijah.

Esto tiene que ser una señal. Es hora de hacer otra cosa con mi vida o de pasar página. Empaquetar mis cosas, meternos a Nick y a mí en el coche y simplemente conducir hasta dejar toda esta mierda atrás. Los minutos pasan con lentitud y cada vez estoy más ansiosa por lo que va a pasar, así que no puedo quedarme quieta. Acabo de nuevo en pie, paseando de un lado a otro delante de la ventana, con las lágrimas por fin a raya.

Ya lloraré cuando esté en casa.

*Joder. ¿Qué voy a hacer?*

Mi trabajo se ha acabado. De eso no hay duda. Independientemente de si me despiden o no, no puedo seguir trabajando aquí. Necesito seguir adelante. Y rápido, porque si Elijah decide llevarme a los tribunales por Nick, necesito demostrar que tengo un trabajo y unos ingresos estables para cuidarlo. ¿Cómo he llegado a esto? No hace mucho fantaseaba con una vida con él, con que pudiéramos convertirnos en esa pequeña y dulce familia con la que siempre había soñado. Tendría a alguien de mi parte, Nick tendría a alguien para las carreras de padres e hijos, y nos pondríamos jerséis feos a juego en Navidad, como una familia de verdad.

¿Cómo he podido no verlo venir?

Machacarme no hace más que hundirme el ánimo, que se desploma del todo cuando me salta un correo en el móvil recordándome que el día de San Valentín es en tres días. Se me agría el humor por completo y borro el correo de inmediato.

Solo estamos en febrero y ya necesito que este año se acabe.

Después de cuarenta minutos dando vueltas por el despacho de Elijah, Stacey me manda un mensaje diciéndome que está abajo, en el vestíbulo.

A la mierda, me largo de aquí.

Caminando hacia la puerta, reúno las fuerzas que me quedan y respiro hondo, lista para salir corriendo y enfrentarme a quien tenga que enfrentarme para llegar al ascensor y salir de este maldito edificio. Cuando llego a la puerta, esta se abre de repente y Elijah entra, sobresaltándose un poco al verme tan cerca.

—Me voy —espeto antes de que pueda hablar—. Y no puedes detenerme. Me voy.

—Calliope…

—¡No! —Lo señalo mientras el corazón me retumba en el pecho—. No tienes derecho a decir nada. Todo esto se ha ido a la mierda por tu culpa. Todo se ha ido a la mierda por tu culpa y no voy a quedarme aquí a escuchar cómo me reprendes o me acusas o lo que sea que vayas a decir.

—Calliope…, ¿de qué estás hablando? —Cierra la puerta tras de sí y avanza unos pasos hacia mí, lo que me obliga a retroceder.

—Lo sé, ¿vale? Lo supe en el segundo en que saliste corriendo de mi casa como si te hubieran puesto un cohete en el culo. Debería haber sabido desde el principio cómo iba a acabar esto, pero no voy a dejar que me intimides, ¿entiendes? Voy a luchar y te vas a arrepentir del día en que te cruzaste en mi camino o… o me despediste o lo que sea, ¿me oyes? ¡Te vas a arrepentir!

La cara de Elijah sigue atónita mientras me mira con los labios ligeramente entreabiertos. —¿Que te he despedido? Calliope, ¿de qué estás…? Te estoy *ascendiendo*, no despidiendo.

## 38

# ELIJAH

Todo esto es culpa mía, pero no hay tiempo para explicarlo, no si quiero que todo salga bien. Calliope me mira con la boca abierta y veo la sorpresa chocar con la confusión en sus ojos. Intentar controlar el desastre que ha creado Victoria lo ha puesto todo patas arriba y ahora ni siquiera sé si mi plan va a funcionar.

Pero encontraré la manera. Me juego demasiado con esto y, lo que es más importante, me juego demasiado con Calliope.

—No..., no lo entiendo —dice, frunciendo el ceño—. ¿Ascenderme? ¿Estás de broma? ¿Crees que puedes soltarme esa palabra y que todo se va a arreglar? Ayer huiste de mi casa después de que por fin te dijera la verdad y ahora yo...

—¡Calliope! —avanzo de golpe hacia ella y la agarro con suavidad por los hombros para que se calle—. Sé que esto no tiene sentido. Sé que es confuso y una locura, y te lo explicaría si tuviera tiempo, pero no lo tengo. No tengo tiempo, así que te lo pido..., no, te lo suplico, si el tiempo que hemos pasado juntos estos dos últimos meses significa algo para ti, entonces, por favor, *por favor*, confía en mí.

Se aparta un poco de mí, encogiéndose sobre sí misma mientras me mira. Un torbellino de emociones parpadea en sus ojos mientras nos miramos, y rezo con todas mis fuerzas por haberle causado una impresión lo bastante buena como para que confíe en mí. Es que no hay tiempo suficiente para sentarla y explicárselo todo.

—Por favor —suplico—. Solo... confía en mí.

Sus labios se aprietan en una fina línea y luego se tuercen. Después, niega lentamente con la cabeza y se me revuelve el estómago esperando su rechazo.

—Está bien —espeta, sorprendiéndome—. Solo por esta vez. Y si me estás jodiendo, que sepas que todo lo que acabo de decir lo digo con cada fibra de mi ser.

—Te creo. —Calliope me ha mostrado su corazón. Hará cualquier cosa para proteger a su familia, y no dudo de que me agarrará por los huevos si alguna vez actúo en su contra. Ojalá viera que estoy haciendo todo lo posible por ayudarla.

Aflojo el agarre cuando ella por fin se aparta de mí y se cruza de brazos sobre el pecho. —¿Y bien, ahora qué? ¿Por qué no puedes contarme la verdad ahora mismo?

Un tintineo surge de inmediato de mi bolsillo y saco el móvil. —Por esto. Calliope, deberías irte a casa.

—¿Me estás echando?

—Esto se va a poner feo y no quiero que te veas involucrada, así que sí, vete a casa. Te llamaré.

—¿Por qué será que no te creo? —murmura por lo bajo, pero lo bastante alto como para que la oiga.

—¿Así es como confías en mí?

Entrecierra los ojos. —Vale. Me voy a casa, pero solo porque ya he llamado a mi amiga para que venga a buscarme. No porque me lo

hayas dicho tú.

—Por supuesto. —Mi móvil sigue sonando en mi mano y Calliope le dedica una última mirada de desdén antes de salir de mi despacho. Contesto.

—Buster, dime que tienes buenas noticias.

—Ya sabes, cuando planeamos una adquisición, suele haber un margen mayor de veinticuatro horas —suspira Buster—. Me vas a llevar a una tumba prematura, ¿lo sabes? Vas a tener que mirar a mis hijos a los ojos y decirles por qué morí, por qué me hiciste trabajar hasta la extenuación y me diste una palmadita en la espalda mientras caía en mi tumba.

—Tú... no tienes hijos —resoplo.

—Aún no. Soy un hombre de muchos talentos, Elijah. Ya podría tener hijos por ahí.

—Como si tú fueras a abandonar a alguien así.

—Tío, tengo que mantener esta reputación de tipo guay, suave e indiferente.

—¿Esa reputación me ayuda ahora mismo?

—¡Pues claro! Tengo a tus abogados trabajando a destajo y la única razón por la que no te han traído de vuelta y te han puesto delante de la junta es por mí.

—¿Qué has hecho?

—¿Sinceramente?

—Eh... —me apoyo en la mesa—. ¿Esa sinceridad me convertirá en cómplice?

—Qué va. Solo he usado la táctica de Imogen en su contra. Acorralé a su padre y le juré que desataría el infierno sobre él y sobre ella por sus mentiras, por tu detención, por el trauma que te causó, etcétera;

y ya sabes, supongo que tiene un historial de hacer cosas así porque en cuanto mencioné a su ex, ¿David? Su padre cedió como si nada.

—Joder.

—Así que, con su magia y la confianza de la junta, creo que podemos conseguirlo. Y mi amigo debería estar contigo pronto.

—Gracias, Buster. Sé que esto es una locura.

—No lo querría de otra manera. —Buster gruñe ruidosamente—. Vale, tengo que irme.

Justo cuando cuelgo, se me sube el corazón a la garganta cuando la puerta de mi despacho se abre de golpe y Jimmy entra furioso. —¡Cabrón!

—¿Perdona?

—Se supone que estamos juntos en esto. Firmé tu puto contrato porque se suponía que me iba a dar una vida bastante cómoda que me llevaría a una jubilación de lujo, ¿y ahora convocas esa maldita reunión y empiezas a hablar de cerrar cosas? —se abalanza hacia mí, sorbiendo con fuerza, como si la presión del aire fuera lo único que mantiene su maldita nariz pegada a la cara.

—Creo que te has liado.

—¿Ah, sí? —ruge, pinchándome el pecho con un dedo regordete—. ¿Te acuestas con una empleada? ¿Sabes lo jodido que es eso? Tengo libros con normas y más normas que te joden vivo, ¿sabes? Te voy a enterrar por... por faltarme al respeto, por infringir Dios sabe cuántas normas de recursos humanos y leyes laborales, por joder a toda la empresa, ¡por traer tu *obscena* relación a *mi* oficina!

Un asqueroso y sutil rocío de saliva me cae en la mejilla mientras Jimmy despotrica, y me cuesta todo mi autocontrol permanecer tranquilo apoyado en mi mesa.

—¿Y esa puta con la que te tiras? —se burla Jimmy—. También la voy a demandar. La llevaré a los tribunales y le quitaré todo lo que tiene hasta que ella y su maldito crío acaben pidiendo limosna en la calle, y entonces veremos si me la chupa por... ¡*aghh*!

Se interrumpe cuando mis dos manos lo agarran de la camisa y lo levanto, acercando su cara a la mía tanto que tiene que ponerse de puntillas.

—Repite eso —gruño en voz baja mientras la ira se filtra en mí como hierro fundido—. Día tras día he tenido que escuchar tus putos lloriqueos, actuando como si tuvieras poder para enseñorearte de la pobre gente que trabaja aquí. Cada puto día revisando tu terrible contabilidad, tu actitud aún peor con tus trabajadores, y esa línea repugnante que mantienes entre lo educado y lo ofensivo. Es un milagro que este sitio siga en pie después de tus obtusas decisiones empresariales. Pero, ¿sabes? Podría haber pasado por alto todo esto si no fuera porque tu puta adicción a la coca te ha destrozado la nariz hasta el punto de que no puedes ni respirar sin sonar como un puto crío mocoso. Me pone de los nervios, así que te digo esto con todo mi puto corazón.

—¡Suél... tame! —jadea Jimmy, forcejeando contra mi agarre. Detrás de él, la puerta de mi despacho se abre una vez más, solo que esta vez entran varios policías.

—¿Señor Baird? —el agente al mando nos mira a los dos.

—Sí —murmuro—. ¿El amigo de Buster?

—Sí, señor.

Mis ojos vuelven a Jimmy mientras se gira, tratando de vislumbrar con quién estoy hablando. —Que te jodan, Jimmy. Espero que te pudras.



VEINTICUATRO HORAS DESPUÉS, llego a la puerta de Calliope con un gran ramo de flores y una plegaria. Jimmy, por supuesto, no se fue tranquilamente, lo que se convirtió en otro fiasco, y antes de que me diera cuenta, el tiempo se me escapó de las manos. Llamo suavemente a la puerta, acunando las flores contra mi pecho, y espero.

El sonido de unas pisadas corriendo por las escaleras me llama la atención, seguido de un grito lejano de «no quiero», y luego silencio. Un momento después, el cerrojo hace clic y la puerta se abre.

—Mira, no me importa... Oh. —La cara de Calliope se descompone de inmediato—. Eres tú.

—Calliope.

—Sea lo que sea, no quiero oírlo.

Cuando va a cerrar la puerta, pongo la mano para bloquearla y hago una mueca cuando el impacto me recorre la muñeca con una punzada de dolor. —Lo siento. Calliope, por favor, déjame que te lo explique.

—Dijiste que llamarías.

—Lo sé.

—No lo hiciste. He terminado. No estoy aquí para que me lleven de un lado para otro como a una idiota. Búscate a otra con la que jugar, Elijah.

—No, por favor. Estoy aquí porque quería explicártelo en persona. Habría llamado, pero acabé pasando horas hablando con la policía y el tiempo se me escapó de las manos.

Eso le llama la atención y me mira con una inequívoca calidez de preocupación en sus ojos. Verlo me da la esperanza de que todavía le importo. —¿La policía?

—Sí. Es... es una larga historia. Por favor, ¿puedo pasar?

Calliope se muerde el borde del labio durante un largo momento, estudiándome, y luego suspira profundamente y se hace a un lado. —Está bien. Espera en el salón.

Tal como me ha indicado, me dirijo al salón y me acomodo en el sofá mientras la espero. Sus pasos se oyen en el piso de arriba, de donde provienen gritos ahogados de ella, de Nick y de su madre. Una discusión de algún tipo termina con varios portazos y, a continuación, unos pasos bajan corriendo las escaleras. Calliope entra en el salón con el pelo recogido en una coleta y se cruza de brazos justo debajo del pecho.

—Tienes cinco minutos.

—Esto es para ti. —Me levanto y le ofrezco el ramo, y como no se mueve para cogerlo, lo dejo sobre la mesa.

—Cuatro minutos —dice con rigidez.

—Vale. Calliope. Siento lo de estos últimos días. Sé que han debido de ser increíblemente confusos y dar la impresión de que no me importas, pero te juro que todo lo que he estado haciendo ha sido precisamente porque me importas, y mucho.

Su expresión no cambia.

—Cuando… cuando me hablaste de Nick… no podía respirar. Sentí que el mundo giraba, pero que, de algún modo, yo me había quedado quieto. ¿Sabes esa sensación de vacío que sientes a veces en el pecho cuando algo es… demasiado? Pues fue así, pero multiplicado.

Las cejas de Calliope tiemblan ligeramente.

—No tenía ni idea. Ni idea de lo de Nick, ni idea de que pudieras haberte quedado embarazada. De haberlo sabido, habría estado aquí, te lo juro. Sé que eso significa muy poco ahora, por supuesto. Así que cuando me lo contaste, después de que pasara el shock

inicial, de repente me di cuenta de algo. Te quiero, y eso te pone en peligro. De hecho, la propia naturaleza de nuestra relación nos ponía en peligro a ambos, no solo porque hemos estado saliendo de manera informal, sino porque sabía cómo se vería legalmente si alguien llegara a enterarse de la fusión sin que yo hubiera revelado que una empleada es la madre de mi hijo.

Mi corazón desbocado se va calmando a medida que las palabras fluyen sin parar.

—Necesitaba asegurarme de que estabas protegida. Así que fui a la oficina, llamé a mi abogado y a mi director financiero, Buster, se lo conté todo y él supo inmediatamente qué hacer. Salir con una empleada iba en contra de las normas y seguiría yendo en contra de las normas, no solo dentro de Angelic Jewels, sino también dentro de Amber Limited. Lo único en lo que podía pensar era en que alguien lo descubriera y lo usara no solo para obligarte a dejar tu trabajo, sino también para exponerte a que te demandaran por manipulación, o algo peor. Yo… —Se me corta la respiración, así que me detengo un momento.

El rostro de Calliope pasa lentamente del enfado a la preocupación.

—Así que tuve una idea. Revisamos cada detalle de la información que teníamos y resulta que Buster había enviado unas cuantas muestras falsas para ver quién de la empresa mordía el anzuelo. Pensó que quien lo hiciera sería lo bastante codicioso como para intentar venderlas para sacar tajada, y tenía razón. El material llegó en un envío, pero no figuraba en las cifras del inventario interno y, a partir de ahí, el código utilizado para acceder al seguimiento de ese envío fue también el código utilizado para acceder a todos los demás envíos que se dieron de baja y se robaron.

Calliope se lleva una mano al pecho. —¿Quién?

—Tu jefe. Jimmy.

Sus ojos se abren como platos. —¿Qué?

—Mmhmm. Las cámaras de seguridad confirmaron varios casos en los que su cuenta estaba activa cada vez que se usaba ese código. Cuando me enfrenté a él ayer, básicamente lo confesó con otras palabras y luego le dio un ataque de ira y me atacó a mí y a uno de los policías, e intentó lanzar la silla de mi despacho por la ventana.

—¡Dios mío! ¿Estás bien?

—Estoy bien —le aseguro rápidamente—. Te lo prometo.

—Yo… ¿todo este tiempo ha sido él? ¿Toda la mierda que me echaba por las cifras de existencias y los beneficios mientras él se estaba quedando con una parte? ¡Ese cabrón!

—Lo siento. No tenía pensado enfrentarme a él tan pronto porque quería protegerte a ti primero.

Ella niega con la cabeza y se frota el pecho con la mano, haciendo círculos. —¿Protegerme?

—No podemos trabajar juntos. Ningún abogado le daría el visto bueno, y sabía que no iba a permitir que perdieras tu trabajo. Así que… si Victoria me hubiera dejado terminar, te habría contado todos mis planes.

—Tu plan —repite en voz baja.

—Sí. Angelic Jewels va a cerrar, eso es verdad. En un principio, todo será absorbido por Amber Limited, y luego crearemos una empresa filial que todavía no tiene nombre. Quiero contratarte como directora de marketing de esa empresa con un contrato detallado y claro que especifique la naturaleza de nuestra relación y que esté firmado para que estés protegida para siempre en tu puesto en esa empresa, sin importar lo que pase entre nosotros. Fue… fue la única manera que se me ocurrió de asegurarme de que recibieras el reconocimiento que mereces por haber sacado adelante tu departamento con ese cabrón. Si aceptas, recibirás un aumento de sueldo y beneficios, incluido seguro médico, y todos los empleados de Angelic Jewels serán despedidos y luego recontratados, si así lo deciden. Serán

recontratados por la empresa filial y cerraremos las tiendas, pero solo porque Buster, mi director financiero, ha encontrado ubicaciones excelentes para trasladarlas.

Tengo que hacer una pausa, un poco sin aliento por el torrente de palabras. Calliope me observa con los ojos ligeramente entrecerrados, como si buscara una mentira en mis palabras.

—Tuve que organizar todo eso antes de hablar contigo, porque sabía que si decía algo antes de que estuviera todo legalizado, nos pondría a ambos en riesgo de conspiración y sabe Dios qué más. Tenía que asegurarme de que no supieras nada. Era la única manera, y lo siento. Y si me odias, lo entiendo. Si no puedes confiar en mí, lo entiendo. Si quieres mandarme a la mierda, no firmar y hacer que me vaya, también lo entiendo. Pase lo que pase entre nosotros, mi abogado se pondrá en contacto contigo en uno o dos días porque he creado un fondo para Nick. No es nada extravagante. No quiero que pienses que de repente intento competir ni nada, porque todavía… todavía estoy asimilando el hecho de que es mi hijo y no puedo ni imaginar lo duro que ha sido criarlo sola. El fondo es por los años que me he perdido de su vida, incluidos cumpleaños y Navidades, y seguiré ingresando dinero en él hasta que cumpla veintiuno. Yo…

El corazón se me sube a la garganta y fuerza un temblor en mi voz.

—Me encantaría tener la oportunidad de conocerlo. De pasar tiempo con él y conocer a mi chico. No quiero trastocar su vida, pero si hay una posibilidad, Calliope… la quiero. Y si no, siempre estaré disponible si alguna vez quiere buscarme. Quiero estar en su vida. Quiero estar en tu vida, pero solo bajo tus condiciones.

Dejo caer los hombros y cierro los ojos por un breve instante. Era mucho que asimilar. Ni siquiera estaba seguro de poder recordar todo lo que tenía que decir, teniendo en cuenta lo agitados que han sido estos últimos días. Espero que Calliope pueda oír mi sinceridad, pero en el fondo, tengo miedo. Puede que no sea suficiente. Puede que mi desaparición haya sido la gota que ha colmado el vaso.

—Vaya —murmura Calliope al cabo de un segundo, y abro los ojos —. Para… ser una explicación, ha sido intensa.

Sonrío débilmente. —Lo siento.

Ella niega con la cabeza y parpadea. De repente, sus ojos brillan. —Creía… —La emoción le ahoga la voz—. Creía que estabas tan enfadado conmigo por haberte ocultado lo de Nick que ibas a despedirme. Que lo de ayer fue todo un montaje para humillarme.

Enarco las cejas al instante. —¿De verdad crees que te haría eso?

—¡No! Pero… pero no lo sabía. Te solté una bomba y no tenía ni idea de cómo reaccionarías, y entonces, te fuiste sin más. Estaba tan asustada y mi cabeza no paraba de darle vueltas. Tenía miedo de eso, tenía miedo de que estuvieras tan enfadado que pidieras la custodia, estaba… —Se lleva una mano temblorosa a la boca—. Debes de pensar que soy horrible.

—No —digo mientras rodeo la mesa de centro hacia ella—. En absoluto. Has estado protegiendo a Nick. Siempre has estado protegiendo a Nick. Jamás podría culparte por eso.

—Pero he pensado todas esas cosas horribles de ti. Mi cabeza no paraba de darle vueltas.

Cuando estoy lo bastante cerca, le cojo con delicadeza la mano que tiene sobre el pecho. —Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, no puedo culparte por tener esa reacción por defecto. Pero estoy aquí, Calliope. No voy a ir a ninguna parte a menos que me lo pidas y, aun así, estaré a solo una llamada de distancia.

—¿Esta vez no hay esposa? —bromea débilmente, sorbiendo por la nariz.

—Esta vez no hay esposa. Pero hay una mujer que me gusta, así que no puedo prometer que lo de *«no hay esposa»* vaya a ser para siempre.

—Ah, ¿sí? —Sus ojos se inundan de gruesas lágrimas que se aferran a la parte inferior de sus pestañas, y mi pecho palpita con el impulso de secárselas con una caricia.

—Sí, sí.

—No puedo… no puedo creer que te hayas sacado una empresa de la manga solo para que pudiéramos estar juntos.

—¿Qué puedo decir? Soy un hombre entregado.

—¿Y lo dices en serio? —Sorbe por la nariz y me mira con ojos brillantes—. ¿No voy a perder mi trabajo?

—Lo digo en serio. Lo decía en serio ayer cuando dije que te iba a ascender. Era la única información que podía darte.

—No sé qué decir —responde, su voz bajando a un susurro—. Es una locura pensar en ello.

—Di que sí —la animo, deslizando mis dedos entre los suyos—. Estoy aquí.

—Has dicho que me quieres. —Frunce el ceño como si intentara contener las lágrimas.

—Yo… sí, te quiero. Nunca antes había sentido esto por nadie, y tardé un segundo en darme cuenta de lo que sentía, pero… sí. De verdad que sí. Me haces reír. Haces que me sienta visto. Haces que… haces que quiera crear empresas completamente nuevas solo para que podamos estar juntos. —Me río suavemente—. Es mi verdad.

—Dios mío. —Calliope cierra los ojos y las lágrimas le corren por las mejillas, así que le acuno el rostro y se las seco con los pulgares.

—Lo siento, no quería hacerte llorar.

—Son… son lágrimas de felicidad —susurra, abriendo los ojos de nuevo—. No puedo creer que hayas hecho todo esto por mí.

—Solo tienes que firmar si quieres el trabajo. Lo que tú quieras hacer. Yo solo quiero estar contigo.

De repente, Calliope me echa los brazos al cuello y me atrae hacia ella, estrellando sus labios húmedos y salados por las lágrimas contra los míos. Manteniendo una mano acunándole la cara, la otra baja a su cintura y la acerco a mí.

—Sí, quiero —susurra contra mis labios—. Me encanta mi trabajo. Lo quiero. Y firmaré porque yo también te quiero. Te quiero. Creo que lo he hecho desde el momento en que te volví a ver.

## 39

# CALLIOPE

El día de San Valentín amanece con un sol radiante, un cielo azul y cálido que recuerda a mediados de junio y cien rosas rojas entregadas por una furgoneta rosa a las nueve de la mañana. Estoy en la puerta de casa, con una taza de café en la mano, viendo cómo los repartidores sacan las últimas cestas de rosas de la parte trasera de su furgoneta.

—¿Pero qué demonios? —dice mi madre bajando las escaleras, frotándose un ojo, y se para en seco al instante—. Calliope, ¿qué demonios has hecho?

—Nada, mamá —suspiro suavemente—. Son un regalo.

—¿De quién?

Llevándome la taza a los labios, sorbo lentamente mientras los mensajeros pasan a mi lado con una sonrisa educada. —De Elijah. Por San Valentín.

—Eso es ridículo —murmura—. No puedo creer que estés pensando en volver con él.

—No lo estoy pensando —la corrijo con otro sorbo—. Es cosa hecha. Me ha invitado a comer.

—No seas tan estúpida...

—Mamá. —Se lo digo con suavidad, pero con firmeza, y me giro para mirarla—. Para. Es mi decisión. He pensado en lo que siento y estoy feliz. Deberías alegrarte por mí también.

—Pero...

—Y antes de que empieces, no te preocupes. Haré que lleven las rosas a mi apartamento. Nick y yo volvemos a casa, así que eres libre de hacer lo que quieras con la tuya.

Me mira con los ojos muy abiertos por la sorpresa. —¿Te vas?

—No podemos vivir juntas, mamá. No funciona. Te quiero, pero creo que si me quedo más tiempo, acabaremos odiándonos, y no quiero eso. Así que Nick y yo nos vamos a casa.

—¡Nos vamos a casa! —grita Nick encantado mientras pasa corriendo a mi lado y baja por el pasillo, dejando un rastro de pétalos tras él mientras corre con rosas en las manos.

—¡Ten cuidado! —le grito—. ¡Cuidado con las espinas!

—No tienen espinas —dice uno de los repartidores al salir del salón —. Estas rosas no tienen espinas.

Mi sonrisa se ensancha. —Claro que no. Piensa en todo. ¿Son todas?

—Sí, señora —responde el segundo repartidor con una sonrisa al pasar a mi lado—. Que tenga un buen día.

—¡Igualmente! —Tras cerrar la puerta, me vuelvo hacia mi madre, que sigue ahí de pie, mirándome conmocionada—. No pasa nada, mamá. Me habré ido antes de que te des cuenta.

—Solo intento protegerte, Calliope. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, mamá. Lo sé. —A pesar de la sorpresa en su cara, estoy segura de que hay un destello de alivio en sus ojos. Si se puede salvar algo de nuestra tensa relación, no puede ser aquí.

Después de un desayuno de cereales y tostadas, Nick y yo nos vamos al parque a pasar la mañana dando de comer a los patos, admirando un cisne que se acerca tanto a Nick que casi se desmaya de la emoción y haciendo una carrera a ver quién llega más alto en los columpios. Gana Nick, por supuesto, porque, según su lógica, es más pequeño y, por tanto, llega más alto por la ciencia.

Sus explicaciones me sacan una cálida sonrisa, que me dura hasta la hora de comer. El mundo parece diferente.

Yo me siento diferente.

Le pedí a nuestro abogado de familia que revisara el contrato que me trajo Elijah y me confirmó que estaba increíblemente a mi favor. No importa lo que pase entre nosotros, mi nuevo trabajo está asegurado y tengo todas las protecciones que se pueden necesitar cuando se tiene un hijo con el director general. Incluso si nuestra relación se vuelve completamente agria y amarga, me siento cómoda sabiendo que mi trabajo y mis ingresos permanecen seguros incluso si la empresa va a la quiebra. En palabras de mi abogado, el contrato es casi demasiado generoso.

Firmé en la línea de puntos de inmediato.

Cuando llega la tarde, llevo a Nick al bistró al que Elijah me ha invitado a comer. Doblamos la esquina y lo veo inmediatamente esperando fuera. Lleva una camiseta rosa claro y vaqueros oscuros, con el pelo peinado hacia atrás lo justo para ir elegante, pero con las puntas alborotadas y rebeldes, como a mí me gusta.

—¡Es Elijah! —Nick se aleja de mí de inmediato, corriendo hacia él y chocando con su pierna—. ¡Hola!

—Hola, campeón. —La expresión de Elijah pasa de la sorpresa a la calidez en cuanto sus ojos se cruzan con los de Nick y luego levanta

la vista hacia mí—. Hola.

—Hola. Espero que no te importe que lo haya traído.

La sonrisa de Elijah vacila. —En absoluto.

—¿Te vienes a comer? —pregunta Nick, mirándonos a los dos con sus grandes ojos.

—Si quieres —responde Elijah—. Me apetece comer algo.

—¡Yupi! —Nick da una patada al suelo y se vuelve hacia mí—. Tengo hambre.

—Será mejor que te demos de comer antes de que te consumas, ¿eh? —Le doy un suave toque en la barriga y lo cojo en brazos, llevándolo hasta dentro.

El camarero nos sienta en un reservado al fondo, y todos pedimos sándwiches tostados y batidos, bajo las órdenes de Nick, ya que, según él, sabe lo que es mejor, y nosotros estamos encantados de seguirle el juego. Elijah se sienta frente a nosotros y un tono rosado le tiñe las mejillas mientras nos observa.

Puede que este sea el momento.

—¿Nick?

Levanta la cabeza de trazar los dibujos del menú. —¿Mmm?

—Tengo que decirte algo —le digo mientras Elijah se endereza de repente en su asiento—. Y es muy importante, así que necesito que me escuches, ¿vale?

Nick frunce los labios, pero asiente. —Vale.

—¿Te acuerdas de que en el coche hablamos de tu padre? ¿De que estaba fuera?

Frunce el ceño de inmediato. —Mmm. En la misión.

—Bueno... —Respiro hondo y miro a Elijah—. Ha vuelto a casa. Después de un viaje muy, muy largo, y ahora está aquí para verte.

Los ojos de Nick se entrecierran ligeramente y empieza a juguetear con un hilo suelto de sus pantalones. —¿Para verme a mí?

—Mmm. Le he estado hablando mucho de ti y en realidad es muy tímido porque le preocupa que puedas estar enfadado con él. O conmigo.

—¿Por qué?

—Bueno... estuvo fuera mucho tiempo. Se perdió muchas cosas.

—No pasa nada —responde Nick con seguridad—. Dijiste que era importante. Y... y sé que la madre de Sarah se va todo el tiempo por cosas importantes a otros países.

—Sí, es soldado. Tu padre no es así, pero te aseguro que no fue su decisión estar fuera.

—No estoy enfadado —dice Nick, aunque no estoy segura de cuánto creerle.

—¿Quieres conocerlo?

De repente, Nick niega con la cabeza y se me encoge el corazón. —No.

—¿Por qué no, cariño?

—Porque no le gustaré.

Le tiendo la mano inmediatamente. —Cariño, eso no es verdad. ¡Sé que le gustas!

—No lo sabes.

—¡Sí que lo sé! Porque ya te ha conocido y sé que piensa que eres el chaval más genial del planeta.

Elijah se ha mordido la uña hasta la carne mientras está sentado, mirando.

—¿Me ha conocido? —Nick aparta la cabeza de mi pecho y me mira.

—Sí, cariño.

—¿Quién?

El corazón me da un vuelco de inmediato y, de repente, estoy más nerviosa que nunca en mi vida. —Está ahí mismo, cariño. Elijah... es tu papá.

Nick vuelve sus grandes ojos hacia Elijah y el tiempo parece detenerse. Elijah no se mueve ni habla. Parece demasiado aterrorizado como para respirar, pero finalmente sonríe lentamente. Ninguno de los dos habla, así que intento llenar el silencio.

—Te lo habría dicho antes, pero tenía miedo de que se fuera otra vez, así que lo mantuve en secreto. Lo siento, Nick.

Sigue mirando a Elijah y entonces suspira de repente. —Uf. ¡Pensaba que iba a ser alguien nuevo!

Una inesperada burbuja de risa surge dentro de mí que apenas soy capaz de reprimir. —No, cariño, no es alguien nuevo. Elijah es tu padre.

—Hola, campeón —dice cuando por fin encuentra su voz—. Me alegro mucho de conocerte como es debido.

—Te has tomado tu tiempo —suspira Nick—. Te perdiste todos mis cumpleaños.

—Te prometo que te lo compensaré.

—¿Con regalos? —Nick empieza a frotarse los ojos de repente.

—Con regalos —promete Elijah.

—Nick, cariño, ¿estás bien? No pasa nada si no sabes cómo te sientes.

Me mira y grandes lágrimas inundan sus ojos, incluso mientras intenta ocultarlo. —Estoy bien —dice con la voz ahogada—. Estoy bien.

—Cariño, ¿qué pasa?

Se me rompe el corazón cuando su cara se descompone al llorar. —¿S-significa eso que tendré un padre para la carrera de padres del día de deportes? —pregunta, con la voz temblándole violentamente a pesar de que sigue luchando contra las lágrimas.

—¡Claro que sí! ¡Oh, cariño, por supuesto que sí! A tu padre le encantaría, ¿a que sí?

—Sí —responde Elijah con la voz tomada por la emoción y los ojos empañados—. Sería un honor para mí.

—¡Yupi! —exclama Nick incluso mientras rompe a sollozar—. Siempre quise uno.

Ya no puedo contener las lágrimas mientras Nick solloza en mis brazos. El resto del bistró se desvanece en un segundo plano mientras acuno a Nick y le dejo llorar sus sentimientos de alegría y confusión mientras las lágrimas ruedan por mis propias mejillas. Elijah se levanta de su asiento y se acerca para sentarse con nosotros en el mismo reservado, incapaz de ocultar sus propias lágrimas.

—No pasa nada, cariño —jadeo, besando la coronilla de Nick—. Vas a estar bien.

Lo abrazamos juntos y Nick llora durante unos buenos diez minutos, aunque admite que no entiende por qué. Para cuando todas nuestras lágrimas se secan, el camarero está cerca con cara de preocupación y nuestra comida. Mientras la deja en la mesa, las

lágrimas se convierten en risas por lo incómodo que parece el camarero.

—¿Mami? —Nick me mira con la cara sonrojada.

—¿Sí, cariño?

—¿Puedo tomar tarta?

No tengo corazón para decirle que no en este momento. —Claro que puedes. ¿Quieres ir a elegir una? —Apenas he terminado de hablar y ya se ha escurrido del reservado, ha pasado por debajo de la mesa y se ha ido corriendo.

—Guau —jadea Elijah—. Cuando dijiste que querías decírselo, pensé que se iba a enfadar.

—Puede que se enfade más tarde —admito—. Es un buen niño, pero costará un poco de trabajo. Tienes que estar preparado para eso.

—Estoy preparado —responde Elijah, y por su tono sé lo comprometido que está.

—Nunca te había visto llorar. —Levanto la mano y le rozo suavemente la mejilla húmeda con los nudillos.

—¿Te sorprende que tenga corazón?

—Quizá. —Sonrío, con un ojo puesto en Nick mientras mira las tartas.

—Feliz San Valentín —me susurra Elijah al oído, tomándome de la mano—. Gracias por confiar en mí.

—Gracias a ti por no rendirte conmigo cuando te dije lo loca que estaba. Feliz San Valentín.

—Nunca podría rendirme contigo —responde—. Te quiero demasiado para eso y tengo mucho tiempo que recuperar. —Se inclina y me da un suave beso justo debajo de la oreja.

—Yo también te quiero. —Mi voz tiembla mientras me besa el cuello hasta la mandíbula, y luego atrapa mis labios en un beso dulce y tierno, lleno de promesas que nunca pensé que tendría.

Terminamos de comer juntos como una familia de verdad, con Nick devorando una porción de tarta de chocolate casi tan grande como su cabeza. Luego salimos del bistró de la mano con Nick entre nosotros.

—¿Mami?

—¿Sí, cariño?

—¿Papá también va a ser para ti o es todo mío?

Elijah se ríe a carcajadas y me sonríe. —¿Me vais a partir por la mitad?

—Puede ser. —Sonrío—. Claro que es para los dos.

—Mmm. —Nick suspira profundamente—. Vale, de acuerdo, pero tú no recibirás ningún regalo, ¿verdad? Porque tú eres mayor y yo no, así que a lo mejor yo debería quedarme tus regalos.

Mientras caminamos de la mano por la calle hacia el parque, tengo el corazón rebosante y mis pasos son ligeros. —Claro, puedes quedarte mis regalos.

—Bien. —Nick sonríe.

Los miro a los dos, viendo a Elijah contemplar a su hijo con tanta adoración en sus ojos.

No necesito regalos por los años perdidos.

Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

# TAMBIÉN POR AVA GRAY

### Los votos navideños de la Bratva Serie

El secreto navideño de la Bratva || Atados por los votos de Navidad

### El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva || Capturada por la Bratva || Cautivada por la Bratva || Atrapada por la Bratva

### Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El

secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi || Off Limits (SPANISH Edition)

**La Mafia Multimillonaria Serie**

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

**Amor en Vacaciones Serie**

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara || El Regalo de Nochebuena || San Valentín con el Zorro Plateado || Su bebé prohibido de San Valentín

**Relaciones Festivas de Medianoche Serie**

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

**Corazones de Harén Serie**

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen

---